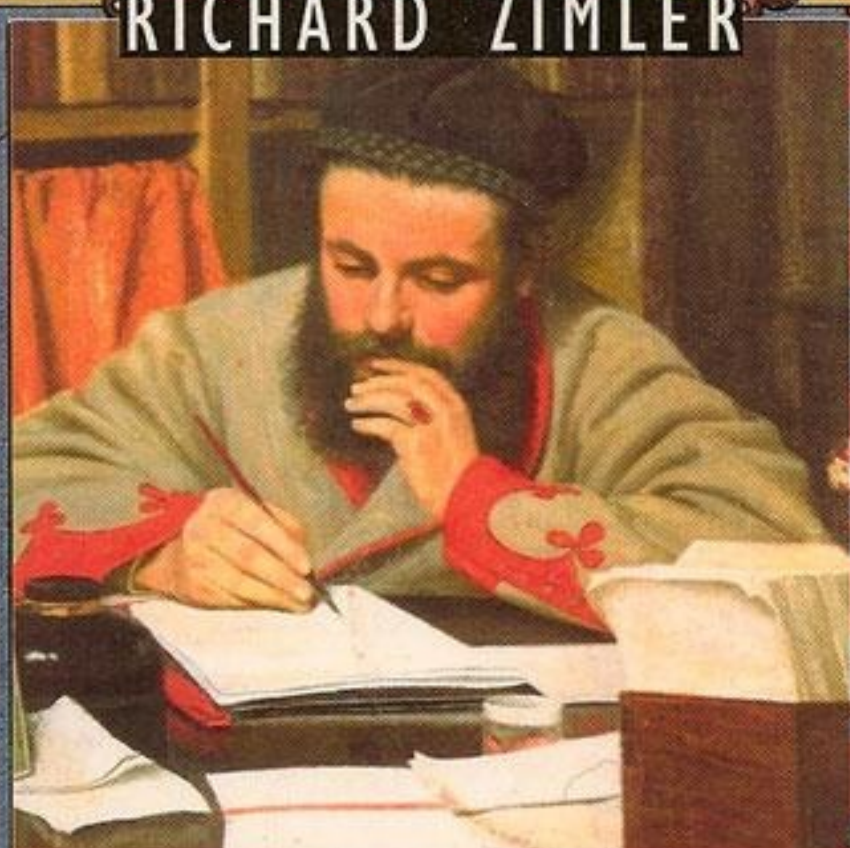


RICHARD ZIMLER



EL ÚLTIMO
CABALISTA DE LISBOA



Lectulandia

Baraquías Zarco estudia la cábala con su tío y mentor, sin saber que, ante la amenaza de expulsión, su tío está sacando de Portugal los libros más importantes de los judíos para evitar que sean quemados.

Durante las matanzas de 1506, el tío de Baraquías es encontrado muerto en la sinagoga secreta de la familia y, en un ambiente de persecuciones, violencias atroces y miedo, el joven inicia una investigación para esclarecer la muerte de su tío, en la que contará con la ayuda de un sordomudo.

Siempre acosado por los cristianos, Baraquías va descubriendo aspectos de la vida de su tío que desconocía (quizás le mató un marido celoso, tal vez un comprador de libros raros para robarle...).

La investigación es realmente intrigante, pero a su alrededor Zimler plantea un complejo problema de conciencia (el paso del deseo de justicia a la sed de venganza) y reconstruye perfectamente la Lisboa de la época y los nefastos días de pogromo.

Lectulandia

Richard Zimler

El último cabalista de Lisboa

ePub r1.0

Titivillus 30.01.2019

Título original: *The Last Kabbalist of Lisbon*
Richard Zimler, 1996
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino
Digitalizador: lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Para Alexandre Quintanilha

Con mi agradecimiento a Ruth Zimler y Quetzal Editores de Lisboa.

Nota del autor

Hallazgo del manuscrito de Baraquías Zarco

Abraham Vital, abogado que ejerce en Estambul, se gana la vida solicitando del gobierno turco pensiones de invalidez permanente para aquellas personas que, debido a accidentes o enfermedades, no pueden trabajar. En 1981, ganó una batalla legal para un carpintero de cincuenta y nueve años de edad llamado Ayaz Lugo, que tenía el brazo y la mano derecha paralizados como consecuencia de un accidente de coche.

Lugo murió en junio de 1988. Su esposa había fallecido seis años antes. No tenían hijos. Lugo, en una muestra de agradecimiento, legó su casa a Abraham Vital.

Me alojé en ella, en la casa de Lugo, durante los siete meses que pasé en Estambul en 1990 dedicado a la investigación de la poesía sefardí y, en particular, la forma de balada. Abraham Vital me la ofreció graciosamente, sin tener que pagar alquiler alguno; nos habíamos conocido por mediación de un amigo común, mi director de tesis, el doctor Isaac Silva Rosa, antiguo profesor en Berkeley, ahora en la universidad de Oporto.

Tanto Vital como Lugo son sefardíes, descendientes de los miles de judíos que fueron expulsados de España y Portugal durante los siglos XV, XVI, XVII y XVIII. Sus antepasados se habían refugiado en Estambul —entonces conocida por judíos y cristianos con el nombre de Constantinopla— en una fecha tan temprana como 1492. Ese mismo año, el sultán turco Bayaceto II dio la bienvenida a su reino a miles de judíos sefardíes expulsados de España por el rey Fernando y la reina Isabel.

Un día caluroso del mes de mayo, Vital me llevó a la vieja casa de Ayaz Lugo, muy próxima al Balat, el barrio medieval judío de Estambul. Dos pisos de piedra y estuco desconchado se levantaban como una torre vigía abandonada entre una panadería y una tienda de discos.

Me trasladé allí el 9 de mayo de 1990. En el interior, todo tenía un color grisáceo amarronado como el de una foto en sepia, hasta que comencé a quitar el polvo.

Tocaba los techos combados de los dos pisos de la casa sin necesidad de ponerme de puntillas. Los conos de luz entraban en el dormitorio por las ventanas ovales del tamaño de un plato. Los muebles eran de madera, castigada por los años, piezas compradas evidentemente cuando Lugo era un niño; ahora se habían convertido en antigüedades.

En el armario del dormitorio encontré miles de terrones de azúcar guardados en maletas de cuero, lo cual indica que era un producto escaso durante la segunda guerra mundial. ¿Lugo había guardado los terrones en las maletas en previsión de tener que

huir inmediatamente? «Quizá los judíos siempre tienen preparada una maleta como mínimo», pensé.

En una cómoda agujereada por la carcoma, debajo de la ropa interior de algodón, encontré unas cuantas tabletas de chocolate turco rancio. Me sentí complacido; sin duda Lugo y yo compartíamos la afición por los dulces.

Mi cama consistía en una tela metálica con un colchón apelmazado hecho en Konya. La escritura de la etiqueta era árabe, o sea, que el colchón tendría unos setenta años; en la década de los veinte, el alfabeto latino reemplazó al árabe en todo el territorio turco.

La casa no tenía ducha. Un chorrito de agua fría de color marrón que olía a cloro y óxido era todo lo que salía del grifo del fregadero. Sin duda, Lugo y su esposa frecuentaban los baños públicos.

Tenía muchos ratones por compañía. Afortunadamente, no había hormigas ni chinches.

En julio, Abraham Vital decidió reformar la casa para dotarla de todo lo necesario en una vivienda moderna. La remodelación comenzó por el sótano, así que ni me molestaba siquiera.

El 18 de julio, los alarifes dieron con un escondrijo secreto, de unos sesenta centímetros de profundidad y poco más de un metro de lado, cubierto con unas tablas y una capa de cemento. En el interior de este lugar secreto había un *tik*, pequeño cofre cilíndrico utilizado por los judíos sefardíes para guardar la Torá, la ley según los judíos, formada por los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. Estaba decorado con elaboradas filigranas de plata y pavos reales de esmalte. Sin embargo, el cofre no contenía la Torá, sino un paquete de manuscritos encuadernados en cuero, nueve en total.

Los manuscritos mostraban la escritura cuadrada hebrea típica de Iberia, y el lenguaje era en gran parte judeo-portugués: un portugués antiguo escrito con caracteres hebreos. Parte de los primeros trabajos, sin embargo, estaba escrita en hebreo medieval. Los habían escrito con un cálamo, la pluma de caña utilizada en Iberia. El papel estaba en excelentes condiciones de conservación.

Todos los manuscritos, excepto tres, tenían tapas de pergamino encerado con el título iluminado con cabezas de pájaros. Predominaban las abubillas, los búhos, los petirrojos, los jilgueros y los pavos reales. También aparecía una variedad de colibrí (algo muy curioso por tratarse de un ave del Nuevo Mundo). Una intrincada serie de figuras geométricas y arabescos servían de fondo a los títulos. El pan de oro se había empleado profusamente. El rojo carmín brillante y el azul lapislázuli eran los colores dominantes.

Reparé en que todos los manuscritos estaban rubricados con una cuidada firma con la forma de un ibis egipcio, era la de un hombre llamado Baraquías Zarco. Por las fechas que aparecen junto a sus firmas y las referencias en el texto, sabemos que los

manuscritos fueron escritos en el transcurso de veintitrés años, desde el 5267 al 5290 del calendario hebreo; es decir, del 1507 al 1530 de la era cristiana.

Comencé a leer su obra la noche del 18 de julio de 1990.

Me encontré con seis tratados sobre diversos aspectos de la Cábala, la filosofía mística que se transmitió a través de la diáspora judía desde Provenza a principios de la Edad Media y que ha seguido transmitiéndose en los siglos sucesivos tanto por escrito como oralmente. Los textos cabalísticos más conocidos son el *Bahir* y el *Zohar*.

Los otros tres manuscritos de Baraquías —que aparecían sin portada— son, en cambio, de naturaleza profana. Sujetos con una correa de cuero, el primero data de 1507 y los otros dos de 1530. Desde el principio quedó claro que trataban de la masacre de Lisboa ocurrida en abril de 1506. Unos dos mil cristianos nuevos — judíos forzados a convertirse al cristianismo en 1497— perdieron sus vidas en aquellos tumultos. Muchos fueron quemados en el Rossio, la plaza que todavía es el centro de la capital portuguesa.

Por desgracia, numerosos capítulos e incluso páginas sueltas de los manuscritos de Baraquías habían sido amontonados sin orden ni concierto por alguien que evidentemente no sabía leer el judeo-portugués. Era enloquecedor. Tardé dos meses en ordenarlos. Sin embargo, una vez acabada esta tarea, la obra de Baraquías Zarco se lee con fluidez.

Los tres manuscritos históricos forman un único trabajo que relata la historia de la familia de Baraquías durante los trágicos sucesos de abril de 1506. En particular, cuentan los ímprobos trabajos de Baraquías para conocer al asesino de su amado tío Abraham, un famoso cabalista que probablemente es el autor de unas obras de la Escuela de Lisboa, hasta hoy consideradas anónimas por razones que quedan claras en el relato: *Llamando a las puertas* y el *Libro del fruto divino*.

Otros varios relatos más superficiales del pogromo han llegado hasta nosotros (incluido el escrito por Salomón ben Verga mencionado por Baraquías), y no puede haber ninguna duda sobre la veracidad histórica del relato de Baraquías. Todos los hechos importantes de su historia están confirmados por relatos contemporáneos. Muchas de las personas mencionadas, como Didi Molcho, dom Joao Mascarenhas e Isaac ben Farraj nos son conocidas tanto por sus escritos como por la documentación de la Iglesia y la Corona portuguesa.

Algunos lectores poco familiarizados con la literatura sefardí y la cristiana de los conversos del siglo XVI quizá tengan algunas dificultades con mi transcripción de la historia de Baraquías como obra de misterio y el uso del lenguaje coloquial. Sin embargo, Baraquías Zarco es, como muchos de sus contemporáneos, un autor moderno en presentación y estilo. El segundo manuscrito, en especial, muestra una técnica directa que se parece mucho a la de la novela picaresca española, cuyas primeras obras se publicaron poco después de que Baraquías acabara sus escritos. Es

interesante dejar constancia de que muchos de los autores de la novela picaresca española también eran judíos conversos.

No obstante, a diferencia de las novelas picarescas, el tono de Baraquías casi nunca es irónico y mucho menos bufonesco. Además, el personaje central —él mismo— no es un héroe ni un villano. Es sencillamente lo que Baraquías Zarco debió ser: un joven inteligente, iluminador de manuscritos, vendedor de frutas y cabalista; y, sobre todo, un joven desolado por el asesinato de su tío.

El lenguaje franco de Baraquías recurre al uso de tacos, afirmaciones abiertamente blasfemas e incluso a palabras de argot, que he intentado mantener.

Está muy claro que si Baraquías hubiese querido escribir un tratado místico o un texto puramente histórico, podría haberlo hecho. Tenía el talento y los conocimientos necesarios para ello. El hecho es que no lo hizo. Escribió una novela policíaca en tres partes, a la última de las cuales los críticos contemporáneos llamarían un simple epílogo. Para facilitar las cosas, he dividido estas tres partes en veinte capítulos. Los capítulos I al VIII corresponden al primero de los manuscritos de Baraquías; del IX al XX pertenecen al segundo manuscrito, y el XXI, al tercero.

Aunque *El último cabalista de Lisboa* es más que una traducción, me he mantenido rigurosamente fiel al contenido de los escritos de Baraquías excepto en dos cuestiones: cuando incluye largas plegarias y cánticos; y cuando hace digresiones para justificar asuntos espirituales arcanos relacionados con la Cábala, que si bien son de interés para el erudito, serían complicadas y aburridas para el lector medio, y las he excluido casi por completo en mi versión. Del mismo modo, he reordenado varios capítulos por orden cronológico, que en el original de Baraquías iban enlazados por el vínculo espiritual que pretendía conseguir. Considero que esto no altera la obra de Baraquías en lo fundamental, y la estructura rediseñada seguramente será mucho más coherente para el lector moderno.

En general, he buscado mantener el equilibrio entre el lenguaje contemporáneo y el uso ocasional de una palabra o frase anticuada. Confío en que toda la obra sea fiel al espíritu del autor.

Baraquías no siempre acierta en la ortografía portuguesa, quizá por la dificultad de transcribir el lenguaje de su tierra natal a los caracteres hebreos. Por lo tanto, cuando cita algo en portugués, la cita aparece con la ortografía moderna.

En el caso de las palabras hebreas, están escritas utilizando los caracteres latinos para que los lectores europeos y americanos puedan pronunciarlas.

Los manuscritos de Baraquías plantean algunas cuestiones interesantes sobre la historia de los libros hebreos en Iberia. ¿La Torá ilustrada que él descubre en la *genizá* de su tío será la llamada Biblia Kennicott, perteneciente ahora a la biblioteca Bodleiana de la universidad de Oxford? Sus referencias a las letras en forma de animales fantásticos y a Isaac Bracarense (sin duda el Isaac de Braga para quien se ilustró el manuscrito) parecen apuntar en esa dirección. Nada se sabe sobre la historia de la Biblia desde que se acabó en 1476 hasta que fue adquirida por la universidad de

Oxford en 1771 por recomendación del bibliotecario, doctor Kennicott. Tal vez la obra fue salvada por Abraham y Baraquías Zarco.

En cuanto a la versión hebrea y árabe de *La fuente de la vida* guardada por fray Carlos, ¿fue en realidad llevada ocultamente a Salónica? Si es así, ¿qué pasó con la obra? No se ha encontrado nunca ningún original árabe, únicamente las traducciones latinas.

El último cabalista de Lisboa es en sí misma un enigma. ¿Por qué la escondieron en el sótano de Ayaz Lugo? ¿Cómo es que no aparece mencionada en los manuscritos judíos contemporáneos? ¿Se publicó alguna vez? Parece lógico suponer que Baraquías, a la vista de su declarada intención de alertar a los judíos y a los conversos, es decir a los cristianos nuevos, del continuo peligro que corrían en Europa, intentara dar a sus obras la mayor difusión posible.

La profesora Ruth Pinhel de la universidad de París con quien consulté el tema, me brindó varias teorías que más tarde fueron refrendadas por otros expertos en el campo de la literatura medieval sefardí.

En primer lugar, las despectivas caracterizaciones que Baraquías hace de los cristianos viejos y su declarado llamamiento a los judíos y a los conversos para que abandonen Europa, sin duda habrían provocado la ira de los reyes europeos y de las autoridades eclesiásticas, en particular las de los inquisidores de Portugal y España. Si hubiera publicado su obra en la Europa cristiana, las obras que se hubieran descubierto habrían sido destruidas y quemadas.

También es probable que su apasionada defensa en pro de la emigración judía hubiera enfurecido a los líderes de las frágiles comunidades judías de la región, tanto si eran los núcleos sefardíes secretos en Portugal y en España como las comunidades más abiertas de los asquenazíes de la Europa central y oriental. Tanto los judíos como los cristianos nuevos que tenían un motivo espiritual, sentimental o económico para permanecer en Europa quizá también hubiesen prohibido sus obras.

Por otra parte, el tratamiento que da Baraquías a temas como el sexo y el cisma entre los cabalistas y las autoridades rabínicas podría considerarse demasiado atrevido para el gusto de algunos lectores. Muchos prohombres judíos conservadores que intentaban resistirse a la era del judío secular sin duda hubieran juzgado sus escritos como un tema tabú.

Aunque tengo mis dudas, se debe mencionar otra teoría: es posible que el mismo Baraquías decidiera no divulgar sus escritos; quizá no deseaba descubrir a los judíos secretos mencionados en el texto y al mismo tiempo el riesgo de la excomunión por herejía. A pesar de su apasionada necesidad de advertir a los judíos de Europa del destino anunciado por su tío, tal vez temió verse aislado de su comunidad, como le ocurriría un siglo más tarde a Baruc Espinosa, el filósofo holandés descendiente de una familia emigrada de hebreos portugueses. Quizás hizo circular en secreto copias de su libro, implorando a sus lectores que no divulgaran su contenido ni mencionaran su existencia. Ésta podría ser la razón por la que no tiene título.

Hay otra posibilidad que es más desalentadora: es muy posible que a Baraquías le mataran mientras intentaba entrar en Portugal para salvar a su prima Reza. En ese caso, cualquier copia de sus trabajos que llevara a Iberia sin duda habría corrido la misma suerte que su autor, y sólo se salvaron los escritos escondidos en su casa en Constantinopla.

En cuanto al escondrijo, es muy posible que todos los manuscritos se guardaran en su interior durante el período nazi; el recubrimiento de cemento data de esos años. No se debe olvidar que los conversos portugueses emigraron en masa durante los siglos XVI, XVII y XVIII, hacia Turquía, Grecia, el norte de África, los Países Bajos e Italia, países que más tarde se verían amenazados o conquistados por la Alemania nazi. Como resultado de la emigración de los cristianos nuevos, Constantinopla contaba a finales del siglo XVI con una comunidad judía de unas treinta mil personas, la más grande de Europa, y cincuenta y cuatro sinagogas.

Durante la segunda guerra mundial, la mayoría de los judíos ibéricos que vivían en Grecia, Yugoslavia y el resto del sudeste de Europa, doscientos mil o más, fueron detenidos y muertos en las cámaras de gas. A la vista de la súplica de Baraquías para que los judíos y los cristianos nuevos dejaran las tierras cristianas, es interesante dejar constancia de que la comunidad hebrea en la Turquía musulmana fue protegida por el gobierno y se libró totalmente de la destrucción. Incluso así, el propietario o los propietarios de los manuscritos de Baraquías, quizá los padres de Lugo, temieron con toda razón que la matanza alcanzara a Turquía, de la misma manera que Baraquías había temido que la Inquisición se extendiera de Castilla a Portugal cuatrocientos años antes. La Inquisición, en efecto, se estableció definitivamente en Portugal en 1536, unos cincuenta años después de que comenzara en España, y sólo seis años después de que Baraquías acabara el último de sus manuscritos.

¿Conocía Ayaz Lugo la existencia de los manuscritos? No los menciona en el testamento. Es probable que los ocultaran sus padres sin que él se enterara.

En primer lugar, quiero dar las gracias a Abraham Vital, por ofrecerme su casa generosamente y, luego, por darme permiso para trabajar en los textos de Baraquías Zarco. También quiero expresar mi agradecimiento a su esposa, Miriam Rosencrantz Vital, por ayudarme a aguantar muchas noches con su oporto y el cuscús casero.

Gracias también a Isaac Silva Rosa, por animarme a descansar de mi tesis y ponerme a trabajar en este manuscrito; a Ruth Pinhel por ayudarme con referencias históricas; a Ari Doez-Lev y Cari Konstein por su ayuda con las traducciones hebreas, y a Joseph Amaro Marcus, un experto en la Cábala española y portuguesa, por descifrar lo indescifrable.

Este libro se publica en memoria de Baraquías Zarco, su familia y sus amigos.

Glosario

Ab o Av. Undécimo mes del calendario lunar hebreo, que coincide generalmente con parte de los meses de julio y agosto.

Adar. Sexto mes del calendario lunar hebreo, que coincide generalmente con parte de los meses de febrero y marzo. Amán. Cortesano persa que planeó la masacre de los judíos (Libro de Ester).

Anusim. Palabra hebrea para denominar a los judíos forzados a convertirse al cristianismo.

Asmodeo. Demonio judío.

Ba'al Shem. En los textos cabalísticos, título aplicado a los místicos que poseen el conocimiento secreto de los nombres de Dios y pueden hacer un uso mágico de dicho conocimiento.

Bahir. *Libro de la Luz.* Un influyente texto cabalístico descubierto en Provenza en el siglo XII.

Challá. Pan judío untado con clara de huevo.

Chametz. Alimentos que los judíos no pueden comer durante la Pascua, en particular el pan de levadura.

Chazán. El que dirige las plegarias y cantante principal de la liturgia en la sinagoga.

Ein Sof. Dios oculto, al que no se puede ver, describir ni acercarse. La existencia y la naturaleza de este Dios sólo se puede deducir de sus emanaciones o atributos en nuestro mundo.

Elohim. Uno de los nombres de Dios.

Genizá. El lugar donde se guardan los libros sagrados.

Golem. Criatura, generalmente con forma humana, creada por medios mágicos a través del uso de nombres sagrados, en particular del Tetragrámmaton.

Hagadá. Texto que contiene la historia del Éxodo y el ritual de la cena con que se conmemora la Pascua. Los iluminadores de manuscritos hebreos de Iberia y otras partes de Europa frecuentemente ilustraban los Hagadás con escenas bíblicas.

Halizá. Ceremonia prescrita en la Biblia, que se realiza cuando un hombre rehúsa casarse con la viuda sin hijos de su hermano.

- Hanuká.** Festividad judía que se celebra en invierno y conmemora la victoria de los Macabeos sobre los sirios en el año 165 antes de Cristo.
- Haroset.** Mezcla de frutas troceadas, nueces y especias que se come durante la Pascua y que representa la argamasa utilizada por los esclavos hebreos en las construcciones ordenadas por el faraón durante la cautividad en Egipto de los hebreos.
- Heshván.** Segundo mes del calendario lunar hebreo, que coincide generalmente con el mes de octubre y parte de noviembre.
- Ibbur.** Espíritu maligno o el alma en pena de un muerto que entra en el cuerpo de una persona viva y controla su comportamiento.
- Kaddish.** Oración por los muertos que recitan los deudos.
- Kislev.** Tercer mes del calendario lunar hebreo, que coincide generalmente con el mes de noviembre y parte de diciembre.
- Kosher.** Adecuado para el consumo humano, de acuerdo con las leyes judías en cuestiones dietéticas.
- Lez.** Un travieso demonio judío o «poltergeist».
- Levita.** Persona perteneciente a la casta de los sacerdotes descendientes de Leví, hijo de Jacob.
- Lilith.** Demonio femenino que, en las leyendas judías, estrangula a los niños y seduce a los hombres. Algunas veces se la considera como la reina de todo lo que es malvado.
- Magen David.** La estrella de seis puntas utilizada como símbolo del judaísmo.
- Maimón.** Poderoso demonio judío.
- Mardoqueo.** Cortesano judío que frustró el plan de Amán de masacrar a los judíos persas (Libro de Ester).
- Matzá.** Pan ázimo cocido por los israelitas que en conmemoración de la salida de Egipto se come durante las festividades de Pascua. Los únicos ingredientes son harina y agua.
- Menorá.** Candelabro de siete o nueve brazos, que se enciende durante la fiesta de Hanuká.
- Metatrón.** El ángel celestial que lleva el registro de las buenas obras.
- Mezuzá.** Pequeña caja donde se guarda un pergamino en el que está escrita la oración judía del Deuteronomio que comienza con «Escucha, oh, Israel». Esta caja se coloca en el umbral de las casas de los hebreos y se consideraba como una protección contra el ataque de los demonios.

Micvá. Baño ritual en el que las mujeres se sumergen después de la menstruación. También lo utilizan los hombres como parte de los ritos de purificación.

Mitzvá. Mandamiento divino. Hay seiscientos trece mandamientos en la Torá. También significa una buena obra.

Mohel. Persona preparada para realizar las circuncisiones. Los niños judíos son circuncidados al octavo día después del nacimiento.

Neshamá. El hábito de Dios en el hombre; el alma.

Nezá. La paciencia divina.

Nisán. Séptimo mes del calendario lunar hebreo, que generalmente coincide con parte del mes de marzo y parte de abril.

Passover. Festividad judía que conmemora la salida de Egipto del pueblo hebreo; tradicionalmente se celebra en primavera. Dura ocho días.

Pesaj. Passover.

Purim. Festividad judía que celebra el fracaso del plan de Amán para masacrar a los hebreos residentes en Persia.

Rahamín. Compasión divina.

Rosh Hashaná. Año nuevo judío.

Samael. Nombre hebreo de Satanás.

Seder. Cena tradicional que se come la primera y a veces la segunda noche de la Pascua. (La última cena de Jesucristo fue el seder judío).

Sefer. «Libro», en hebreo.

Sefirot. Los diez aspectos o manifestaciones de Dios, algunas veces representados como luces divinas, y a menudo vinculados con el Árbol Cósmico, los nombres de Dios y diversas partes del cuerpo humano.

Sitra Ahra. Término cabalístico con que se designa el dominio de las manifestaciones del mal y los poderes demoníacos (El otro lado).

Shefa. Influjo divino o un momento de la presencia divina.

Shevat. Quinto mes del calendario lunar hebreo, que generalmente coincide con el mes de enero y parte de febrero.

Shofar. Cuerno de carnero que al soplarlo produce un sonido de trompeta durante algunos rituales hebreos.

Shohet. Carnicero judío que vigila y ejecuta la matanza de los animales.

Tallis (o tallit). Chal rectangular que se usa en las oraciones.

- Talmud.** Antigua recopilación de las leyes orales hebreas que incluye comentarios rabínicos.
- Tefillín.** Filacteria.
- Tishri.** El primer mes del calendario lunar hebreo, que generalmente coincide con parte del mes de septiembre y parte de octubre.
- Torá.** El Pentateuco, o sea, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. En un sentido más amplio, también puede referirse a todo el Antiguo Testamento, e incluso a todas las enseñanzas hebreas.
- Tref.** Alimento no apto para consumo humano y que debe ser descartado de acuerdo con las leyes dietéticas hebreas.
- Tzitzit.** Los flecos que cuelgan en las cuatro puntas del tallis o chal ritual de la oración.
- Tu Bishvat.** Festividad judía vinculada con el Árbol de la Vida y el fruto prohibido y relacionada con la tierra de Israel.
- Yom Kippur.** La más sagrada de las festividades hebreas, durante la cual los judíos ayunan para expiar sus pecados.
- Zedek.** La justicia divina.
- Zohar.** *El libro del Esplendor.* Es el libro más influyente del misticismo cabalístico. Fue escrito en Guadalajara, entre el 1280 y el 1286, por el místico judío Moisés de León.

Nota histórica

En el mes de diciembre de 1496, cuatro años después de que los Reyes Católicos Fernando e Isabel expulsaran a los judíos de sus reinos, convencieron al rey Manuel de Portugal a que hiciera otro tanto. A cambio, recibiría de los monarcas españoles su hija en matrimonio. Poco antes de entrar en vigor la orden de expulsión, el rey Manuel decidió convertir a los judíos portugueses en lugar de perder a unos ciudadanos tan valiosos. En marzo de 1497, mandó cerrar todos los puertos y ordenó que se reunieran los judíos y los llevaran a la pila bautismal. Si bien han llegado hasta nosotros relatos de algunos judíos que mataron a sus hijos y después se suicidaron antes que convertirse al cristianismo, la mayoría aceptaron a la fuerza a Jesucristo como Mesías. Se les denominó conversos o cristianos nuevos y se les concedió un plazo de veinte años para abandonar las costumbres y tradiciones judías, una promesa que no se cumplió en las dos décadas siguientes de prejuicios y encarcelamientos. Incluso así, muchos de los cristianos nuevos persistieron en sus creencias. En secreto y enfrentándose a grandes riesgos, continuaron con las oraciones y la práctica de sus ritos, sobre todo con aquellos que se vinculaban más con la observancia del *sabat* y la celebración de las fiestas judías. Uno de estos judíos secretos era Baraquías Zarco, el narrador de *El último cabalista de Lisboa*.

Prefacio

La pena pesaba sobre la punta de mi cálamo cuando comencé por primera vez a escribir nuestra historia. Corría el año hebreo de 5267, correspondiente al año cristiano de 1507.

Por egoísmo, abandoné mi narrativa cuando Dios no quiso otorgarme la gracia del alivio para mi alma.

Hoy, veintitrés años después de este débil intento por dejar constancia de mi búsqueda de venganza, una vez más he abierto las páginas de mi manuscrito. ¿Por qué he roto los lazos del silencio?

Ayer, alrededor de mediodía, llamaron a la puerta de nuestra casa aquí en Constantinopla. Yo era el solitario miembro de mi familia que se encontraba en casa y fui a ver quién era. Un hombre joven, de pequeña estatura, con el pelo negro largo y ojos oscuros y cansados, envuelto en una elegante capa ibérica a rayas rojas y verdes, esperaba en nuestro umbral. Con un tono entrecortado y vacilante, preguntó en portugués:

—¿Tengo el honor de dirigirme a maese Baraquías Zarco?

—Sí, muchacho —respondí—. Por favor, dime quién eres.

—Lourenço Paiva —dijo, acompañando sus palabras con una humilde reverencia—. Acabo de llegar de Lisboa y confiaba en encontraros.

Mientras repetía su nombre para mis adentros, le recordé como el hijo más joven de una vieja amiga, la lavandera cristiana a quien habíamos regalado nuestra casa de Lisboa antes de nuestra huida de la desafortunada ciudad hacía ya más de dos décadas. Interrumpí con un ademán la innecesaria presentación y le acompañé hasta la cocina. Le pregunté por su madre, y me apenó saber que no hacía mucho se la había llevado el Señor. Con un tono sobrio pero orgulloso, elogió la memoria de su madre durante unos minutos. Después, fue un placer compartir una pequeña garrafa de vino de Anatolia, hablar de su viaje por mar desde Portugal y sus primeras y asombradas impresiones de la capital turca. Sin embargo, mi complacencia me dejó inerte ante lo que seguiría; cuando le pregunté a qué se debía el placer de su visita, sacó de la capa dos llaves de hierro sujetas a una cadena de plata. Inmediatamente, un escalofrío me recorrió la espalda. Antes de que pudiera abrir la boca, él me sonrió con la ansiedad de un joven que hace un regalo a una persona mayor y puso las llaves en mis manos.

—Si queréis regresar a la patria, maese Baraquías, vuestra casa de Lisboa os espera.

Le tendí la mano y le sujeté por el brazo para no tambalearme: mi corazón latía como un tambor repitiendo aquella única palabra: patria. Los dientes de las llaves me hacían daño en la palma de la mano debido a la fuerza con que las apretaba. Abrí los

dedos y acerqué la mano a la nariz para aspirar aquel olor a moneda vieja del metal. Los recuerdos de las calles sinuosas y los olivos sacudieron todo mi ser. Se me erizó el vello de los brazos y el pelo de la nuca. Se abrió una puerta en mi interior, y tuve una visión: me encontraba delante de la puerta enrejada del patio en la parte de atrás de nuestra vieja casa en el barrio lisboeta de Alfama. Enmarcado por el arco de la entrada y el centro del patio se encontraba mi tío Abraham, mi maestro espiritual. Envuelto en su túnica de viaje de lana color bermellón, recogía limones de nuestro limonero, canturreando feliz. La piel oscura, color canela, brillaba como el oro, como si la iluminase la luz que precede al ocaso, y la indómita mecha de pelo blanco y las pobladas cejas titilaban como con un potencial mágico. Al presentir mi presencia, interrumpió la melodía, se volvió con una sonrisa de bienvenida y se acercó balanceándose de aquella manera suya que sólo adoptaba en la sinagoga. La cálida mirada de sus ojos verdes muy abiertos pareció abrazarme. Con una mueca divertida, comenzó a desatarse el cordón rojo de la túnica mientras caminaba, y dejó que la prenda cayera sobre las losas de pizarra del patio. Debajo, iba desnudo, sólo llevaba un *tallit* sobre los hombros. Mientras se acercaba, su cuerpo comenzó a irradiar rayos de luz. Su forma se volvió tan cegadora que mis ojos se anegaron en lágrimas. En el momento en que la primera lágrima salada tocó la comisura de mis labios, él se detuvo y me llamó por el nombre de mi hermano mayor: «¡Mardoqueo! ¡Por fin has hecho caso a mis plegarias!». Su rostro aparecía ahora rodeado por una aureola de fuego blanco. Con un gesto solemne, como si me estuviera pasando un versículo cargado de vieja sabiduría, me arrojó un limón. Lo cogí al vuelo. Sin embargo, cuando miré el fruto, me encontré con letras portuguesas medio oxidadas unidas en una cadena. Decían: «*As nossas andorinhas ainda estão abandonadas com o faraó*». (Nuestras golondrinas todavía están abandonadas al faraón). Mientras mi mirada repasaba estas palabras del código de los cristianos nuevos, ellas remontaron el vuelo y después se rompieron con un sonido cristalino.

Me encontré mirando las llaves una vez más. Las lágrimas me nublaban los ojos. Se había cerrado la puerta de mi visión.

Lourenço me sujetaba por los hombros, el rostro pálido y asustado. No sé cómo brotaron de mis labios palabras de consuelo.

Para comprender la revelación que acababa de tener, es necesario explicar el significado de las palabras hebreas: *mesirat nefest*. Significan, por supuesto, la voluntad de sacrificio, y su poder oculto reside en la tradición de los cabalistas de arriesgarse incluso a un viaje a los infiernos para conseguir una meta que no sólo ayudará a curar a nuestro mundo enfermo sino también a hacer reparaciones en los reinos superiores de Dios.

Con las llaves laténdome en la mano, comencé a comprender por primera vez el sacrificio que había hecho mi tío Abraham, cómo el concepto de *mesirat nefest* había dado a los latidos de su corazón su apasionado, pero frágil ritmo. Por razones que quedarán claras en el relato de nuestra historia, vi también que mi visión había sido

una llamada para regresar a Portugal y cumplir con el destino que él había preparado para mí hacía tantos años; un destino que no seguí, y que nunca había comprendido.

Asimismo, comencé a ver que con mi regreso a Lisboa tendría la ocasión de reparar el desvío de mi destino, de cumplir con mi juramento de *mesirat nefest*. Porque sin duda el viaje de regreso pondría en peligro mi vida. Con España en manos de la Inquisición y Portugal acercándose cada vez más a sus hogueras, mi regreso significaría que mi vida con mi esposa, Letiça, y mis hijos, Zuli y Ari, había llegado a su fin.

Así es que pensando en ellos he cogido la pluma otra vez. Me gustaría que todos y cada uno de los miembros de mi familia leyera las razones de mi partida; y de los hechos ocurridos hace veinticuatro años que metieron a la fuerza estas razones en mi corazón. La historia del asesinato que ensombreció nuestras vidas para siempre y mi caza del misterioso asesino es demasiado larga y compleja como para ser escuchada de mis labios. Prefiero no correr el riesgo de dejar alguna cosa sin decir.

También escribo para desterrar de nuestro hogar el frío aire del secreto, para que Zuli y Ari puedan entender finalmente mis vagas respuestas cuando, en la infancia y la adolescencia, me preguntaban por los acontecimientos que precedieron a mi fuga de Lisboa. No ha sido fácil para ellos tener a un padre con un pasado envuelto en sórdidas especulaciones por parte de muchos de nuestra comunidad judía de inmigrantes. Con lágrimas en los ojos, y los puños apretados con tanta fuerza que los nudillos se les ponían blancos, han oído cómo me llamaban asesino y hereje. ¡Cuántas veces también mi esposa ha soportado los rumores de que en Lisboa me había seducido *Lilit* con el disfraz de una noble castellana, y que incluso ahora ese demonio es dueño de mi corazón!

Sí, soy un asesino. Admito haber matado a un hombre y haber hecho un contrato para acabar con la vida de otro. Mis hijos leerán las circunstancias y se formularán sus propios juicios. Ya son lo bastante mayores como para saberlo todo. No creo que yo sea un hereje. Pero si lo soy, fueron los sucesos que dentro de poco comenzaré a relatar los que clavaron los dardos de la herejía en mis carnes. En cuanto a mi corazón, encomiendo a mis seres queridos a que ellos nombren su gobernante. Que la verdad emerja de estas páginas sin miedo, como el toque de trompeta de un *shofar* que saluda la llegada del *Rosh Hashaná*. Que yo pueda, por fin, librarme de mis últimas decepciones y de los vestigios de la máscara que llevaba para ocultar mi condición de judío siendo niño. Sí, espero aprender mucho de mí mismo mientras mi pluma trace mis recuerdos; cuando a la memoria se la deja vagar libremente por el pasado, ¿no nos premia siempre con el conocimiento de nuestro espíritu?

Desde luego, la culpa por mi ignorancia y fracasos —y otros pecados mucho más terribles— me acompañó al exilio de Constantinopla, e incluso ahora me persigue. Algunos dirían que es la más profunda de mis motivaciones. No obstante, mientras trazo las letras hebreas sobre este pulido pergamino, me doy cuenta de que lo que me impulsa a escribir es la oportunidad de hablar a través de muchas décadas con otros

que ni siquiera tienen nombres: mis futuros nietos y los de mi hermana, Cinfa. A todos nuestros descendientes les digo: leed esta historia y sabréis por qué vuestros antepasados abandonaron Portugal; el gran sacrificio que mi maestro hizo por vosotros; lo que les ocurrió a los judíos de Lisboa cuando este siglo sólo tenía seis años cristianos. Para asegurar vuestra supervivencia, estos son unos sucesos a los que vuestras memorias deberían aferrarse como niños huérfanos.

Pero lo más importante de todo, si seguís la melodía y el ritmo de estas palabras hacia su cadencia final, aprenderéis por qué nunca deberéis poner el pie en la Europa cristiana.

No os dejéis engañar: bajo la superficie de esta historia se esconden los afilados bordes de una advertencia. Estoy convencido de que es vuestra seguridad lo que animó a mi tío Abraham a presentarse ante mí y llamarme a Portugal. Si ahora no escribiera, si la memoria tuviese que concluir en un tímido silencio, quizá podría tener también vuestras muertes sobre mis espaldas.

En cuanto a la trama del misterio que destejeré para vosotros, mis enemigos dirán que sin duda incluirá complicados arabescos por el deseo de ocultar la sangre que mancha mis manos. Las pruebas señalarán en otra dirección. Mi tío Abraham me concedió la oportunidad de vivir mi vida con plenitud, y no volveré a desengañarle. Por lo tanto, si encontráis complicaciones —incluso contradicciones— en el tejido de mis más modestas frases es porque deseo que veáis los acontecimientos tal como ocurrieron de verdad, para que me veáis como soy en realidad. Un judío nunca es la criatura sencilla que los cristianos siempre han querido que creamos que somos, y un judío hereje nunca es tan obcecado como afirman nuestros rabinos. Todos somos lo bastante abiertos y profundos como para aceptar un río de paradojas y enigmas en nuestras almas.

Ahora debo hacer una última confesión: no tengo ni la menor idea de por qué mi tío Abraham me llamó en mi visión con el nombre de Mardoqueo, mi hermano mayor, y esta ignorancia me resulta inquietante. Es como si hubiese algún significado más profundo en la aparición de mi maestro, un significado que subyace a las muertes ocurridas hace veinticuatro años, que todavía no acabo de comprender. Por ejemplo, ¿por qué mi tío ha esperado hasta ahora para mostrarse ante mí? Es evidente que necesito más tiempo para considerar este asunto. Sin embargo, quizá pretenda que la luz del entendimiento penetre en mi oscuridad mientras escribo nuestra historia. ¿Sólo llegaré a comprender las sutiles vinculaciones entre el pasado y el presente cuando esté a punto de acabar mi manuscrito? La posibilidad me hace sonreír, calma un poco mis dudas; sería muy típico de mi tío reclamarme un día y una noche de trabajo material antes de presentarse ante mí con la última clave de su significado celestial. Por lo tanto, continúo.

Cuando consideré por primera vez escribir nuestras tribulaciones en las páginas de un manuscrito, mi familia y yo estábamos escondidos en el sótano de nuestra casa.

El misterio acababa de abrirse ante mis ojos con toda su complejidad. Es allí donde comencé mi historia hace veintitrés años, y es allí donde volveremos a comenzar.

Hablaremos de tres acontecimientos antes de llegar al asesinato que cambiaría nuestras vidas: el paso de los flagelantes; la herida de un querido amigo; y el arresto de un miembro de la familia. De haber comprendido el significado de estos portentos, de haberlos leído en las estrofas de un poema escrito por el Ángel de la Muerte, hubiese podido salvar muchas vidas. Pero me traicionó la ignorancia. Quizás a vosotros, mientras leéis mis palabras a lo largo de estas páginas, os vaya mucho mejor. Que seáis bendecidos con una visión clara.

Así que sentaos en algún cuarto tranquilo adornado con un círculo de plantas o de flores fragantes. Mirad al este, hacia la amada Jerusalén. Desatad los nudos de la mente con cánticos, y dejad que la suave luz de las velas ilumine estas páginas mientras las leéis.

Bruheem kol demuyay eloha! ¡Benditos sean todos los que han sido hechos a imagen y semejanza de Dios!

*Baraquías Zarco, Constantinopla,
Día 6 de Ab, 5290 (1550 de la era cristiana).*

Libro primero

Capítulo I

Tenía yo ocho años, en el año cristiano de mil cuatrocientos noventa y cuatro, cuando leí la historia de los ibis sagrados que ayudaron a Moisés a atravesar un pantano etíope infestado de serpientes. Con las tintas y colores de mi tío Abraham dibujé un animal rojo y negro con un pico en forma de hoz. Mi tío lo sostuvo en alto para inspeccionarlo.

—¿Ojos de plata? —preguntó.

—Para reflejar a Moisés, ¿de qué otro color podían ser?

Mi tío me besó en la frente.

—A partir de hoy, serás mi aprendiz. Te ayudaré a convertir las espinas en rosas, y juro que te protegeré de los peligros que acechan a lo largo del camino. Las páginas que son como puertas se abrirán a nuestro toque.

¿Cómo podía saber que un día le habría de negar tan rotundamente?

Imagínate estar fuera del tiempo. Que el pasado y el futuro dan vueltas a tu alrededor, y que no consigues situarte correctamente. Que tu cuerpo, tu receptáculo, ha quedado libre de la historia. Porque es así como me siento, veo claramente cuándo y dónde comenzó el mal; cuatro días atrás, el veintidós de *Nisán*; en nuestra Judiaria Pequeña, el pequeño barrio judío en el distrito de Alfama en Lisboa.

Era una mañana resplandeciente como una cuenta de ópalo del collar de aquel mes de primavera. El año era el cinco mil doscientos sesenta y seis para los cristianos nuevos. El dieciséis de abril de mil quinientos seis para los malditos cristianos de alma y corazón.

Desde la oscuridad de la madrugada del miércoles, escondido aquí en el sótano, recuerdo el amanecer del viernes como si la luz del sol pregonara las primeras notas de una enloquecida fuga.

Oculto detrás de una de las notas de la melodía, camuflado en la memoria, está el rostro que busco.

El día de nuestro primer *seder* de *Pesaj* comenzó diáfano y seco, como todas las últimas madrugadas. No habíamos recibido la bendición de la lluvia durante más de once semanas. Hoy tampoco llovería.

En cuanto a la peste, nos provocaba escalofríos en el cuerpo y en el alma desde la segunda semana de *Heshván*, hace ya siete meses.

Los doctores cristianos del rey Manuel pensaban que el ganado era lo mejor para absorber las esencias transportadas por el aire a las que atribuían la epidemia, así que soltaron a doscientas vacas mareadas y nerviosas para que vagaran por las calles.

Hacía tiempo que el rey había escapado de nuestra desolación con la mayoría de la aristocracia. Hacía unas tres semanas que desde Abran tes había ordenado la

construcción de dos nuevos cementerios fuera de las murallas de la ciudad para los centenares que reclamaba Dios todas las semanas.

Desde luego, las almas de los muertos estaban más allá del entusiasmo por dicho gesto, y no se podía culpar a los vivos por considerar el decreto sencillamente como una prueba más del inservible pragmatismo y la cobardía del rey. ¿Era un punto sin retorno? La vida cotidiana comenzaba a mostrar un sesgo de cruel y desesperante locura. En los últimos tres días, vi a un burro caído ciego por las puñaladas de su amo, con los ojos chorreando sangre, y vi cómo tiraban a una niña que no tendría más de cinco años y que no dejaba de chillar, desde el tejado de un edificio de cuatro pisos.

Los pobres, para acallar las punzadas del hambre, se habituaron a comer una pasta de linaza y agua.

Acababa de cumplir los veinte años y era un poco más devoto de lo que fuera menester como prueba mi creencia de que nuestra ciudad había sido agraciada generosamente con el estricto significado de la Torá. Para mí, había una terrible e intemporal belleza y horror en todo. Incluso los pies inmundos de los recién fallecidos que asomaban por debajo de la arpillera de los hediondos carromatos de los apestados poseían una triste y reverente gracia, porque ellos hacían que nuestros pensamientos se volvieran hacia la mortalidad del hombre y nuestra alianza con Dios.

Mi tío Abraham era el único que no hacía el menor caso de los esqueléticos predicadores que recorrían las calles chillando que Dios había abandonado Portugal y que sólo faltaban cinco semanas para el fin del mundo (aunque hacían notar que se podía posponer, si éramos generosos a la hora de rascarnos el bolsillo). Mi tío me había dicho con expresión de enfado: «¿No crees que el Señor me hubiera hecho una señal si estuviera a punto de cerrar la última puerta de los Reinos Inferiores?».

A fray Carlos, un sacerdote amigo de la familia, aún no se le podía contar entre los desgraciados que habían sucumbido totalmente a la locura que dominaba la ciudad. Pero sólo parecía cuestión de días.

—¡La sequía y la peste son los hijos gemelos del diablo! —me susurró como un conspirador mientras estábamos en la arcada de piedra de la iglesia de San Pedro.

Aquella mañana le había traído a Judá, mi hermano pequeño, para que lo instruyera en las costumbres de la cristiandad. Los tres contemplábamos el paso de una procesión de flagelantes que se azotaban las espaldas con látigos en cuyas puntas había bolas de cera con limaduras de metal y astillas de vidrios coloreados. Detrás marchaban los frailes de los conventos de Lisboa con estandartes azules y amarillos con imágenes del Nazareno crucificado. Cerraban la retaguardia los orgullosos cofrades, vestidos con sus mejores galas de seda, que cargaban a hombros las andas con imágenes de los santos.

La multitud que contemplaba su paso, apiñada a ambos lados de la calle, era como dos cintas deshinchadas contra las polvorientas fachadas blancas de las casas hasta llegar a la catedral. Los gritos solicitando agua y piedad sonaban como coros

antifonales. Estaban presentes todas las clases de nuestra ciudad: caballeros y campesinos, prostitutas y monjas, mendigos y esclavos negros, incluso marineros del norte de ojos azules.

De pronto, una manada de perros sin dejar de ladrar pasaron corriendo por delante de mí, de fray Carlos y de Judá en dirección oeste acompañando el desfile. El sacerdote cerró los ojos, musitando nervioso una plegaria. Aspiré a fondo el helado perfume del peligro en el aire. «Y esta noche —pensé—, en las procelosas corrientes de este mar de locura, botaremos la nave prohibida del *Pesaj*». Sí, nuestras celebraciones tendrían que haber comenzado una semana antes, pero la mayoría de los judaizantes, incluida nuestra familia, había decidido posponer la Pascua con la esperanza de mantenerse a salvo de las peligrosas murmuraciones de los cristianos viejos que nos rodeaban.

Un leñador mugriento y greñudo que se encontraba cerca de nosotros, gritó a voz en cuello:

—«¡Para conseguir la lluvia celestial necesitamos más sangre! ¡Lisboa debe convertirse en una Venecia de sangre!».

Judá se apretó contra mis piernas, y lo sujeté por los hombros. Fray Carlos se frotaba las manos sobre su frente condenada, como si quisiera defenderse. Era un hombre recio, retaco, la piel pálida y suave, la nariz bulbosa, con una tupida red de venillas rojas en las mejillas de tanto beber. Pocas personas lo tomaban en serio, pero yo lo tenía por un buen amigo. La mirada de sus ojos con los párpados caídos se fijó en mí.

—No hay nada que les guste más a los hombres que profanar lo sagrado, muchacho —comentó.

Repentinamente me invadió un sentimiento de tristeza por nuestro destino. Me volví al olor de la pimienta india, y la sangre salpicó mis pantalones y el rostro de Judá. Un enloquecido flagelante acababa de arrancarse la piel de los hombros a túrdigas, y ahora se rociaba con especias para merecer el agujonazo del amor de Dios. En los ojos aterrorizados de mi hermano creí reconocer la mirada de un niño hebreo a punto de escapar a través del mar Rojo. Me estremeció una premonición pasajera, pero de una certidumbre poco habitual: «Los judíos de Lisboa hemos esperado demasiado para repetir el Éxodo, y el faraón se ha enterado de nuestros planes para la huida».

Mientras volvía a la realidad, fray Carlos escondió la mirada en el rebozo de la capa, y me susurró con un tono que parecía un grito:

—¡Escucha los gemidos de ese joven iniciado, escucha el aullido de los hijos del diablo!

Judá me miraba con una asombrada y ávida curiosidad. Al ver que las lágrimas acariciaban sus ojos, le cogí en brazos, le limpié la cara, y le despeiné los grandes rizados de pelo negro como el azabache. Me echó los brazos al cuello.

—Muchísimas gracias —le dije a fray Carlos—. Entre tú y esos locos, creo que por hoy ya hemos tenido bastante educación religiosa.

Levanté la capucha de la capa de Judá para cubrirle la cabeza y le di unas palmadas en la espalda mientras sollozaba y se sorbía los mocos. Después de que el último penitente pasara por delante de nuestra antigua sinagoga, fray Carlos nos acompañó a través de la plaza. En una esquina se encontraba nuestra casa, un edificio de una sola planta encalada y con un zócalo azul oscuro que seguía todo el contorno rectangular. La afinidad entre los colores me indujo a levantar la mirada hacia el diáfano color turquesa del alba, para luego seguir por el caballete del tejado, un horizonte de moteadas tejas ocres atravesado casi en el centro por la chimenea, un cono blanco manchado de hollín con las muescas de las salidas del humo, rematado en la punta con la silueta de un trovador de hojalata que señalaba al este, hacia Jerusalén. Las delgadas columnas de humo procedentes del hogar giraban a su alrededor para después disiparse arrastradas por la brisa del sur en dirección al río.

—Más vale que por hoy dejemos las clases —manifestó fray Carlos mientras yo abría la cancela de hierro forjado que servía tanto para nuestro hogar como para la casa de mi querido amigo Farid y su padre—. Tengo que ocuparme de un desagradable asunto que vengo posponiendo con tu tío.

Entramos en el recinto secreto de nuestro patio. Rodeado de blancas paredes y muros, pavimentado con losas de pizarra gris, tenía en el centro un venerable limonero rodeado de adelfas. Farid se encontraba en su galería, vestido sólo con su ropa interior, descalzo, entretenido en atusarse los largos rizos negros que le caían sobre los hombros. A mí siempre me había parecido dotado de todos los atributos del poeta guerrero del desierto árabe: delgado, musculoso, ojos verdes, con mirada de halcón, suave piel morena y una ágil e imprevisible inteligencia. La sombra de barba que siempre le oscurecía las mejillas le hacía parecer somnoliento pero seductor, y tanto los hombres como las mujeres a menudo se dejaban cautivar por su belleza bronceada. Me dio los buenos días con un movimiento de sus manos fuertes habituadas a tejer alfombras. Aunque era sordomudo de nacimiento, nunca había tenido la menor dificultad para conseguir que yo le entendiera; de muy pequeños, habíamos desarrollado un lenguaje de signos, sin duda porque habíamos nacido sólo con dos días de diferencia y nos habíamos criado juntos.

Respondí al saludo de mi amigo y llevé a fray Carlos hasta la puerta de la cocina, una abertura ojival adornada con una bordura de estrellas hechas con mosaicos de colores verde y ocre.

—Lo mejor será acabar ahora mismo —comentó con un tono de duda.

¿Una casa puede tener un cuerpo, un espíritu? La nuestra estaba vencida y castigada por siglos de lluvia y sol, pero protegía celosamente a sus ocupantes.

Mi tío Abraham y yo, dedicados a iluminar manuscritos, a menudo habíamos tomado nuestra casa como modelo de muchas viviendas bíblicas. Las paredes las pintábamos con una lechada de albayalde, y a los techos bajos y hundidos de madera

de castaño que crujían de una manera alarmante durante las lluvias de *Abo Tishri*, les aplicábamos una pintura marrón hecha con vinagre, limaduras de plata, miel y alumbre. Las baldosas de arenisca que rascaban nuestros pies tenían un suave tono bermellón conseguido con la mezcla de azogue y azufre.

Los cimientos habían cedido e inclinaban los suelos hacia el ordenado dormitorio de mi madre en el lado de poniente de la casa, un poco más grande que un pasillo, pero con la ventaja de tener una entrada por la calle de la Sinagoga para sus clientas de costura. De cara a levante se encontraba el cómodo y muy luminoso dormitorio de mis tíos. Entre ambos estaba la cocina, con una gran mesa de roble en el centro alrededor de la cual pasaban nuestras vidas, y el dormitorio que compartía con Judá y mi hermana pequeña, Cinfa. Nuestra frutería, añadida unos doscientos años atrás a juzgar por la construcción, sobresalía de este cuarto hacia la calle de la Sinagoga.

Entramos en la casa, y fray Carlos hizo un gesto de desagrado al sentir el olor agrio de la cal fresca en las paredes. Mientras él y mi hermano pequeño miraban en el sótano para ver si mi tío estaba allí, fui a mi habitación a espiar por la ventana el interior de la frutería. El pasillo central, más allá de los cestos de higos y dátiles, uvas pasas y sultanas, naranjas amargas, avellanas, nueces y todas las variedades de frutas que se dan en Portugal, estaban Cinfa y mi madre, Mira, sacando cucharones de aceitunas de los barriles de madera que ponían en tinajas de barro a la vista de los compradores. Me asomé para saludarlas:

—¡Bendito sea Aquél que ilumina nuestra mañana lisboeta! —grité.

Cinfa me obsequió con una fugaz sonrisa. Era una chiquilla larguirucha y algo salvaje, con una voz que sonaba como si hablara con los nudillos metidos en la boca, pero que últimamente comenzaba a transformarse en mujer. Tenía casi doce años, y una belleza de mujer adulta se despertaba en la secreta plenitud de sus labios, en los pómulos elevados y en sus poses reservadas. La niña que había pasado horas persiguiendo liebres y cogiendo ranas daba paso a otra mucho más interesada en contemplar a su modesta gemela del espejo de ojos color avellana.

Mientras Cinfa y yo nos dábamos un beso, mi madre me dirigió una mirada hosca y desabrida. Era una mujer pequeña y regordeta, con la mirada gacha, los hombros caídos, y sus formas siempre disimuladas dentro de una amplia túnica de color verde y un delantal negro. El pelo castaño oscuro, salpicado de mechones grises sobre la frente, se lo cubría con una toca de encaje gris y se lo sujetaba en un moño en la nuca. El moño lo llevaba atado con una cinta de terciopelo negro de Jerusalén que le había regalado hacía años su hermano mayor, mi tío Abraham. El moño le estiraba el pelo tanto que parecía quitarle el color de la cara, que, a lo largo de los últimos años, había adoptado una expresión de enfermizo desafío a cualquier posibilidad de dicha; continuaba llorando a su marido enterrado tiempo ha y a su primer hijo, mi hermano mayor Mardoqueo. Para todos aquellos que la habían conocido como una madre joven y alegre, su infinita tristeza era un recordatorio de que la vida reserva sus flechas más afiladas para las mujeres, que paren —y lloran...— a sus hijos muertos.

—¿Habéis visto al tío? —pregunté.

Cinfa se encogió de hombros. Mamá se pasó la lengua por los labios reseco y meneó la cabeza como si estuviese molesta por mi aparición.

Fray Carlos y Judá se reunieron conmigo en la cocina.

—No está por ninguna parte —dijo el fraile.

Nos sentamos alrededor de la mesa dispuestos a esperarle. Tía Ester apareció de pronto en la puerta que daba al patio, vestida con una chaqueta negra de cuello alto que parecía iluminar su rostro moreno. Sus ojos castaño oscuro se abrieron horrorizados.

—¿Qué son esas manchas? —preguntó, señalando mis pantalones—. ¿Por qué ha estado llorando Judá?

Apretó los labios con una expresión acusadora, y me miró furiosa mientras se acomodaba unos mechones de pelo teñido con ligustro debajo del pañuelo rojo. Alta, delgada y de una belleza un tanto sombría, podía dominar una reunión con una simple mirada.

—Sólo es un poco de sangre —comencé a explicarle—. Los flagelantes...

Movió las manos con ademán violento y hundió en ellas el rostro de modo que parecía una bailarina mora.

—¡No me lo digas! ¡No quiero oírlo! ¡Santo cielo, es que ni siquiera sois capaces de limpiaros! Y hagas lo que hagas, no permitas que tu madre vea a Judá en ese estado. ¡Nos daría la lata el resto de nuestras vidas!

—Sí, ve a lavarte —intervino fray Carlos acompañando sus palabras con un ademán como si me echara de la cocina—. Le avisé que en cuanto entráramos en casa debía lavarse.

Le dirigí al fraile una mirada furibunda. Él sonrió burlón y enarcó las cejas como si fuéramos rivales por el afecto de mi tía.

—En cuanto a mi pequeño problema... —le dijo a mi tía Ester.

Me llevé a Judá a nuestro dormitorio, le quité la ropa y después me desnudé yo. Mientras le lavaba con la mezcla de agua y vinagre que mi madre insistía en que usáramos, su cuerpo se relajó al contacto de la esponja. Era un chiquillo de cuerpo musculoso y con unos ojos grises, de un gris azulado y mirada seductora. Judá parecía destinado a convertirse en un Sansón de piel blanca.

Poco amigo del baño, escapó corriendo hacia la cocina en cuanto acabé de vestirlo. Cuando le seguí, estaba cogido a la chaqueta de tía Ester acariciando su peonza de madera. Ella se estaba preparando su adorado café con leche de almendras y miel a la manera como había aprendido en su Persia natal.

En el exterior, el pesado traqueteo de los carros de basura fue súbitamente apagado por los alaridos de una mujer. Abrí las contraventanas para escuchar mejor, y vi un carruaje rojo que me era familiar que avanzaba por nuestra calle. Como siempre, los caballos llevaban las gualdrapas de tela plateada con un vivo azul. Sin embargo, el cochero habitual, un cristiano viejo con las mejillas picadas de viruela,

había sido reemplazado por un Goliat rubio con un sombrero de ala ancha, color amatista.

—Adivina quién viene —dije yo.

Tía Ester me apartó un poco para mirar al exterior.

—Ay madre, doña Meneses. Más trabajo para Mira —gruñó apretándome la mano—. No te quedes ahí mirándola.

Puse los ojos en blanco, y me volví. El carruaje se detuvo y se oyó el chirrido de la portezuela. El rumor de los pasos de doña Meneses marcó su camino hacia la entrada de la calle de la Sinagoga a la que daba la habitación de mi madre. En cuanto entró en casa, comenzó a ponderar las cualidades de la tela que traía, con un tono falso y ampuloso. Su voz se convirtió en un murmullo en cuanto mi madre cerró la puerta.

Tía Ester se inclinó hacia nosotros como quien va a desvelar un secreto y dijo:

—Será un milagro si Mira consigue convertir ese horrible terciopelo rojizo que ha traído en algo presentable. —Se acercó al hogar, retiró del fuego la olla del *matzá* con un mitón de tela y la colocó sobre la mesa.

—Pagaré nuestras deudas —afirmé.

—Es verdad. Y con la sequía...

—¡Es el demonio! —exclamó fray Carlos sin venir a cuento, con un tono de advertencia.

—Admito que doña Meneses no es ningún encanto, pero no se la puede considerar como una persona del Otro Lado —repliqué.

El sacerdote entrecerró los párpados y me miró furioso. Su lengua asomó por un instante entre los labios carnosos.

—¡No me refiero a ella, so idiota! ¡Es el diablo quien está detrás de la peste y la sequía!

—Estás loco de remate —replicó tía Ester en hebreo, frunciendo el entrecejo de esa manera tan suya que era capaz de helar el agua hirviendo—, y no levantes la voz. ¡No queremos que se vaya!

Las campanas de San Pedro comenzaron a tocar a tercia. Fray Carlos murmuró para sí como si hubiese sucumbido a la llamada religiosa, pronunció rápidamente un avemaría y cogió un trozo de *matzá* caliente con sus dedos regordetes. Con un tono de disgusto, continuó hablando en la lengua sagrada, para que Judá no le entendiera.

—¿Quieres decir, Ester querida, que el diablo no existe?

—Quiero decir que si asustas otra vez a mi sobrinito con alguna de tus tonterías... —aquí tía Ester cogió el atizador del fuego y apuntó con la punta al rojo vivo la bulbosa nariz del sacerdote—, me encargaré de que te reúnas con tu salvador cristiano antes de lo que piensas. ¡Ve y búscate a otro a quien asustar!

—Tu tía siempre lo arregla todo con amenazas —me susurró Carlos con una sonrisa lasciva—. ¿Recuerdas el día que te llevaron a la fuerza a la catedral para bautizarte? Los maldijo en siete idiomas. Hebreo, persa, árabe, portugués...

—Nos acordamos —le interrumpí, levantando la mano en un gesto de reproche, para que todos pudiéramos evitar aquel recuerdo. Demasiado tarde; los ojos de tía Ester, distantes y opacos por el aislamiento, enfocaban un paisaje interior. Deslizaba la mano por debajo del pañuelo rojo, y seguía el contorno de la cicatriz en forma de cruz, recuerdo de aquella maldita mañana de nuestro forzado bautismo. Había luchado con todas sus fuerzas contra los alguaciles enviados por el rey para arrastrar a los judíos a la catedral. Para que sirviera de escarmiento, un guardia la tiró al suelo y la ató de pies y manos contra los adoquines de la calle de San Pedro. Un fraile dominico empuñando una cruz de hierro incandescente se la grabó a mi tía en la frente mientras gritaba para que todos le pudiéramos oír: «¡Yo te bendigo con la señal de nuestro Señor!».

En cuanto a mí, los niños cristianos me cubrieron con sangre de cerdo y serrín en el camino de regreso a casa tras la ceremonia del bautismo. Pero nunca se enteraron del regalo que me habían hecho: mi ardiente humillación me trajo la gracia de Dios, y tuve la primera de mis visiones.

Este acontecimiento sobrenatural comenzó cuando Farid me vio en el patio. Empujado por la vergüenza, huí de él. Sin embargo, al llegar a la puerta de la cocina, el presentimiento de unos ojos que me vigilaban me forzó a detenerme. Al volverme, vi aparecer una luz blanca en el cielo, muy lejana, por encima del castillo del Moro. A medida que se acercaba, le brotaron alas, y vi que la luminiscencia era un huevo celestial. Cogió la forma de una radiante garza roja, negra y blanca, y mientras volaba por encima del pequeño barrio judío, me azotó el viento que producía el batir de sus alas. Calando me miré, la sangre y el serrín habían desaparecido.

Mi tío me dijo que Dios me había enseñado el mantenimiento de mi pureza al demostrar que la mácula cristiana sólo era una ilusión. Le respondí:

—No fue Dios. Sólo era un pájaro.

—Baraquías —replicó—, Dios viene a cada uno de nosotros bajo la forma que mejor le percibimos. Para ti, ahora mismo, era una garza. Para algún otro puede aparecérselo como una flor o incluso como la brisa.

No se equivocó; en mis momentos de más desaliento, el Señor siempre se me ha aparecido en la forma de un pájaro, quizá porque me resulta mucho más sencillo ver la belleza de la creación en esas criaturas dotadas de la capacidad de volar.

Al recordar otras palabras de la sabiduría de mi tío, le dije a mi tía Ester:

—El diablo sólo es una metáfora. Es parte del lenguaje religioso. No puedes esperar que todas las palabras tengan un significado corriente.

—Pongo a Dios por testigo que es demasiado temprano para meternos en cuestiones de filosofía cabalística —replicó.

El tono áspero de la tía Ester impulsó a Judá a sentarse junto a mí en el banco. Mantenía los labios prietos en aquel silencio forzado que los gritos y las bofetadas de mi madre le habían enseñado. Últimamente, había aprendido a hacer todo lo que

pudiese evitarle convertirse en su última y más pesada carga, a ir de puntillas, en lugar de correr, como correspondía a su niñez.

La trampilla del sótano, situado en el rincón sudoeste de la cocina, se abrió bruscamente. Mi tío Abraham, mi maestro espiritual, apareció en la abertura, con la frente perlada de sudor y el pelo alborotado en cien direcciones diferentes, como si le hubiera pillado una tormenta espiritual. Era un hombre pequeño con el aspecto de un pinzón, de movimientos rápidos y bruscos, y un rostro afilado en el que destacaba la nariz picuda que a los extraños les parecía divertida, pero que asociaban a su aguda inteligencia todos aquellos que le conocían. La suave piel trigüeña, del color de la canela, parecía resaltar el alborotado penacho de pelo blanco y las cejas copetudas. Una barba grisácea suavizaba sus mejillas, y allí donde se hundían, aportaba a su rostro un toque de vieja sabiduría. Siempre, pero sobre todo después de las plegarias, sus ojos brillaban con aquella secreta luz verde, con aquella penetrante extrañeza que le distinguía inmediatamente como un maestro de la Cábala.

—¿Quién es éste? —preguntó, forzando la mirada—. ¡Ah, es nuestro amigo el fraile!

—¿De dónde has salido? —preguntó fray Carlos, que seguía sin acostumbrarse a las repentinas apariciones de mi tío—. No hace ni cinco minutos que miramos en el sótano. Algunas veces creo que eres un fez.

—¿Qué es un fez? —preguntó Judá.

—Un fantasma que aparece para gastar bromas, un espíritu juguetón —le respondí.

Mi tío sonrió satisfecho y levantó la mano derecha para enseñar sus cinco dedos: de acuerdo con las leyendas judías, los *lezim* sólo tienen cuatro.

—Mis movimientos acompañan a los misterios de la vida —manifestó, acompañando sus palabras con un ademán displicente. Enarcó las cejas al tiempo que señalaba con un movimiento de cabeza hacia la parte de atrás de la casa desde donde llegaban el rumor ahogado de las voces.

—Es doña Meneses —le expliqué—. Ha traído una tela para otro vestido. Esta vez es roja.

Bebió una taza de café y, después de una rápida bendición, engulló un huevo duro. Ya habíamos rezado juntos las *shaharit*, las plegarias matutinas, pero una vez más me dio los buenos días con un beso en los labios. Levantó a Judá, lo sentó sobre sus rodillas y comenzó a besuquearlo mientras le gruñía afectuosamente. No era una persona sensiblera, pero la llegada de la Pascua hacía que mi tío rebosara afecto.

—Sólo vengo a decirte que he decidido no vender el zafiro —manifestó fray Carlos con un suspiro que parecía implorar perdón.

Los labios de mi maestro se fruncieron súbitamente en una mueca que le confirió un aspecto amenazador.

—Creo que deberías reconsiderarlo —señaló.

—¿Estás comprando piedras preciosas? —pregunté. Miré a mi tía, atento a su protesta. Pero ella estaba muy ocupada repasando un libro de salmos que acababa de copiar para un noble cristiano viejo, atenta a la detección de alguna errata. Me volví una vez más hacia mi tío—. Si tuviéramos dinero, podríamos cerrar la tienda y abandonar este desierto durante unas semanas.

Mi maestro me miró con expresión desafiante.

—Un zafiro cortado durante la época del rabino Salomón ben Gabirol. —Lo dijo en hebreo, sólo zafiro lo dijo en portugués:*safira*.

Salomón ben Gabirol, a quien los cristianos viejos llamaban Avicebrón, era un gran poeta judío del siglo XI, nacido en Málaga.

—Creo que he perdido el hilo de tus pensamientos —señalé.

—*Ptah etatsmahah hefee shetiftah delet*. Golpéate a ti mismo como quien golpea a una puerta —replicó mi tío.

Era una manera condescendiente de decirme que mantuviera la boca cerrada y buscara la respuesta dentro de mí mismo.

—Es un poco temprano para escuchar tus consejos místicos —repliqué.

El como respuesta se limitó a llenar de agua mi taza hasta el borde.

—Bebe y no te enfades. Los fluidos limpian de bilis tu organismo.

—Si bebo más acabaré ahogándome —protesté.

—Te ahogarás cuando desaparezcas en el mar de Dios. —Se llevó un dedo a los labios para pedir silencio. Se volvió hacia fray Carlos para añadir con voz grave—: Ya sabes que *lasafira* podría perderse.

—Eso es cosa mía.

Mi maestro levantó a mi hermano pequeño de sus rodillas y lo sentó en uno de nuestros cojines persas.

—Venga, muchachote —le dijo, y después, dirigiéndose a fray Carlos, añadió—: Me refiero a que podría perderse para siempre. Tu posición nos pone en peligro.

Mientras él hablaba, comprendí que no se trataba de piedras preciosas. *Safira* era el nombre en código de *sefer*, libro, en hebreo. Sin duda, estaba negociando la compra de una obra del rabino Avicebrón para después sacarla de contrabando de Portugal. Pero, ¿por qué hablaba en código dentro de nuestra casa, donde estábamos a salvo de los ojos y oídos de los cristianos viejos?

Fray Carlos asintió con un gesto de excusa y se levantó dispuesto a marcharse.

—Una última advertencia: seguiré insistiendo hasta convencerte —señaló con un tono de firme determinación en la voz.

El fraile se persignó con mano temblorosa. En un intento por calmar a mi tío Abraham, intentó erróneamente una gracia.

—Tu magia cabalística no me asusta...

Mi maestro se levantó de un salto, mirando fijamente a fray Carlos. Su cólera pareció detener cualquier movimiento en la habitación.

—¡Nunca jamás practico la magia! —exclamó, empleando el término hebreo, *kabbalah ma'asit*, Cábala práctica, para designar a esta actividad prohibida—. Eso es algo que tendría que saber muy bien, amigo mío.

Mi tío se refería a una vez en que fray Carlos le había solicitado un amuleto para matar a un difamador que se dedicaba a propagar rumores sobre la reiterada lealtad del fraile a la fe de Moisés. Por supuesto, mi tío se negó, aunque apeló personalmente al rabino Abraham Zacuto, astrónomo del rey, para que se hiciera callar al difamador. Mi tío se acercó al hogar y se miró las uñas a la luz del fuego. Su anillo, con un topacio tallado en forma de ibis, el símbolo del escriba divino, brilló con una luz interior.

—Cuando Adán y Eva nacieron en el Paraíso, estaban cubiertos de pies a cabeza por escamas que les servían de armadura —comentó. Después miró a fray Carlos y añadió—: Y ahora, nuestras uñas son lo único que queda de aquella primera protección. Una cosa muy pequeña, ¿no te parece? No es mucho contra las armas de la Iglesia.

El fraile pasó por alto la insinuación con un encogimiento de hombros y bajó la mirada.

—No será suficiente para salvarte si descubren lo del zafiro.

—Lo necesito —manifestó fray Carlos—. Tú tendrías que comprenderlo. Es el último... —Sus palabras se apagaron. Pero añadió más tarde con un deje de tristeza —: Me marchó, lengo que preparar la misa.

—¡Maldito cabrón! —gritó mi tío—. ¡Quedarte con una *safira* que necesitarán nuestros niños, que Dios necesitará! —Cuando le volvió a Carlos el muro de su espalda, el fraile inclinó la cabeza como si rogara el perdón de todos nosotros y se marchó.

—Podrías haber sido un poco más comprensivo —le dije a mi tío. Al ver que despreciaba mi crítica con un ademán, añadí—: ¿Por qué hablabas en clave con fray Carlos? No era posible que doña Meneses nos escuchara desde el fondo de la casa. Además, ella debe saber que continuamos practicando el judaísmo. Si le molestase, ya haría tiempo que nos habría denunciado a las autoridades.

—El sacerdote no confía en nadie. Dice que «incluso los muertos llevan máscaras» y cuantas más cosas sé, más creo que tiene razón. —Se rascó la cabeza y frunció el entrecejo—. Voy a saludar a doña Meneses. —Me dirigió una severa mirada de advertencia y salió de la cocina.

—La gente olvida muy deprisa —suspiró tía Ester.

—¿A qué te refieres?

Se humedeció el cuello con un poco de agua de rosas, y después se lo envolvió con un pañuelo de lino.

—La peste. Desaparece durante un par de años y la gente cree que es algo nuevo que se ha inventado el diablo. —Se pasó una mano temblorosa por la frente, mientras

reconsideraba sus palabras—. Quizá sea una bendición que podamos olvidar. Imagina lo que sería si...

—¡No olvidaré ni una palabra, ni un gesto, ni una sola herida!

Tía Ester hizo una mueca; sabía que me estaba refiriendo a mi padre y a mi hermano mayor, Mardoqueo. Durante el invierno del 5263, hace tres años, el puñal de la peste se clavó en ellos dejándolos expuestos a los húmedos vientos norteños de *Kislev*. Mi padre, cubierto de pústulas y supurantes llagas negras, murió tiritando el sexto día de *Hanuká*. Al cabo de un mes, el esqueleto viviente que había sido Mardoqueo expiró en mis brazos.

Mi tía y yo permanecimos en silencio. Después de unos minutos, doña Meneses abandonó nuestra casa cargada con la cesta de frutas que siempre se llevaba al acabar la visita.

—Iré a ver si Cinfa necesita ayuda en la tienda —dijo tía Ester, y salió de la habitación con sus característicos andares erguidos y ligeramente inclinada hacia adelante. Yo me entretuve contemplando cómo Judá jugaba con su peonza en el umbral hasta que mi tío vino a buscarme.

—Necesito que me ayudes en el sótano.

Levantamos la trampilla y descendimos los cinco escalones de granito basto, uno por cada libro de la Torá, hasta un pequeño rellano con un *menorá* en el centro hecho de mosaicos verdes y amarillos. Pasamos la siguiente entrada, y bajamos otra escalera de doce angostos escalones de piedra caliza, uno por cada libro de los Profetas. Desde la forzada clausura de nuestra sinagoga el año 1497 de la era cristiana, éste se había convertido en nuestro templo. Mientras descendíamos, cogí un casquete azul de un estante y me lo puse. Mi tío se llevó las manos a los hombros y se levantó el *tallis* sobre la cabeza, dándole la forma de capucha. Juntos, entonamos: «En la grandeza de tu benevolencia entraré en tu casa».

El sótano tenía el techo bajo, medía cinco pasos de ancho y el doble de largo, y el suelo estaba cubierto de las mismas lajas de pizarra del patio. Había sido testigo de por lo menos mil años de cánticos, y el aire fresco y húmedo, conservado herméticamente por las paredes que rielaban con los intrincados dibujos hechos con azulejos azules y amarillos, parecía perfumado con viejos recuerdos. Las ranuras de la pared norte que servían de ventanas en lo alto —al nivel del patio— sólo dejaban pasar una luz suave y mortecina. A partir de la base de la escalera que flanqueaba la pared este, se extendía el círculo de las alfombras para la oración. Alrededor de la circunferencia había siete arbustos verdes en macetas de cerámica, uno por cada día de la creación. Tres eran mirtos, tres espliegos y uno, que simbolizaba el *sabat*, era una mezcla de las dos plantas. La mitad de la habitación más allá de las alfombras, que daba a poniente, era nuestro reino de trabajo terrenal, donde tía Ester copiaba los manuscritos y mi tío y yo los iluminábamos. Nuestros tres pupitres del más fino castaño pulido miraban a la pared norte, y sólo estaban separados por un pie de distancia, de forma que pudiéramos ver el trabajo de los otros. Cada uno disponía de

su silla de respaldo alto. Al otro lado, contra la pared sur, había dos bañeras de granito hundidas en el suelo. Entre las dos se ubicaba el enorme armario de roble. Tenía las patas talladas en forma de garras de león y disponía de ocho columnas de diez gavetas poco profundas y largas, como las cajas de los tipos en las imprentas. La última hilera, la más baja, sólo tenía dos gavetas. En éstas guardábamos el pan de oro y el lapislázuli.

El objeto más extraño en la habitación era sin duda un gran espejo redondo colgado delante del pupitre del centro que ocupaba mi tío. Enmarcado en madera de castaño, la superficie plateada del espejo era cóncava, y, por consiguiente, reflejaba unas imágenes chatas y deformadas. A menudo nos contemplábamos en el espejo al comienzo de la meditación como una manera de liberar la mente de su paisaje habitual, sobre todo de su familiaridad con el cuerpo. El espejo gozaba de cierta fama en los alrededores porque el 6 de junio del 1391 de la era cristiana, se decía que había manado sangre por la muerte de decenas de miles de judíos muertos en los disturbios que en aquel entonces se produjeron en Iberia. El bisabuelo Abraham, por cierto, era de la opinión de que derramaba sólo una lágrima de sangre —invisible a simple vista— cada vez que moría un judío. Aseguraba que la sangre se había hecho visible en la época de los disturbios antijudíos sólo porque se había masacrado a muchos de los nuestros. Por lo tanto, a partir de mi bisabuelo, se le conocía como «O espelho que sangra».

Todos rogábamos para que nunca más nos volviera a revelar sus poderes.

—Necesito que orines —me dijo mi tío mientras me señalaba las bañeras empotradas en el suelo.

—¿Ahora? —pregunté.

Cogió una jarra que estaba en el borde de una de las bañeras, y dijo:

—Aquí dentro. Es primavera. Necesito la orina de alguien que sea virgen.

Cada año, antes de la Pascua, mi maestro preparaba nuevos tintes y colores para la iluminación de los manuscritos. El ácido de la orina se comía ciertos elementos para crear diversos colores, sobre un delicado rosa cuando se lo mezclaba con palo brasil, albayalde y alumbre, y un rojo carmín brillante al mezclarlo con las cenizas de sarmientos y cal viva.

—Ya no soy virgen —repliqué, recordando a Helena tal como la había visto en lo alto de las colinas que daban al enorme monasterio que se estaba construyendo al oeste de Lisboa. Había esperado su decisión durante tanto tiempo, que había llegado a creer que en mi caso la vida y el sexo no tenían ni el más mínimo parecido con el de las demás personas. Y entonces, cuando todo estaba perdido y la nave que debía llevarla a Corfú había echado anclas en Lisboa, sus brazos se abrieron para mí como las puertas de la gracia de Dios.

—¿Una puta de la posada de las Vírgenes? —preguntó mi tío, devolviéndome a la realidad. A menudo me había recomendado una casa de mala reputación ubicada fuera de las murallas de la ciudad.

Enarcó las cejas con una expresión de picardía cuando le respondí «Helena» y añadió:

—En cualquier caso, tú eres lo más parecido a una virgen que tengo a mano sin necesidad de descubrir que todavía iluminamos libros hebreos. Judá es demasiado joven, yo soy demasiado viejo, y la orina de las mujeres es demasiado fuerte, sobre todo la de tu tía. Lo probé hace años cuando nos casamos. Le da a todo un color más negro que el alma de Asmodeo.

Compartimos una sonrisa tonta.

—Ahora comprendo por qué me has hecho beber tanto —comenté.

Mientras llenaba las jarras de mi tío con mi orina caliente y de olor penetrante, él se dirigió a los pupitres con su característico anadear humilde que adoptaba en las sinagogas, y comenzó a quitarle el polvo.

Después de orinar en seis jarras de cerámica diferentes y taparlas cuidadosamente, las colocamos en las bañeras. Mi tío se lavó las manos y a continuación se las restregó en las hojas del arbusto de mirto y el espliego del *sabat*.

—Diego el impresor se está retrasando mucho —opinó con expresión preocupada—. No lo entiendo.

Diego era un amigo de la familia a quien mi tío trataba de introducir en su círculo de iniciados, en el grupo de místicos que se reunían en secreto para discutir la Cábala. Aunque era un hombre robusto con la barba gris y los dominantes ojos castaños de un patriarca, su corazón había quedado reducido a cenizas en las llamas de la hoguera inquisitorial de Sevilla que reclamó a su esposa y a su hija hacía cuatro años y de la que él escapó por los pelos. A menudo, mi tío y yo buscábamos la manera de reanimar su espíritu, y le habíamos convencido para que hoy fuera a dar un paseo por el bosque de Sintra de tal modo que nosotros pudiéramos dibujar las grandes grullas blancas antes de que emigraran al norte.

—Quizá le ha retenido la familia de la señora Belmira —manifesté. A esta mujer, amiga y vecina de Diego, dos meses antes la habían matado a palos en Xabregas, uno de los barrios orientales de la ciudad, y, últimamente, Diego pasaba mucho tiempo con los desconsolados parientes.

Mi tío se encogió de hombros y puso las manos sobre mi nariz.

—Refréscate —dijo, y mientras yo olía sus dedos perfumados de mirto y espliego, añadió—: Si no aparece pronto, iremos a su casa a ver si está allí. Ah, y cuando salgamos, aprovecharemos para pasar por la calle nueva de los Mercaderes. Le prometí a Ester que entregaría el libro de los salmos que acaba de terminar.

Mi maestro dominaba el arte de convertir las cuestiones comerciales en discusiones sobre la vida sexual de los ángeles y otros temas esotéricos.

—¡Dispondrás sólo del tiempo que tardemos Diego y yo en bebemos un vaso de vino en la taberna del Desván! —Se trataba de un desván destartalado, pero donde servían vino *kosher* de matute. Mas en su rostro apareció una vaga expresión de fingido enfado.

—¡Mira quién da aquí las órdenes! —protestó.

Me enfrenté a su desafío con la misma expresión de aburrimiento que empleaba para irritar a mi padre cuando mencionaba las clases de Talmud.

—De acuerdo —accedió—, pero no más de media hora.

Me indicó con un gesto que me inclinara para poder bendecirme. Luego, mientras yo recogía los tintes y los colores del armario, mi tío abrió la *genizá*, el tradicional escondrijo que hay en las sinagogas para guardar los libros antiguos. El nuestro era un agujero de tres pies de ancho por cuatro de largo cavado en el suelo en el lado oeste de las alfombras de la oración. El contenido cambiaba constantemente: los libros que sacábamos de contrabando de Portugal, muy pronto eran reemplazados por otros que mi maestro descubría y después compraba o pedía que le regalaran.

Mi tío metió un pie en la *genizá* para reanudar nuestro trabajo. Cuando salió, yo ya estaba sentado en mi pupitre, arreglando los pinceles y los tintes. Dejó mi manuscrito sobre la superficie inclinada del tablero de mi pupitre. A continuación, me rodeó el cuello con las manos cruzándolas detrás de mi nuca y me aconsejó con una parábola sobre los colores de mi más reciente iluminación: uno de los cuentos de la famosa colección de las *Fábulas del zorro*. En el momento en que comencé a ofrecerle un análisis de sus palabras, sus labios comenzaron a temblar y noté de súbito sus manos heladas sobre la piel.

—¿Qué ocurre, tío? —pregunté.

Mi tío se frotó los ojos con las dos manos, como los niños, e inspiró muy hondo como si quisiera prepararse para un reto.

—Estás muy crecido —afirmó con voz dulce—. Ya me igualas en muchas cosas. Sin embargo, en otros aspectos... —Meneó la cabeza, sonriendo con nostalgia—. Hay tantas cosas que me gustaría decirte... Beri, es posible que muy pronto Dios nos exija que tomemos caminos diferentes. —Metió la mano en su bolsa y sacó un rollo de pergamino. Me lo entregó—. Sé amable y acepta este pequeño regalo.

El rollo era una cinta de pergamino donde estaban escritos nuestros nombres hebreos en elegantes letras doradas.

—Ester los escribió para mí —añadió. Me cogió de la nuca, y con una voz dominada por la ansiedad, prosiguió—: Si alguna vez me necesitas, dondequiera que estés, no importa lo lejos o lo desesperado de las circunstancias, envíame esta cinta y yo vendré a ti. —Puso la otra mano sobre mi cabeza y me miró fijamente a los ojos—. Y si, por cualquier razón, yo estuviera fuera de tu alcance terrenal, reza sobre ella y haré todo lo que me sea posible para presentarme ante ti.

Me sentí tan conmovido por su gracia y por la generosidad de mi maestro, que algo parecido a un angustioso deseo me secó la garganta. Las lágrimas borraron la habitación. Tuve que tragar saliva varias veces antes de poder susurrar:

—Nosotros nunca nos separaremos. Yo siempre...

—La juventud está destinada a separarse de la vejez durante un tiempo. Tú encontrarás tu camino como debe ser, y después regresarás —me interrumpió mi tío

—. ¡Pero ningún demonio, por poderoso que sea, se interpondrá en mi camino si estás en dificultades! —Apartó la mano que tenía apoyada en mi cabeza para acariciarme la mejilla—. Venga, vamos a trabajar.

—¿Es que no hay nada que pueda...?

Levantó una mano y me señaló el manuscrito.

—¡Que la maldición caiga sobre el maestro de la cábala que responda a todas las preguntas planteadas por su aprendiz! ¡Ahora, ponte a trabajar!

Al cabo de unos minutos, mientras estaba sombreando las fuertes patas de un perro con delicadas pinceladas de negro, un grito agudo cortó el aire como una navaja.

—¡Corre! —gritó mi maestro.

Subí las escaleras de dos en dos. La cocina estaba desierta. El eco de unas voces estridentes procedentes del exterior rebotaba en las paredes. Salté por la ventana del dormitorio al interior de la tienda, y salí corriendo a la calle de la Sinagoga. Mientras me quitaba el casquete, vi a tía Ester arrodillada junto a nuestro amigo Diego, el impresor. El pobre no dejaba de gemir. La sangre que manaba de un profundo tajo en su barbilla caía sobre las manos de mi tía.

Capítulo II

Diego el impresor fue el primero en contribuir a formar el río de sangre que durante los días siguientes nos llevaría a un paisaje desierto limitado por el dolor en todos sus confines. Pero en aquel momento, esta geografía de la muerte todavía era un secreto que se nos ocultaba.

Chorros de sudor recorrían sus sienes y sus mejillas estaban sucias con restos del inagotable polvo de la ciudad. La sangre le manaba de una profunda herida en la barbilla y le empapaba el cuello. Tosía tanto que apenas si conseguía respirar.

—Estaba paseando, sólo paseando —afirmó en portugués— por la orilla del río. Me detuve en el pozo del Rey para lavarme las manos. —Tía Ester le desabrochó los botones de arriba del jubón manchado de barro, y le limpió el pecho con un trozo de tela de su blusa. Vi la línea marrón de una vieja cicatriz en su pecho, debajo de la clavícula, como si un gusano se hubiera metido debajo de la piel.

A nuestro alrededor comenzaban a reunirse los vecinos, para cuchichear entre ellos.

—Dos chicos —continuó Diego— gritaron que estaba envenenando el pozo con la esencia de la peste. Me persiguieron. Tropecé y caí. Ellos me tiraron piedras. «¡Coged al judío de la cola larga! ¡Coged al...!». Un hombre moreno con un gorro azul me salvó. Alto, fuerte...

Diego, llevado por la desesperación, buscó en las últimas palabras el consuelo del hebreo.

—Habla en portugués —susurré mientras lo tendíamos otra vez sobre los adoquines.

Se le cayó el turbante, y por primera vez vi los mechones de pelo gris que le cubrían las orejas, y las marcas de nacimiento marrones que le salpicaban el cuero cabelludo. También cayó un trozo de papel doblado. Convencido de que podía contener un mensaje personal o una oración que le acusaría de ser judío practicante, lo cogí al vuelo y lo escondí en la bolsa que llevaba colgada alrededor del cuello y que hacía las veces de macuto. Judá se apretó contra mí, temblando de miedo, y tuve que sacudirle para que fuera corriendo en busca del doctor Montesinhos. Mi tío se había unido a nosotros, y, después de una rápida plegaria, manifestó:

—Quedaos con él. Vuelvo dentro para ver si puedo encontrar algún remedio.

Intenté mantener cerrado el corte de Diego apretando con el dedo el improvisado vendaje de Ester, pero muy pronto la tela quedó empapada de sangre. Mi tía Ester fue corriendo a buscar agua limpia mientras yo cambiaba la tela sucia por tiras arrancadas de mi camisa. Mi tío se presentó con Farid. Traían extractos de consuelda, de bayas de laurel y de geranio, emplasto y polvo de arcilla fina, goma arábica y agua sulfurosa. Pero ninguno de los astringentes consiguió detener la hemorragia.

—¡Es la maldita barba! —protestó mi tío—. No consigo llegar a la herida. — Luego le dijo a Diego—: El doctor Montesinhos tendrá que afeitarte.

Diego, que era de la casta sacerdotal de Leví, al oír esto nos apartó.

—¡No lo permitiré! —gritó en hebreo—. Debo tener mi barba. Está prohibido que...

—Hay levitas sin barba —señalé, pero Diego continuó gimoteando. Me volví hacia mi tío para susurrarle—: Un ataque en pleno día es una mala señal. Unas pocas semanas más de sequía y...

—¿Cómo puedes estar seguro de que no fue planeado? —preguntó furioso.

Iba a preguntarle qué quería decir, pero el paso de una sombra sobre nosotros interrumpió mis palabras. Dos jinetes que precedían a un carruaje blanco y dorado nos miraron desde lo alto de sus monturas. Los morriones y las espinilleras plateadas resplandecían a la luz del sol. Los pendones verdes y escarlata decorados con el escudo de armas real ondeaban al soplo de la brisa.

—En nombre de Dios, ¿qué significa este alboroto? —vociferó uno de los jinetes con tono bronco y desabrido.

Fue en aquel momento cuando advertí que mi maestro todavía llevaba las vestiduras rituales, el chal blanco y azul por encima de los hombros, el brazo izquierdo rodeado por las filacterias, la cinta de oraciones de cuero sujeto a la frente encima de su ojo espiritual. Por esta infracción, podían exiliarle como esclavo al África portuguesa. A escondidas, le señalé a Farid con nuestro lenguaje de señas que se lo llevara, mientras respondía a la pregunta.

—Un hombre ha sido herido.

—¿Eres un cristiano nuevo? —preguntó el jinete.

Me dio un vuelco el corazón como si quisiera forzar una negativa. Por el rabillo del ojo, vi a Farid que se llevaba a mi tío entre la muchedumbre.

—¡Te he preguntado si eres un cristiano nuevo! —repitió el jinete con tono amenazante.

Se abrió la puerta del carruaje a espaldas del jinete. El silencio se extendió entre la muchedumbre. Un hombre delgado y de aspecto frágil vestido con una túnica violeta y calzas bicolor, blanco y negro, se apeó del vehículo. La gola fruncida de seda dorada parecía una bandeja que me ofrecía su rostro enjuto y malvado. Los ojos negros contemplaron a la multitud como si buscaran a algún inocente para castigarlo. Mientras, agitando una mano donde se veían dos anillos gemelos de esmeraldas sin pulir grandes como nueces, ordenó en un castellano imperioso:

—Le llevaremos con nosotros. Debe haber un hospital cerca de Estaus.

El palacio de Estaus, un edificio con torreones de piedra resplandeciente, servía de residencia a los nobles que acudían a Lisboa en visita oficial.

—Mi señor, el nuevo Hospital de Todos—os—Santos está en la plaza del Rossio —señalé—. A menos de cien varas de vuestro destino.

Diego era un hombretón que medía más de seis pies de estatura, y fue necesario un guardia y uno de los cocheros que parecía moro para levantarlo. En el interior del carruaje, una joven con un corpiño de seda rosa y un gorro violeta, ocupaba el asiento opuesto al noble castellano. Era de piel blanca, pelo rubio y rostro redondo. Se apresuró a ayudar a Diego con una expresión de genuina inquietud al tiempo que sus ojos de mirada ardiente me exigían una explicación.

—Fue asaltado por unos marineros extranjeros —mentí.

La súbita mirada de sorpresa, la impotencia de su desespero, la familiaridad de su rostro fue como una intuición, como un rayo de conocimiento, un *shefa*, un influjo de la gracia de Dios. Parecido a un versículo de la Torá que de pronto se despojara de sus vestiduras para revelarse a sí mismo en un centelleo de desnuda comprensión.

Junto a la muchacha se encontraba un perro faldero vestido con un traje de trovador azul y amarillo. En el suelo rojo del carruaje descansaba un cofre de plata. Me di cuenta de estos detalles mientras el castellano ordenaba a los cocheros que se prepararan. Contemplé la escena como hago a menudo para imprimir vida a lo que mi tío llama mi memoria Torá. En el momento de cerrar la portezuela, el noble se asomó por la ventanilla y me susurró con una voz que olía a vino:

—No temáis. Vuestro amigo no morirá durante las fiestas. —Ya los cocheros les gritó—: ¡Daos prisa! ¡Aquí tenemos a un hombre herido!

Una curiosidad muy próxima al miedo me atenazó el corazón mientras los cocheros fustigaban a los caballos. ¿Quiénes eran estos castellanos? ¿Quizá sabían que éramos judaizantes? ¿El noble se estaba burlando de mí o es que admitía nuestro parentesco? Por un momento, vi unos dedos pequeños como los de un infante que asomaban por la ventanilla del coche que se alejaba. Se bajó la cortina, silenciando mis palabras.

Encontré a mi tío en el patio, jugando al ajedrez con Farid. El *tallis* lo tenía bien plegado sobre las rodillas y encima las filacterias. Después de explicarle lo que le había sucedido a Diego con el noble castellano, me miró al tiempo que comentaba:

—Antes de que mis fuerzas se vean diezmadas por este pagano, vayamos al hospital para asegurarnos de que a Diego le tratan como es debido.

Farid leyó sus labios y sonrió. Mi tío y yo fuimos a cambiarnos de ropa para salir a la calle, y mientras entrábamos en la cocina le pregunté qué había querido decir con aquello de que el ataque a Diego había sido premeditado. Me contestó con otra pregunta.

—¿Qué vive durante siglos, pero puede morir antes de su nacimiento?

—Por favor, nada de acertijos, quiero una respuesta —le rogué, poniendo los ojos en blanco.

Mi tío frunció el entrecejo y se fue a su habitación.

Una semana más tarde, encontré la respuesta a la paradoja planteada por mi tío. De haberla descubierto antes, ¿podría haber convertido nuestro triste destino en otro feliz?

Mi maestro y yo escogimos una ruta a lo largo del río porque el viento variable nos castiga con el hedor de uno de los muladares municipales más allá de los muros almenados de la ciudad. Los cementerios públicos estaban llenos, y últimamente, a los cadáveres de los esclavos africanos los arrojaban a esos muladares. Aquello que los buitres y los lobos no alcanzaban a comerse a tiempo se pudría y al mezclarse con los excrementos producía un olor nauseabundo y un vaho que te quemaba la piel y los huesos como un ácido desconocido.

En el momento de cruzar la puerta del Pozo de los Caballos, recordé el chirrido metálico que hacían los portones de la judería pequeña cuando los guardias cristianos viejos encerraban a los judíos durante la noche. Un grito lanzado desde las alturas nos hizo volver el rostro. Era nuestro antiguo rabino, Fernando Losa, que desde lo alto de la escalera de la sinagoga nos hacía señas para que lo esperáramos. Después de su conversión se había dedicado a comerciar con prendas religiosas cristianas, e incluso vestía al obispo de Lisboa, que su lengua se convierta en polvo.

—Oh, no, el rabino Losa no —gemí—. ¿Qué terrible pecado hemos cometido para que debamos cargar con semejante penitencia?

Mi tío se echó a reír. De pronto una mujer gritó: «¡Agua va!». Nos aplastamos contra la pared mientras un torrente de agua caía desde la ventana de un tercer piso.

Losa se reunió con nosotros; jadeaba por el esfuerzo. Una hermosa capa roja bordada y un collar de perlas le cubría los estrechos hombros. El rostro afilado, la nariz aguileña, los ojos pérfidos muy hundidos, la calva reluciente y la boca como un costurón rojizo, le daban a mi entender el aspecto de un *golem* rapaz creado para perseguir a los roedores subterráneos. Recuerdo que en mi niñez creía que tenía garras en vez de dedos, y en mis sueños, él nunca hablaba, sólo siseaba.

—¡Esas malditas vacas pestilentes están por todas partes! —comentó con una falsa voz de aristócrata.

—Al menos son *kosher* —replicó mi maestro.

El rabino Losa despreció la réplica con una mueca.

—La mala fortuna de Diego el impresor —dijo—, es la consecuencia de hablar contigo sobre la fuente. —Se refería en clave a la Cábala; no era ningún secreto para él que mi tío deseaba que Diego se uniera a su círculo de iniciados.

Mi maestro recibió la opinión con un respetuoso gesto de asentimiento y susurró en hebreo: «*Hakham mufla verav rabanan*», tú eres un gran erudito y rabí de rabinos. Me miró para asegurarse de que había captado el juego de palabras; acababa de insultar a Losa acentuando las letras *h*, *a*, *m* y *r*. Juntas, formaban la palabra hebrea que significaba imbécil. Mi tío se volvió dispuesto a marcharse.

—¡Espera un momento! —El rabino se pasó la lengua por los labios como quien saborea una salsa exquisita—. He venido a darte un aviso. Eurico Damas dice que si alguna vez se te ocurre susurrar su nombre, aunque no sea más que en sueños, te hará

picadillo y chorizos con tus restos. ¡Será mejor que no metas las narices en asuntos privados!

El corazón me dio un vuelco. Damas era un cristiano nuevo dedicado al tráfico de armas que había recibido encargos del rey gracias a denuncias a su antigua gente y que hacía poco se había casado con una niña. Dos semanas atrás, mi tío se había presentado en una reunión secreta de un tribunal judío para reclamar que le juzgaran por haber ahogado a un recién nacido, hijo de una florista a la que había violado para después negarse a desposarla. La investigación había concluido hacía una semana, debido a la misteriosa desaparición de la florista. El tribunal rabínico habría tenido que mantener en secreto el nombre de mi tío, pero al parecer alguien — probablemente el mismo Losa— se lo había comunicado a Damas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —preguntó mi maestro.

—Es más que suficiente. Si no hubiese sido por mi intervención, hubiese venido en persona.

—Muchas gracias, gran erudito y rabí de rabinos —replicó mi tío, con una reverencia cargada de ironía.

Losa levantó la barbilla como un gallo de pelea, fijos los ojos en nosotros con el aire resentido pero paciente de un hombre que ha perdido una batalla, pero dispuesto a continuar la guerra.

Mientras nos alejábamos, apresurando el paso hacia el centro de la ciudad, camino del hospital, soñé despierto con proteger a mi maestro de una sucesión de demonios cabalísticos y gigantes bíblicos. Quizá nunca superaría estas fantasías, pero al pasar entre el griterío de la gran lonja y del puerto de Lisboa, de pronto me parecieron muy adecuadas. Después de todo, mi tío había jurado protegerme desde la niñez asumiendo hacerse cargo de mi enseñanza espiritual. ¿Acaso implicaba una promesa recíproca que antes no había comprendido?

En cuanto le explicamos nuestra misión al guarda del Hospital de Todos—os— Santos, el buen hombre nos informó orgulloso que el noble que había traído a Diego era nada menos que el conde de Almira. El nombre no significaba nada para mí, pero lo escribí con letras de oro en mi memoria Torá debido a mi atracción por su compañera de viaje. Una monja muy joven nos acompañó hasta la sala de Diego. Era lóbrega, con el techo bajo, apestaba a vinagre, a ámbar y muerte. Encima de cada uno de los doce camastros colgaba un sangriento crucifijo. Entre las amarillentas cortinas de algodón se veían hombres atados a las camas con correas de cuero, los ojos saltones, desesperados de la vida, envueltos en vendas, apestando como estiércol. Las ventanas con las persianas entreabiertas daban a la iglesia de los dominicos al otro lado de la plaza.

Diego se encontraba en el último camastro. Sonreí con alegría y nerviosismo al distinguir sus grandes ojos oscuros y el turbante color del azafrán. Pero parecía una

persona completamente distinta. Las mejillas afeitadas tenían la blancura del mármol, marcado aquí y allá con las pequeñas manchas de sangre de los cortes del afeitado. La piel colgante de las mandíbulas que habían estado ocultas le conferían una expresión abatida. De pronto parecía uno de esos hombres tiernos que hacen regalos generosamente, que miman a los niños, pero que pagan un precio por no cuidar de sí mismos; la clase de hombre que probablemente había sido antes del exilio y el aislamiento.

Le habían cauterizado y cosido el corte de la barbilla. En cuanto nos vio, comenzó a despotricar y se sentó. Sin poder contenerse, volvió la cara hacia la pared como si se preparara a morir.

Mi tío se detuvo, sus ojos verde esmeralda de mirada penetrante buscaban cambiar de lugar con Diego. Cuando le empujé levemente hacia adelante, se acercó a su amigo con una sonrisa de ánimo. Ahora que nos encontrábamos junto al camastro, vimos que el sudor provocado por la fiebre le corría a chorros por la cara. Rogué en silencio para que no fuera la peste.

—Tienes buen aspecto. La hemorragia se ha detenido —dijo mi maestro.

—No tendríais que haber venido para verme en este estado. —Diego cerró los ojos y volvió el rostro hacia la pared una vez más.

—Podrás dejarte crecer la barba en cuanto haya cicatrizado la herida —señalé.

—Muchas gracias por la visita, pero ahora os ruego que os marchéis —susurró con una voz apenas audible.

Mi tío me indicó con un gesto que accediera a su ruego. Cuando llegué al vestíbulo, mi tío estaba sentado a los pies de la cama de Diego. Conversaban en susurros, aunque mi maestro no dejaba de gesticular con violencia. Diego se cubrió los ojos con las manos e inclinó la cabeza apenado. Me puse a rezar hasta que volvió mi tío. Exhaló un suspiro de frustración.

—Es una situación penosa. Diego tendrá que sufrir durante un tiempo.

—Supongo que es una buena cosa que no todos estemos sujetos a las restricciones de los levitas —repliqué.

—Todos y cada uno de nosotros estamos sujetos a las influencias de otros. Debemos acomodarnos a ellas o vivir en el desierto como un ermitaño, e incluso allí... —La voz de mi maestro se apagó mientras se rascaba la calva—. Salgamos de esta mazmorra. Comienza a picarme todo.

—Quizás algunos manuscritos le darían ánimos —opiné—. Podríamos pedir prestados aquellos tratados latinos que tanto le interesan.

—¡Nada de libros! —exclamó mi tío, levantando las manos como quien intenta evitar que le atropelle un carruaje.

En el exterior, una macabra letanía resonaba en el aire cálido de la plaza del Rossio; la diaria procesión de flagelantes marchaba hacia el palacio de la ribera. El sol me permitió ver en los ojos de mi tío que su alma había sido sacudida por la desesperación de Diego.

—La verdad no viene desnuda a este mundo, sino arropada con imágenes y nombres —afirmó—. ¿Y las mentiras? ¿Qué ropas visten las mentiras?

—Las mismas que la verdad —respondí—. Nos corresponde a nosotros saber distinguir unas de otras.

—Sí —asintió mi tío con un tono seco—. ¿Y Dios ve todos los crímenes?

—¿Te refieres a que si serán castigados los muchachos que atacaron a Diego?

—Si lo quieres entender así...

Estaba aún pensando la respuesta cuando mi tío me apretó la mano.

—Lo siento. No puedo continuar hablando de todo esto. Vamos a dar el paseo que habíamos planeado.

—Pero si no he traído mi cuaderno de dibujo —protesté.

—Dibuja los pájaros en tu memoria Torá, hijo mío.

Mi tío y yo pasamos una tarde deliciosa, entretenidos en observar de nuestras adoradas grullas. Ver a criaturas tan grandes y delgaduchas, de pelaje claro, descender del cielo azul como plumas, nos cortaba la respiración. La brisa nos acariciaba con la suavidad de las flores, y cuando mi tío me dijo que era la hora de regresar a casa, me sorprendí al descubrir que había perdido la noción del tiempo.

Al llegar a nuestra casa, encontramos a Cinfa y a la tía Ester preparando el *seder* de la Pascua en la cocina. Había vaciado un saco de arroz sobre nuestro mejor mantel blanco en busca de impurezas. Toda la casa estaba impregnada de aromas fuertes y exquisitos; un magnífico cordero ensartado en un espetón se asaba lentamente en el hogar, y los fragantes jugos que derramaba hacían chisporrotear las brasas. El delicioso aroma me indicó que lo habían untado con la grasa proveniente de las bolsas de succulento sebo que son los rabos de ovejas, un secreto culinario que Ester había traído de Persia.

—¡Un olor divino! —comenté.

—Las oraciones se rezan antes de comer —gruñó mi tío desapareciendo por la trampilla del sótano.

Cogí la mano del mortero y el almirez, manzanas, almendras, dátiles y miel, y me lo llevé todo a la tienda; entre cliente y cliente prepararía el *Haroset*.

Mi presencia en la tienda permitió que mi madre fuera a ayudar a Cinfa y a tía Ester en la cocina. No tuve mucho trabajo hasta que se me ocurrió la idea de colocar junto a la puerta los plátanos que acabábamos de recibir del África portuguesa. Quizá fue una coincidencia, pero de pronto la tienda se llenó de gente. Pasé ocupado toda la tarde con los pedidos de última hora de los judíos que preparaban en secreto el *seder* de la Pascua. Para la hora en que las nubes rosa y oro comenzaron a iluminar el cielo como heraldos del ocaso, estaba yo agotado. Cerré la puerta, eché las cortinas y me quedé a solas en una silenciosa plegaria hasta que mi tío me llamó para que fuera a la

cocina. Tenía un aspecto espléndido con su túnica blanca y el pelo peinado hacia adelante a la manera de *sabat*.

—¿Por casualidad, Reza pasó por la tienda? —preguntó con voz anhelante.

Mi prima Reza, la única hija viva de Ester y mi tío, se había casado hacía poco y pasaría las fiestas con la familia de su marido.

—No —respondí—, ¿tenía que pasar? Creía, si no recuerdo mal, que no estaba segura de poder venir esta noche en ningún momento.

—Sólo pensé que quizá... —Mi tío me cogió de la mano, y con tristeza me dijo —: Encontré el rostro de Amán para mi Hagadá. Quizás a partir de ahora nuestro trabajo avance sin tropiezos.

Mi maestro estaba iluminando un Hagadá para una familia de judaizantes de Barcelona, y había tenido muchas dificultades para encontrar un rostro entre nuestras amistades que pudiera servir de modelo para Amán. Pero ¿por qué estaba triste? ¿Por la ausencia de Reza? Antes de que pudiera preguntar, comenzó a bendecirme. Le abracé, y por primera vez que yo recuerde, permitió que su cuerpo se rindiera a mi amor. ¿Había conseguido ganarme más su confianza en estos últimos días? De pronto poseído de aquella resolución tan suya, como si hubiese bebido de mi energía y mi ansiedad, me besó en los labios mientras correspondía a mi abrazo.

—¡*Pesaj* está aquí! —susurró. Compartimos una sonrisa exultante.

Cinfa y Judá pusieron la mesa. El plato para el *Pesaj* de cerámica naranja que nuestro vecino Samir había hecho para nosotros estaba dispuesto con el cilantro, la lechuga, el huevo hervido y el hueso de cordero asado, que eran las partes simbólicas de la comida. Con la aprobación de Ester, agregué una cucharada de mi *haroset*, que representaba la argamasa utilizada por los israelitas, cuando eran esclavos, para construir las tumbas, los palacios y las pirámides de Egipto. Nuestro *matzá* estaba debajo de una servilleta de hilo. La copa de plata que por tradición se dejaba aparte para Elias coronaba una esquina de la mesa junto al sitio reservado a mi tío.

¿Cómo explicar esta primera noche de Pascua? ¿Palabras y frases de alivio? ¿De ebria alegría? ¿Tristeza por aquellos que ya no nos acompañaban? Ocupamos nuestros lugares unidos por el vínculo de la anticipación compartida. Mi tío, como siempre, fue nuestro guía en el ritual. Porque aun siendo la Pascua en sí misma una festividad del recuerdo, de la rememoración histórica de cómo Dios libró a los judíos de su esclavitud, también tiene un sentido oculto. Dentro del cuerpo de la Torá, plegado como el fénix en su huevo, está la historia del viaje espiritual que cada uno de nosotros puede hacer, desde la esclavitud a la santidad. El Hagadá de la Pascua es una campanilla de oro que al repicar nos dice: ¡recuerda siempre que la Tierra Santa está en ti!

Para empezar, mi madre encendió una vela en el hogar, y poco después las llamas bailaban en los candelabros colocados en cada extremo de nuestra mesa. El presente y el pasado quedaron unidos. Nosotros éramos los israelitas esperando a Moisés en el

Sinaí, de la misma manera que nuestra mesa, cubierta con el mantel blanco, se había convertido en nuestro altar y la cocina en nuestro tabernáculo del desierto.

Fue por tanto mi tío, en su papel de guía, el que abrió la primera y más sagrada puerta de la festividad entonando la bendición sobre la primera de las cuatro copas de vino que bebíamos de acuerdo con la tradición. «Bendito seas, oh, Señor nuestro Dios, rey del Universo, creador del fruto del vino». Mi tío cantaba en hebreo, su voz dulce como un suave eco del toque de trompeta que usaba antaño para comenzar el servicio antes de que tuviéramos que protegernos de los denunciantes cristianos viejos. Después de repetir éste y los versos siguientes en portugués para que Judá —cuyas lecciones de hebreo iban retrasadas— pudiera comprenderlos, las voces de todos los allí reunidos se unieron en un único canto de promesa y solidaridad: «*Quem tem fome que venha e coma. Todo necessitado que venha e festeja Pessá. Este ano aqui, no próximo em Israel. Este ano escravos, no próximo homens livres*». Dejemos que todos aquellos que tienen hambre vengan y coman. Dejemos que todos aquellos que tienen necesidad vengan y celebren la Pascua con nosotros. Este año estamos aquí; que el año próximo podamos estar en la tierra de Israel. Este año somos esclavos; que el año próximo podamos ser libres.

Un poco más tarde, mientras mi tío comenzaba a cortar humeantes trozos de cordero sobre nuestros *matzá*, comentó que cada letra del alfabeto hebreo está regida por un ángel y que son los ángeles, reunidos en nuestras palabras escritas y orales, quienes obran las maravillas que asombran a los hombres vulgares.

Sin duda, aquella noche nuestras plegarias y nuestras historias tuvieron una gracia alada.

Sin embargo, cuán frágiles son los ángeles; bastó un momento para que su magia se disipara. Cinfa había ido a abrir la puerta del patio a Elias, el profeta, cuyo espíritu, se dice, entra en cada casa durante la Pascua. La fresca brisa nocturna nos trajo desde muy lejos unos gritos desgarradores. Mi maestro se levantó de un salto; los gritos eran en hebreo. De nuevo se oyó un alarido distante. Siguió el silencio.

—¿Qué habrá sido eso? —preguntó mi madre.

Mi tío estaba pálido como la cera.

—Nada —respondió distraído, como si estuviera transportado por una visión. Durante el resto de la cena no pronunció ni una sola palabra a no ser para cerrar la ceremonia. «El año que viene en Jerusalén», fueron las palabras de eterna bienvenida con las que concluimos, pero a todos nos sonaron como huera.

Al día siguiente, con el canto del gallo, apareció misteriosamente un pergamino en el umbral de la puerta de nuestro patio, que nos dio la respuesta a la pregunta de mi madre. En el código de los cristianos nuevos decía: «Dieciséis golondrinas no consiguieron llegar anoche a sus nidos. Fueron cogidas por el faraón. Tu pájaro, Reza, estaba entre ellas».

Resultó ser que a mi prima Reza, junto con todos los demás invitados a su *seder* clandestino, la habían arrestado y ahora se encontraban todos en la prisión municipal.

Alguien les había denunciado. ¿Mi tío lo había visto a través de una ventana mística, o sencillamente había adivinado que estaba ocurriendo algo terrible?

Mientras leía la nota aquella madrugada, mi madre me dijo:

—Tus tíos han ido a visitar a los nobles cristianos nuevos que sirven en la corte. Confían en que alguno de ellos sea capaz de ayudarles.

Era el *sabat*, el día anterior a la segunda noche sagrada de *Pesaj*, y en aquellos días yo era profundamente devoto, así que decidí contribuir con mi parte para la rápida liberación de Reza y me dediqué a rezar durante toda la mañana y toda la tarde. Sin embargo, resultó un esfuerzo inútil. Poco antes del crepúsculo, mis tíos regresaron a casa cubiertos de polvo y desanimados.

—Uno de los judíos del tribunal intentará interceder —comentó mi maestro sin ninguna convicción, al tiempo que se rascaba la cabeza con verdadera furia—. Todos los demás se limitaron a derramar lágrimas y a decir falsas palabras.

Al atardecer del día siguiente, desalentado totalmente porque Reza continuaba en la prisión, mi tío vino a verme a nuestro sótano y mencionó por primera vez la posibilidad de marcharnos de Portugal.

—Si te pidiera que te marcharas de este país para siempre, ¿lo harías? —me preguntó.

—Sí, si tengo que hacerlo —repliqué.

—Bien. Pero tu madre, ¿se marcharía?

—Madre tiene miedo. Un enemigo conocido a menudo es mucho más fácil de soportar que aquel que es desconocido.

—Muy cierto, y si tu madre no se marcha, dudo que Ester lo haga. No sin Reza, ahora que ella está casada e intenta crear una familia. Ojalá pudiéramos traerla a casa.

—¿Es ese el motivo por el cual estás tan preocupado? ¿Quieres marcharte? Si tú exiges que...

Mi tío rechazó las preguntas con un ademán, y comenzó a entonar la oración de la reina Ester, unos versos con un significado especial para nosotros porque ella, también, había sido forzada a ocultar su judaísmo. «Ayuda a quien no tiene otra ayuda excepto la de Dios. Porque estoy tomando mi vida en mis manos...».

Sus manos se habían convertido en puños tan apretados que los nudillos se habían quedado sin sangre y le temblaban los labios. Me incorporé de un salto y le sujeté por los hombros. Tenía los ojos llenos de lágrimas. «Pobre tío, —pensé—, Portugal le está empujando hasta el límite de su resistencia física».

—Los cortesanos judíos conseguirán liberar a Reza —dije—. Entonces, si tú quieres, haremos planes para marcharnos. No sé cómo, pero tenemos que convencerles a todos. Ahora tienes que descansar. Ven, te acompañaré arriba. Puedes apoyarte en mí hasta que salgamos del desierto.

—Quedémonos aquí —rogó—. Por favor. —Mientras aceptaba mi ayuda con un gesto, añadió—: Llévame hasta la alfombra. El ambiente de oración me ayuda.

Nos sentamos juntos en silencio mientras él se enjugaba las lágrimas con la manga de la túnica. Después apoyó sus manos sobre mi cabeza y preguntó con voz quebrada:

—¿Dónde tienes la cinta de pergamino con nuestros nombres escritos que te di?

—La guardé en mi cofre, allí está a salvo.

—Bien hecho. —Sonrió dulcemente—. Es un gran consuelo saber que la tienes.

Le sujeté por un brazo.

—Escucha, tío, sea cual sea lo que...

Me hizo callar presionando con la mano mi frente.

—Eres un digno heredero. A pesar de lo que te pueda gritar cuando me enfado, nunca jamás me he arrepentido de que seas mi aprendiz. Nunca. Cuando hayas vivido un poco más y pongas más de tu fe en el trabajo, serás un gran iluminador. Tu padre me dijo una vez: «Hay un león de la Cábala agazapado en el corazón de mi Beri». Tenía razón. Desde luego, es una bendición llevar a semejante león contigo. Pero una bestia salvaje, incluso uno nacido de la Cábala, puede resultar inconveniente en ocasiones. Ahora escucha con atención. Hasta ahora no ha tenido mucha importancia, porque has llevado una vida de estudio. Pero cuando salgas al mundo, cuando la acción en los Reinos Inferiores ocupe el lugar que se merece por derecho junto a las oraciones, quizá tengas dificultades. Porque nunca serás capaz de llevar máscaras como el resto de nosotros. Cada vez que intentes ponerte una, escucharás el rugido del león dentro de ti. Ese es el motivo por el que experimentaste aquella angustia tan terrible en el momento de la conversión, quizá también el motivo por el que Dios te concedió una visión. Nunca lo tendrás fácil. Quizá tengas que vivir apartado de la gente durante un tiempo, o sufrir sus juicios terrenales. Pero mantente firme y abraza al león dentro de ti. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

»Entonces no es necesario hablar más —afirmó mi tío, al ver mi gesto de asentimiento—. Maldito sea el guía espiritual que inflama de orgullo a su aprendiz. Nos amenazan desde todos los flancos, y si hemos de sobrevivir, debemos trabajar duro. Eso es mucho más importante que el talento natural o la inclinación. ¡Tu león necesita trabajar!

Mi tío y yo ocupamos nuestros pupitres. Mientras él pintaba su escena de Amán y Mardoqueo, comenzó a observarme enternecido. Comprendí que estaba acariciando mi figura con la mirada para recordarse a sí mismo que, a pesar del encarcelamiento de Reza, el mundo todavía era bueno y hermoso.

Al día siguiente, domingo, inmediatamente después de que el reloj de la catedral diera las seis, llamaron a la puerta exterior del dormitorio de mi madre. Me llamó con un grito. Corrí desde el sótano empuñando ridículamente un pincel de pelo de armiño. En su habitación estaba un esclavo negro, bello como la noche. Vestía un jubón de fina seda azul, y calzones amarillos. Sostenía una nota sellada con un grueso lacre

rojo. «De parte de dom Joao», dijo en un mal portugués, refiriéndose a uno de los judíos del tribunal a quien le habíamos pedido ayuda.

Tía Ester, que entró corriendo, comprendió en el acto. Me indicó con un gesto que cogiera el mensaje, se cubrió la boca con las manos entrelazadas y comenzó a musitar en persa. Cogí la nota y la abrí violentamente. «Hemos seducido al faraón con oro. Las golondrinas regresarán a casa antes del anochecer», rezaba el texto.

Mientras yo insistía en cargar con uvas pasas sobrantes del reparto matutino de la tienda al esclavo reticente, tía Ester salió para comunicárselo a mi tío. Cuando entré en la cocina, se estaban abrazando.

—Me gustaría estar allí cuando salga de la prisión —dijo mi maestro.

—Le calentaré un poco de cordero —replicó Ester, acariciándole la mejilla. De pronto, le miró fijamente y le amenazó con un dedo—. ¡Pero en cuanto regreses a casa, te vas a dormir!

Mi tío cerró los ojos, y asintió como un niño pequeño.

—Beri —me dijo—, necesito que me hagas dos recados. —Sacó un manuscrito de la bolsa y me lo dio—. Primero, entrega este libro de salmos. ¿Sabes dónde vive el noble que lo encargó? —Al ver que asentía, añadió—: Dentro hay una nota. —Me miró con expresión grave—. Entrégala únicamente al dueño de la casa. ¡Sólo a él! Asegúrate de que la lee delante de ti. —En un tono más informal, prosiguió—: Luego cómprale un barrilete de vino *kosher* a Sansón Tijolo. —Me entregó un pergamino atado con una cinta roja—. Esta carta es para Sansón.

Mi tío y yo salimos juntos de la casa, pero él se dirigió al norte, hacia la prisión, mientras yo me encaminé hacia poniente. Nos dimos un beso. Nada más. De haber comprendido que después de los sucesos de las próximas horas nunca volvería a sentirme moviéndome por un mundo vigilado por un Dios bondadoso, ni hombre ni demonio me hubieran impedido aferrarme a mi maestro e implorarle que se valiera de todos sus poderes para cambiar el futuro. ¿Podría haber mezclado polvos y pociones para crear otro destino para nosotros? ¡Cuánto miedo me da llamar dentro de mí mismo y esperar la respuesta!

Primero intenté entregar el libro de salmos, pero no pude hacerlo porque el noble caballero no estaba en casa. Luego, en el camino que me alejaba de Lisboa para comprar el vino, Dios me iluminó con la previsión de comprar *alheiras* para nuestra fiesta. Las *alheiras* eran una especie de salchichas inventadas en el tiempo de la conversión para salvar nuestros pellejos y cumplir con las leyes dietéticas judías. Aunque eran idénticas a las de cerdo en forma, tamaño y sabor, estaban rellenas de carne ahumada de perdiz, codorniz o gallina, grasa y especias.

Abandoné la ciudad por la puerta de Santa Ana, y al cabo de unas dos horas, a juzgar por la inclinación del sol, llamaba a la puerta de la granja de Sansón Tijolo. Nadie me respondió, así que rodeé la casa para ir a la puerta de la bodega. Estaba abierta. Entré y me serví un barrilete de vino. Como no tenía tinta ni papel para escribir una nota, me limité a dejar el dinero en una mesa junto a la puerta. A taha de

una tarjeta de visita, dejé un *matzá* que saqué de la bolsa. Sansón comprendería que había sido yo quien le había dejado la carta de mi tío y se había llevado el vino.

Eran casi dos leguas de camino hasta Lisboa, y en el camino de regreso la carga me empapó de sudor y polvo en menos que canta un gallo. Antes de entrar en la ciudad descansé un par de veces a la sombra de los olivos que el sol de poniente alargaba. En un bosquecillo de pinos a un cuarto de legua de la puerta de Santa Ana, me quité los zapatos para sentir en los pies descalzos las agujas secas y quebradizas. Al sacar de la bolsa un *matzá* para llevarme algo a la boca, encontré el papel que había caído del turbante de Diego. Al desplegarlo mostró la forma de una estrella de David. La nota decía: «Isaac, Madre, el 29 de *Nisán*». Hoy era veinticuatro.

En aquel momento, no le di al mensaje la menor importancia.

Calculé que serían las cuatro de la tarde cuando volví a ver las murallas de Lisboa. No había duda que era por lo menos una hora después de la hora nona; había oído al pasar las campanas de las iglesias que llamaban a la oración a los fieles de las aldeas vecinas. Un olor a humo acre me recibió al entrar en la ciudad. Un rumor lejano como el de una multitud en un coso distante. Era extraño; las casas y las tiendas aparecían cerradas a cal y canto, como si fuera de noche. A mi alrededor sólo había calles desiertas, ensombrecidas por el sol de la tarde. Avancé con cuidado para no hacerme daño con los adoquines en los pies desnudos. Junto a las murallas de granito del castillo moro, dos jóvenes labriegos armados con hoces corrieron a mi encuentro. Me preparé para correr, pero comprendí que era inútil. Uno me puso la hoz alrededor del cuello. Con la otra mano levantó en el aire, sosteniéndola por el pelo, la cabeza decapitada de una joven. La sangre chorreaba sobre los adoquines. No la reconocí.

—¿Eres marrano? —me preguntó, para saber si yo era un judío converso. Su ojo derecho era de un blanco lechoso y reflejaba mi miedo con un brillo de maldad—. ¡Porque esta vez vamos a coger a todos los marranos!

Mi corazón elevó una plegaria por mi vida. Meneé la cabeza al tiempo que le ofrecía mi bolsa abierta:

—¡Mira!

Se la pasó a su amigo barbudo. Hundió la nariz en la bolsa y olió.

—¡Salchichas! —gruñó. Me devolvió la bolsa.

Mientras yo daba gracias a Dios, el tuerto apartó la hoz.

—¿Eso que llevas es vino? —Cuando asentí, se hizo con el barrilete.

—¿De dónde es ese humo? —le pregunté con voz ahogada y temblorosa.

—El de una hoguera sagrada en el Rossio. Los dominicos querían enviar una señal a Dios con las llamas alimentadas con carne judía.

El terror por el destino de mi gente que me atenazaba las tripas me impidió preguntar nada más. Los hombres se hartaron de vino, y cerraron la espita. Miré la cabeza de la mujer. Sus ojos no estaban en blanco. ¿Entonces qué? ¿Se apartaba del mundo? Al coger el barrilete que me devolvían, un temblor me estremeció el pecho

como si fuera provocado por un espíritu que escapaba. El hombre barbudo volvió a levantar la cabeza, le lamió una mejilla un par de veces como saboreando el sudor de una amante. Se abrió la bragueta, y dejó que su inmundo pene incircuncidado se exhibiera en el aire. Los dedos cubiertos de porquería abrieron la boca ennegrecida de la mujer. La sostuvo contra el bajo vientre. Comenzó a hacer una cosa indescriptible. El otro miraba al tiempo que se manoseaba con la palma de la mano. No me atreví a cerrar los ojos, pero me volví. Cuando acabó de gruñir, se cerró la bragueta y exclamó:

—Vete con cuidado —me recomendó—. ¡Que no te confundan con un judío!

Me senté en cuclillas debajo de un toldo cuando se marcharon los labriegos. Poco a poco desaparecieron las náuseas. El vino limpió el ácido y ardiente regusto de mi boca. ¿Estaban cazando a los judíos conversos?

Corrí por las escaleras y las callejuelas de la Alfama hasta que llegué a la calle de San Pedro. La cancela de la entrada de nuestro patio yacía en medio de la calle, torcida y aplastada. Nuestro burro había desaparecido. La puerta de la cocina estaba abierta. Me lancé al interior; parecía que su gente hubiera huido a la desbandada. El silencio creció ante mi mirada. El fuego en el hogar no era más que un puñado de rescoldo, y la mesa estaba puesta con dos tazas. Junto a una había un *matzá*, partido por la mitad. Nuestra alfombra raída tapaba la trampilla del sótano. «¡Tío!», grité. «¡Madre!». Helado, confuso, entré medroso en mi dormitorio, para encontrarme con un panorama de camas destrozadas y cofres vacíos. Espié en el interior de la tienda y descubrí las barricas volcadas. Las aceitunas derramadas formaban una alfombra verde y negra hasta la puerta que daba a la calle de la Sinagoga.

La habitación de mi madre estaba desierta y en orden. Al tocar el talismán de pergamino con forma de águila que ella siempre tenía sobre la almohada, pensé: «¡En el sótano! ¡Están todos escondidos en el sótano!».

Aparté con cuidado la alfombra de la trampilla para no cortar el cordel que permitía volver a ponerla en su sitio desde el interior. Luego, levanté la trampilla y bajé los peldaños hasta el descansillo. La puerta del sótano estaba atrancada. «Soy yo», llamé por la línea oscura entre la puerta y el marco. «Tío, abre». Silencio. Golpeé. «Soy yo», repetí. «Madre, el que está aquí soy yo». Al mirar escaleras arriba hacia la cocina desierta, el peso de la ansiedad hizo que me temblaran las piernas. Golpeé la puerta, volví a llamar. No hubo respuesta.

Estaba seguro de que no podía haberle pasado nada a mi tío, nuestro hombre de las maravillas, el maestro de la Cábala que interpretaba fugas con la Torá, el Talmud y el *Zohar*. Nadie podía matar a tan grande maestro de lo místico con herramientas hechas por el hombre. Pero Judá y Cinfa. ¿Qué pasaría si estuvieran dentro, y tan aterrorizados que no eran capaces de gritar? ¿O el sótano estaba vacío? ¿Habrían escapado todos? Quizá mi maestro tenía una manera secreta de cerrar la puerta desde el exterior. Para salvaguardar los libros. Sí, ahí tenía la respuesta.

¿Fue una premonición? ¿La pura lógica? Un temblor vinculado a la posibilidad de que algo terrible le había sucedido a mi tío me estremeció. De pie en la *menorá* de mosaico, comencé sin más a aporrear la puerta con todas mis fuerzas. Seguí golpeando hasta que el cerrojo de hierro se desprendió de la madera.

Entré.

El hedor seco y fuerte del espliego y los excrementos asaltaron mi olfato. Me encontré mirando a dos cuerpos desnudos cubiertos de sangre. Mi tío y una muchacha. Estaban tendidos, separados unos palmos, ella sobre un costado, él boca arriba. Sus manos casi se tocaban. Parecía como si sus dedos entrelazados se hubieran separado después de quedarse dormidos.

Capítulo III

Cuando los vi, fue como si me faltara el aire, y mi cuerpo se encogió. Corrí escaleras abajo al interior de aquella caverna caliente limitada por un sonido ahogado y una luz temblorosa, respirando al ritmo de la oscilación de las paredes. Mi tío estaba desnudo. Una cortina de sangre envolvíale el pecho. La muchacha tendida a su lado también estaba desprovista de toda prenda, y aparecía cubierta de sangre.

El pestilente olor que me rodeaba pareció humedecer mis ojos. Me arrodillé junto a mi maestro, sujeté su muñeca para buscarle el pulso; sólo encontré un frígido silencio.

¡Una turba de cristianos le había arrebatado la vida!

Miré frenéticamente a los dos cadáveres con saña como si se trataran de manuscritos desconocidos. ¿Habían estado haciendo el amor? ¿Quién podía ser ella? Los cuellos y los torsos aparecían rodeados de cintas de un líquido marrón. Me agaché sobre la cabeza de mi tío. En el cuello, dos labios de piel marcaban el profundo tajo con la sangre todavía fresca.

«Que alguien me ayude. Dios bendito, ayúdame», pensé.

Un temor helado subió de mis entrañas para oprimirme el pecho cuando comprendí que estaba solo, que para siempre estaría sin mi maestro. Las náuseas llegaron a mi garganta, y vomité sobre las pizarras del suelo hasta que un líquido picante chorreó de mi nariz.

Me cubrí los hombros con los brazos en busca de calor. «No debo tocar nada — me dije—. Por lo menos hasta que grabe la escena como un pasaje bíblico en mi memoria Tora. ¡No puedo desfallecer!».

La alfombra de las oraciones estaba manchada de rojo, empapada con la savia de la vida que ellos habían derramado.

Sin embargo, la puerta había estado sólidamente atrancada. ¿Cómo había hecho el asesino para salir?

¿O es que se encontraba aquí?

Me levanté de un salto y empuñé el cuchillo. Lo sostuve delante de mí como una llama en las tinieblas. Caminé de vuelta a las escaleras, y después me volví. El silencio de la expectativa me hizo temblar las piernas.

Pero los zócalos de las paredes, los ventanos, los pupitres y las sillas me devolvieron la mirada sin el más mínimo temblor. La habitación estaba desierta, parecía vacía, como el pecho de un animal cuyo corazón, de repente, acaba de dejar de latir.

El recuerdo de mi tío entregándome la cinta de pergamino en la que tía Ester había escrito nuestros nombres apareció en mi mente enmarcado por el silencio que

sigue a un canto invernal. «Desde luego, él tuvo que saber que se acercaba el Ángel de la Muerte. Por eso me advirtió de nuestra inminente separación», pensé.

Permanecí de pie con la espalda contra la pared sur del sótano, oprimido contra el granito por la inmensidad de mi pérdida, y los miré.

Ahora, veinticuatro años más tarde, cada detalle está tan vivo para mí como las primeras líneas del Génesis.

Mi maestro estaba tendido de espaldas, la cabeza vuelta hacia la izquierda en una actitud solemne y pacífica. La muchacha yacía sobre el lado izquierdo, el cuerpo separado del otro la distancia de un brazo.

Los pies de mi tío se apoyaban en el centro de la alfombra circular, la cabeza casi tocando el borde. Tenía los ojos abiertos, más oscuros y vidriosos que en vida, mirando el vacío. La sangre manchaba las dos mejillas y los enredados mechones de pelo blanco encima de la oreja derecha. El brazo izquierdo a lo largo del cuerpo, la palma hacia arriba, los dedos curvados. En cambio, el brazo derecho parecía que intentara estirarse hacia la muchacha, y las puntas de sus dedos casi rozaban la mano extendida.

Si, en el momento antes de la muerte, confiaba en consolar a la joven con su contacto, ¿el cuerpo y la cabeza no tendrían que haber estado vueltos hacia el lado derecho para llegar a tocarla?

Deduje que ya estaba muerto antes de alcanzar la posición final, y me imaginé al encapuchado fraile dominico a sus espaldas arrancándole las prendas, rajándole la garganta y la sangre derramándose sobre el pecho para caer como una lluvia sobre los pies. Luego, por algún motivo, lo habían bajado suavemente, incluso con respeto, hasta el suelo. El brazo derecho había caído hacia la muchacha por accidente, o lo había colocado así para que apareciera como si él hubiese querido aliviar su agonía. ¿Por qué? ¿Acaso los hombres que le habían arrebatado la vida eran artistas de la muerte?

La mierda manchaba las nalgas de mi tío Abraham. Más excrementos, salpicados de sangre, pero sin pisar, aparecían en el borde de la alfombra junto al arbusto de mirto y espliego del *sabat*.

El hedor en la habitación era un malavenido matrimonio de lo floral y lo pútrido.

La muchacha no podía tener más de veinte años. Era delgada y pálida, una mozuela. Con el pelo castaño largo, ahora emplastado con sangre seca. De unos cinco pies de estatura, tenía los pechos pequeños y duros, blancos como el mármol, también ellos mostraban manchas de sangre.

Había visto en tan contadas ocasiones las formas femeninas desembarazadas de ropa que el efecto de sus gráciles contornos y la profundidad de las sombras me distanciaron todavía más del presente. Aturdido e incrédulo, la miré durante un rato como si hubiera olvidado todo lo que sabía del pasado.

Tenía los muslos y los tobillos sucios de mierda. Lo mismo que mi tío, dos labios de piel se levantan del largo tajo que la había degollado. Sin embargo, la habían

tratado con más caballerosidad que a mi tío, y después de que el filo de la hoja libró su espíritu del encierro, la habían dejado caer al suelo como *tref*. Había caído con la fuerza de todo el peso muerto, y se había estrellado de bruces contra una de las plantas de espliego; una maceta aparecía rota junto a su cabeza, y la tierra y los tiestos se habían esparcido hasta la escalera. Tenía la nariz torcida grotescamente hacia la derecha y cubierta de sangre. Ahora yacía sobre el lado izquierdo, con la cabeza metida contra la axila, como si pretendiera ocultar los ojos. El brazo izquierdo se extendía recto hacia mi tío; el derecho aparecía retorcido detrás de la espalda. Las piernas estaban ligeramente recogidas hacia el pecho, como si buscara refugiarse en el sueño protegido de la infancia.

Me descubrí a mí mismo mirando el collar de morados alrededor del cuello un par de dedos por encima del tajo seco. Estas contusiones parecían las sombras hechas por un collar de cuentas, y al principio, sin ninguna lógica, creí que estaban hechas por un collar que le adornaba la garganta.

Miré a mi tío, y vi que él también mostraba las mismas sombras. Los morados rodeaban el cuello por encima de la nuez.

¿Los habían estrangulado con una cuerda de nudos?

Me agaché junto a la muchacha, cogí su mano izquierda. Estaba helada, pero no rígida. Llevaba una alianza hecha de filamentos de oro entretejidos en el dedo índice. Se lo quité, y mientras lo guardaba en mi bolsa susurré: «Que tu marido esté todavía vivo para honrarlo».

Fue el eco de mi voz el que de pronto atravesó las tinieblas de mi incredulidad inicial; solté una exclamación ahogada al darme cuenta de que les habían cortado la garganta exactamente por debajo del grueso anillo de la tráquea, como si los tajos hubiesen sido hechos por un *shohet* que oficiara la matanza con el ritual propio de todos los carniceros judíos.

¿Había sido un converso traidor quien había llevado a los seguidores del Nazareno hasta mi tío, para después cortarle la garganta? Me imaginé a un fraile dominico soliviantando a la chusma para que asaltaran nuestro sótano, y a mi maestro prisionero y entregado al mercenario judío como un cordero para el sacrificio.

El nombre del cristiano nuevo traficante de armas Eurico Damas retumbó en mi cabeza. Su reciente amenaza contra la vida de mi tío nos la había transmitido el rabino Losa: «Cuídate de susurrar el nombre de Damas, aunque sólo sea en sueños...».

¿Había aceptado Damas una bolsa de soberanos de oro de los dominicos para revelar el escondite de nuestros más honrados miembros de la comunidad? ¿Había escrito el nombre de Abraham Zarco en lo más alto de su lista?

¿Podía Damas matar como un *shohet*?

Mi mirada se dirigió hacia las escaleras. La luz de la planta baja que brillaba sobre los azulejos que decoraban la pared oriental del sótano, me reveló el patrón de una estrella de doce puntas que parecía poseer un secreto. Estrellas. Luz. Patrones.

Secretos. Años de aprendizaje en la Tora y el Talmud me habían enseñado a distinguir cuando mi razonamiento se desviaba del camino de la lógica, fuera judía o griega, y mi mente comenzó a buscar un patrón fijo en los azulejos que le permitiera limpiarse. Con la mirada fija en el torbellino de reflejos azules, blancos y dorados, murmuré la palabra «azulejo», hasta que desapareció el significado y sólo quedaron mis ojos fijos en la superficie vidriada. Gracias a la libertad que proporciona el vacío, una súbita comprensión me hizo levantar sin aliento: el alma de mi tío no podía haber sido robada por los atacantes cristianos; había encontrado la trampa cerrada, con la raída alfombra persa en su sitio. La turba de asaltantes no podía haber asesinado a dos personas, para después entretenerse en cerrar la trampa con todo esmero y poner la alfombra en su lugar. Envalentonados por la sangre judía caliente en sus manos hubieran salido de aquí destrozando todo lo que encontraran a su paso. ¡Nuestro sótano sería ahora una ruina!

Eché una ojeada para comprobar que la habitación no había sido hollada por pies cristianos. Los pupitres y el armario estaban intactos. Del mobiliario, sólo el espejo cóncavo colgado en la pared encima del pupitre de mi tío mostraba una mancha de sangre. Un solitario churrete marrón descendía desde el borde superior a través de la plateada superficie cóncava.

¿El asesino había apoyado una mano que chorreaba sangre en el marco del espejo mientras contemplaba su imagen distorsionada? ¿O era verdad la leyenda del espejo sangrante?

En cualquier caso, los cristianos no habían entrado; su búsqueda había sido desviada por el umbral secreto de la trampa.

Entonces llegó otra confirmación interior: «¡Tampoco ha estado aquí ningún carnicero judío!». Ningún carnicero conocía la existencia de nuestra entrada secreta. Tampoco Eurico Damas la conocía. Por lo tanto, la trampa había tenido que estar abierta. ¿Podía mi tío haber sido tan descuidado?

Apoyé la palma de la mano en el pecho de mi maestro, como si buscara la respuesta en su presencia. Un débil residuo de calor me cortó el aliento. Busqué más heridas en su cuerpo, pero sólo encontré un morado en el hombro izquierdo, con una ligera inflamación a su alrededor. La piel blanca me producía en los dedos la sensación de estar tocando cuero, pero aún conservaba algún resto de la elasticidad de la vida.

Hubiese dicho que no llevaba muerto más de media hora, tal vez poco después de las cuatro de la tarde. La resistencia había sido breve.

Le cogí la mano derecha, la mano de las bendiciones y la iluminación, y comencé a examinar los poros y las líneas como si pretendiera descifrar el lenguaje escrito en un antiguo pergamino. De pronto, por primera vez en mi vida, sentí de forma palpable que la presencia de Dios abandonaba mi cuerpo. Recé para que la cortina de sangre que cubría el pecho de mi tío fuera un sueño, conté hasta cinco, el número de los libros de la Torá, y luego volví a mirar. El aire se ahogó en mi garganta como si

un puño la hubiera apretado. No podía mirarle; había comenzado mis sollozos, agudos, profundos e interminables.

¿Durante cuánto tiempo lloré? El tiempo se detiene bajo la fuerza de semejante emoción.

Cuando la bendición del silencio volvió a descender sobre mí, me senté y comencé a balancearme de atrás para adelante. Recordé a un niño sordo y mudo que había visto una vez balancearse de la misma manera en la calle, y ahora comprendí el motivo; invadido por un aislamiento y una soledad tan grande que no tenía límites, el cuerpo buscaba el consuelo en la gracia de su propio movimiento.

Al despertar de mi arrobamiento, me sorprendí a mí mismo con un cascote de uno de los tiestos. Me senté junto al pecho de mi maestro. Hice harapos con mi camisa y comencé a limpiar la sangre de la retorcida máscara que era su rostro. Mis labios esculpieron su nombre como una oración.

Vi su *tallis* tinto en sangre hecho una bola junto al pie de uno de los arbustos de mirto y me lo eché sobre los hombros. Como un recordatorio. De qué, no tenía idea. Estaba sentado con el pecho desnudo. Temblaba. Limpié una vez más la tinta de los dedos de su mano derecha, le quité el anillo de topacio; la corona de Dios había atrapado dentro el resplandor esmeralda de los ojos de mi maestro, y necesitaba que esa luz estuviera siempre conmigo.

Después de murmurar un *kaddish* por él, y otro por la muchacha, comencé a limpiarle la mano izquierda. Una hebra estaba enganchada en la uña del pulgar. La acerqué a mis ojos, y descubrí que era de seda negra. Un nombre flotó en las inmediaciones de mi consciencia, y mis labios lo enmarcaron: Simón Ean es, el importador de tejidos.

Simón era un amigo de la familia, miembro del grupo de estudio de mi tío, rescatado años atrás de las manos de los inquisidores de Sevilla previo pago de una fortuna en lapislázuli que corrió a cargo de mi maestro. Sus manos aparecieron ahora ante mí, resguardadas por los guantes de seda negra que mi madre le había hecho con restos de una tela de doña Meneses. Estos guantes eran para evitar que sus suaves manos se llenaran de callos; sólo tenía la pierna izquierda —la derecha se la habían amputado en su juventud— y caminaba dificultosamente con unas muletas de madera.

¿La hebra había sido arrancada de uno de aquellos guantes?

Como miembro del grupo de estudio, resultaba obvio que conocía la existencia del sótano y de la ubicación de la trampilla. Pero ¿un hombre con una sola pierna tenía la fuerza y el equilibrio para matar como un *shohet*?

Guardé la hebra en la bolsa, y revisé las demás uñas de mi maestro buscando partículas de piel o de cabellos. Nada. Después, el rostro. Los capilares de los labios se habían roto, y formaban una enrevesada telaraña. Le cerré los párpados suavemente. Se veían oscuros, como golpeados.

Sentir el roce del *tallis* ensangrentado de mi maestro sobre los hombros me hizo desviar la mirada hacia nuestros pupitres, nuestro lugar de trabajo terrenal. Las zapatillas y la bata blanca de mi tío estaban en el suelo debajo del pupitre. Al acercarme, encontré que una de las zapatillas estaba del revés. La otra unos cuatro pies más allá. Parecía como si las hubiesen tirado despreocupadamente desde cierta distancia.

Todas las prendas estaban manchadas de sangre. A mi tío le habían matado vestido, y después le habían desnudado.

Mientras caminaba en círculo, observé el sótano en busca de otras prendas, y sólo me detuve por un instante para verme reflejado en el espejo de sangre. Qué vil y repugnante me vi entonces, un ser de facciones deformes y ojos de serpiente, el pelo greñado como el de una Gorgona. En la habitación, no encontré nada que perteneciera a la muchacha. Ni una sola prenda, ni siquiera una cinta.

Una posibilidad alumbrada por la llama de la vergüenza me hizo cerrar los ojos. Durante los últimos tiempos mi tío se había mostrado muy inquieto. Por razones que nunca había acabado de explicar del todo. ¿No podía ser que la muchacha hubiera sido la fuente de sus preocupaciones, una amante que le había dicho que éste sería el último de sus encuentros secretos? ¿O estando preñada, le había dado un ultimátum: «Divóciate de tu mujer o descubriré quién es el padre de mi hijo»?

¿Acaso mi tío la había desnudado en la cocina, la había hecho bajar al sótano, y después de atrancar la puerta, la había matado para luego matarse él también? Pero el tajo en la garganta... ¿Era posible que alguien pudiera infligirse semejante herida? ¿Era mi tío capaz de matar a otro ser que llevaba una chispa de Dios en su seno?

Además, ¿dónde estaba el cuchillo? ¿Lo había hecho desaparecer con algunas palabras mágicas?

Contuve el aliento mientras metía las manos por debajo de los cuerpos en busca del arma. Nada, sólo el repugnante contacto del helado peso muerto reclamando ser sepultado.

Fui incapaz de encontrar el cuchillo por ninguna parte. Sin embargo, en el último cajón del armario descubrí que habían arrancado las tapas de las dos cajas de madera negra: nuestra pequeña fortuna en pan de oro y lapislázuli había desaparecido; el asesino, o algún ladrón, había descartado los productos baratos y había ido directamente a nuestros minerales más preciosos.

Lo importante, desde luego, no era lo que el asesino se había llevado, sino que sabía exactamente dónde encontrar nuestros tesoros. El número de personas que conocía tan íntimamente nuestro armario se podía contar con los dedos de una mano: la familia, Farid y Samir, y los miembros del círculo de iniciados.

El asesino era uno de ellos.

Los nombres de los cuatro miembros del grupo de mi tío sonaron como si los leyera en un decreto real:

Simón Eanes, importador de tejidos e iluminador de manuscritos.

Fray Carlos, sacerdote, el hombre a quien habíamos confiado la educación cristiana de Judá. ¿Acaso no habían discutido él y mi tío por el manuscrito de Salomón ben Gabirol que Carlos se había negado a entregarle?

Diego Gonçalves, el impresor y devoto levita que había sido atacado a pedradas por unos chiquillos dos días antes, el viernes por la mañana.

Sansón Tijolo, el fornido vinatero, a cuya bodega había ido yo esa mañana a comprar vino *kosher*.

Mientras el nombre de Sansón resonaba en mi cabeza, recordé amargamente la nota que mi tío le había enviado, y me maldije en voz alta por no haberla leído.

Me volví hacia la pared oriental y fijé la mirada en el dibujo de los azulejos; por primera vez comprendí la capacidad de disimulo del hombre a quien necesitaba llevar ante la justicia, comprendí que nos había engañado a todos con la máscara de la amistad. Presentí que, si pretendía capturarlo, necesitaría saber todo lo que había ocurrido en la bodega. Lentamente, con los cuidados pasos de una mantis religiosa, comencé a recorrer la habitación, para grabar la escena en mi mente, pulgada a pulgada, como si pasara los dedos por un pergamino de la Torá.

Una solitaria cuenta con rastros de sangre apareció detrás de la pata de uno de nuestros pupitres. Era oscura, con unas líneas finas y onduladas. En el momento de recogerla, me imaginé un rosario o un collar ajustado alrededor del cuello de mi tío. ¿Había pertenecido a fray Carlos? Guardé la cuenta en la bolsa.

Dos gruesas marcas de sangre manchaban el borde inferior de uno de los dos tapices de cuero que adornaban la pared occidental del sótano. Entre las dos manchas había una línea recta donde habían cortado el cuero. Sin duda, la mano del asesino había plegado esta parte alrededor de la hoja para después hacer un movimiento brusco hacia abajo para limpiar el filo.

Las sangrientas huellas de las sandalias iban y venían entre la pared oriental, la alfombra de las oraciones y las escaleras, pero no subían. El asesino se había visto atrapado, había buscado la manera de salir, y después se había esfumado sin más.

¿Cuántas eran las personas que habían dejado huellas? Las de mi tío y la muchacha eran fácilmente visibles en la alfombra. Hasta donde podía decir, el asesino había llevado sandalias, y sus pies medían por lo menos una pulgada más de largo y eran más anchos que los de mi tío.

¿Era posible que estas huellas no pertenecieran a Diego o a Sansón? Ambos tenían los pies de Goliat.

¿O había intervenido más de un asesino? La áspera superficie de la alfombra recogía las huellas, pero de una manera imperfecta, y en la pizarra oscura del suelo resultaba imposible distinguir entre las huellas de dos o incluso tres asesinos si el tamaño y la forma eran similares.

Simón, el importador de tejidos. Otra vez volvía a pensar en él. Incluso un hombre con una sola pierna podía matar como un *shohet* si sabía utilizar la sorpresa como arma contra un cabalista entregado a sus oraciones. Pero en ese caso sólo

habría dejado la huella del pie izquierdo. Al menos dos marcas de sandalias correspondientes al pie derecho que no habían sido hechas por mi tío eran claramente visibles.

Por lo tanto, si Simón estaba involucrado, había contado con la ayuda de un cómplice.

Pero estaba adelantando acontecimientos; bien podrían haber dejado la hebra para echarle las culpas a Simón, y una mano astuta podría haber dejado caer la cuenta con el deseo de enfocar la cruel sombra de la duda sobre fray Carlos. Incluso las pisadas podrían ser falsas.

Me volví a inclinar sobre el pecho de mi tío y le levanté la mano izquierda para revisarle la uña del pulgar. Tal como estaba dispuesta, se veía perfectamente recortada, excepto donde un pequeño corte sucio de sangre había enganchado la hebra. ¿No era probable, entonces, que la hebra la hubiese puesto allí uno del grupo con el deseo de implicar a Simón?

Sin considerar las consecuencias, acerqué a mis labios la mano que sujetaba para recibir su bendición y el contacto de mi tío por última vez. Cuando lo atraje hacia mí, comencé a besarle las mejillas y los labios. Acabé cubierto de sangre. Teñido. Como una obra miniada de carne y hueso.

Cerré los ojos, y el frío soplo del presentimiento me obligó a ponerme de pie. El sudor perló mi frente. Los pelos de todo mi cuerpo se erizaron. El grito que me llenaba el pecho abrió una puerta interior, y entró una visión:

A mi alrededor había un paisaje árido de colinas rocosas. Era ardiente y seco. El ocaso proyectaba sombras irregulares entre barrancas y laderas, dando a la escena la cruda claridad de la Tora. A lo lejos, en el horizonte, en la parte oriental, una luz blanca ascendía al mismo tiempo que se acercaba. Titiló mientras continuaba su ascenso en el cielo, como si transmitiera un código, y a mí me pareció que sin duda viajaba para entregar un mensaje. Permaneciendo yo en la postura de oración, comenzó a oírse a mi alrededor como un susurro. Sonaba como si una criatura invisible —o el mismo aire— respirara a mi lado. De pronto la luz blanca desplegó unas alas y adoptó la forma de un gigantesco y luminoso ibis. El pigmento de su plumaje blanco parecía destilado de la misma luna. Con las garras negras puestas delante de su cuerpo, el pájaro bajó en picado, tocó tierra delante de mí, corrió unos pasos para recuperar el equilibrio, plegó las alas, y metió el pico encorvado en el pecho para arreglarse las plumas. Tenía el tamaño de un hombre y su actitud era majestuosa. Los grandes ojos plateados parecían ser de mercurio, y estar dotados del atractivo espiritual de Moisés. Se dirigió a mí con la voz de mi tío abriendo y cerrando el pico como unas tijeras. «¡Vuélvete!». Al obedecer, encontré que estaba al borde de una masa de agua, quizá de una milla de ancho, y el extraño ruido parecido al de la respiración que había oído a mi alrededor resultó ser sencillamente el ruido de las olas al romper en la arena. En la otra orilla, decenas de miles de hombres formados en columnas como hormigas, subían corriendo las laderas de las montañas

lejanas. «Mírame», dijo el ibis. Le obedecí una vez más. «Tal como sospechabas, este año has llegado tarde para el Éxodo, y te has quedado atrás. Si quieres cruzar ahora, tendrás que volar; no tienes tiempo para esperar el regreso de Moisés». Cuando le repliqué: «Pero si no tengo alas», el ibis dijo: «Un cabalista no necesita alas para volar, sólo la voluntad de hacerlo». La manera en que pronunció la palabra «*vontade*» había sido tan ambigua intencionadamente para que también pudiera entenderse *bondade*. Luego el ibis me ordenó: «Ahora mira al sur». Cuando lo hice, el paisaje se inmovilizó en el tiempo. Me rodeaba el olor a pergamino, y vi que el mar, las colinas e incluso el mismo ibis no eran sino figuras pintadas en la página de un Hagadá iluminado. Me encontraba en un cuadro que representaba el Éxodo, en la costa egipcia. Me habían dejado atrás con el faraón.

Los gritos en la calle me devolvieron al presente. «Desde luego la premonición que tuve mientras presenciaba la procesión de los flagelantes el otro día es la precursora de esta visión. Dios lleva intentando desde el viernes entrar en mí para mostrarme esto. ¡Qué mal había escuchado cuando tan necesario me hubiera sido!».

La pregunta que me planteaba ahora era: ¿tenía la voluntad y la bondad para guiar a mi familia sana y salva hasta Tierra Santa?

De pronto, llevado por el instinto del miedo físico, mi mano buscó la concisa certidumbre de mi cuchillo. Lo saqué de la bolsa. Judá y Cinfa... Madre, tía Ester... Mis manos formaron un puño apretado al citar sus nombres. La necesidad de encontrarles creció en mí con una fuerza tan grande que cada respiración parecía saltar dentro de mis pulmones.

Mientras subía las escaleras de dos en dos, saqué de la bolsa el libro de salmos que mi tío me había pedido que entregara; el exceso de peso me irritaba más allá de su significado. Me vino entonces un pensamiento que hizo que me aplastara contra la pared: «¡La nota para el noble que había escrito mi tío! ¿No podría ayudarme a aclarar parte de mi confusión?».

La nota estaba metida entre la tapa y la primera página del manuscrito. Sin moverme de las escaleras del sótano, invadido por un sentimiento de temor, rompí el sello de lacre:

Querido y honorable don Miguel:

Ante usted tiene su libro de salmos y a mi sobrino Baraquías. Ahora le pregunto: ¿son tan diferentes? Ambos son hermosos. Ambos contienen mundos dignos de ser celebrados.

Si tiene usted alguna duda, mire en los ojos de mi sobrino. ¿Condenaría usted a muerte a una mirada tan buena e inteligente?

Le dije a usted que hay algunas criaturas creadas a imagen de Dios que no tienen pies, sólo páginas. Luego, me contuve de formularle las siguientes

preguntas para no asustarle. Pero la desesperación impulsa a mi pluma a través de esta página y no puedo reprimirlas.

¿Puede usted estar seguro de que un libro no respira? ¿Puede estar usted seguro de que no se reproduce? Si no aquí en nuestro mundo inferior de apariencias, quizá sí en los Reinos Superiores.

¿Puede usted estar seguro, incluso, de que los ángeles no son libros a los que Dios dio forma?

¿No es la Torá en sí misma el cuerpo de Dios?

Sólo le diré un nombre: Metatrón.

Repita este nombre para sus adentros. Repítalo ciento sesenta y nueve veces si se atreve.

¿Así y todo el ángel Metatrón registrará sus buenas obras o mirará siquiera su nombre?

Usted es un náufrago abandonado en una isla desierta. Yo estoy en una barca y le arrojo un cabo. No es el cabo que usted deseaba ni yo soy el salvador que usted anhelaba. ¿Lamentará usted su destino y llorará su desilusión hasta que yo leve el ancla y le abandone? ¿O se dará cuenta de que ninguno de nosotros consigue todo lo que desea en esta vida? ¿No tiene suficiente con lo que Dios le ha dado? Después de todo, un cabo lanzado por un judío desde una barca que cruza el mar Rojo en *Pesaj* no es algo para despreciar.

Incluso quizá descubra que le gusta navegar.

Contemple la alianza que siempre ha estado con usted si tiene alguna duda. Que Dios le bendiga, sea cual sea su decisión.

ABRAHAM ZARCO

PD. ¡Esperaba que usted me dijera si los doctores cristianos podían devolverle a mi esposa, a mi querida Ester, la virginidad!

Una puerta pareció abrirse en mi interior cuando acabé de leer la carta; Miguel Ribeiro, el famoso caballero cristiano, tenía que ser un judaizante. ¿Qué otra cosa podía haber querido decir mi tío con «la alianza que siempre os acompaña» sino la señal de su circuncisión?

Llegué a la conclusión de que mi tío le había hecho a don Miguel una petición muy difícil, algo que el caballero había rehusado. De lo contrario, mi maestro no habría hecho la referencia a Metatrón, el ángel talmúdico que registra las buenas obras de Israel.

En cuanto a la solicitud de que repitiera el nombre del ángel ciento sesenta y nueve veces, era algo típico de mi tío; era el número de veces que el verbo *zakhar*, recordar, aparecía en el Viejo Testamento en sus diferentes formas. Invariablemente,

cada vez que mi maestro deseaba que alguien con escasa experiencia en filosofía comprendiera un pasaje difícil de la Torá, le mencionaba una frase sagrada relacionada con el pasaje en cuestión para que la repitiera una y otra vez. Poco a poco, entre los canales cabalísticos, la comprensión tomaba forma en la mente del sujeto.

Era obvio que la solicitud de mi tío a don Miguel tenía algo que ver con los libros. ¿Le pedía más dinero para comprar unos manuscritos descubiertos hacía poco? ¿Había encontrado un libro especial, algo tan valioso que había despertado la codicia entre los miembros del grupo de iniciados? ¿Era esa la conexión entre esta nota y los maestros de la Cábala?

Al subir las escaleras, sentí por primera vez que iniciaba la marcha por un camino que me conducía a la verdad. Un iniciado estaba involucrado. Quizá con la complicidad de alguien ajeno al grupo. Habían asesinado a mi tío por un manuscrito valiosísimo que él había encontrado, algo tan valioso, dotado con un poder mágico tan inmenso que había podido convertir en hojalata el corazón de oro de uno de sus amigos.

Al acabar de subir las escaleras me volví para contemplar a mi maestro y a la muchacha. Ambos yacían sobre la alfombra. Intentaban tocarse como... Desapareció de mi mente el pensamiento de que en realidad hubiesen podido ser amantes, y la duda añadió una enorme profundidad al abismo de la muerte que me separaba de mi tío. ¿Le había conocido de verdad, o sólo había logrado atisbarle a través de una máscara?

Repentinamente oyose el alarido de una mujer en la calle de la Sinagoga. En un susurro les dije adiós a los cadáveres tendidos en el sótano como aquel que se despide de unos niños dormidos.

Desde la cocina, escuché los gritos airados de una multitud reunida delante mismo de la puerta de la habitación de mi madre. En el patio se oían unos movimientos furtivos. Asomé la cabeza, y descubrí a un chiquillo larguirucho. Iba descalzo y tenía el pelo castaño. Estaba robando limones de nuestro árbol. Me acerqué para gritarle con voz amenazadora: «¡Largo de aquí ahora mismo!».

Al chiquillo se le escapó un grito ahogado, y escapó por el hueco donde había estado la cancela.

Me asomé por encima del muro para ver qué ocurría en el exterior, pero me agaché en el acto; a mi derecha, por la calle de la Sinagoga en dirección al río se acercaba una centena de labradores vestidos con ropas burdas, armados con guadañas, hoces, picos y espadas. Los latidos de mi corazón se agolpaban y me hacían balancearme. Me senté durante unos minutos para calmar el mareo, y luego corrí hasta el cobertizo en busca de un martillo y un puñado de clavos.

Trabajé con la velocidad que infunde la desesperación. Clavé la trampilla al marco de madera y puse la alfombra raída otra vez en su sitio, mientras en mi cabeza resonaba una sola idea: «No debo permitir que nadie profane los cuerpos». De

regreso a mi habitación, me cambié de ropas; aunque habían saqueado mi arcón, encontré una vieja camisa de lino y unos pantalones que se habían dejado en el fondo. Las prendas de mi tío, impregnadas de heces y sangre, fueron a parar a la hedionda letrina exterior.

Antes de marcharme, entré en la casa de Farid. Como era sordo, no podía acudir a mi llamada para que abandonara el escondrijo. Llamé en voz baja a su padre, Samir. La respuesta fue el silencio de las tejas y la piedra. Busqué en la cocina y en los dormitorios. La casa había sido saqueada, el telar reducido a astillas. Pero no había señal alguna de ninguno de los dos. Sin duda, habían escapado. Para asegurarme, golpeé en el suelo con el pie tres veces, luego una, y por último cuatro veces más. Estaba marcando el número *pi*, el número mágico de los egipcios, la señal que Farid y yo empleábamos en casos de emergencia. Si estaba aquí, notaría el número en las plantas de los pies.

No recibí ninguna respuesta.

De nuevo en el patio, *Roseta*, nuestra gata, se acercó a mí. Las dos cerezas agrias que mi madre le colgaba alrededor del cuello como identificación se bamboleaban descompasadamente. Arqueó el lomo, y ronroneó complacida mientras frotaba su pellejo contra mi pierna. La aparté con un suave puntapié y me encaminé hasta la puerta. Al salir a la calle de San Pedro, vi el cielo negro por una densa columna de humo por el oeste, encima del centro de Lisboa. Empuñé el cuchillo al pensar en mi familia. Sin embargo, no avancé, sino que miré atrás a la plaza vacía, a la casa de dos pisos al otro lado del arco de piedra de San Pedro. Fray Carlos ocupaba un apartamento en el último piso. Los postigos estaban cerrados. Como integrante del grupo de iniciados, ¿estaba involucrado en el asesinato de mi tío? ¿Era posible que mi familia hubiera buscado refugio en su casa?

Subí las escaleras del edificio de dos en dos. Encontré la puerta cerrada. Llamé. «¡Abre! —grité—. Estará más seguro conmigo. Sólo dime si tienes a Judá contigo. ¡Maldita sea, contéstame!». Nada. El pecado de desear que alguien estuviera muerto para demostrarme que no podía ser responsable del asesinato entró en mi corazón.

Otra vez en el exterior, en la siniestra plaza desierta; al oír los gritos que venían del lado del río, encaminé mis pasos hacia la columna de humo que se alzaba en el centro de Lisboa. Como un ser encerrado en su concha, seguí caminando, con la larga sombra alejándose detrás de mí como si mis pasos dejaran un rastro.

Al pasar junto a la pared sur de la catedral, vi a un grupo de mujeres que corrían como si escaparan de una invasión, pero ninguna de ellas intentó detenerme o avisarme. ¿Eran golondrinas que escapaban del faraón? No miré sus rostros, y por mucho que digan los obispos, el sonido de un judío que huye de la muerte no se distingue en nada del que hace un cristiano.

Un grupo de jóvenes con azadas y picos montaba guardia delante de la iglesia de la Magdalena, así que me desvié rápidamente hacia la izquierda y me encaminé hacia el río. Casi sin darme cuenta me encontré en la calle Nova d'El Rei junto a la iglesia

de la Misericordia. La tienda de Simón, el importador de tejidos, estaba a unos cincuenta pasos en dirección al oeste. Mientras caminaba hacia allí con paso rápido, cuatro hombres ataviados con ropas de mercaderes, que estaban conversando en un portal, al otro lado de la calle, me miraron, pero no salieron a mi encuentro. Un poco más allá, un grupito de huérfanos se entretenían pateando una cesta de mimbre como si fuese una pelota.

¿Cómo explicar la sensación de ver todos los postigos cerrados a cal y canto, los balcones vacíos, ni un carruaje a la vista? «Este es el aspecto de una ciudad invadida desde el interior. De una ciudad sin futuro», pensé. Me imaginé a mí mismo como un fantasma, y me pregunté si mi puño haría algún ruido cuando llamara a la puerta de la tienda de Simón. Por supuesto que lo hizo. Se abrieron los postigos de la planta superior. Un hombre barbudo con un sombrero de ala ancha azul se asomó a la ventana. Se trataba de maese Joao, el casero de Simón, un cristiano viejo, desde luego.

—¡Deja de aporrear la puerta! —gritó.

—No sé si me recuerda. Soy el sobrino del maestro Abraham Zarco. Vengo a buscar a Simón Eanes. Necesito encontrarle. ¿Está en casa?

—Llegas dos horas tarde. Los dominicos vinieron a buscarlo. Le abrieron la barriga y después se lo llevaron. —Movié una mano para señalar la columna de humo que se alzaba por encima del Rossio—. Ahora vete. ¡Si te queda algo en la cabeza ve y escóndete donde puedas!

—Entonces, ¿está muerto?

—¿No tienes ojos, idiota? ¿No ves el humo? Eso es él. ¡Ahora aléjate de mí, perro marrano, antes de que los dominicos vengan a buscarme a mí también! —y cerró los postigos violentamente.

Mientras me alejaba, los nombres de los tres iniciados restantes sonaron dentro de mí como si me estuvieran llamando a una selva bíblica: Sansón el vinatero, Diego el impresor y fray Carlos.

Sansón sería el más fácil de encontrar; su esposa, Rana, una vieja amiga del vecindario, sería incapaz de ocultarme la verdad. Si había regresado a casa empapado con la sangre de mi tío, sus ojos me dirían la verdad en el acto.

La plaza del Rossio se abría como una herida infectada por una muchedumbre vociferante. Se arremolinaban alrededor de los carruajes inmovilizados, tapaban las calles a través de las grandes arcadas del Hospital de Todos—os—Santos, se asomaban muertos de risa a los balcones y las ventanas. Las gaviotas volaban en círculo, profiriendo sus agudos chillidos. Un hombre vestido con harapos brincaba como un poseso y las llagas de las piernas rezumaban un pus amarillento que le bajaba hasta los pies.

—¡Le picó una tarántula! —me informó a gritos una vieja de piel curtida—. ¡No puede parar, ni siquiera por esto! —Se echó a reír hasta que le vino un acceso de tos que la ahogaba.

Por encima de las cabezas de la muchedumbre, las columnas de humo negro se elevaban delante de la iglesia de los dominicos.

Fue el calor de la emoción lo que me impulsó hacia adelante. Haberme dado la vuelta hubiese sido como alejarme de la presencia del mismo Dios. O del diablo en el momento en que ataca. Únicamente los santos tienen esa clase de poder.

De pronto, avisté a maese Salomón el orfebre fuera de la confusa muchedumbre. Un gigante corpulento con la pátina muscular de un herrero le mantenía las manos sujetas a la espalda. La mierda le manchaba el pelo, y se le escurría por el cuello. Comenzaron a temblarle las piernas cuando me reconoció. Su mirada me imploró que huyera. Me imaginé su voz: «¡Ahora, Baraquías, antes de que sea demasiado tarde!».

Impulsado hacia delante por un empujón, desapareció engullido por el enjambre humano.

Me lancé tras él, y me vi arrastrado hacia el centro por una súbita corriente. Me invadió el terror ante la perspectiva de encontrar a mi familia prisionera en el corazón de esta chusma. Sin embargo, un calor parecido al deseo sexual consumió mis fuerzas. Seguí avanzando sin parar, como transportado por los brazos de un sueño, hasta llegar otra vez a un espacio abierto. Una pira de llamas crepitantes. Tentáculos verdes y naranja se desplegaban hacia el tejado de la iglesia. En el campanario, un fraile dominico de enorme bocio mostraba a la multitud una cabeza ensartada en la punta de la espada y exhortaba a la chusma con una voz enloquecida: «¡Matad a los herejes! ¡Que la justicia de Dios caiga sobre ellos! ¡Hacedles pagar por los crímenes cometidos contra los niños cristianos!».

El fuego desprendía un calor terrible alimentado por la masa de cuerpos judíos que le habían echado. Aturdido, incapaz de pensar, miré fijamente hasta que me pareció reconocer a Necim Farol, el intérprete y prestamista, que parecía mirarme a través de una cortina de llamas. Tenía la cabeza carbonizada y los ojos blancos de un pescado. Para evitar el horrible espectáculo, bajé la mirada, pero a mis pies me encontré con la cabeza de Moisés Almal el cordelero reposando como un busto de Juan el Bautista sobre una bandeja de líquido rojo. Alrededor de la hoguera había charcos de sangre donde los cuerpos se amontonaban sin cesar.

Segundos o quizá minutos más tarde, porque semejante escena desafía la memoria secuencial, una figura barbuda recogió la cabeza de Almal y salió corriendo.

Mientras seguía su loca carrera a través de la muchedumbre, un hombre descamisado, que sudaba como un minero, comenzó a cortar a hachazos el cuerpo de una vieja tendido en el suelo. Primero amputó la mano izquierda, después la derecha, ésta con un anillo: el aguamarina de la señora Rosamonte, una vieja vecina que siempre me regalaba limones. El hombre del hacha estaba tan entregado a la alegría de matar que ni siquiera advirtió la joya. Soltó una risotada y gritó: «¡Las cenizas de

los judíos serán un buen abono para nuestros campos!». Arrojó las manos de la señora a la chusma. Un coro de vivas saludó el hecho, y yo me abrí paso para acercarme a las manos. Un marinero del norte, pálido y granujiento, llevaba ahora la mano con el anillo en la cabeza, bailando al compás de una canción de borrachos en un lenguaje que le salía de las tripas. Cuando le hice frente, dejó de bailar. Le arrojé todas las monedas que tenía a los pies, y señalé su hallazgo. Asintió, y soltó una retahíla de palabras guturales, para después lanzar la mano al aire, como si quisiera derribar a alguna de las gaviotas. La mano cayó al suelo, escupiendo sangre. La recogí en el acto, y la guardé en la bolsa. Me volví al escuchar los gritos de la voz acusadora de un fraile rechoncho con ojos de búho apostado en los peldaños de granito de la iglesia de los dominicos, «¡Matad a los herejes! ¡Matadlos a todos!». Como si se tratara de un escudo heráldico, señaló a la multitud con un crucifijo. Salomón el orfebre estaba allí, tendido en los adoquines al pie de la escalinata. Panza arriba, sangraba como un perro herido. Mientras me adelantaba, gritó mi nombre con toda claridad. Unas rayas rojas marcaban la túnica blanca. Dos hombres que no dejaban de gruñir, empapados de sudor y sangre, le pegaban con maderos en forma de cruz sujetos con clavos. Salomón, capaz de convertir el pan de oro en susurros de Dios. Salomón, que me besó en los labios y lloró al ver el Libro de Ester iluminado que había hecho para regalárselo. Salomón, que...

Qué grandes esfuerzos se habían de hacer para asumir esta matanza. Con cada golpe, chorros de vida surgían del orfebre como fuentes vistas desde el firmamento. La carne rota de las manos agujereadas se tendía para detenerla. Gritos. Gritos en hebreo que llamaban al rey don Manuel. Después a Abraham, a Moisés. A Dios. «¡Detenles! ¡Oh, Señor! ¡Haz que se detengan!». Un coágulo de sangre le ahogó al brotarle de la boca.

«¡Afeitamos al judío antes de que se muera!», gritó uno de los hombres. Recogió una rama ardiendo de la hoguera, y la sostuvo contra la barba gris de Salomón, hasta prenderle fuego. Los desorbitados ojos del orfebre torturado miraban con furia al mundo pidiendo ayuda.

Yo pensé, como si un rayo de herejía hubiese partido mi mente: «Es un fallo de Dios el que no podamos impedir tan tremendo dolor físico de un ser humano y hacerlo nuestro».

Un corpulento gigante con una cruz roja pintada en la frente, armado con un hacha oxidada, se adelantó de pronto reclamando a gritos piedad y lluvia. Levantó el hacha por encima de su cabeza, descargó la hoja mellada contra el cuello de Salomón y las salpicaduras de vida llegaron hasta mis pies. El cuerpo destrozado se desplomó como un muñeco; del cuello manaba la sangre como el vino nuevo de un tonel.

En el instante en que volví en mí, los cristianos me miraban; era una idiotez, pero inconscientemente, llevado por el horror, había comenzado a murmurar una oración ¡en hebreo!

Una mano me sujetó por sorpresa, me echó hacia atrás y me sacudió con fuerza. Un rostro conocido. ¿David Moisés? Corrimos a lo largo de las murallas de brazos extendidos con la ingrátida velocidad de una pesadilla. Corrimos por un bosque de movimientos. Doblamos unas esquinas. Subimos escaleras de piedra. Avanzamos por callejones sombríos. Entramos en una casa. Cruzamos una puerta y entramos en una oscuridad protectora. Una mano me tapó la boca. Una respiración agitada me quemó la mejilla. Una voz conocida susurró mi nombre.

—Silencio, Beri.

Se trataba de David Moisés, nuestro antiguo *chazán*.

—Maestro David, ¿vio a Salomón el orfebre? —pregunté.

—Vi a muchos de nosotros —respondió.

—Pero Salomón... Vio...

Sonaron gritos al otro lado de la puerta. «¡Vamos hacia el río! ¡En marcha! ¡Traed el carretón!».

El maestro David volvió a taparme la boca con la mano. Nos acurrucamos. Por un momento, nuestras respiraciones se unieron, para después separarse.

—¿Ha visto a mi familia? Mi madre, Judá.

—No, pero pueden estar en cualquier parte.

—Tengo que volver, quizás hayan conseguido regresar a casa. Debo encontrarlos y...

Me sujetó por el cuello.

—Escucha, la única manera de encontrarles es que sigas vivo. Tienes que marcharte.

—¿Cómo empezó? ¿Quién ha sido el responsable de todo esto?

—Empezó en la iglesia de los dominicos. Allí tienen una cruz con un agujero tapado con un espejo. Los frailes metieron por detrás una vela encendida. Dijeron a todo el mundo que la luz era una señal del Nazareno, un milagro. Hace cosa de una hora, un cristiano nuevo, Jacob Chaveirol, el sastre, estaba...

—Fui a la escuela con su hijo, Menni. Es brillante en todo lo referente a la Torá. Un hombre prodigioso. Tiene la tienda...

—¡Era un idiota! ¡Dijo que hubiese sido mucho mejor que Cristo nos enviara agua en lugar de fuego!

—¿Y?

—Le pegaron hasta matarle. Le abrieron el vientre y le arrancaron los... Dos sacerdotes clamaron que los congregados debían matar a los judíos. También descuartizaron a su hermano, Isaac. La cabeza que está en la torre es la suya. Los marineros del norte contribuyeron con dinero para pagar la leña de la hoguera. Muy pronto... muy pronto... —Al maestro David le falló la voz.

—¿Y el rey? ¿Por qué no ha venido a defendernos? Nos dieron veinte años para...

—¿El rey don Manuel? —El maestro David exhaló un suspiro—. Será un cobarde, pero no es un estúpido. Sabe que, si envía tropas a socorrernos, la chusma pediría su cabeza. La gente le odia casi tanto como a los judíos. Dejará que las algaradas se consuman por sí solas, y luego volverá a asumir el control de la ciudad.

Permanecemos abrazados en silencio. No podía hablarle de mi tío; mis palabras habrían confirmado que nunca más volvería a mí. Tampoco podía confiar en ningún cristiano nuevo hasta saber más sobre el asesinato.

—¿Sabes algo de la suerte que han corrido fray Carlos o Diego el impresor? —Al ver que David movía la cabeza negativamente, añadí—: ¿Y de Sansón?

—Ni una palabra —respondió.

Mis ojos se habituaban poco a poco a la penumbra; nos encontrábamos en una escalera de caracol. Por encima de nosotros, una luz tenue se filtraba a través de una estrecha puerta tapada por una reja. De pronto, distinguí un rostro en lo alto que nos espía por el hueco central de la escalera. Me abalancé. Le sujeté una pierna. Ahogué un grito con mi mano. Era una muchacha. Se resistió, pero la sujeté con la fuerza que da el miedo.

—¡Quieta! ¡No te haré daño!

Continuó resistiéndose durante unos segundos más. Luego se liberó de su terror. Su respiración me calentaba la mano.

—¡Maldita sea! —susurró el *chazán*.

—De todas maneras, no podemos quedarnos aquí —le recordé—. Estamos demasiado cerca del Rossio. Vete y me reuniré contigo en la Puerta de Santa Ana. Más allá del monasterio, en la cresta de la próxima colina, hay un gran roble solitario. Espérame allí. Yo le impediré que grite para que tengas tiempo de marcharte. —Ahora veía a mi amigo con claridad. Por los rasgones de la capa asomaba el chal de la oración—. Por el amor de Dios, tira el *tallis*.

—¿Qué será de ti? —preguntó.

—Ya me salvaste una vez. Yo me ocuparé del resto. Ahora que he despertado a lo que está ocurriendo, me marcharé. Por favor, despréndete del *tallis*.

—No puedo. —Volvió a ocultarlo debajo de la capa.

—¿Tú eres el que decía que Jacob el sastre estaba loco? Me encontraré contigo más allá de Santa Ana. ¡Vete!

El maestro David hizo una pausa como si fuera a decir algo, pero luego me apretó el brazo, abrió la puerta y abandonó la casa.

El poder y el miedo producen un tipo de emociones diferentes a cualquier otro, y con la muchacha sujeta entre mis brazos, sentí que mi cuerpo era de plata, brillante, y libre de ataduras.

—Voy a soltarte dentro de un minuto.

Su respiración era cada vez más caliente. En cuanto aparté la mano, la muchacha se irguió y volvió a meterse mis dedos en la boca. Su lengua acarició mi palma como una plegaria sensual, trazó líneas de deseo a lo largo del pulgar y el índice. Sus dedos

buscaron mi sexo, lo apretó con la presión de la curiosidad. La entrada y salida de nuestras respiraciones entrelazadas marcó el ritmo de la danza de nuestras lenguas. Eramos dos locos pecadores, abrazados en una escalera con una chusma asesina al otro lado de la puerta. Me cogió la mano.

—Arriba —susurró.

¿El cuerpo tiene una vida propia separada de la mente? ¿Cómo podía dejar que me guiara después de haber visto a mi tío? ¿O el sexo cumple una función curativa que nos negamos a admitir?

La seguí hasta una habitación ensombrecida por la cortina. El pestillo de la puerta sonó como un cerrojo en un sueño. Los haces de luz en la ventana me separaron de la muchacha. Desde esta altura, descubrí que nos encontrábamos en una callejuela lateral a unos cincuenta pasos de la plaza del Rocío, en el comienzo de la morería. Los gritos llegaban hasta allí como filtrados por una tela tupida. El corazón me dio un brinco; la cabeza del maestro Salomón ardía ante mis ojos. Pero los ojos verde esmeralda parecían los de mi tío Abraham. La mirada helada y vacía contemplaba algo más allá de mí. ¡Tanta muerte!, ¡tanta sangre! La mano de la muchacha me acariciaba el culo. Busqué su boca, pero ella se escurrió hacia abajo, y comenzó a acariciar mi deseo con un calor húmedo, en un torbellino de salvaje anhelo, ocultándome en el interior de una sombra devoradora sin forma y toda ella pura ansia, gimiendo desesperadamente cuando la apreté contra mí y le revolví su cabellera contra mi pecho tembloroso y le lamí los pétalos de sus orejas. Como si estuviese cabalgando los contornos de la mismísima oscuridad, la sujeté de los hombros y acaricié el cosquilleante deseo de sus pechos, empujé con más fuerza y profundidad en la cálida y húmeda oscuridad hasta que ella comenzó a jadear como si llorara y yo explotaba como si estuviese cayendo en caída libre en una caverna sin fondo.

Así que acabó de quitarme los últimos restos de mi deseo con un enloquecedor lengüeteo, me acarició el rostro. «Voy a lavarme», susurró. Se abrió la puerta mientras yo yacía en la cama. Oí los pasos que corrían escaleras abajo, y a continuación un grito: «¡Un marrano! ¡Hay un judío en mi habitación!».

Me até el cordón de los pantalones y descorrí la cortina. Vi a la muchacha en la calle junto a un carruaje, rodeada por hombres embozados, señalando hacia la ventana. Cogí la bolsa y salté al rellano, crucé hasta el tejado, y me deslicé hasta el balcón opuesto. Los gritos me impulsaron hacia delante. Corrí por los tejados, bajé por los desagües. Las voces del apartamento acariciaban mis oídos como ráfagas de viento. La última cornisa apareció repentinamente como el cierre de un libro. Hasta los adoquines de la calle había una caída en vertical de cuarenta pies. La altura de dos hombres me separaba del otro tejado. «¡Detente, judío!».

Me volví como si tuviera que enfrentarme a toda la cristiandad. Un joven caballero de pelo largo avanzaba torpemente por el tejado. Era alto, enjuto, y tenía un rostro macilento que sobresalía en la barbilla con la arrogancia de los nobles. Las calzas amarillas aparecían

manchadas con sangre, como las marcas de un manuscrito demoníaco. Sostenía un látigo en su larga y elegante mano.

«Un joven cazador dispuesto a mostrar sus progresos a sus amigos y familiares, yo soy la presa a sacrificar por el bien de su arrogancia», pensé. Mientras le esperaba, mis pies buscaron suelo firme. Se detuvo a unos veinte pasos de distancia y me miró con una expresión divertida. Afirmó los pies y levantó el látigo, para después descargar el trallazo acompañándolo con un grito. La punta del látigo fustigó el tejado junto a mis pies. Dos tejas saltaron hechas trizas. Unos segundos más tarde, el siniestro sonido de los trozos al chocar contra los adoquines de la calle hizo que una expresión de satisfacción asomara en su rostro presumido.

Un ímpetu como el paso de un fantasma me recorrió desde los pies hasta el pecho y la cabeza: como si la gracia de Dios ascendiera. Me aferré con fuerza a ese poder.

—Dicen que si le pegas a un judío con la fuerza suficiente puedes oír el tintineo del oro encerrado en sus costillas —manifestó con un tono burlón—. ¡Me propongo descubrirlo!

Se trataba de una leyenda basada en una horrible verdad; a los judíos expulsados de España en 1492 se les prohibió llevarse el dinero y las joyas. Algunos de los miles de judíos que cruzaron la frontera para entrar en Portugal se atrevieron a tragar monedas.

Mientras subía hasta la cumbre, se desprendió una teja. La cogí y la sostuve delante de mi pecho como un escudo. En mi mente apareció la imagen de Moisés y las tablas de la ley. El sol ardiente de la era de la Torá parecía arrastrarme hacia el cielo. Mi perseguidor se echó a reír. Avanzó con torpes pasos de gigante para encaramarse en el caballete. Nos enfrentamos en silencio separados por diez pasos. Su cara se retorcía en una mueca de desprecio. Comencé a recitar los nombres del Innombrable.

—¿Eso es un hechizo de los marranos? —preguntó.

Me sentí tentado a defenderme con una plegaria cabalística suplicando su muerte. Contuve las palabras, y me liberé de todo pensamiento hasta que sólo quedó una leve presencia pesando en mi alma.

—¡Judío loco! —gritó—. ¡Os mataremos a todos! ¡Os arrancaremos la piel y nos quedaremos con vuestro oro!

Una repentina fuerza visceral me empujó hacia delante. Avancé. El joven levantó el látigo lentamente, como si el tiempo se hubiera convertido en un elemento líquido. ¿Le sorprendía que un judío atacara sin previo aviso? En ningún momento intentó esquivarme. Con la teja a modo de escudo, le arrollé como un toro, quitándole hasta el último resuello. Voló hasta el final de la pendiente, se deslizó más allá de la cornisa y cayó al vacío dando un alarido. Un sonido como el de un puño enguantado que golpea una vez en la puerta subió hasta mí cuando chocó contra el suelo.

Me asomé a la cornisa. Le vi tendido sobre los adoquines, retorcido como una marioneta desarticulada.

Todavía me quedaba un tejado al que tenía que saltar si pretendía huir. Sin embargo, el espacio pareció ensancharse cuando salté. Fui a estrellarme contra la pared y comencé una caída libre que acabó bruscamente en un balcón techado. Tenía los brazos cubiertos de rasponazos y me sangraba la cara. El apartamento debía ser de alguna familia de antiguos musulmanes ortodoxos; me encontraba encima de una galería desde donde sus mujeres habían contemplado el mundo de la calle sin ser vistas en tiempos pasados, antes de que su culto acabara prohibido.

La emprendí a puntapiés con las tejas azules hasta que cedieron, y me colé por la abertura. Fuera de la luz, me sentí extrañamente distante de mí mismo. Estaba en un dormitorio con camastros y alfombras de pieles curtidas. Dejé el dormitorio y entré en un vestíbulo encalado; oí unas voces a través de las paredes. La familia se encontraba reunida delante de la chimenea. Un hombre alto, de piel color canela, vestido con una túnica verde y un casquete blanco se quedó mirándome. Tenía los hombros anchos y fuertes. Los ojos castaño claro casi juntos y la mirada amenazante como la de un águila. Un mechón de pelo negro que sobresalía entre las cejas le daba un aspecto misterioso. Un pensamiento pasó por mi cabeza: «Ya no tengo fuerzas para luchar. Si este hombre decide quitarme la vida, se la ofreceré como una oración».

—¿Estás buscando refugio? —preguntó en un portugués impreciso.

—Me persiguen —le respondí en mi árabe con acento hebreo. Contemplamos cómo la sangre que goteaba de mi brazo caía sobre el cuero curtido que servía de alfombra. La restañé con la palma de la mano—. Te pido perdón por mancharte...

Llamó a su esposa. La mujer apareció corriendo con una chiquilla pegada a las faldas. Llevaba el pelo y las uñas teñidas con alheña. Me untó la herida con un unguento verde, y después me la vendó con unas tiras de tela de lino. Sus ojos negros, remarcados con espeso maquillaje, me contemplaron con temor hasta que alabé la gracia de su hija con un pareado árabe escrito por Farid.

Me había dislocado el hombro derecho en la caída, y ahora, pasado el primer momento de peligro, me di cuenta de que apenas podía moverlo. Me dolía mucho, pero después el entumecimiento disminuyó el dolor.

—Me llamo Attar —dijo el hombre—. Soy alfarero. Vengo de Tavira.

—Baraquías Zarco. Soy frutero, y siempre he vivido en Lisboa.

Me hizo sentar en un cojín y me sirvió agua. Cuando mencioné a Samir, el padre de Farid, una sonrisa amable le iluminó el rostro; se conocían e incluso habían estudiado el Corán juntos en Granada cuando todavía era la capital del reino islámico.

—Te traeré más agua —dijo cuando acabé la taza. Se situó a mi espalda, y me sujetó de improviso. Tiró con fuerza. Mi hombro crujió. El dolor fue tremendo, pero desapareció casi en el acto—. Ahora te sentirás mejor. Pero se acabó el saltar por los tejados durante un tiempo.

Su esposa me limpió el rostro con agua tibia mientras yo movía el brazo con muchas precauciones.

—Eres bienvenido y puedes quedarte hasta que pasen los disturbios.

—Estoy citado con un amigo, y luego debo buscar a mi familia.

Mis pantalones estaban rotos y descosidos. Me trajo un aba color castaño con el cuello bordado con delicados arabescos malvas.

—¿Cómo podré pagártelo?

Descartó mi preocupación con un ademán.

—Los bienes de los nómadas no están hechos para quedarse en sus manos — señaló—. Es lo mejor. Las cosas que no tienen alas tienen la manera de dictar nuestros pensamientos. —Me cubrió la cabeza con un casquete.

—Que Alá te acompañe —dijo al despedirme en la puerta.

Respondí al saludo y le di las gracias con una reverencia.

—Te devolveré las prendas tan pronto como pueda.

Attar me tapó la cabeza con la capucha del aba.

La calle estaba desierta cuando me deslicé fuera de la casa. Mientras caminaba a paso ligero, intenté en vano evitar el ruido de las pisadas. El fuerte olor de la carne judía abrasada reinaba por doquier. Estaba seguro de que una columna de humo se alzaba por encima de mi cabeza, pero no me atreví a mirar. Para evitar el hedor, comencé a respirar por la boca. Salí por la puerta Mora seguido por las miradas cargadas de desprecio de dos centinelas a caballo. Sin embargo, vestido con estas prendas, los representantes de la corona no se atrevieron a tocarme; si se producía una violencia oficial contra los antiguos musulmanes, podía haber un derramamiento de sangre recíproco contra los cristianos en las tierras del turco y África del Norte. En cuanto a la chusma, mi única defensa era el puñal. Recé por no tener que usarlo.

Una vez fuera de las murallas de la ciudad, me quité la capucha y corrí por los campos hasta el convento de Santa Ana, y después me arrastré entre matorrales, retamas y hierbajos altos y secos mientras me acercaba al gran roble que coronaba la colina. Pero el maestro David no estaba allí. Un pequeño grupo de cristianos viejos preocupados estaba reunido pasado el puente romano; relataban espantosas historias sobre cómo la chusma se había lanzado contra cualquiera con la más mínima vinculación con los judíos. Algunos cobardes, decían, se habían aprovechado de los alborotos como excusa para la venganza personal, e incluso como manera de librarse de las deudas personales.

—¡Toda la culpa es de los cristianos nuevos! —repetía a voz en cuello una bruja vestida de negro—. ¡Ellos trajeron la sequía!

Un grupo de labriegos armados con martillos y barras de hierro, producto del saqueo de una herrería, salieron de pronto por la puerta de Santa Ana en busca de marranos. Se animaban los unos a los otros con el buen humor de los cazadores que han presentido la presa. Apreté el pecho contra el suelo, dispuesto a esperar. El sol ya se había ocultado en el horizonte, y el cielo reflejaba los colores de la puesta del sol. Los cuervos aleteaban en las ramas del roble solitario por encima de mi cabeza. Me imaginé la muerte extendiéndose como una mancha oscura desde mi estómago hacia

mis manos y mis pies. Comencé a preguntarme cuál sería el pecado por el que Dios nos arrebatara lo mejor de Israel. ¿Por qué se valía de estos cristianos de Lisboa para castigarnos?

Muy pronto se disiparon las voces de los nazarenos. El miedo volvió a apoderarse de mí sólo cuando recordé la mano de la señora Rosamonte guardada en mi bolsa. Junto a sus dedos estaba la nota que se había caído del turbante de Diego el impresor. El papel se había manchado de sangre. Al releer las palabras —«Isaac, Madre, el veintinueve de *Nisán*»— me pregunté si no tendría alguna relación con el asesinato de mi tío. ¿Acaso su muerte había sido planeada por Diego para cinco días más tarde, el viernes veintinueve? ¿Podía ser Isaac el nombre de un asesino a sueldo por un puñado de monedas sacado de un cofre eclesiástico, de la Madre Iglesia, de la Madre?

Comprendí, como no podía ser de otra manera, que estaba tejiendo una complicada historia a partir de unas pruebas mínimas, que ese escenario era tan sólo una posibilidad remota. Así y todo, me sentía solo, privado de mi familia, de Lisboa y del amor de Dios, que necesitaba creer en una historia, aunque fuese increíble, que diera un orden lógico a los sucesos de este día tan terrible.

Tal es el poder de la soledad. Entonces comprendí que una libertad así, de la clase otorgada a los huérfanos y a los aprendices sin maestros, puede ser el estado más terrible de todos.

Capítulo IV

Hacía unas horas que había pasado la medianoche. Se acababa la noche del domingo, la tercera noche sagrada de *Pesaj*. El maestro David no acudió a la cita, y sólo cabía suponer que estaba muerto o escondido. En la puerta de Santa Ana se apelotonaba la chusma cristiana, pero la puerta de los Monjes en el lado este estaba prácticamente sin gente salvo por unos pocos campesinos adormilados que tomaban la sopa boba en cuencos de madera. Entré en Lisboa por el puente visigodo, con una mano en la bolsa empuñando el cuchillo. El reflejo de la luna en cuarto creciente se movía por el agua del arroyo como una barca celestial.

Los ruidos me agujoneaban como agujas de marfil. Comprendí con amargura y temor que estaba luchando contra la fiebre. Sin embargo, ¿había estado alguna vez más vivo? Todos los músculos del cuerpo se me tensaban expectantes a la primera sensación.

¿La ciudad ya era segura? La respuesta tampoco tenía demasiada importancia; un terrible anhelo me oprimía el pecho con la misma fuerza que la de mi tío cantando la Torá y me empujaba hacia mi casa.

Más allá de la puerta, la lejana música de un contrapunto de cornetas parecía bailotear como las sombras en las altas paredes moriscas que rodeaban la parte más antigua de la ciudad. A medida que subía, el palacio de Alcáçova se erguía sobre mí, y de sus torres rematadas en bulbos irradiaba una luz naranja que se diluía en la oscuridad como una bruma. A centenares de pies más abajo, en una aparente protesta contra mis movimientos, dormía el centro de Lisboa y nuestro barrio judío más grande: conocido entre nosotros por la Pequeña Jerusalén, veinte mil hogares bañados por la luz de la luna apiñados en las laderas y los valles, y cobijados por un meandro del Tajo. Mientras rezaba por mi familia, la aterciopelada luz plateada de la luna se separó detrás de mis párpados y se fundió para convertirse en ángeles.

Descendí por el empinado laberinto de viejas escaleras y callejones. Junto a la iglesia de San Martín, me quedé paralizado por la humareda. Aminoré el paso y avancé pegado a las paredes encaladas. La plaza de los Loios se abrió ante mí. Delante de las esbeltas arcadas del convento, una hoguera inmensa arrojaba miles de mariposas de luz y sombras sobre la multitud. En el centro había un grupo de cristianos nuevos de nuestro pequeño barrio judío atados de pies y manos con gruesas maromas. Formaban una hilera desordenada, con las prendas convertidas en harapos, las cabezas gachas por el agotamiento. Nadie hablaba. Las expresiones de desesperación en los rostros macilentos demostraban que los habían paseado de esta guisa por toda la ciudad durante horas.

Hombres rudos armados con espadas y alabardas los hicieron formar. Retrocedí para ocultarme detrás de la desconchada pared de una taberna que había en la

esquina.

«¡Te suplico que no hagas esto!».

«¡Mátame si quieres, pero salva a mis hijos!».

Un centenar de súplicas cómo éstas se agolparon en mis oídos mientras buscaba entre los prisioneros alumbrados por la cáustica luz naranja de las antorchas los rostros de mi familia. Bendito sea su nombre, allí no había ninguno. Sin embargo, reconocí a todos los maniatados, y grabé sus facciones en mi memoria Torá.

Un monje de nariz aguilina balanceaba un humeante incensario de plata al tiempo que maldecía en latín a los judíos.

¿A cuántos habían sacado de nuestro barrio para convertirlos en cenizas? ¿Al pequeño Didi Molcho, a quien todos creíamos destinado a convertirse en un gran poeta? ¿Acaso su futuro había sido arrancado de las manos de su madre? ¿O Murça Benjamin, que me había dejado ver por primera vez el oscuro secreto de las muchachas detrás de la iglesia de San Vicente? ¿Estaba su precioso cuerpo metido dentro de la corona de llamas, que comenzaba a...? «Por favor, que no quemem a nadie más esta noche», supliqué. Sin embargo, entre las pausas de mi súplica para respirar, surgió la pregunta: ¿Por qué Él había permitido aquella bárbara profanación de aquéllos hechos a su imagen?

A Samuel Bispo, el herrero, lo habían atado a la monumental cruz de piedra en el centro de la plaza y ahora estaban a punto de azotarlo. Me alejé al amparo de la oscuridad sin mirar atrás. Las calles desiertas me devolvieron el eco de mis falsos latidos. ¡Había demostrado ser un cobarde de proporciones bíblicas al abandonarle a él y al resto de nuestros prisioneros!

El dolor en el pecho y el hombro herido se hacía más insoportable por momentos, y me sentí avergonzado de mi terror. Me senté sobre los talones para recuperar el aliento, y recé por mi salvación. Un olor dulce llegó a mi nariz. Levanté la mano, y descubrí que me sangraba. ¿Me perseguían? Me levanté de un salto y me acurruqué en un portal, con el oído atento. Escuché el goteo del agua. En el momento en que un murciélago atravesó el aire para desaparecer por una ventana abierta al otro lado de la calle, el miedo me sacudió como el violento retumbar de los tambores árabes. Reanudé la marcha. Unos pobres andrajosos dormían entre las ovejas en la plaza del Limonero. Uno de ellos, que estaba despierto, me observó con ojos curiosos de idiota.

Acorté por las escaleras delante de nuestra vieja hospedería. En el descenso pasé por delante de la casa maldita donde Isaac ben Zachin acabó con la vida de sus hijos y la suya propia después de la conversión. Me metí por la callejuela detrás de la iglesia de San Miguel, y me encontré caminando por la calle de San Pedro como si hubiera llegado allí después de una tremenda caída. Había un millar de cebollas y ristras de ajos desparramadas por el suelo: había volcado un carro. Una isla de ratas negras crecía por momentos en la barriga abierta de un hombre desnudo y sin cabeza. Corrí en dirección a mi casa. Desde que estuve allí por última vez, medio día antes, habían convertido a nuestro barrio en una ruina. Todas las paredes aparecían con

pellas de heces, las tiendas saqueadas, las puertas y los postigos reventados. En la entrada de nuestra vieja escuela colgaba un cadáver: el doctor Montesinhos. Le habían pintado con los dedos una cruz de sangre en el pecho. Un soberano de oro asomaba entre los labios; algún osado judío se había atrevido a ponérselo allí para pagar la travesía del río Jordán. Una sandalia estaba en el suelo. Cogí la ramita de adelfa enganchada en el tacón.

Avancé con muchas precauciones hasta mi casa, me colé por la reja destrozada. Un par de gallinas escapadas de los corrales vecinos se movían a sus anchas por el patio, picoteando todo lo que encontraban con un cacareo continuo. Un hacha había derribado nuestro limonero. Recé para mis adentros las advertencias religiosas del Deuteronomio contra el derribo de un árbol frutal incluso durante un asedio: «Comerás de sus frutos, pero no podrás derribarlos». Llamé en voz baja: «Cinfa, Judá, Ester». Estuve a punto de pronunciar el nombre de mi tío, pero el recuerdo de su cuerpo blanco y rígido selló mis labios. En el momento de sujetar la manija de nuestra puerta, *Roseta* apareció como un fantasma gris en el murete. Ya no llevaba las cerezas colgadas alrededor del cuello. «Espera», le dije, pero se abalanzó al interior de la casa en cuanto abrí la puerta.

«Madre, tía Ester», repetí sin alzar mucho la voz.

La oscuridad de la noche retuvo su aliento.

El hogar de nuestra cocina estaba apagado. Avancé a tientas por el suelo de pizarra. Lo encontré mojado. ¿Sería sangre? Apoyé una mano en el suelo y después me llevé los dedos a la boca. Sólo era agua. Me corté la mano con la punta de un cuchillo caído, solté una maldición, pero inmediatamente di gracias a Él por conferir ese poder al hierro. Lo sostuve con el brazo estirado mientras tanteaba mi camino hacia el dormitorio que compartía con Judá y Cinfa. Acaricié los fríos y desnudos colchones, al tiempo que musitaba una plegaria por su seguridad. Entré con paso vacilante en la habitación de mi madre, murmuré su nombre, sentí en las yemas de mis dedos la tensa soledad de su lecho. Me eché su manta sobre los hombros para calmar la tiritona que me producía el frío.

¿Dónde podían estar?

Los ladrones habían vuelto a ensañarse con mi arcón, pero no se habían llevado la mayoría de las raídas prendas de segunda o tercera mano que constituían mi vestuario. Me desprendí de la manta y me quité el pesado aba de Attar, para vestirme con unos pantalones de mi padre y una de las camisas de mi hermano mayor. En el baúl de mi tío, encontré su vieja capa de lana. Ahora que me había quedado solo, ¿era yo el heredero de todas sus prendas, el narrador de su historia?

Crucé el patio para ir a la casa de Farid. Llamé con voz queda a Samir, su padre. Me oculté al oír el ruido de unas sonoras pisadas en el exterior. Espié por la ventana. Dos hombres armados con espadas. Movieron las cabezas a un lado y a otro, atentos a delatar cualquier presencia.

Las plantas de mis pies notaron de pronto las vibraciones de tres golpes en el suelo de pizarra. Uno más. Después cuatro. Se trataba de Farid, transmitiendo el número *pi* desde su casa. Me arrastré desde la habitación principal hasta la cocina. Una mano sudorosa buscó mi brazo. Nos besamos, y abracé a Farid hasta que sus mudos sollozos parecieron filtrarse por los poros de mi piel y llegar a mi corazón. No podía permitirme dar rienda suelta a la emoción, y lo aparté.

—No encuentro a nadie —escribí en la palma de su mano con nuestro lenguaje de signos. Por un momento, pensé hablarle de mi tío, pero me guardé el conocimiento de su muerte, porque bien podía no ser cierto. ¿Era mi maestro un cabalista tan consumado como para crear la ilusión?

Farid comenzó a responderme con unos movimientos frenéticos. Yo no estaba acostumbrado a leer sus palabras en las palmas de mis manos.

—Poco a poco —supliqué.

—Cuando llegaron los cristianos, intenté huir al pequeño barrio judío —escribió—. Pero eran demasiados. Parecían una nube de langostas. Regresé aquí y me oculté. Vi a Judá sólo por un momento. Sólo a él. Fray Carlos se lo llevó corriendo por la calle de San Pedro. Desaparecieron en su iglesia. Intenté llamarlos, pero mi voz...

¡Así que fray Carlos estaba vivo! ¡Quizá seguía oculto cuando acudí a llamar a su puerta! Pero, ¿qué había pasado con Judá?

La palma de Farid se apretó contra la mía. El pulso se le aceleró. El espacio y el tiempo se alejaron hasta que sólo quedaron dos presencias encontradas en una frontera caliente.

—Esta tarde te llamé con el *pi*, un par de horas después de la hora nona, pero no respondiste.

—Estaba buscando a Samir.

—¿Hubo suerte?

Mi amigo negó con la cabeza.

—Estaba en una de nuestras mezquitas secretas en el barrio árabe cuando llegaron. No pude llegar allí. No lo sé.

—Dos campesinos armados con espadas han violado la santidad de nuestro patio —le dije con signos—. Salgamos de aquí y vayamos a San Pedro, a ver si encontramos a Judá y a Carlos.

Farid se puso de pie y me guió entre cuadrados de luz y sombras hasta la puerta de atrás. En el momento en que salíamos de la casa, nos sorprendió un hombre de pelo largo armado con una lanza. Me atacó. Me arrojé sobre los adoquines. Sentí algo como fuego en el antebrazo derecho. La sangre manaba de un corte junto al codo.

Farid me ayudó a levantarme, y echamos a correr hacia el río con las fuerzas que da la desesperación. Al llegar a las escaleras de los judíos, me di cuenta de que nuestro perseguidor corría detrás de nosotros, al tiempo que gritaba reclamando ayuda, y que si no lo silenciábamos acabaría por atraer a una multitud. Me detuve, cogí a Farid y le expliqué mi plan. Mi amigo asintió y sin perder ni un segundo corrió

escaleras abajo para después meterse por el callejón más allá de la botica del señor Benadife.

Esperé a mi asaltante en lo alto de la escalera. La sangre goteaba de mi mano izquierda. Me quité las sandalias para afirmar mejor los pies en los adoquines. Se acercó con el aliento entrecortado por el cansancio. Vi que era más joven que yo, un mozo campesino de rostro redondo, y el pelo negro hirsuto. A pesar de la aparente ferocidad, el miedo se reflejaba en sus ojos. Un ringlero de orejas humanas colgaba de su cinturón, y un pendiente de filigrana brillaba en un lóbulo junto a la cadera. En otro tiempo y lugar, le habría considerado como uno de los aterrorizados hijos de Saúl. ¿Qué sentido tenía todo esto? Era como si Lisboa hubiese abierto las puertas a una demencia que crecía por momentos. Sin embargo, no me costaba nada respirar, porque me encontraba en un extraño paisaje, más allá del miedo.

—Vuelve con tu mijo y tu cebada —le dije.

—¡Tú le robaste a mi padre las mejores fanegas! —respondió. Se agazapó como preparándose a saltar—. ¡No te muevas! —ordenó. La lanza se balanceaba en sus manos. Era evidente que no estaba acostumbrado a empuñar un arma de este tipo.

—Soy iluminador de manuscritos y vendedor de frutas. Nunca he robado nada —repliqué. Es extraño cómo el humor hace acto de presencia en los peores momentos. Pensé: «Eso no es del todo cierto. Recuerda la vez aquella del pastel con un amigo».

—¡Aquí hay un marrano! —chilló a voz en cuello. Después con un tono de rabia mal contenida añadió—: ¡La tierra es nuestra desde hace siglos! ¡Vinisteis vosotros para quitárnoslo todo! ¡Habéis traído la peste! ¡Bebéis la sangre de nuestros hijos!

—¡Tu queja es con aquellos que te robaron tu tierra! —le dije.

—¡Vosotros hacéis su trabajo. Administráis sus haciendas, recaudáis sus impuestos!

Por detrás del muchacho, Farid se descolgó de un tejado con la agilidad de un gato y se acercó con pies de algodón.

—Deja la lanza y vete —le recomendé—. Nadie te hará daño.

Me atacó sin previo aviso. Me hice a un lado, pero la punta de la lanza me abrió una herida en el hombro sano con sólo rozarlo. Al ver manar la sangre, me dije: «Nunca más permitiré que un cristiano viejo me hiera».

Farid lo sujetó por detrás. Su musculoso antebrazo le oprimió el cuello, al tiempo que la hoja curva de su puñal moro le hizo un tajo en la mejilla. Yo me apoderé de la lanza.

—¡Si amenazaras a los nobles como nos amenazas a nosotros, entonces todo iría mejor!

Nos volvimos al escuchar unos gritos furibundos.

—¡No los dejes escapar, hijo! ¡Allá vamos!

Le hice una seña a Farid para que lo soltara; lo dejamos a cambio de nuestras vidas. En cuanto se vio libre, el muchacho se encaró conmigo.

—Cuando te atrapemos, te cortaré las pelotas y me las colgaré del cinto — anunció.

Le pinché el muslo con la lanza. Cayó al suelo. La sangre le corrió por la pierna como si pretendiera tapar sus gritos de agonía. Farid me cogió por el brazo. Bajamos corriendo las escaleras del judío hasta llegar al río. Arrojé a las plateadas aguas la maldita lanza donde mi sangre se había mezclado con la de un cristiano viejo.

Mientras corríamos, pensé en la violencia que se había apoderado de mí con tanta facilidad. ¿Es que yo también no había hecho otra cosa en todos estos años que llevar una máscara de devoción y docilidad? ¿Había un auténtico Baraquías al que sólo había atisbado en estos momentos de rabia y desesperación?

El alba tiñó el cielo de tonos rosados y oro viejo. Estábamos escondidos en un banco de arena de una laguna de cañas y juncos entre Lisboa y Santa Iria. Dormí sin pesadillas, y me desperté sobresaltado entre los brazos de Farid, sorprendido por el regreso del sol. Mientras él me enjugaba la frente y me obligaba a sentarme, me sentí impresionado por su belleza, sobre todo por la juvenil y oscura sombra de la barba en las mejillas y que destacaba como un adorno contra la piel morena. Gruesos bucles de pelo negro azabache enmarcaban su rostro como una crin, festoneaban la frente y caían en cascada sobre los anchos hombros. El aspecto de un intrigante, solía afirmar la gente que temía su silencio, y la mirada de sus ojos verdes luminosos, que creía en su ignorancia que los sordos eran malvados. Pero las únicas intrigas que Farid soñaba se aplicaban a las rimas. Había nacido poeta y, casi siempre, su mirada se enfocaba hacia el interior, preocupada en calibrar la curva de una frase o el contorno de un ritmo. Ahora, sus labios se apretaban en un gesto pensativo. Se acarició el largo lóbulo de la oreja derecha como hacía siempre que estaba intranquilo. Parecía como si le desesperara el deseo de hablar. Pero eso, por supuesto, era imposible.

Durante un rato, animado por la belleza de Farid, contemplé mi propia imagen en las mansas aguas que nos rodeaban. En comparación, mis formas eran toscas, y me costaba trabajo reconocerme en el reflejo de ese mellizo que me miraba con una expresión acosada en sus ojos, la barba sucia en las mejillas y el pelo enredado e hirsuto que le caía sobre los hombros. El joven erudito que compartía el ánimo investigador de su tío parecía haber sido devorado por un joven demacrado y salvaje, un Pan vengativo. ¿Me había convertido en la criatura semihumana que los dominicos creían que éramos?

Farid me tocó el hombro, me ofreció un trozo de pan de su bolsa. Lo rechacé; sólo era el tercer día de *Pesaj* y todavía estábamos celebrando el Éxodo.

—Tu fiebre desapareció durante la noche —gesticuló—. ¿Te sientes mejor?

El hombro dislocado estaba tieso con el dolor sordo que de ahora en adelante siempre asociaría con esta Pascua de muerte. La herida en el antebrazo mostraba una

tierna costra de sangre seca. Me ardía el pie derecho; tenía heridas en todos los dedos de los pies.

—Moisés nos ha abandonado —respondí—, y tendremos que llegar a la otra orilla del mar Rojo por nuestros propios medios. Estamos solos.

Mientras Farid comía, los juncos que nos rodeaban se mecían impulsados por la suave corriente. El chapoteo de las aguas imitaba al que hacían los venados cuando bebían. Todo estaba en calma, como debía ser. Me eché a llorar como si me encontrara ante las puertas de la compasión de Dios.

—¿Cuál es el mundo real? ¿Éste o...? —le transmití a mi amigo.

—El paraíso y el infierno son el mar y el cielo. Tú eres el horizonte —gesticuló.

En aquel momento sus palabras no significaban nada para mí. No era más que la elegante danza de sus manos poderosas, algo tan bello que resultaba difícil de soportar. Cuando me acarició el rostro, los sollozos me hicieron un nudo en la garganta y rompí a llorar. Los recuerdos de la hoguera se precipitaron sobre nosotros, ardientes y furiosos. Incluso así, me resultó imposible hablar de mi tío. Farid cogió la mano de la señora Rosamonte. Tenía tanto miedo que le temblaba todo el cuerpo. Sin embargo, dejó que las yemas de aquellos dedos de mármol manchado de sangre se apoyaran sobre sus párpados mientras rezaba. Entonces descubrí los morados y los verdugones en su cuello.

—¿Qué ha pasado? —gesticulé, señalando las heridas frescas.

—Nada —contestó.

—Dímelo.

—Anoche, en el callejón, un hombre intentó detenerme. Lo maté.

Era la primera vez que cualquiera de los dos gesticulaba el verbo «matar» en primera persona. Ambos comprendimos que debíamos cambiar nuestro lenguaje de gestos para acomodarlo a este nuevo siglo de los cristianos viejos. Como si nos viéramos incapaces de enfrentarnos a la tarea, emprendimos el camino de regreso a Lisboa, por la ribera del Tajo, sin conversar. Distanciado de mis emociones, recordé al joven noble que había lanzado al vacío desde lo más alto del tejado. ¿Dónde encontraría el perdón por haber expulsado de los Reinos Inferiores a un ser depositario de una chispa del amor de Dios?

Delante de la puerta de Santa Cruz, nos encontramos con algunas barcas de sal embarrancadas en la orilla. Las mujeres de pies deformes y lacerados que cargaban sobre sus cabezas las tinajas de barro llenas de cristales blancos nos sonrieron. Los niños jugaban, los perros meneaban el rabo. Un mercader vestido con prendas rojas y verdes se quitó la gorra en un saludo cuya razón no pude adivinar. Farid le compró sardinas asadas y arroz dulce a una de las mujeres que vendían comida junto al río. Sació su apetito, cosa que yo, por supuesto, no pude hacer.

Entrar en la pequeña judería fue como volver del teatro. De pronto, las imágenes no surgían de la negación o la indiferencia, sino que estaban enmarcadas con excrementos y el hedor de la violencia; grabadas con los ladridos de los perros babosos, rodeadas por islas de ratas.

Los supervivientes, con la mirada perdida, limpiaban la sangre de los portales, llevaban máscaras sin lágrimas, arrastraban sin ánimo los pies descalzos. Los cadáveres esperaban nuestra atención: Saúl Ha Hoken doblado sobre los listones de la ventana de su dormitorio; un brazo, rígido como un trozo de cecina, se balanceaba a impulsos del viento, para marcar un código desconocido contra un postigo. Raziela Mor, despanzurrada, con una cebolla en la boca que su hija, Nafa, intentaba sacar, mientras una nube de moscas intentaba depositar los huevos en su matriz. El doctor Montesinhos colgado tieso e hinchado de la tracería encima de la puerta de nuestra escuela. Un anónimo bebé sin cabeza sentado en una pala.

Enfrentados a la forma física de lo impensable, nadie se atrevía a hablar. ¿Tiene alguien idea de lo que significa mirar a un bebé sin cabeza sentado en una pala? Es como si se hubieran olvidado todos los idiomas del mundo, como si todos los libros escritos se hubieran convertido en polvo. Al final te alegras. Porque esas personas no tienen derecho a hablar, ni a escribir ni a dejar rastro alguno en la historia.

Las puertas de nuestra tienda formaban un ángulo oblicuo sobre los adoquines, como la entrada a un submundo caótico. Del otro lado de la calle llegaban las lamentaciones en hebreo desde la casa de la señora Faiam. Su perro *Belo* me miraba con sus suplicantes ojos azules por encima de la pared. Llevaba en la boca un hueso roído y astillado, amarillento por el tiempo; al parecer, había vuelto a encontrar algo que se asemejaba a los restos de la pata delantera izquierda que le habían amputado no hacía mucho, enterrada esta vez por la señora Faiam en el cementerio, detrás de la iglesia de San Pedro. Le temblaba el hocico como si estuviera husmeando el rastro de alguien para mostrárselo.

Mi madre y Cinfa me recibieron en el patio. Estaban recogiendo los trozos de pizarra. Cinfa corrió gritando mi nombre y se aferró a mí como si tuviera miedo de caerse. Mi madre cayó de rodillas y gimió a voz en grito. Dos talismanes de pergamino colgaban de un cordón alrededor de su cuello. Cuando la levanté, me sujetó con tal desespero que los nudillos se le pusieron blancos. Sollozó como si estuviera vomitando. Por fin, recuperó el aliento.

—Judá ha desaparecido. No sé dónde está —dijo.

El abrazo de mi madre era tan fuerte que los latidos de su corazón parecían sonar dentro de mi pecho. Mareado por su presencia, respondí:

—Yo le encontraré.

Me pasó su mano incrédula por el pelo y el pecho. Cinfa abrazó a Farid.

—¿No estás herido? —preguntó mi madre—. ¿No te ha pasado nada que no quieras contarme?

—Estoy bien. ¿Qué hay de Ester y Reza?

—A Ester le dieron una paliza, pero está viva. No sabemos nada de Reza. —Mi madre se volvió hacia Farid. Aunque nunca había aprobado del todo nuestra amistad y le aterrorizaba su silencio, ahora le miró ansiosa. Levantó una mano e imitó nuestro gesto de saludo—. *O Farid está bem?* —pronunció sin emitir sonido.

Farid sonrió amablemente y asintió agradecido.

—Está bien —traduje—. ¿Dónde estabais anoche? Regresé, pero me encontré con la casa desierta.

—¡Estábamos aquí! Me oculté en la tienda con Cinfa. Era la hora de la siesta cuando aparecieron los cristianos. Nos encontrábamos con Didi y su madre. Corrí de vuelta a casa y descubrí que...

—¿No oíste mis llamadas? —la interrumpí.

Mi madre levantó las manos teñidas de rojo.

—Nos parapetamos con las barricadas de legumbres, y después nos cubrimos con cestos de higos maduros. Permanecimos así todo el tiempo que pudimos soportar. No podía oír gran cosa.

Ella y Cinfa, con la piel violeta y oliendo a azúcar fermentada, de pronto me parecieron poseedoras de una belleza sagrada; el hecho de haber sobrevivido les confería un brillo especial. Me eché a reír con un alivio absurdo. Le besé en la frente.

—¡Buena chica! —la felicité como si fuera su padre.

—Los cristianos viejos sujetaron los brazos de Ester contra los adoquines delante de la iglesia de San Esteban —me susurró con un tono de complicidad—, y después...

Al ver que yo asentía, bajó la mirada.

—¿Madre, has visto a alguno de los integrantes del círculo? ¿A fray Carlos, a Diego, a Sansón?

—No he visto a nadie.

Farid, después de buscar en todas las habitaciones de su casa, informó que Samir no había regresado. Entramos en mi casa. Ester se encontraba sentada en la cocina con las manos entre las piernas, y los pies descalzos en un charco de agua. La besé en la frente. Estaba helada. No podía hablar. La abrigué con una manta de la cama de Cinfa y Judá.

—Entonces, ¿no has visto al tío? —le susurré temeroso a mi madre.

—No. Creí que estaba en el sótano. Pero la trampilla está clavada. Debí sellarla. Además, las cortinas de los ventanucos están echadas. No se ve nada. Golpeamos y le llamamos una docena de veces, pero no nos contestó. Me da miedo entrar. Quizá tenía sus razones para sellar la trampilla. Tal vez quería proteger los libros, o algo más... más secreto. Espero que esté bien. Probablemente salió a buscarnos, y después no consiguió regresar.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste? —pregunté.

—El domingo, después de comer. Poco antes de que ellos vinieran. Bajó al sótano para rezar. Cinfa y yo nos marchamos.

—Madre, yo cerré la trampa —manifesté con voz seca.

—¿Tú? ¿Por qué?

—La cerré al volver. Bajé las escaleras y... Espera. —Salí al patio, fui a buscar un martillo al cobertizo y a continuación destrocé la trampa a martillazos. El último trozo de madera se desprendió con un sonido seco que pareció recalcar una terrible realidad, como si quisiera dejar claro que nunca más volveríamos a encontrar refugio en nuestra casa.

—No bajas, espera un momento —le dije a mi madre mientras ponía un pie en los escalones—. Deja que antes eche una ojeada.

Era una locura, pero quería ser el primero en ver a mi tío porque en aquellos días creía a pie juntillas en los enormes poderes de un maestro de la Cábala. ¿No era posible que se hubiera tragado un trozo de pergamino donde estaba escrita una plegaria especial antes de que le rajaran la garganta, un nombre secreto de Dios que le devolvería la vida?

—¿Por qué? —Mi madre me cogió por el brazo—. ¿Qué sabes? ¿Está en la bodega?

—De acuerdo, baja —respondí, y en el temblor de mi voz, escuché la sencilla confirmación de que él había desaparecido para siempre de los Reinos Inferiores—. Pero debo advertirte una cosa. El tío ya no está con nosotros.

Mi madre se llevó las manos a la boca para ahogar un grito. Intenté cogérselas pero ella me apartó como si yo estuviera apestado.

Bajó las escaleras con una mano a modo de visera sobre los ojos, y la otra sujetando los talismanes que llevaba colgados alrededor del cuello. No lloró. Un gemido cuando le vio. Una respiración brusca como si se ahogara. Eso fue todo.

Se arrodilló junto a mi tío. Le cogió una mano y apretó las yemas de los dedos contra su mejilla. Después comenzó a mesarse los cabellos. Su rostro se cubrió de lágrimas. Me volví; era un momento en el que no podía haber testigos.

Capítulo V

El tiempo es como un sello que certifica la existencia. Pero también como el sello, es artificial. Como mi tío acostumbraba a decir, el pasado, el presente y el futuro son en realidad únicamente estrofas de un mismo poema. Nuestra meta es rastrear la estructura del ritmo hasta Dios. Sin embargo, ya era lunes por la tarde, un día desde la muerte de mi tío. La cuarta noche de *Pesaj* no tardaría en llegar.

Mi madre acababa de abandonar el sótano. Me dijo que nunca había visto a la muchacha. «¿Estás segura?», le pregunté. «Nunca», me respondió avergonzada, y comprendí lo que estaba pensando: «Es el pecado carnal el que le ha acarreado la muerte».

Ahora me encontraba de pie junto a los cadáveres, con mi tía a mi lado. No lloraba, ni gemía. Había recogido un trozo de cerámica y se cortaba los dedos con el borde afilado.

—¡Tía Ester, basta! —le ordené—. ¡Tía Ester!

La mirada perdida, distante e infantil, mostraba que se resignaba a la fatalidad de la muerte de mi tío, en un intento de impedir que penetrara en nuestros corazones. Un lamento subió desde su vientre para convertirse bruscamente en arcadas. Miró al espacio entre su marido y la muchacha, se inclinó hacia adelante como si mi tío la obligara a inclinarse, y comenzó a cortarse el dedo índice, el dedo donde llevaba la alianza de boda. Corrí hacia ella, le arranqué de la mano el trozo de cerámica. La sangre chorreó caliente sobre mis manos.

Farid bajó las escaleras de un salto y rodeó con sus brazos la cintura de Ester en una actitud protectora. Mientras se la llevaba, ella se volvió, me miró por encima del hombro como si quisiera despedirse antes de emprender un largo viaje. Subió las escaleras con una gracia fantasmagórica, con Farid pisándole los talones.

Aunque la ruta precisa está oculta, Dios debe haber pavimentado con mucho cuidado la senda entre la tristeza y la percepción; de pronto comprendí que el asesino, que conocía a fondo el contenido de nuestro armario, probablemente también conocía la existencia de la *genizá*.

Cogí la llave del interior de una vejiga de anguila colgada detrás del espejo de la sangre, levanté el borde de la alfombra junto a la pared norte y aparté un trozo de pizarra para dejar al descubierto la cerradura. Metí la llave y la giré media vuelta a la derecha. En cuanto oí el chasquido, levanté la tapa de madera de tres pies por cuatro, camuflada con losas de pizarra, que flanqueaba la pared. Nuestra *genizá* se abrió con un crujido de protesta.

Había acertado; manchas de sangre salpicaban los dos manuscritos de arriba: las *Fábulas del zorro* que estaba ilustrando y el Libro de Ester que mi tía copiaba. Debajo, la mayor parte estaba limpia, pero aquí y allá aparecían las huellas rojas de

los dedos del asesino. Había Torás familiares, Hagadás y libros de oraciones de la familia; un mapa del Mediterráneo de Judá Abenzara; los comentarios religiosos de Abraham Sabah, un amigo de mi tío; las obras poéticas de Farid uddin Attar, y dos guías místicas de Abraham Abulafia —nuestro maestro espiritual— que mi maestro no había tenido el coraje de confiar a sus emisarios secretos. Más abajo, aparentemente intactos, se encontraba una Torá con miniaturas de bestias mágicas legadas a mi maestro por su difunto amigo, Isaac Bracarense; un Corán traído de Persia; tres mazos de correspondencia personal de mi maestro; nuestra bolsa de monedas de plata y cobre; y, por último, el contrato matrimonial de mis tíos, escrito por uno e iluminado por el otro.

Lo dejé todo como estaba y volví a cerrar la tapa de la *genizá*.

Resultaba evidente que el asesino había parado su búsqueda antes de llegar a los manuscritos de abajo porque no se veían manchas de sangre. Además, si hubiese llegado hasta allí, sin duda se habría llevado nuestro dinero.

La única obra que faltaba abrió los pétalos de un nuevo misterio: era el Hagadá que mi tío estaba acabando precisamente antes de su muerte. A pesar de la osadía de sus motivos decorativos y las letras con cabezas de pájaros, no valía nada en comparación con los manuscritos de Abulafia, parte de los cuales tenían una antigüedad de siglos y habían sido escritos por la propia mano del maestro.

Por lo tanto, el Hagadá de mi tío debía tener un valor desconocido por el asesino.

Esta revelación me recompensó con otra. Me volví de cara a nuestros pupitres: el asesino había encontrado la llave de la *genizá* en la vejiga de anguila oculta detrás del espejo de la sangre. Esta era la confirmación de que un miembro del grupo de iniciados estaba involucrado. Pero ¿por qué había vuelto a cerrar con llave la *genizá*? ¿Llevado por el simple deseo de mantener el orden?

Saqué el anillo con el sello del ibis de la bolsa y me lo puse en el dedo índice de la mano derecha como una manera de aumentar mi poder.

Farid, que había vuelto al sótano, se encontraba ahora entre los dos cadáveres, con la mirada fija en las marcas de sangre seca en el cuello de mi tío. Comenzó a tambalearse como si las piernas no pudieran sostenerlo. Cuando me miró, vio algo... Puso los ojos en blanco. Su cuerpo se derrumbó. Di un salto y lo sujeté para amortiguar la caída. Lo aguanté entre mis brazos hasta que despertó.

Cinfa apareció en el rellano. Los ojos de mi hermana, como indicadores de la Torá, estaban fijos en mi tío. Se sujetaba con las manos el pelo en la nuca, y un líquido le chorreaba por las piernas. Convencido de que no podría enfrentarse con la muerte vista desde más cerca, le grité:

—¡Vuelve arriba y vigila la puerta! ¡No permitas que nadie baje!

Obedeció la orden. Farid comenzaba a despertarse y empecé a enjugarle la frente con la manga de la camisa. Se sentó.

—Estoy bien —decían sus gestos—. De pronto fue demasiado y no lo pude soportar. Además, algo que vi...

—¿Qué?

—En el muslo derecho de tu tío. —Farid unió las manos y respiró profundamente.

—¿Qué? —pregunté de nuevo.

—*Semente branca*. —Farid utilizó el término cabalístico simiente blanca para referirse al semen.

—¿De qué estás hablando?

—Ven —gesticuló. Nos agachamos. En la parte interior del muslo, entre las manchas de sangre, había algo seco, como lascas de mica.

—¡Puede ser cualquier cosa! —señalé con desesperación—. Miel, leche de almendras que se haya caído. Mi tío no prestaba atención a...

—Es *semente branca* —insistió Farid añadiendo impaciencia a sus gestos—. La olí y... —Antes de que pudiera detenerle, levantó un trocito y se lo puso en la lengua. Lo probó como quien prueba una especia desconocida. Volvió a escupirlo sobre la mano con violentas arcadas, y después se limpió la palma en la pernera—. Acababan de hacer el amor —señaló con toda decisión.

No fue la sorpresa de que mi tío pudiera copular con alguien que no fuera la tía Ester lo que me hizo soltar una exclamación. Pero sí el hecho de que hubiera traído a una amante a su celda, a nuestra sinagoga. Era imposible. Lo cambiaba todo. Sin embargo...

—Escucha, necesito tu ayuda —le señalé a Farid, al comprender que habíamos llegado al momento en que necesitaba contar con la ayuda de sus singulares talentos. Aparté la alfombra que cubría el cuerpo de la muchacha y le conté lo que sabía y sospechaba, le enseñé la nota que mi tío había escrito a don Miguel Ribeiro, el noble para quien mi tía Ester había copiado el libro de los salmos. Cuando acabó de leerla, sujeté sus fuertes manos y las apoyé contra mi pecho para que pudiera notar los latidos de mi corazón.

—Farid —gesticulé—, se me ha ocurrido que Dios nos reunió precisamente para este *Pesaj*. Quizá sea necesario que juntos encontremos al asesino de mi tío. Muy pronto tendré que ir a buscar a Judá. Pero ahora quiero que camines por esta habitación, que fijes tu mirada en todas y cada una de las formas y las sombras, y me digas si ves algo que yo no haya visto. ¡Cualquier cosa! Tienes que darme tu interpretación de lo ocurrido.

Farid hizo lo que le pedí, y cuando estuvo preparado para decirme lo que había encontrado, me indicó con un ademán que le acompañara hasta donde se encontraba mi tío. Nos agachamos junto a la cabeza. «¿Cuándo podremos enterrarle?», me pregunté, al recordar bruscamente que tendríamos que enterrarle en tierra sagrada cuanto antes.

—El tajo que le cortó la garganta muestra una pequeña inclinación —señaló Farid—. Yo diría que el asesino torció la cabeza de tu tío hacia la izquierda por detrás y con un cuchillo afiladísimo en la mano derecha... —Farid se cruzó el pecho con la mano para indicar el movimiento que debió acabar con la vida de mi maestro.

Se irguió, fue hasta donde estaba la muchacha, se agachó junto a las manos y acercándose se las olió varias veces, como un perro. Luego me miró y volvió a gesticular.

—Trabajaba con aceite de oliva y romero. Hay algo más que casi no se nota, probablemente esencia de limón. —Le tocó el pulgar con la punta del dedo índice—. Aquí hay restos de cenizas. Yo diría que era panadera. Las cenizas pueden ser de los hornos.

Asentí. Tendría que ser más tonto de lo que soy para rechazar los descubrimientos del olfato y la vista de Farid.

—Mira la sien derecha —señaló—. Aquí hay una pequeña marca circular. También hay otra en la izquierda.

—¿Qué crees que pueden ser?

—No tengo ni la menor idea. Pero la simetría es muy extraña. Ven, acompáñame. —Me guió hasta el cuero que tapaba la pared oeste y que el asesino había utilizado para limpiar el cuchillo. Lo cogió por el borde inferior y lo sostuvo por encima de la cabeza para mostrarme cinco rayas de sangre que acababan bruscamente en el borde limpio de los azulejos. Parecía como si lo hubiesen rozado con los dedos sin tocar para nada la palma de la mano.

¿El asesino era un ser capaz de esfumarse pintando con sangre símbolos arcanos? ¿Uno de los iniciados habría invocado a un demonio o a un fantasma para asesinar a mi maestro? ¿Era posible que una criatura del Otro Lado pudiera atravesar la *mezuzá* de nuestra puerta?

—¿Qué opinas? —me preguntó Farid con gestos cargados de ansiedad. Al ver que meneaba la cabeza, dejó caer el cuero para señalar—: Ahora dame la cuenta del rosario y la hebra.

Las saqué de la bolsa y se las di. Los olió y les pasó la lengua.

—La cuenta es de madera de algarrobo, bien pulida. Cara. Yo diría que está hecha aquí. Pero no es de fray Carlos. Al menos, no es del rosario que conozco. La hebra, como ya sabes, es seda. De primera calidad. Tendría que ver los guantes de Simón para saber si es la misma. Incluso así, no sé. Hay más millas de seda negra en Lisboa que calles empedradas. —Bajó las manos.

—¿Nada más? —pregunté.

—Sólo que tenías razón al creer que a tu tío lo asesinaron cuando estaba vestido. En la parte interior de la túnica hay manchas de excrementos y *semente branca*.

Parecía como si el cuerpo de mi maestro hubiera descargado todos sus humores. Quizás, en el momento de producirse una muerte violenta, el cuerpo busca limpiarse para que el alma pueda ir a reunirse rápidamente con Dios.

—¿Eso crees? —Al ver su gesto de asentimiento, señalé—: Entonces, ¿cómo crees que el asesino consiguió escapar? —Sabía a ciencia cierta que habían atrancado la puerta desde el interior. El criminal tendría que haber atravesado las paredes del sótano. No había otra manera.

—Se me ha ocurrido una muy pobre explicación para disipar la ignorancia —respondió mi amigo.

—¿Cuál es?

Farid señaló los agujeros que hacían de ventanas. Había tres y eran de forma ovalada; ninguno medía más de un palmo de largo, y no eran más anchos que la mano de un hombre. Cada uno contaba con un diminuto postigón que se podía cerrar con cerrojo y estaban cubiertos con unas lustrosas solapas de cuero que permitían el paso de una luz muy tenue.

—Ni siquiera un niño o un enano sería capaz de colarse por ninguno de esos agujeros —le señalé—. A menos que el asesino sea un visón o una víbora.

—Te dije que era una explicación muy pobre. —Mi amigo se encogió de hombros, se llevó el pulgar y el índice a los labios, y después trazó un bello arco ascendente. Quería decir que esperaríamos a que Alá nos diera una respuesta.

—No podemos esperar a que Él nos conteste —repliqué. Fui a sentarme en las escaleras, y analicé el misterio. «Qué extraño que no sienta nada excepto un vago vacío y una debilidad del cuerpo», pensé. Era como si mi amor hubiese muerto con mi tío. Como si, desligado del pasado y del presente, estuviera flotando libre de todo lo que no fuese una incontenible necesidad de encontrar al asesino.

De pronto, el corazón me dio un salto dentro del pecho; alguien estaba rascando uno de los postigones de los ventanucos. Subí las escaleras de dos en dos, crucé corriendo la cocina y salí al patio. Me encontré a *Roseta* empujando con la pata una bola de lana roja que mi tío le había hecho. Estaba empapada como si la hubieran arrojado a un aljibe.

—¡Estúpido animal! —le grité enfadado.

Respiré muy hondo, me disculpé con la gata, y salí a la calle. Hacia el este, a unos cien pasos de la calle de San Pedro, el cadáver del doctor Montesinhos seguía colgado en el portal de nuestra vieja escuela. Un hombre bajo vestido con una larga capa violeta extendía la mano derecha hacia él como si estuviera bendiciéndole. Sólo le veía de perfil, pero tenía el pelo ensortijado y canoso de mi tío, y la misma tez canela.

«¡Es el tío!», pensé de pronto, como si todas mis conclusiones anteriores sobre su muerte no fueran más que idioteces. «¡Por supuesto, se había valido de la magia para engañarnos a todos!».

Sabía que era una locura, pero sentí un gran alivio. Creo que incluso me eché a reír. Sin embargo, al oír mis pasos, el hombre bajo y moreno se volvió hacia mí, permaneció un segundo inmóvil, y después echó a correr para acabar desapareciendo por la parte de atrás de la iglesia de San Miguel, en cuanto dio la vuelta a la esquina. Cuando llegué allí, no se le veía por ninguna parte.

Confuso y desesperado, emprendí el camino de regreso para acercarme al cadáver del doctor Montesinhos. Ya no estaba el soberano de oro que le habían puesto en la boca para pagar su pasaje en la barca celestial por el río Jordán. Con una sacudida

como la que se tiene al saltar desde lo más alto de una pared, pensé: «El hombre de la capa violeta no era mi tío. No alargó la mano para bendecir el cuerpo sino para robarle la moneda. No era más que un vulgar ratero».

En el trayecto de vuelta a mi casa, me invadió la sensación de que la historia había tomado un camino torcido que ni siquiera Dios había previsto. La supervivencia de todos los que estábamos en Lisboa —tanto judíos como cristianos— dependía ahora exclusivamente de nosotros mismos. Fue entonces cuando un pensamiento escalofriante invadió mi mente, algo que nunca hubiera imaginado que pudiera sucederme: «¡Nunca hubo ningún Dios cuidando de nosotros! Incluso en su esencia cabalística, la Tora es sencillamente una patraña. No hay ninguna alianza. He dedicado toda mi vida a una mentira».

Una vez más, bajé las escaleras del sótano, me senté en el primer peldaño y escondí la cabeza entre las manos. Farid se acercó, me puso una mano sobre la cabeza.

—Ahora mismo, todos dudamos de la existencia de Dios —gesticuló—. No pienses en los grandes problemas que nos afectan a todos. Tenemos por delante un asesinato. Volvamos a ocuparnos del crimen. Piensa, ¿qué valor especial podía tener para el asesino el Hagadá de tu tío?

Le recordé a Farid que mi maestro siempre tomaba como modelo para los rostros de sus personajes bíblicos a lisboetas famosos, a sus vecinos y amigos, además de sus amados colegas del grupo de iniciados. Por supuesto, siempre intentaba relacionarlos con personajes que compartían las mismas predilecciones e intereses.

—¿Había dibujado a alguno de sus colegas como un hombre perverso?

—No. No creo que sospechara de ninguno de ellos, a no ser que hubiera descubierto últimamente la traición de alguno. Pero aun en ese caso, me parece poco probable que se decidiera a retocar los dibujos. Hubiera sido un trabajo enorme a cambio de un resultado... —Me interrumpí en la mitad de la frase; todo comenzaba a encajar. El viernes pasado, muy poco antes de nuestro *seder Pesaj*, mi tío me había dicho que había encontrado el rostro de Amán para su último manuscrito. En su voz se habían entremezclado la tristeza y el alivio. Le gesticulé a Farid que sin duda había descubierto la identidad de quienes conspiraban en su contra aquel mismo día.

—Estoy convencido —señalé— de que puso el rostro de su principal enemigo al villano Aman, el rostro del hombre que le asesinaría. Es la única posibilidad, y también el motivo para el robo de su último hagadá. El asesino estaba al corriente de que le había utilizado como modelo, o lo sospechaba. Incluso cabe la posibilidad de que se enterara por casualidad mientras hojeaba codicioso los manuscritos guardados en la *genizá*. Tuvo miedo, lo cogió. Por eso no dejó manchas de sangre en los manuscritos de más abajo, ni se llevó las monedas.

Farid se acarició el lóbulo de la oreja derecha, me miró gravemente por encima de su ancha nariz.

—Debemos considerar uno por uno a todos los iniciados —gesticuló—. Fray Carlos. ¿Cuáles podrían ser sus motivos? ¿Puede ser Amán?

—Mi tío y fray Carlos discutieron por una *safira* de Avicebrón que el fraile no había querido entregarle.

—¿Sansón Tijolo? —preguntó Farid—. ¿Tu tío le mencionó?

—Mi tío me dijo que deseaba hablar con Sansón, precisamente antes de que me marchara a su casa a comprar vino. Me pidió que le entregara una nota.

—¿Sabes cuál era el tema del que quería discutir?

—No lo sé —respondí—. Pero hay otra cosa. Sólo se veían en las reuniones de estudio. ¿Se debía únicamente a la distancia entre nuestras casas? Muchas veces me he preguntado si sólo era esa la razón.

—¿Antipatía?

—Yo lo llamaría rivalidad. Dos inteligentes y poderosos cabalistas. La competencia puede existir incluso entre los ángeles.

—También está Diego —gesticuló Farid.

Diego no había completado la iniciación al grupo de estudio.

—No sé si le habían informado de la existencia de la *genizá*.

—Podrías averiguarlo por mediación de alguno de los demás.

Saqué de la bolsa la nota que se había caído del turbante de Diego. Se la enseñé a Farid y le expliqué cómo había llegado a mi poder.

—¿Tú cómo la interpretas?

—«Madre» casi siempre se utiliza cuando se habla de Nuestra Señora. Por lo tanto, yo diría que la nota es un talismán mitad judío, mitad cristiano; una plegaria a la Virgen para que algo bueno le ocurriera a alguien llamado Isaac el día veintinueve. —Me devolvió el papel—. En los últimos tiempos, los marranos os estáis metiendo en cosas muy extrañas. Sois como esfinges con corazones judíos y cabezas cristianas.

—Hay algo más, Farid. En aquel momento, Diego estaba herido. Después de ser apedreado y perseguido, ¿lo crees capaz de reunir las fuerzas necesarias para degollar a dos personas?

—Sí, si consideraba necesario hacerlo. Diego es un sobreviviente, escapó de Castilla cuando a los inquisidores se les hacía la boca agua pensando en su inminente captura. El resentimiento sería una excusa excelente si alguien sospechara de él.

—Pero vive a muchas manzanas de aquí. ¿Se hubiera arriesgado a izar velas y a navegar a través de un mar de cristianos viejos para llegar hasta nosotros? Me parece muy poco probable.

—¿Y si se hubiera aliado con Eurico Damas? —protestó Farid.

—¿Por qué no con el rabino Losa? —señalé—. Siempre odió a mi tío. Además, vende prendas religiosas, y supongo que también rosarios.

Farid exhaló un largo suspiro.

—Por último, tenemos a don Miguel Ribeiro —gesticuló.

—Creo que mi tío apeló a don Miguel en busca de fondos para adquirir un manuscrito muy valioso. Un libro que pudo haber provocado una acalorada discusión en el grupo de estudio. Esta vez, la exigencia imperiosa de mi tío para salvar de la destrucción hasta la última página escrita en hebreo bien podía haberle costado la vida.

—¿Qué me dices del marido de la muchacha? —me interrogó Farid. Me sujetó las manos para acallar mi protesta—. Comprendo que es casi imposible que ella y tu tío fueran amantes —señaló—. Pero no todos están bendecidos con tu fe. Quizá convencieron al marido de que ella le estaba poniendo unos cuernos como una catedral. Tal vez ella vino a ver a tu tío para pedirle ayuda de alguna clase, o a plantearle una pregunta religiosa. El marido quizá la siguió hasta aquí en la suposición equivocada de que la persona con quien iba a reunirse era un amante secreto. La vio desaparecer a través de la trampilla, entró en el sótano y saltó sobre tu tío como en tromba. Se llevó las ropas de la esposa para que no pudieran seguirle el rastro.

—Un marido celoso hasta la obsesión, desconfiado, carente de fe y ciego de ira.

—Lisboa está llena hasta las torres de esos gusanos. ¿Cuántos hombres conocemos que no entienden los caminos del amor?

—Lo que tú quieras, pero él tendría que saber que el rostro de su mujer lo delataría. Llevarse las prendas sería un gesto absurdo.

—A menos que poseyeran un valor oculto —transmitió Farid—. Una joya o una letra de cambio. Beri, hay otra posibilidad. —Farid se pasó la lengua por los labios nerviosamente.

—¿Cuál?

—Como apicultores aficionados que se enfrentan a un enjambre furioso, estamos evitando cualquier mención a Ester. —Rechazó mis protestas con un ademán—. Nadie de los que conocemos es más dado a la cólera que ella. ¿Me equivoco? —preguntó.

Asentí.

—Su silencio es muy extraño. Quizá por el descubrimiento de la muchacha con tu tío en el sótano.

—¡Es ridículo! —le interrumpí—. ¿Crees posible que ella los estrangulara en un ataque de celos con un rosario que por casualidad encontró en el patio? ¿Que después los degolló, se hizo con nuestro pan de oro y el lapislázuli y salió corriendo de aquí para que la violaran en la calle? ¡Farid, éste es un castillo de naipes levantado en una mesa inclinada! No, su silencio no tiene nada de extraordinario. Lo comprendo perfectamente. Nace de la incredulidad más total, no de un sentimiento de culpa.

—Un castillo de naipes levantado en una mesa inclinada durante una tormenta de arena —replicó Farid, moviendo las manos de una manera que insinuaba una disculpa—. Pero tenía que dejar el pensamiento en el aire para que pudiera volar lejos de

nosotros. Ahora respóndeme a esta pregunta, Beri, ¿por qué iba a colaborar uno de los iniciados con Eurico Damas o con cualquier otro que no perteneciera al grupo?

¿Chantaje? La palabra apareció en mi mente con tanta violencia que me levanté de un salto.

—¿Qué pasa? —gesticuló Farid—. ¿Qué has oído? ¿Quién se acerca?

—No he oído nada.

Le señalé que esperara un momento para darme tiempo a pensar. ¿Era posible que Eurico Damas hubiese chantajeado a uno de los miembros del grupo de iniciados para que le ayudara a matar a mi tío y robar el contenido del armario y la *genizá*? Quizá se había imaginado que guardábamos barriles de oro y cofres llenos de rubíes. ¿Podía haber llegado al extremo de traer a la muchacha a casa, asesinarla en el sótano para hacernos creer que ella y el tío eran amantes, y convencernos de que el marido de la joven era el autor del acto perverso?

—Chantaje —le comuniqué a mi compañero—. ¡En este maldito reino de máscaras en que vivimos, todo el mundo tiene uno o dos secretos que le pueden costar caro!

Farid se levantó y apoyó una mano sobre mi hombro.

—Pero eso, también, nos plantea un dilema. Si todos tenemos secretos que ocultar, ¿hay alguien que no pueda ser amenazado? ¿Cuál será nuestro proceder si vemos a todos y a cada uno cubierto con el velo de la sospecha?

En ese momento sentí que el terror más inimaginable me atenazaba las tripas. Mi frente se perló de un copioso sudor. Me sentí enfermo, comencé a gemir. Tan tremendo era mi malestar que le hablé a Farid con palabras en lugar de con mímica.

—¡Fray Carlos estaba con Judá! ¿Es posible imaginarse que el chico haya presenciado los asesinatos? Carlos no se atrevió a matarle. ¡Se lo llevó!

Farid leyó en mis labios y cerró los ojos como si quisiera no pensar en tal posibilidad.

—No se me había ocurrido —gesticuló débilmente. Comenzó a mover las manos en una danza de súplica.

Le puse las manos en los hombros.

—¿Alcanzaste a ver si fray Carlos tenía manchas de sangre?

—Estaban demasiado lejos. No lo creo, pero no puedo estar seguro.

Un silencio grave selló nuestros labios. Nos quedamos sólo con Eurico Damas, el rabino Losa y don Miguel Ribeiro. Uno de ellos o más habían unido fuerzas con un miembro del círculo de iniciados.

—Tendremos que hablar con todos ellos —señaló Farid.

Mientras asentía, en mi mente comenzó a fraguarse una explicación para todas las pistas que habíamos reunido.

«Mi tío estaba solo en la casa. Recibió la visita de una muchacha a quien conocía desde tiempo atrás, la ayudante de un panadero, quizá la hija de un viejo amigo. La joven pasaba por un momento especialmente grave. Hacía poco, el marido le había

propinado una paliza. ¿Qué podía hacer? Mi maestro se sentó con ella en la cocina, le sirvió una copa de vino rebajado con agua, le dio un *matzá*. Hablaron del problema hasta que los gritos en la calle llamaron su atención. Mi tío, al comprender en el acto lo que estaba ocurriendo, le dijo que permaneciera en silencio, para después cruzar el patio sigilosamente y entrar en la tienda en busca del resto de la familia. Pero yo estaba de regreso a casa, pues había ido a comprar vino *kosher* y tía Ester se encontraba en el mercado delante de la iglesia de San Esteban. Judá estaba con fray Carlos. Mi madre y Cinfa dormían la siesta en casa de una vecina. Mientras los cristianos viejos asaltaban la puerta de la tienda, él se llevó a la muchacha al sótano, sin olvidarse de colocar sobre la trampilla la vieja y raída alfombra persa. Cerró los diminutos postigos de los ventanucos de la parte alta de la pared norte y echó las cortinas para que nadie pudiera ver el interior.

»Momentos más tarde, en una breve calma de los disturbios, llamaron a la trampilla. Una voz conocida reclamó ayuda. Mi tío corrió escaleras arriba para abrir la entrada de nuestra sinagoga a un hermano del grupo de iniciados. Este hombre había discutido con mi tío el tema de un valioso manuscrito; quizás incluso había planeado comprarlo a espaldas de mi maestro. No sabía la naturaleza de su pecado, pero supuse que se había ganado ser el rostro de Amán. Así y todo, a la vista de las manifestaciones en la calle, todas las amarguras y resentimiento se habían olvidado por el momento.

»De pronto, Eurico Damas irrumpió por detrás del iniciado. Atacó sin previo aviso, empujó a mi tío escaleras abajo. De ahí el golpe en el hombro. Mientras mi maestro intentaba levantarse, le sujetaron por detrás. Le rodearon el cuello con un rosario. “¡No ofrezcas resistencia, y juro por la Torá que perdonaré a la muchacha!”, gritaría Damas.

»Mi tío accedió, comprendiendo en aquel instante la naturaleza del sacrificio que se le pedía. Le privaron de su vida. El iniciado, un antiguo *shohet*, sujetó el cuerpo de mi tío, le rajó la garganta para asegurarse de que no resucitaría. Lo dejaron tendido en el suelo. La sangre se derramó generosamente sobre la alfombra.

»Colocaron una hebra de seda negra enganchada a la uña del pulgar para que las sospechas recayeran en Simón.

»Mientras tanto, la muchacha, que había retrocedido hasta la pared del sótano que da a oriente, permanecía acurrucada, muerta de miedo. Suplicó que la perdonaran, pero Damas rompió la promesa hecha a mi tío, fue a por ella, pero mientras la estrangulaba, se rompió el rosario. Le cortó la garganta, y luego la arrojó al suelo. La cabeza de la joven se estrelló contra el tiesto. La nariz, al romperse, se deformó de una manera grotesca. En cuestión de segundos, murió desangrada. Las cuentas del rosario se desparramaron por las losas de pizarra. Damas le ordenó al iniciado que las recogiera. Una se quedó atrás, perdida debajo de nuestros pupitres.

»Entonces el miembro del grupo de iniciados cogió la llave de la *genizá* guardada en la vejiga, abrió la tapa camuflada y descubrió el último Hagadá de mi tío encima

de los demás libros, la hojeó codicioso hasta que el asesino vio su rostro como Amán. Aterrorizado, ocultó el manuscrito debajo de la capa, y le advirtió a Damas que había que salir rápidamente de allí.

»A Damas le habían dicho dónde encontrar el pan de oro y el lapislázuli. Acababa de sacarlos de las cajas de ébano donde se encontraban.

»Entre los dos desnudaron los cadáveres para que pareciera que mi tío y la muchacha habían estado haciendo el amor. Tenía la intención de ser una última broma macabra a costa de nuestra familia. Y, desde luego, para que la culpa recayera en el marido de la joven. Quizás el cómplice protestó. Pero le recordaron el terrible secreto que justificaba el chantaje.

»Las muertes provocaron la excitación de Damas, porque hay hombres para quienes el sexo está íntimamente vinculado a la violencia. O quizá creyó que a la escena le faltaba un último y perverso toque poético. Deseaba profanar el cuerpo de mi tío de una manera todavía más repugnante.

»Sacó su sexo y derramó su propio semen sobre mi tío.

»En cuanto a la muchacha, el miembro del grupo de iniciados la conocía vagamente. Su padre no sólo era un buen amigo de mi tío, sino suyo también. En las ropas de la víctima debió haber algo que podía denunciar la relación. Así que además de llevarse la falda y la camisa, también se llevaron las prendas interiores.

»¿Había presenciado Judá desde lo alto de la escalera como mudo testigo toda la escena? ¿El asesino se lo había llevado?

»Luego el compinche escribió uno de los nombres secretos de Dios sobre su frente y la de Eurico Damas. Tal vez también en la frente de Judá. Un nombre poderoso sacado de un manual práctico de la Cábala y que les permitiría atravesar las paredes.

»Entonces se marcharon».

Capítulo VI

Mientras narraba a Farid mis deducciones sobre los asesinatos, oí la voz de un hombre en el patio. Subí las escaleras corriendo. Se trataba de uno de nuestros vecinos, el rabino Salomón ben Verga. Su rostro barbudo aparecía enmarcado en la entrada de la cocina, y hablaba con Cinfa de la misericordia de Dios con un tono consolador. Traía tres losas de pizarra en un brazo y una cesta de cebollas en el otro.

—¡Lo has conseguido, muchacho! —exclamó con una sonrisa. No se acercó a mí, como si tuviera miedo de cruzar el umbral de nuestra casa.

—Pero la mayoría de nosotros no ha tenido tanta suerte. Judá ha desaparecido, y mi tío...

—Sí, Cinfa acaba de contármelo. —Dejó la cesta en el suelo, y me hizo una seña para que me acercara. Me pasó un brazo sobre los hombros como un anciano, y añadió—: Nunca olvides que tu vida ha sido preservada para que puedas recordar. En cuanto a mí, convertiré estos pérfidos tumultos en la culminación del libro que estoy escribiendo sobre la historia de los judíos.

—¿Un libro de historia? —pregunté, porque no tenía noticias de ninguna obra de ese estilo escrita por un judío desde los tiempos de Josefo.

—Así es —respondió el rabino—. Un relato de todas las sendas de espinas que hemos pasado en el camino hacia el Monte de los Olivos.

«Es muy cierto que estamos entrando en una nueva era —pensé—. Será un mundo definido por los textos históricos, y por la obra de Dios. Los rabinos y los cabalistas se convertirán en seres del pasado».

—Te recomiendo que emplees las experiencias de los últimos dos días en tus miniaturas —manifestó Salomón—. Traduce todo lo que has vivido en imágenes. Como judíos, ese es nuestro proceso artístico. —Me entregó las losas—. Creo que son de tu patio. Las encontré en la calle. —Le di las gracias. Él me bendijo. Cuando ya estaba a punto de salir, dijo—: Ah, si necesitas unas cuantas cebollas... —Levantó la cesta—. A alguien se le volcó un carro. No son gran cosa, pero nos las dan muy baratas.

Una vez más, nadie creería que el humor es posible en semejantes momentos. No obstante, compartimos una sonrisa.

¿Será que la locura, como el entendimiento, llega en destellos?

Fue entonces cuando les oí. Se acercaba la primera de las vociferantes olas de cristianos. Aparté a nuestro visitante y corrí hacia la entrada. Calculé por el ruido y los gritos que se aproximaban por el oeste, desde la catedral y deprisa.

—¿Qué ocurre, muchacho? —me preguntó el rabino Salomón.

—Será mejor que se vuelva a su casa, rabino —respondí—. No creo que esto se haya terminado.

Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa, y al pasar por mi lado parafraseó un versículo de los Proverbios: «Dios castiga a aquél a quien Él ama, como el padre al hijo en quien se deleita». Somos su pueblo elegido. Todavía nos queda por ver el Templo reconstruido.

Reuní a mi familia y les dije que tenían exactamente un minuto para recoger sus pertenencias. Fui corriendo a la letrina, cogí unos excrementos en un cuenco de madera, y los froté en la tela de la alfombra que tapaba la trampilla; de esta manera, esperaba alejar a los ladrones y a los intrusos. De mi habitación cogí una vela, yesca y pedernal, varias mantas y una jarra de agua. En un cajón secreto en el fondo de mi arcón estaba la cinta de pergamino donde aparecían escritos los nombres de mi tío y el mío. Me la até a la cintura, la parte escrita con letras doradas contra mi piel para que nadie pudiera leerlas. Luego, bajamos todos al sótano. Me maldije por haber desperdiciado en la charla con Farid los minutos necesarios para buscar a Judá. Y ahora...

Con voz débil, inicié una plegaria implorando el perdón de Dios cuando me di cuenta de que hoy no podríamos enterrar a mi tío. Con los ojos cerrados, y con el cuerpo siguiendo el ritmo marcado por los latidos de mi corazón, recé para que el incumplimiento del deber no impidiera de ninguna manera el viaje de su alma.

Mi madre, tía Ester, Farid, Cinfa y yo esperamos todo el resto del lunes. Permanecemos en nuestros mundos separados, sin pronunciar palabra.

El azul cobalto de la alfombra que tapaba a la muchacha muerta; el olor cálido e intenso del pelo de Cinfa mientras metía la cabeza por debajo de mi camisa, su respiración ardiente contra mi piel; el nervioso canto de las chicharras en el patio. Todas y cada una de las traicioneras sensaciones subrayaban la misma pregunta: ¿por qué razón podía yo ver, oír y oler, cuando tantos habían muerto?

—Casi desearía estar muerto como ellos —le susurré a mi madre.

—La culpa se aferra a nosotros como Dios —respondió—. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Cada vez que llegaba a la convicción de que no valía la pena luchar por mi madre, ella me sorprendía con alguna frase por el estilo.

—Vivimos para recordar —manifestó Cinfa, repitiendo las palabras del rabino Salomón.

¿Es a imitación de los adultos la manera en que los niños son capaces de aferrarse a la esperanza?

De pronto, se oyeron gritos procedentes de la calle. Acusaban a los marranos de haber traído la sequía con malas artes.

Fue la primera de las tres ocasiones en que ese día oímos a los seguidores del Nazareno. Centenares de cristianos viejos cayeron sobre nosotros en oleadas, encabezados por los frailes dominicos que gritaban con sus estridentes y agudas voces de eunucos para que saliéramos y nos dejáramos purificar en las llamas, profiriendo insultos contra los demoníacos judíos. «*Bichos meio-humanos*», nos

llamaban. Una vez, al caer la tarde, la música de las gaitas hacía vibrar las vigas de castaño del techo del sótano, como si nos estuvieran llamando a una fiesta. La última vez, según mis cálculos, unas tres horas después del comienzo de la cuarta noche de nuestro *Pesaj*, oímos unos chillidos agudos en la oscuridad, como si estuvieran azotando a un cerdo por la calle. Rogué para que sólo fuera eso.

Dos veces entraron en la casa para destrozar lo que quedaba de nuestros muebles.

Cinfa se acurrucó entre Farid y yo. Tía Ester continuó sentada estoicamente. En sus ojos ya no quedaban ni rastros del maquillaje oscuro, y el pelo canoso le caía desordenado sobre los hombros. «Una actriz cuyos compañeros actores han muerto todos, y cuyo teatro han quemado hasta los cimientos», pensé.

Mi madre apretaba con los puños los amuletos mientras rezaba en silencio. Cada vez que me miraba, era consciente de que lo que hacía era estudiar mi parecido con Judá.

Si los cristianos hubieran descubierto la trampilla, se hubiera perdido todo; había clavado las tablas de prisa y corriendo, y la tranca de la verdadera puerta del sótano la había roto cuandoforcé la entrada para buscar a mi tío. Un paso en falso en el centro de la alfombra y hubieran caído directamente sobre nosotros.

En cuanto se hizo de noche, ungué con mirra los cadáveres de mi tío y de la muchacha para mitigar los olores cada vez más fuertes que marcan la partida del alma. Los volví a tapar con las alfombras.

La herida en el brazo que me había hecho la lanza del muchacho se había cerrado con la ayuda del extracto de consuelda. La unté con una fina capa de jugo de caléndula para asegurar la cicatrización y me la vendé con un pañuelo de hilo.

Una vez más me armé de valor para dirigirme a tía Ester. Permanecía sentada en el banco que habíamos bajado de la cocina, y se tapaba con la gruesa toquilla de lana de Flandes de mi madre echada sobre los hombros. La mano derecha, envuelta en una toalla con manchas de sangre, la mantenía apretada entre las piernas para proteger aquello que había sido profanado.

—¿Habías visto antes a la muchacha? —pregunté.

Permaneció en el más absoluto silencio y comprendí que su alma se había refugiado en lo más profundo de su cuerpo.

¿Era una pregunta demasiado cruel para formularse a Ester? No me importaba; necesitaba confirmar si ella la conocía, y no por las razones mojigatas que seguramente me atribuía.

Guardaba la alianza de oro de la muchacha en la bolsa para dársela a su marido, esperando que siguiera con vida y pudiera honrarla.

Besé el anillo de sello de mi tío y lo guardé en la caja de ébano que había contenido el pan de oro; me pareció que Ester se apenaría si veía que lo llevaba puesto.

Cuando mi madre me preguntó por el paradero de este recuerdo, consideré que era el momento apropiado para hacerle algunas preguntas.

—¿Quién conocía la existencia de la *genizá*? —pregunté.

Escondió la cabeza como una gallina, y me miró como si yo hubiese perdido el juicio.

Después de que el reloj de la catedral diera las doce campanadas de la medianoche, oímos a Brites, nuestra lavandera cristiana, que nos llamaba desesperada desde el patio con la voz aguda de una gaviota extraviada. Ya iba a responderle cuando mi madre trazó una cruz en el aire.

Entonces comprendí el infierno que representaba no saber si mi hermano pequeño estaba en las garras de unos torturadores que no respetaban la belleza del cuerpo humano ni la santidad del alma.

Me pregunté cuál sería el nombre grabado en la tablilla eterna de la tradición musulmana como el asesino de mi tío. Juré descubrir la identidad de la muchacha. Cada vez estaba más convencido de que ella era la clave del misterio.

A primera hora del martes, estaba harto de oscuridad y de vacilaciones. Tenía las piernas y los brazos agarrotados por la necesidad de aire libre y movimiento. En la bruma rojiza que precede al alba, decidí que había llegado el momento de salir a buscar a Judá, a Reza y a los miembros del grupo de iniciados. Razoné que a estas horas de la madrugada no me cruzaría con muchos cristianos.

—¡No debes ir! —susurró mi madre. Sus uñas se clavaron en mi carne—. ¡No, no es seguro! Además, todavía tienes que rezar las oraciones de la mañana. Tu tío se pondrá furioso si no cumples con tus obligaciones con Dios.

—¡Las oraciones de la mañana tendrán que esperar! —respondí. Me aparté bruscamente, y le confié a Farid todo el contenido de la bolsa, excepto el cuchillo.

Él aceptó la ofrenda sin hacer ni un gesto. Tenía los ojos inyectados en sangre, y el sudor le corría por las mejillas. Cuando le besé en la frente, noté el ardor de la fiebre, probé el sabor repugnante de la enfermedad. Se volvió para eludir la intensidad de mi mirada, y fue entonces cuando vi que los morados del cuello se habían convertido en sucias manchas negras y amarillas.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté con las manos.

—Un puerco espín me raja las entrañas intentando escapar —gesticuló débilmente.

¿Era la peste? Si tenía que morir, ¿quién hablaría mi lenguaje interior? ¿Quién me ayudaría a encontrar al asesino de mi tío?

Inmovilizado por la desesperación, continué mirándole mientras recordaba que había sido nuestra vieja amiga Murça Benjamín quien primero mencionó que éramos gemelos de distintos padres. La querida Murça que no tardaría en volver a casarse, después de la enfermedad y muerte de su primer esposo. ¿Estaría aún con vida?

Antes de iniciar la búsqueda, fui a buscar el martillo al cobertizo y le supliqué a Dios: «Devuélvenos a Judá y llévame a mí en su lugar». Como escudo contra los

cristianos, comencé a recitar para mis adentros los versos del *Zohar*.

Encontré desierta la calle de San Pedro. Una bruma oscura y algodonosa cubría la ciudad. Los postigos que habían resistido el asalto de los saqueadores estaban cerrados como si nunca más los fueran a abrir. Las gaviotas, luminosas, volaban en círculos, como si estuvieran a punto de incendiarse. Junto a la puerta de la iglesia de San Pedro, una mujer gorda que llevaba una cesta de mimbre a la cabeza comenzó a correr con movimientos torpes y dolorosos. Por encima de ella, más allá de las torres gemelas de la catedral, las columnas de humo se deshacían en el aire; sin duda, la hoguera del Rossio continuaba ardiendo.

La puerta de fray Carlos seguía cerrada a cal y canto. En el interior de la iglesia de San Pedro, chisporroteaban las lámparas de aceite. En la nave yacían los cadáveres, diseminados como pescadores ahogados que el mar hubiera arrastrado hasta la playa.

Reconocí a la señora Telo, la costurera, que yacía boca arriba debajo del fresco de la Anunciación que decora el crucero. Tenía el rostro de un color blanco como la cera, los ojos cerrados. Ni el más mínimo rastro de sangre. El silbato de hojalata, que utilizaba para llamar a sus niños, le colgaba por encima del hombro.

Me volví al oír un gruñido. Un perro callejero de pelaje amarillo y hocico rosa tenía apoyadas las patas delanteras sobre la barriga de un hombre con una enorme mancha negra en el pecho. Con las orejas erguidas, abrió las mandíbulas para enseñarme los dientes, y gruñó otra vez como desafiándome a que intentara disputarle el cadáver.

Me dirigí a la iglesia de San Miguel. Muchos yacían rígidos y silenciosos delante del altar del Nazareno. Cogí una vela de una de las capillas laterales y busqué. Judá no estaba entre ellos.

En el jardín de San Esteban encontré el cuerpo de una adolescente, en medio de un círculo de hermosas caléndulas. Un buitre picoteaba el cadáver con una mirada indiferente. Mientras lo observaba, aprendí que estos pájaros primero arrancan los tejidos más blandos: los labios, la lengua y los ojos. La muchacha era irreconocible.

El sacristán de la iglesia, un cristiano viejo, salió de su escondite en una capilla lateral en el momento que me marchaba. En respuesta a mi pregunta, meneó la cabeza y dijo: «No, fray Carlos no estaba. Eran otros. La mayoría se encaminaba hacia el río. Hablaron de que había barcas pasando judíos a la otra orilla».

Descubrí que la única cosa capaz de trastornarme en estos momentos era la compasión. Cuando me abrazó, sentí que me tambaleaba. Lo aparté bruscamente y busqué la pared. Después, eché a correr.

El alba tendía un velo de luz por encima del horizonte. Las golondrinas trazaban arcos en el aire, trinando como si conversaran apresuradamente. Llegué al Tajo y les di una descripción de Judá a las pescaderas que montaban los puestos para vender la pesca de la noche. Ninguna había visto nada. «¿Mataron a los judíos?», me preguntó una, y bostezó descaradamente como si le aburriera algo tan vulgar.

Chilló como una cotorra cuando le derribé el tenderete. Pero nadie tuvo el valor de plantarme cara: reconocen la locura y se apartan.

Luego caminé hacia el centro de la ciudad y llegué hasta la parte interior del Terreiro do Trigo. No me atreví a ir más allá: en el muelle, dos estibadores intercambiaban insultos con un grupo de rubios marineros del norte. Un montón de perros abatidos yacían dispersos alrededor del crucero del centro de la plaza, y la sangre de los animales empapaba la paja desprendida de los fardos que acababan de descargar. Más allá, en una de las dársenas utilizada para el calafateo y reparación de naves, se había congregado una entusiasta multitud para contemplar la violación de una esclava africana. La mantenían sujeta boca abajo contra los pringosos tablones, sollozando ante la brutalidad y la locura de los embates del hombre contra sus nalgas. En el interior de la ciudad flotante de las naves, los marineros y los mercaderes miraban y se reían. Me volví para buscar la relativa seguridad de la pequeña judería. Mis primeros pasos parecieron plantearme una pregunta: «¿Los cristianos viejos nos odiaban con tanta desesperación porque les habíamos dado a Jesús, el salvador que nunca habían querido?».

La casa de una sola planta que Reza compartía con su familia política se encontraba en el centro del lado norte de la Praça do Limoeiro. El sol acababa de asomar por el horizonte cuando llegué a la plaza. La puerta estaba cerrada, pero sin echar el cerrojo. La gran mesa de madera de castaño que había en la cocina estaba inclinada; le habían cortado dos patas.

Un vecino que había oído los ruidos con que intentaba localizarla me espiaba desde el portal. Era un hombre pequeño, con las mejillas enrojecidas, señal inequívoca de que acababa de afeitarse, y los ojos soñolientos. Me lanzó un escupitajo cuando le pregunté si la había visto.

¿Los cristianos confiaban plenamente en que nos limpiaríamos su desprecio con una mano sumisa y continuaríamos arrastrándonos hacia un futuro incierto?

Lo empujé con tanta violencia que rodó por la calle, chillando.

Una niña desnuda de unos cuatro años se encontraba sentada impasible en una almohada en el huerto de Reza. Le habían pintado con un tizón una cruz cuadrada en la frente. Mordisqueaba unas uvas pasas, el pelo oscuro y lacio le caía hasta los hombros. Tenía los ojos grandes enmarcados por unas largas y bellas pestañas. Le faltaba la uña del pulgar derecho.

—Me escapé —dijo.

—¿Cómo te llamas?

Me observó con una mirada distante y meneó la cabeza.

—¿Dónde están tus padres?

Se metió un puñado de uvas en la boca. Busqué una sábana, la corté en dos y la tapé.

—Te llevaré a mi casa —le dije—. Estarás a salvo. —Quiso que la llevara a caballo montada en mis hombros. ¡Qué extraño era escuchar la risa de un niño! La bajé de mis hombros y le hice andar el resto del camino.

Al llegar a casa, me di cuenta por primera vez de que la cocina estaba destrozada. En el fondo de una frasca rota junto al hogar encontré unas gotas de vinagre. Las vacié en las palmas de mis manos y en la frente de la niña. Le froté la piel hasta que no quedó ni rastro de la cruz. Bajamos al sótano.

—¿Quién es? —preguntó mi madre, mirando a la pequeña como si fuera una afrenta a su dolor.

—La encontré en la casa de Reza. Pero Reza no estaba. Sólo ella.

Mi madre maldijo en voz baja, luego cogió a la niña y la estrechó contra su pecho.

—¿Y Judá? —preguntó, moviendo la cabeza.

—Le perdí el rastro.

Mi madre volvió la mirada hacia la pared. Fue el mismo movimiento agónico que Mardoqueo, mi hermano mayor, había hecho en el instante antes de morir. Cuando dejó de respirar, le sequé la última lágrima con la punta del dedo y me la pasé por los labios. Un doloroso alivio me sacudió como el viento del desierto cuando probé su gusto salado.

Fue entonces cuando tuve la segunda de las visiones, la primera desde nuestra conversión forzosa. Subió desde los pies a la cabeza y salió por mi boca como un alarido. En la visión, me encontraba en el patio. Mardoqueo estaba en el tejado, junto a la veleta de hojalata en forma de trovador. Yo quería unirme a él, me invadía la añoranza. Mi mirada fue atraída por la misma luz distante que siempre veía en mis visiones. A medida que se acercaba, se transformó en un águila de resplandecientes colores y la cola en forma de abanico. La cabeza era de un blanco fantasmal, y los ojos pasaban del violeta al rojo como si fueran prismas de cristal. La garganta era de color amarillo verdoso; el ala derecha plateada, la izquierda dorada. El pecho tenía el color púrpura de la cañadilla. Al descender sobre nuestro tejado, el enorme pájaro extendió las garras y levantó a Mardoqueo sin el menor esfuerzo. Le grité: «¿Qué pasa conmigo?». Mardoqueo respondió: «Dentro de unos años necesitaremos tu ayuda. Todavía tienes trabajo que hacer para Dios». Seguro en las poderosas garras del águila, inició su viaje hacia el este, hacia Jerusalén y el Monte de los Olivos.

¿Por lo tanto mi trabajo consistía en liberar a mi familia del faraón y ocuparme de sacarlos sanos y salvos de Portugal? ¿El hombre nace para cumplir un gran objetivo en su vida?

—¿Oíste algún comentario curioso del tío sobre sus colegas del círculo de iniciados en las últimas semanas? —le pregunté a mi madre—. ¿Alguna duda? ¿Algún enfado?

No quiso contestarme. Comenzó a enredarse el pelo de las sienes con los dedos para después tirar de él hacia fuera.

La niña que había encontrado en el huerto de Reza estaba sentada en el suelo de pizarra y tenía los ojos clavados en mí. Cinfa la miraba, entornando los párpados, al tiempo que se recogía el pelo en la nuca. Antes de que me dominara la desesperación, corrí a la calle en busca de los iniciados.

Diego vivía solo en un aposento junto a la iglesia de Santo Tomás, a menos de cien pasos de la muralla oriental de la ciudad, en un sector de la Alfama donde predominaban los cristianos. A medida que subía las empinadas calles que conducían a su casa, vi cómo comenzaban a abrirse con estrépito los postigos. Los ocupantes de las casas con los gorros de dormir encasquetados hasta las orejas me miraban con ojos legañosos entre grandes bostezos. Labriegos abatidos iniciaban la marcha hacia el trabajo. Mi estómago comenzó a clamar por un trozo de queso o un poco de *matzá*. Pero me había olvidado del dinero. Quizá podría haber mendigado un cacho de pan con levadura, pero hoy era el día antes de la quinta noche de *Pesaj*. Como no podía ser de otra manera, el *chametz*, por supuesto, seguía prohibido para mí.

Una muchacha bonita con restos de paja en el pelo revuelto se encontraba junto a un portal cerrado. Se abrigaba con una manta, y no podía ser mucho mayor que Cinfa. Me llamó con un susurro, entreabrió la manta por un momento y se exhibió desnuda, tenía los pechos pequeños y las caderas estrechas como las de un muchacho. «A cambio de dos huevos, te llevaré a mi escondrijo. ¿Por qué no...?», musitó. Esto es lo que sucede cuando los niños son abandonados al dios del desamparo en nuestra muy noble y leal ciudad.

Un poco más adelante, en la escarpada saliente de la ladera que da a la pequeña plaza junto a la iglesia de San Bartolomé, se encontraba el lugar que yo había elegido para observar el centro de Lisboa y ver si había amainado la tempestad cristiana. No sé cómo pude ser tan ingenuo e imaginar algo semejante; en el centro del valle estaba el Rossio, más o menos a una milla de distancia. Al menos un millar de cristianos viejos ya se habían reunido allí. Dos grandes hogueras lanzaban nubes de chispas al cielo.

Desde mi ventajoso punto de observación, los cristianos viejos se despojaban por un momento de sus disfraces humanos y parecían hormigas alimentándose en un apretado racimo.

La sospecha de que pequeños grupos de saqueadores no tardarían en desparramarse por la ciudad me empujó a salir corriendo hacia la casa de Diego. La puerta de la calle estaba cerrada. Vivía en el segundo piso, así que di voces. Al otro lado de la calle, un viejo y esquelético picapedrero que sostenía dos mazos en sus manos como garras comenzó a mirarme con suspicacia. Volvió la cabeza bruscamente cuando le devolví la mirada.

Cogí unos cuantos gujarros de la calle, y comencé a tirarlos contra los postigos de Diego. Una vieja de rostro macilento, los ojos inyectados en sangre y una barbilla

puntiaguda erizada de pelos grises asomó la cabeza por la ventana del piso tercero, justo encima de la vivienda de Diego. Se tapaba la cabeza con un chal negro, y la nariz no era más que una masa de carne roja carcomida por alguna enfermedad.

—¿Qué quieres? —gritó con un acento navarro.

—Busco a Diego Gonçalves. ¿Le has visto?

Meneó la cabeza con un vigor exagerado y produjo un chasquido con los labios. Con una voz que parecía ligar todas las palabras en una sola, respondió:

—No es asunto mío meterme en los de otras personas, no sé si me entiendes. El Señor sabe que sólo me ocupo de cuidar de mi marido. Pero algunas veces, el Señor nos envía a alguien con una pregunta y tenemos que responderle. Porque el Señor nos vigila y si no lo...

Supuse que estaba borracha o era loca. La interrumpí sin más.

—Entonces, ¿está aquí o no?

—Ojos —me respondió con voz pausada y grave, como si años de experiencia respaldaran aquella única palabra.

—¿Cómo?

—¡Ojos! Estos portugueses tienen los ojos del tamaño de una nuez. Te miran como si quisieran saber cuál es el color de tu alma. ¿Alguna vez te has preguntado si eso no es un problema?

—Escucha, ¿sabes si Diego estuvo aquí hoy? —insistí tercamente.

—Dios siempre está vigilando. El diablo siempre vigila. Y con esos ojos como nueces por todas partes, no puedes escapar. Cuando yo era...

—¡Vete a hablar con las cabras a ver si ellas te entienden, so bruja! —murmuré. Recogí unas cuantas piedras más, y volví a tirarlas con más fuerza contra los postigos de la ventana de Diego.

—¡No está aquí! —me chilló la vieja, desafiante.

—Entonces, dime dónde está. ¡No dispongo de mucho tiempo!

La mujer dirigió la mirada al firmamento y se santiguo.

—A las personas que vivían en su piso se las llevaron ayer —graznó—. Se los llevaron hombres con ojos portugueses.

—¿Puedo echar un vistazo? —le pregunté.

—¿Quién eres tú?

—Su sobrino —mentí.

Se asomó un poco más y observó la calle en los dos sentidos con el labio superior levantado como un burro furioso. El picapedrero seguramente la estaba mirando porque la mujer le amenazó con el puño.

—¡Vuelve a tu trabajo, maldito viejo gandul! —le gritó.

El picapedrero respondió con un gesto como diciendo que estaba loca y luego hizo la señal del mal de ojo extendiendo el índice y el meñique.

La mujer se protegió de la maldición santiguándose con rapidez, después volvió a gritarle. Sacó una llave del interior de la camisa, y la dejó caer en el cuenco de mis

manos.

—Escucha, no te la comas —me advirtió—. Es la única que tengo.

Esperé oír sus carcajadas, pero lo decía muy en serio.

—Te doy mi palabra —le prometí.

Subí al segundo piso, intenté abrir la puerta de Diego pero no pude. En cambio, habían arrancado la puerta del apartamento de su vecino. Un olor extraño, como si fuera agua salada, se colaba por las rendijas. Antes de investigar, le devolví la llave a la vecina del tercer piso.

—¿Eres judío? —me preguntó—. Porque ellos eran judíos, ¿comprendes?

—Soy judío —admití con un tono seco.

La vieja me sujetó por el brazo.

—¡Ahora pregúntame si yo también lo soy!

—Tengo que marcharme —respondí.

Me clavó las uñas en la carne.

—¡Pregúntamelo! —ordenó, y la espuma de su súbita rabia me roció el rostro.

—¿Eres judía? —repetí resignado.

Antes de que pudiera esquivarlo, me propinó un bofetón con su sarmentosa y callosa mano.

—¡Tú, como los demás cabrones portugueses, no tienes ningún empacho en insultar a una dama navarra! —gritó—. Pero no estoy dispuesta a...

Seguía gritando cuando bajé otra vez al aposento de Diego. Golpeé la puerta y lo llamé, pero el silencio fue la única respuesta. De pronto sentí miedo por su seguridad y comencé a gritar a voz en cuello: ¡Diego! ¡Diego! ¡Soy yo, Baraquías!

No llegó a mí ni una sola respuesta del interior del apartamento.

Entré en la casa del vecino. Allí vivía el viejo Leví Califa, el boticario retirado y maestro del Talmud, con su yerno viudo y sus dos nietos. El estado de las habitaciones no auguraba nada bueno sobre la seguridad de Diego; la cama con dosel del dormitorio principal estaba hecha trizas. Había una cruz pintada con sangre en la pared oriental, y debajo, en letras de un palmo de alto, aparecían las palabras: *Vincado por Cristo!*

Advertí, con un profundo desprecio por las legiones de analfabetos cristianos, que la palabra *vingado* estaba mal escrita. ¿Cómo podían siquiera esperar tener un atisbo de Dios cuando no eran capaces de escribir correctamente ni entender lo que leían?

—Maestro Leví —llamé cautelosamente.

Silencio. En la pared más alejada, la puerta de entrada al resto del apartamento estaba caída en el suelo. Pasé sobre ella para llegar a la abertura y entré precavido en un cuartito cuadrado, que no mediría más de tres pasos por lado, con el suelo hecho de tablones de roble sin pulir y un solitario taburete de madera como único mobiliario. Sin embargo, ¿había entrado alguna vez en cuarto más lleno?

Comprendí de inmediato que había atravesado un umbral sagrado.

En las paredes encaladas, escrito con diminutas letras hebreas trazadas con tinta negra, aparecía el Éxodo. Completo. Desde los nombres de los israelitas que entraron en Egipto con Jacob y la huida de los esclavos hebreos a través del mar Rojo hasta la construcción del Tabernáculo por Moisés. Los versículos comenzaban en lo más alto de la pared oriental, continuaban por la pared sur en una línea recta, luego por la occidental y la del norte para formar un anillo. Calculé que habían escrito más de doscientos de estos anillos. Las letras cubrían la mitad superior del cuarto como un árbol sagrado.

También habían comenzado el Levítico, pero se acababa abruptamente con el mandamiento de no quemar miel al Señor. Aquí debió ser cuando los cristianos forzaron la entrada en el cuarto y se llevaron al escriba. No hacía falta preguntarse su identidad. Tenía la certeza de que se trataba del viejo Leví Califa. ¿Quién otro podía ser tan devoto como para pasar su tiempo escondido dedicado a reproducir el relato central de *Pesaj*?

Me sentía tan impresionado que sencillamente me volví y comencé a leer. Mis ojos aceleraban el paso como un derviche que busca el ritmo de su danza.

No esperaba encontrar a Califa. Pero en el suelo de la cocina, en un trozo de plato roto, había una mano derecha. No dudé de que era la suya porque le habían amputado el dedo índice donde siempre había llevado el anillo de sello de cornalina. Un poco más allá estaba el último trozo de carbonilla con la que había estado escribiendo y que había ido cayéndose de sus dedos. Una mano amputada no parece real. Pero ¿por qué? ¿Es porque nuestras mentes se niegan a creer en semejante crueldad?

¿Por qué los cristianos no se limitan sencillamente a matarnos, sino que también cortan nuestros miembros? ¿Es un esfuerzo para convertirnos en inhumanos, para forzarnos a que nos conformemos mejor a la imagen que tienen de nosotros como demonios?

No muy lejos de las puntas de sus dedos estaban las cabezas azules de las adoradas cotorras brasileñas a las que había llamado *Ternura* y *Empatía*, las dos palabras del lema del maestro del Talmud.

Se habían llevado los cuerpos de *Ternura* y *Empatía* para hacerse con las valiosas plumas. Seguramente, a estas horas, decoraban el sombrero de algún caballero cristiano.

Mientras me agachaba para recoger la mano que debía ser enterrada, el chasquido de una astilla de madera rota por una pisada me avisó del peligro. Me volví en el acto. En la habitación principal vi al viejo picapedrero del otro lado de la calle, que me miraba con sus ojos grises y pacientes. Era delgado, moreno, y vestía una camiseta con manchas de sudor y unos burdos pantalones de algodón. Tenía por lo menos cincuenta años, las muñecas finas, los hombros estrechos y caídos. Unos mechones de pelo gris asomaban por detrás de las orejas. En una mano sostenía una gubia y en la otra un mazo.

Empuñé el cuchillo y lo sostuve delante de mí. «Me obligarán a volver a pelear», pensé. Poco dispuesto a iniciar el combate rodeado de la santidad de la Torá escrita, salí del cuarto. Mientras lo hacía el viejo dijo con voz ronca:

—No tienes mucho tiempo.

No le respondí y pensé: «¿Por qué los cristianos siempre esperan que los judíos hablen antes de pelear?».

Sentí como si por las venas me corriera mercurio caliente a medida que me dominaba la ira. Me acerqué hasta que nos separaron unos tres pasos, y esperé el primer ataque, confiado en que el viejo no podría hacer nada contra mi cuchillo.

Incluso así, no deseaba hacerle ningún daño; se dice que lo que media entre una muerte justificada y un asesinato a sangre fría es menos del grosor de un pelo, y yo no creía tener una visión tan aguda como para apreciar la diferencia.

Se rascó la calva con la cabeza del mazo.

—No comprendes lo que te digo. Soy tu amigo.

—Entonces, deja tus armas.

Para sorpresa mía, depositó las herramientas junto a sus pies. Con el entrecejo fruncido por la preocupación, insistió:

—No tienes mucho tiempo. Vienen desde el río. Tienes que irte a tu casa. Vine a avisarte.

—¿Por qué? —pregunté.

—Digamos que el maestro Leví era un buen amigo.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Vamos, hijo —replicó, ofreciéndome la mano.

—Dime, por favor, cuándo le viste por última vez. Necesito saberlo.

—Ayer —respondió el picapedrero—. Los dominicos vinieron a buscarle a él y a su familia. —Volvió a tender la mano y me tocó el brazo.

Me aparté, en un acto reflejo, involuntario.

—¿Sabes algo de Diego Gonçalves? ¿Estaba con el maestro Leví?

Se volvió, nervioso, hacia la puerta.

—¡Escucha, tienes que largarte cuanto antes! ¿Es que no lo entiendes?

—¿Has visto a Diego Gonçalves?

—No. Que yo sepa, no ha estado aquí. Quizá le capturaron. —El viejo se encogió de hombros, y luego añadió irritado—: Mira, yo me voy. Tú puedes venir conmigo o quedarte a esperarlos y dejar que te atrapen. No te preocupes, esa bruja navarra se encargará de que te encuentren en menos que canta un gallo. Ella fue quien les abrió la puerta para que pudieran coger al maestro Leví sin tener que sudar.

Se agachó para recoger la gubia y el mazo. Un súbito impulso de clavarle el puñal en la nuca me hizo estremecer. ¿De qué serviría herir a este buen cristiano? ¿Acaso el mercurio que corría por mis venas reflejaba sus propios deseos?

—¡Vamos! —dijo mientras se erguía. Su voz sonó con el mismo tono de súplica que tenía la voz de mi padre cuando me llamaba a los estudios. De pronto oímos un

grito que venía del interior de la casa. El picapedrero se llevó un dedo encorvado a los labios para reclamar silencio.

Juntos, salimos a la escalera como niños que parten en una peligrosa escapada. La bruja navarra, como la había llamado el picapedrero, estaba en el rellano del piso de arriba. Una expresión de desprecio deformaba su rostro arrugado. El viejo levantó el mazo y se tocó la cabeza con la herramienta para indicarle lo que haría si ella nos denunciaba. Bajamos las escaleras como gatos persiguiendo a su presa. Ahora sólo pensaba en encontrar a Sansón, leer la carta de mi tío que le había mandado. Mi plan era llegar a la puerta de San Vicente, salir de la ciudad y poner rumbo al noroeste hacia su casa.

En la calle, las golondrinas revoloteaban en el aire trío de la madrugada. Entre el murmullo que llegaba por el oeste, se oían las cáusticas risas de los jóvenes con los corazones llenos de odio. El picapedrero señaló la calle hacia el este, en dirección al naciente sol.

—Ve con Dios —dijo, sujetándome por el hombro.

Le di las gracias, y después eché a correr.

No puedo recalcar bastante lo profundamente obnubilado que debía estar mi juicio debido a la muerte de mi tío; cualquier judío en mi situación se hubiera dado cuenta de que los dominicos cerrarían todas las salidas de la ciudad con la primera llamada religiosa de la mañana. También fue una equivocación echar a correr. El ruido de mi carrera silenció los ruidos de los cristianos y denunció mi posición. Un grupo de cien personas o más se había apostado delante de la puerta de San Vicente. En cuanto me vieron, los brazos me señalaron como flechas.

Me detuve, el puño helado del miedo me atenazó las tripas. Incluso así, la sensación de deslizarme hacia la muerte me llevó a extender una mano como si buscara la seguridad de un pasamanos o una pared. Como no podía ser de otra manera, sólo encontré aire. Entonces, instintivamente busqué la protección de mi cuchillo. Por un momento, llegué incluso a pensar en quitarme la vida. Hubiese sido sencillo; en aquellos días, aún creía en un Dios personal y no temía a la muerte. Tenía miedo a morir, pero no al glorioso viaje de regreso a los Reinos Superiores. Una última plegaria, un único golpe, y quedaría en libertad. El pensamiento fue: «Mejor que sean mis manos las que liberen mi alma, que no las de aquellos hombres que sostienen la cruz».

Por supuesto, no podían saber a ciencia cierta por mi apariencia que era un cristiano nuevo. Pero si me desnudaban, mi alianza con el Señor revelaría claramente mi condición de judío. La urgencia de la vida es más poderosa que el pensamiento, o quizá la necesidad de encontrar a Judá era demasiado poderosa.

Me volví y eché a correr como si no pudiera hacer otra cosa. ¿Me perseguían mis enemigos? No lo sabía; mis sentidos habían sido acallados por la velocidad de mi pulso. Imaginen estar junto a una plúmbea campana repicando locamente durante una brutal tempestad. Así eran los latidos de mi corazón y mi aliento.

Todo lo que recuerdo ahora es como una sensación de bajar escaleras y mi sensación de terror. La próxima imagen que penetra en mi memoria Torá es la de un campanario. Me encontraba delante de la fachada de la iglesia de San Miguel, a menos de doscientos pasos de mi casa.

La torre pareció derrumbarse por uno de sus lados, sin que nada lo presagiara. Había sido trasladado en el espacio, me encontraba tendido de espaldas sobre los adoquines. Aunque luchaba por recuperar el aliento, no experimentaba ninguna sensación de dolor, únicamente una silenciosa confusión. Mi cabeza parecía estar aprisionada en el interior de un ánfora de vidrio. Era como si la mano de Dios, sin ninguna advertencia previa, me hubiera movido sencillamente a través del espacio.

La fugaz imagen de un nenúfar rodeado de arena, que de pronto salió ardiendo, cegó mi visión. Más tarde comprendí que había perdido el conocimiento por un instante, y al despertar, había tenido un atisbo del mundo onírico que flotaba debajo de la corriente de mis pensamientos habituales. Sin embargo, incluso entonces, aquella imagen —la del nenúfar en llamas— me pareció algo vital para mí, un regalo de Dios al que necesitaba aferrarme. La clave de su significado la recibí un día mientras estaba iluminando un Libro de Ester en Constantinopla. Entonces fue cuando comprendí que el Señor había visto a Lisboa como una flor incendiada durante aquel fatídico *Pesaj*.

A mi izquierda, a unos seis o siete pies de distancia, advertí la presencia de un hombre arrodillado cubierto con una capa de cuero lustroso, que se apretaba un hombro como si estuviese herido. Comprendí que había sido él quien, oculto en un portal, saltó sobre mí para hacerme rodar por el suelo, y que en el ataque resultó herido.

Dos hombres larguiruchos cubiertos con prendas andrajosas corrían hacia mí por la calle empinada. Parecían gemelos, eran idénticos. Tenían el pelo negro cortado a cepillo. Empuñaban un hacha, y presentí que deseaban partirme en dos como a un trozo de madera.

Más atrás, una tumultuosa muchedumbre también corría hacia mí. Todo parecía un torbellino de ruidos, viento, sombras y siluetas.

En el momento en que los dos gemelos se convirtieron súbitamente en uno solo, me dominó el desconcierto. Después comprendí algo obvio: la caída había distorsionado mi visión.

El resplandor del sol en el frío acero tiene la virtud de llamar al cuerpo a las armas. Me levanté de un salto, empuñando el cuchillo.

Los tortuosos callejones y pasadizos de la parte baja de la Alfama llevaban muchos años grabados en mi mapa interior, y eché por un atajo del oeste en el preciso instante en que el agresor herido conseguía ponerse de pie. En cuestión de segundos llegué a la empinada escalera que conducía a la plaza de la Cantina. Desde su último escalón se podía saltar fácilmente a los tejados vecinos. Ejecuté el salto con toda precisión, y después bajé y subí cuatro tejados hasta el siguiente callejón. Me

perseguían tres hombres. Los dos más próximos, quizás a unos veinte pies de distancia, esgrimían sendas espadas. El tercero era un fraile que utilizaba la cruz a modo de bastón. «¡Coged al marrano! —gritaba con voz ronca—. ¡Traedme su alianza con el diablo!».

Al oírle gritar esto último, di por hecho que quería mi sexo como trofeo personal. Como me habían educado para comprender el mundo mediante símbolos, me pregunté, naturalmente, si los dominicos deseaban acabar con nuestra capacidad reproductora de una vez por todas.

El callejón estaba desierto. Me descolgué para después saltar por encima del muro que cercaba el patio del señor Pinto. Tal como sospechaba, habían reventado la puerta de la cocina. Toda la casa estaba en ruinas. Atravesé la cocina para llegar a la esquina de la calle de San Pedro con la calle de Adiça. Escalé el muro de un salto, y luego salté al patio siguiente y corrí a refugiarme en nuestra cocina.

Sin embargo, no descendí al sótano. Después de comprobar que no me seguían, levanté el falso frente del arcón en el dormitorio de mi tío Abraham y mi tía Ester, y saqué una vejiga de anguila seca que contenía unas monedas para casos de emergencia. Esperé unos minutos hasta que se apagaron los gritos en la calle de la Sinagoga. Luego, cuando lo único que oía eran los latidos de mi corazón, me encaminé hacia el río. Cerca de la orilla, un pescador a quien conocía de vista desde la niñez, aunque nunca le había hablado, se encontraba sentado en su barca azul, cortando un trozo de queso con una navaja oxidada. Era viejo, le calculé unos cincuenta años, rechoncho, con el rostro moreno y curtido por el sol, y los ojos apagados de los analfabetos. Cuando se cruzaron nuestras miradas, sostuve en alto una moneda y señalé hacia el oeste, río abajo; una vez allí, pasadas las murallas de la ciudad, pensaba desembarcar para recorrer la legua y media hasta el viñado de Sansón Tijolo. El pescador asintió con un gesto, empuñó los remos y maniobró para acercarla a la orilla.

—Necesito salir de la ciudad —le dije.

Con dos de mis monedas de cobre en el cubo de cebo vivo, el pescador comenzó a remar para adentrarse en el centro de la corriente, más o menos a unos cien pies de la orilla, sin dejar de maldecir y jadear ruidosamente. En el dedo gordo del pie derecho, una llaga rojiza ulceraba la piel grisácea por el continuo contacto con el agua.

—Me mordió un cangrejo —gruñó—. Nunca llegó a cicatrizar del todo.

Se metió entre dos grandes embarcaciones de pesca y pasó a popa de una galera donde ondeaba la cruz roja portuguesa. Por fin, consiguió situar la barca donde la corriente tenía más fuerza. A medida que con sus remaduras ganaba velocidad, las murallas de Lisboa se fueron achicando hasta convertirse en una cinta que ceñía las torres de las iglesias más allá de los arrabales de la ciudad. Echó el ancla más allá de un saliente rocoso y levantó una mano para desearme buena suerte. Le di las gracias con un gesto, enrollé las perneras de los pantalones y hundí los pies en el agua fría.

En la orilla se me acercaron dos peregrinos andaluces camino de Santiago de Compostela, con sombreros que reproducían la forma de una venera. Me preguntaron dónde podían encontrar una taberna. Les hice creer que no hablaba su idioma y me alejé.

Capítulo VII

Rana, la esposa de Sansón y vieja amiga de nuestro barrio, me abrió la puerta cuando me presenté en su casa después de una caminata de dos horas. Estaba dándole el pecho a Miguel, su hijo recién nacido.

—¡Bendito sea Dios, Beri, estás vivo! ¡Pasa! —Me agarró la mano, me sujetó por el brazo y me hizo entrar en la casa. Echó el cerrojo—. ¡No me lo puedo creer! —exclamó con una sonrisa.

Nos besamos, y después acaricié el pelo aterciopelado del bebé. Era tan pequeño que tenía los ojos cerrados con tanta fuerza como si nunca los fuera a abrir.

—¡Qué cosa más linda! —comenté, porque ¿quién puede decirle a una madre primeriza que su bebé se parece a una ardilla hasta que por lo menos tenga un mes?

—¿Lindo? —replicó Rana—. Me parece que otra vez has estado meditando demasiado. —Intentó sonreír, pero las lágrimas le humedecieron las pestañas. La mirada baja mostraba la desesperación de la soledad y comprendí que también Sansón se había perdido en la tempestad cristiana. Nos sentamos junto al hogar.

—¿Cómo te enteraste de los tumultos? —pregunté.

—Unos vecinos vinieron a avisarme.

—Quizá tendríamos que marcharnos de aquí. Regresar a...

—Sabes que no puedo —me interrumpió.

Rana no abandonaría su hogar durante los primeros cuarenta días posteriores al nacimiento de Miguel, que era el número de años que los judíos habían vagado por el desierto y los días del Diluvio, como una manera de protegerse de los peligros del Otro Lado.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste noticias de Sansón?

—No sé nada desde el domingo. Se marchó a la Pequeña Jerusalén para comprar la tela que necesitábamos para... —Señaló a Miguel con un gesto—. Iba a la tienda de Simón Eanes. ¿No le has visto o no has sabido nada de él? ¿Has hablado con Simón?

—No, no sé ni una palabra. Pero no creo que Simón se salvara.

Rana volvió la cabeza hacia la pared, y musitó una plegaria.

—Todavía es posible que se encuentre en algún lugar seguro —manifesté—. Sansón es listo y además impone. Más de un cristiano se habrá espantado. Recuerdo el miedo que me daba cuando yo era niño. Es muy capaz de aparecer en cualquier momento. —La sujeté por un brazo con el ánimo de infundirle valor, pero comprendí que lo hacía para intentar convencerme a mí mismo que Judá podía estar sano y salvo.

—No. Si estuviera vivo, ya habría regresado.

—Bien, puede estar escondido.

—¿Sansón escondido? Beri, un hombre que es padre por primera vez a los cincuenta y siete años no permanece escondido cuando la vida de su hijo puede estar en peligro.

Rana era una de esas escasas personas que rehúsan mentirse a sí mismas. Por ese motivo, la mayoría la encontraba agresiva, incluso despiadada. Asintió con una expresión resignada y se pasó la mano libre por el ondulado pelo castaño.

—Si tengo que marcharme sola... —Se apagaron sus palabras y se mordió el labio inferior para contener las lágrimas—. No hace más que comer y dormir —comentó de Miguel, mientras intentaba sonreír. El bebé había dejado escapar el pezón, y ella volvió a metérselo en la boca mientras Miguel agitaba los brazos. Hizo un ruido de satisfacción mientras chupaba. Rana me miró con un poco más de esperanza en los ojos—. Beri, ¿has sabido alguna cosa de mis padres?

—Nada. Lo siento. Tendría que haber pasado por su casa antes de venir. No se me ocurrió.

—No pasa nada. Esperemos que vengan cuando puedan, si pueden.

—Rana, el viernes pasado vine a buscar vino. Me llevé un barrilete y dejé una nota.

—Sí, supimos que eras tú por el trozo de *matzá*. —Me dio una palmadita en el brazo—. Qué reconfortante es saber que algunas cosas nunca cambian. Supongo que estaría durmiendo. No duermo mucho, pero cuando me viene el sueño, soy un tronco. Menos cuando llora Miguel. Entonces, es como si un cazador me disparara una flecha en el corazón.

—Escucha, ¿todavía tienes la carta que dejé aquel día?

—Claro que sí —respondió—. ¿Es importante?

—Necesito leerla. Quizá mi tío le contó algo a Sansón. ¿Dónde la tienes?

—Cuidar de Miguel me ha vuelto algo desmemoriada. Pero estoy segura de que está en algún lugar del dormitorio.

—¿Podemos ir a ver si la encontramos?

—Ten, cógelo. —Rana levantó al bebé y lo confió a mis brazos. Mientras Rana buscaba en las cómodas y en los arcones, yo sostuve al pequeño entre mis brazos y recordé la tierna sensación de acunar a Judá. ¡Cuántas noches habíamos pasado Mardoqueo y yo paseándolo para calmar su llanto!; había sido un bebé difícil, le había quedado líquido en los pulmones y tosía muchísimo con una tos ronca. Cerré los ojos y sentí un cosquilleo en las puntas de los dedos al rozar la suave piel del bebé. «Judá, mi Judá», susurré para mis adentros. «Por favor, querido Dios, deja que aún viva».

Le di conversación a Rana mientras ella buscaba, como una manera de disipar el temor que se cernía sobre mí. Hablamos de los problemas de barriga de Miguel.

—Las cacas parecen cagadas de urracas —comentó con voz preocupada—. El doctor Montesinhos dice que no debo asustarme, pero supongo...

—Olvidalo —afirmé, con un gesto displicente—. A Judá le pasaba exactamente lo mismo. Creo que todos los bebés tienen algo de pájaro.

Rana se echó a reír, pero el denso silencio posterior demostró con más claridad la tristeza que se respiraba en aquella casa. Cruzamos una mirada en la que admitimos que quizá Sansón ya nunca regresaría, y ella tendió una mano para acariciarme el rostro.

—Querido Beri —manifestó—. Echo de menos el barrio. —Nuestras miradas se unieron recordando los demonios que habíamos eliminado con nuestros ejércitos infantiles.

Reemprendió la búsqueda. Se dirigió a una cómoda junto a la cama. Abrió uno de los cajones y sacó una pequeña caja de madera con cerradura de metal. En su interior se encontraba el rollo de pergamino.

—¡Lo encontré! —anunció con un tono de triunfo. Me lo dio—. Es éste, ¿verdad?

—Eso creo. —Volví a dejar a Miguel en los brazos de su madre. El rollo lo formaban cinco hojas.

—Escucha, Beri —dijo Rana como si me invitara a compartir una aventura—, tú mira la nota mientras voy a buscar un poco de pan *challá* y vino. No, claro, debes estar reviviendo el Éxodo. ¿Tomarás una copa de vino? Te puedes quedar, ¿no? Al menos, hasta que acabes de leer la nota. Tienes que quedarte.

—Me quedaré hasta que acabe de leerla. Después, tengo que regresar con mi familia. Pero Rana, si tienes *chametz* en la casa, es que todavía no habéis celebrado el *Pesaj*.

—No. Estábamos esperando a que pasara el peligro.

Me guió de vuelta a la cocina, nos sentamos a la mesa, me sirvió una taza de vino y a continuación me cogió la mano libre, mientras yo comenzaba la lectura de la nota de mi tío que decía así:

Querido Sansón:

Miguel Ribero se ha negado. Por lo tanto, te contaré una historia. En ella encontrarás mis esperanzas de que tú descubras la necesidad de que cada uno de nosotros haga un sacrificio en este momento decisivo. Si no nos comportamos como lo hizo el rabino Graviel en estos momentos de mutuo apoyo, entonces lo perderemos todo. No importa que tu fe se esté desmoronando. Son tus actos los que cuentan. ¿La victoria será para Samuel?

En el primer renglón de la página siguiente había escrito: *A história da crestadura do sol do rabi Graviel*. Era la misma historia que mi maestro me había contado en el último *sabat*, y mientras movía los labios leyendo el título, me pareció sentir sus manos, pasándolas por mi nuca. Su voz me susurraba: «Sí, vuelve a leerlo, Baraquías,

así también tú podrás ver su significado. No es casualidad que os ofrezca esta historia a ti y a Sansón».

—¿Qué es? —preguntó Rana, consciente de mi súbita agitación.

—Un relato. Una historia del rabino Graviel, uno de mis antepasados. Narra su encarcelamiento en España para conseguir que su hija sobreviviera. Creo que mi tío vio en una visión que él también debía hacer un gran sacrificio. Sí, para conseguir que sobreviviera la muchacha en el sótano, tenía que entregar su vida. Hizo un trato. Pero el asesino no cumplió la promesa.

—Beri, ¿quieres decir que tu tío...? Oh, Dios mío. —Al comprender por primera vez que mi maestro estaba muerto, los hombros de Rana se movieron violentamente hacia atrás. Dejó a Miguel sobre la mesa, y luego se puso de pie al tiempo que se tapaba las orejas con las manos. Me miró, horrorizada. Cuando comenzó a temblar, me acerqué a ella y le aparté las manos de la cabeza.

—¡Rana! ¡Rana! —grité. Me miró como si quisiera descifrar mi rostro, descubrir mi identidad.

—Sansón, y ahora el maestro Abraham —recitó con una voz monótona—. ¿Y Ester también está...?

—No, ella está a salvo. Con mi madre y Cinfa. Falta Judá.

La hice sentar y le serví vino. Cogió la taza con las dos manos como un niño, bebió un par de tragos, y comenzó a charlar de los aljibes del viñedo. Cuando volvió a reinar el silencio entre nosotros le pregunté:

—¿Sansón hizo algún comentario sobre problemas entre los iniciados?

Rana meneó la cabeza como única respuesta.

—¿Quizás alguna discusión con mi tío?

—Ni una palabra —contestó.

—Entonces, ¿por qué mi tío menciona la pérdida de la fe de Sansón? ¿Tenía algún problema?

—Sansón opinaba que el bebé debía criarse como cristiano —susurró Rana sujetándome por el brazo—, que ya no sirve de nada seguir siendo judío. Este año no celebraremos el *Pesaj*. Incluso si... —Separó los pañales de Miguel para enseñarme el prepucio de su pene; tendrían que haberlo circuncidado al octavo día del nacimiento. Rana cerró los ojos en un gesto de desesperación. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Miguel también se echó como si quisiera solidarizarse con la madre. Le cogí entre mis brazos y comencé a acunarlo suavemente pero no sirvió de nada. Las palabras de Rana volaron bruscamente como si las hubiera lanzado en diferentes direcciones—. ¡Si lo hubiese sabido! ¿Cómo pudo cambiar tanto? Cuando nos casamos, y después cuando nació el bebé. ¡Éramos tan felices! ¿Recuerdas cómo era el *Pesaj*? ¿Lo recuerdas, Beri? Antes de... espera, déjame que te enseñe una cosa.

Rana cogió un grueso libro que estaba en un nicho sobre la repisa del hogar. La intrincada filigrana de encaje en la tapa lo identificaba como una edición impresa del Viejo Testamento hecha por Eliézer Toledano cuando yo era un niño. Me lo alcanzó.

—¡Mira! —ordenó.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué debo mirar? —pregunté cogiendo el libro.

—¡Ábrelo! ¡Por cualquier parte!

Le pasé al niño, y dejé que el libro se abriera por sí solo. Me enfrenté al libro de Ezra, a los versículos sobre la reconstrucción del templo. Todos y cada uno de los nombres de Dios aparecían tachados con tinta marrón. Resultaba escalofriante, como un talismán perverso.

—Sansón me dijo: «Debemos enterrar al dios judío. Después del *Pesaj*, rezaremos las oraciones por el Señor y después enterrarle y olvidarnos de él» —me explicó Rana, deprisa, como si le persiguiesen—. ¡Sansón tachó todos los nombres!

Contemplé el sacrilegio, luego cerré el libro acariciando las páginas. Juré no volver a mirarlo. Dejé el libro sobre la mesa.

—¡No puedo vivir como una cristiana! —chilló Rana, súbitamente—. ¡Antes prefiero matarme!

—Su grito rasgó el aire entre nosotros.

—¿Qué será de tu hijo? —pregunté—. ¿Quién cuidará de él?

—¡Prefiero que él también esté muerto!

Nueve años antes, algunos padres judíos habían asesinado a sus hijos, y después se habían suicidado para evitar la conversión forzosa, actos que estaban escritos en un lenguaje que nunca había comprendido.

—No lo dirás en serio —repliqué.

Rana se inclinó para dejar a Miguel en mis brazos. Sus ojos brillaban con una decisión aterradora. Empuñó el cuchillo del pan, y se irguió para después apuntarme con el cuchillo; su cuerpo se estremecía de furia.

—¡Lo haría ahora mismo si me dijeras que debo coser una mortaja para mi Dios!

—Cometerías un pecado mortal si llegas a hacerle daño a este bebé. Es un embajador de Dios entre nosotros. ¿Matarías a Abraham, a Isaac, a Moisés si ellos estuviesen ahora ante ti? —Rana no movió el cuchillo—. Este niño es Abraham, es Isaac, es Moisés. ¡Él es Dios Nuestro Señor!

Rana dejó caer el arma y comenzó a llorar. Me senté a su lado y le acaricié el pelo. El bebé parecía hechizado por el llanto de su madre. Sin embargo, cuando ella se serenó, Miguel comenzó a patear y a quejarse. Desistí de mis intentos de aliviar su incomodidad y se lo entregué a su madre. Sin darme tiempo para reflexionar, con el mismo movimiento recogí de la mesa el Viejo Testamento profanado, contuve la respiración y lo arrojé a las llamas del hogar.

—¡Baraquías! —jadeó Rana—. ¡No! ¿Qué has hecho?

Mientras el humo y las llamas se alzaban de las páginas que amarilleaban, hablé con una voz que parecía llegar de mi tío:

—No necesito palabras escritas. Ni siquiera la Torá, ni tú tampoco. Mantén un judaísmo interno. Dios se encontrará contigo en tu interior, más allá del límite donde hablas contigo misma. Si Sansón regresa, y todos rezaremos para que regrese sano y

salvo, déjale que hable de cristianismo mientras tú respiras judaísmo. Tu hijo conocerá la diferencia y cuando sea lo bastante mayor para guardar secretos, le hablarás de la novia que es el *sabat* que le ha estado esperando en su interior durante toda la infancia. Tú celebrarás su boda.

El bebé buscó una vez más el pecho. Rana lo alimentó, miró su rostro como si buscara un atisbo de la futura ceremonia en sus ojos.

«Qué maravilloso —pensé con ardientes celos—, ser capaz de ofrecer tu propio alimento a otro ser».

¿La meta de nuestra vida siempre aparece sin aviso, en el espacio de un solo instante? Porque entonces comprendí que buscaba ofrecerme a mí mismo a alguien antes de morir con la misma plenitud de Rana.

Ella se encogió de hombros como si no estuviese convencida.

—Ya veremos —afirmó.

Nos dimos un beso de despedida en la puerta.

—Rana, ¿Sansón estaba enojado con mi tío o con alguno de los demás del círculo de iniciados? ¿Tenía algo que ver con su pérdida de la fe?

—No. Fue por el bebé. Una cosa es vivir aterrorizado, y otra muy distinta condenar a alguien con quien quieres compartir un destino similar. Reflexionó profundamente sobre el destino del bebé como judío, y no le gustó lo que vio.

—¿Quieres venir conmigo? —le pregunté—. Sabes que eres bienvenida a quedarte con nosotros todo el tiempo que haga falta. No debes tener miedo al Otro Lado. Es una superstición. No tienes por qué tener miedo de abandonar la casa.

—No. Muchas gracias. —Me acarició el brazo—. Mis padres intentarán venir a verme. Si pueden.

—Lo comprendo. No lo olvides, construye un jardín interior donde puedas esconderte, donde puedas invitar a Miguel cuando sea mayor. —Acaricié una vez más el pelo del bebé—. Si Sansón regresase, dile que venga a verme. Todavía podemos utilizar el tiempo futuro cuando hablamos de los judíos en Portugal. Quizá recupere la fe.

Nos besamos. Sin embargo, me llamó cuando me marchaba. Su mano temblaba junto a sus labios al formularme la pregunta:

—¿Crees que Dios se llevó a Sansón en venganza por lo que le hizo al Viejo Testamento?

Cerré los ojos en busca de una respuesta, y me estremecí al darme cuenta de que ya no confiaba en Dios. Respondí con el ambiguo gesto que Farid y yo hacíamos para expresar lo desconocido.

Capítulo VIII

Mientras me alejaba de la casa de Rana, mi descenso a un mundo vacío y dejado de la mano de Dios me llevó a aferrarme a la historia del rabino Graviel que nos había narrado mi tío. Al leer sus palabras una vez más, recordé la última lección que nos impartió a Judá y a mí; en ella, mi maestro también había hablado de la necesidad de hacer un sacrificio. Esta lección tuvo lugar el viernes pasado, durante nuestro *seder Pesaj*. Tía Ester repartía la sopa de nabos con azafrán en nuestros cuencos de madera, y fue entonces cuando mi tío me hizo un gesto y recitó: «Visitó, pues, el Señor a Sara...».

Sus palabras me dieron pie para que yo recitara la Torá de memoria comenzando con aquel versículo del Génesis. En portugués, para que Judá lo entendiera, comencé: «Visitó, pues, el Señor a Sara, como le dijera, e hizo con ella lo que le prometió; y concibió Sara, y dio a Abraham un hijo en su ancianidad al tiempo que...».

Mi tío me hizo continuar con los siguientes cincuenta y dos versículos. Sólo con las pausas para humedecer mis labios con un sorbo de vino, narré la historia de Isaac, el hijo de Abraham y Sara, cuyo nombre significa «reirán conmigo» en hebreo; una referencia al extraordinario regocijo de Abraham por haber sido capaz de engendrar un hijo a pesar de sus cien años de edad. En el momento de recitar el versículo que comienza: «Después de todo esto quiso probar Dios a Abraham», mi tío enarcó las cejas y asintió para que le hablara directamente a Judá. Recibí el regalo de la mirada del niño cuando le sujeté la barbilla con el cuenco de mis manos. Continué el relato con mi mejor voz teatral: «Después de todo esto quiso probar Dios a Abraham, y llamándole, dijo: “Abraham”. Y éste contestó: “Heme aquí”. Y le dijo Dios: “Anda, coge a tu hijo, a tu unigénito, a quien tanto amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriá, y ofrécemelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te indicaré”». Judá se removió incómodo en la silla y se mordió el labio inferior, preocupado por la perspectiva de la muerte de Isaac. Le vi retroceder ante el recuerdo de la maldición de nuestra madre, herido en lo más profundo del alma por la manera en que ella le negaba un lugar en su vida. Cogí sus manos entre las mías y le conté cómo Abraham ató a su hijo y lo puso sobre el altar, encima de la leña, y cómo en el momento en que levantaba el cuchillo para degollar a su hijo, intervino el ángel de Dios: «No extiendas tu brazo sobre el niño y no le hagas nada, porque ahora he visto que en verdad temes a Dios, pues por mí no has perdonado a tu hijo, a tu unigénito», y añadió: «Te bendeciré largamente, y multiplicaré grandemente tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de las orillas del mar».

El final feliz no tranquilizó mucho a Judá; en su rostro se reflejaba la necesidad del consuelo. Sentí un dolor interior al comprender la crueldad de mi tío y la mía por haber lanzado la espada de la Torá a través de sus frágiles defensas. Apoyé mi mano

en la nuca del niño mientras él procuraba no mirar a la familia, e intenté consolarle con mis caricias.

—Tómate la sopa —le dije— antes de que se enfríe.

Mi tío frunció el entrecejo, despreció mi consuelo con un ademán y manifestó:

—Escucha, Judá. Le pedí a Beri que te narrara esta historia por una razón. Dime lo que piensas del relato.

Las miradas se centraron en el niño, pero sus labios permanecieron sellados. Comencé a darle palmaditas en la espalda para animarle; Judá estaba a punto de echarse a llorar. Miré a mi tío con una rabia mal contenida, ansioso por gritarle: «¿No ha tenido ya bastantes sufrimientos en sus escasos cinco años? ¡Deja en paz a Judá o que el...!».

—Quiero saber lo que piensas —insistió mi tío—. Nunca te juzgaré mal por decir la verdad. ¡Nunca! Te doy mi palabra.

—Dinos lo que piensas —intervino tía Ester, con una sonrisa maternal.

Mi madre lo contemplaba como petrificada. Comenzó a tocarse nerviosa los mechones de pelo de las sienes. Cuando le pellizqué el cuello a mi hermano para que acabáramos de una vez con todo esto, Judá manifestó:

—No me gustó.

—A mí tampoco —afirmé.

—¿Por qué no te gustó? —quiso saber mi tío, rechazando mi ayuda con un gesto.

Judá apretó los puños y se frotó los ojos.

—Porque... porque no lo sé. Porque no me gustó.

—¿Dime por qué? —insistió mi tío suavemente.

—¡Porque Isaac no hizo nada malo! —exclamó Judá.

—Eso es —dijo mi tío, levantándose e inclinándose hacia el niño, con las manos apoyadas en la mesa—. Ahora te contaré un secreto, Judá. Los secretos son cosas muy poderosas. Así que no debes contárselo a nadie. Es algo que sólo debemos saber nosotros. ¿De acuerdo?

Judá asintió, y se quedó boquiabierto como si de pronto le hubieran hechizado; le encantaban los secretos de mi tío.

—Muchas personas creen que esta historia significa que algunas veces es necesario hacer un sacrificio a Dios —comenzó mi maestro—. Incluso un terrible sacrificio, si es preciso. Hasta cierto punto tienen razón. Abraham estaba dispuesto a matar a su hijo. También hay muchas personas que opinan que está mal por parte de Dios pedirle a ese hombre semejante sacrificio, y que está mal por parte del hombre aceptarlo. Quizás estén en lo cierto. Yo también en ocasiones he opinado igual. Pero aquí está el secreto. —Mi tío se inclinó un poco más hasta que su rostro quedó más o menos a un palmo de la cara de Judá. Los ojos le brillaban como ascuas. Se llevó un dedo a los labios y susurró—: No olvides lo que significa Isaac, «reirán conmigo». Esa es la prueba que necesitamos para estar seguros de que la Torá nos habla con metáforas, con una clase de parábolas muy particular. Isaac no es el hijo de Abraham

en este mundo. Es algo así como un hijo dentro del mismo Abraham. Es un hijo hecho con las risas y las penas de Abraham, con sus enfados y ternuras, sus temores y sus sueños. ¿Y qué es lo que Dios le pide a Abraham? Que él renuncie voluntariamente a todas esas cosas. Que él renuncie voluntariamente a sus pensamientos y emociones más profundas, a sus posesiones más preciadas. Que desate los nudos de su mente. Que apague una parte de sí mismo. ¿Por qué? Para que se abra una puerta dentro de sí mismo y permita la entrada de Dios. Querido Judá, esta historia te pide que te abras a Dios y nada más. —Mi tío tendió una mano para jugar con el pelo de su sobrino, y después le retorció la nariz—. Dios te quiere tanto que está dispuesto a contarte una historia terrible y dejar que le juzgues mal. Todo esto para que un día puedas encontrarle dentro de ti mismo. Todo lo que quiere es poder abrazarte, nada más. ¿Lo has comprendido?

Judá, todavía fascinado, asintió con un gesto enérgico. Comprobé, lleno de gratitud, cómo el humor de los niños se puede cambiar fácilmente.

La lección que saqué de todo esto —en aquel momento— fue que debía pensármelo dos veces antes de dudar de mi tío. Pero ahora, mientras caminaba de regreso a mi casa, pensé en todo lo que nos había dicho sobre el sacrificio. Dios le había pedido al Abraham bíblico que entregara su más valiosa posesión. ¿Le había pedido a mi tío que entregara su vida? ¿Por qué? ¿Era para que se pudieran salvar más libros de las hogueras cristianas?

Estas reflexiones se vieron interrumpidas al cabo de unos minutos por los gritos de un hombre que pronunciaba mi nombre. Sin duda, Rana había tenido un presentimiento sobre su familia. Benjamín, su padre, y Raquel, su madre, bajaban corriendo por la ladera de la próxima colina.

—¡Beri! —gritó Benjamín, sin detenerse, los ojos oscurecidos por el miedo—. ¿Rana está...?

—Está a salvo. También Miguel. Por ahora están sanos y salvos.

—¡Bendito sea el Señor! —Apoyó las manos contra mi pecho—. Escucha, ahora no podemos hablar, debemos reunirnos con ella cuanto antes. Dale mis bendiciones a toda tu familia.

—Lo haré. —Le sujeté por un brazo—. Sólo una cosa más. ¿Has visto a Sansón? Se suponía que estaba en Lisboa comprando...

Benjamín me hizo callar poniendo una mano sobre mi boca.

—Mi hija es viuda desde el domingo —susurró—. Sansón fue capturado al principio de los disturbios. Le pillaron desprevenido.

—Humo —añadió Raquel, imitando con una mano el movimiento de una voluta de humo—. Sansón no es más que humo.

—¿Las hogueras continúan ardiendo en el Rossio? —pregunté.

—Los fuegos no se apagarán mientras nosotros continuemos existiendo —manifestó Benjamín.

Sus palabras se abrieron paso a través del aturdimiento que parecía moverse en mi interior con el ritmo de las mareas, y comprendí que llevaba demasiado tiempo lejos de mi familia. Apresuré el paso y al llegar a la ciudad me encontré las puertas, tanto la de oriente como la del norte, taponadas por grandes masas de cristianos y frailes dominicos. Los jóvenes se peleaban entre ellos, con grandes voces e insultos, como si fueran cachorros adiestrándose para demostrar su valor. Sin embargo, por el lado oeste, en la puerta de Santa Catalina, sólo me encontré con una pequeña multitud de viejos borrachos. Más tarde, descubrí que por toda la ciudad había corrido la voz de que el rey enviaría tropas por la puerta oriental para restablecer el orden en la capital; de ahí, el descuido de la entrada de la puerta occidental. Al parecer, mi parecido con un marrano era mucho menos de lo que creía mi madre; los cristianos viejos no levantaron ni una sola espada a mi paso, sino que, en cambio, me invitaron a compartir sus soeces chistes sobre las mujeres y los judíos. Para salvar mi vida, que Dios me perdone, accedí a sus deseos. «¿En qué se parece un judío a una mantis religiosa?», me preguntó un hombre de rostro afilado y expresión insulsa. Al ver que meneaba la cabeza, añadió: «Le escupes, y continúa rezando. Le encierras, y continúa rezando. ¡La única solución es que cojas la espada y le cortes la cabeza!».

Resulta sorprendente que a alguien le diviertan semejantes palabras, pero los cristianos se rieron como posesos, y yo me sumé a sus risotadas lo mejor que pude.

Mientras me alejaba de ellos a buen paso, comencé a sospechar que Dios me había permitido entrar en Lisboa por esta puerta para que pudiera visitar al converso y traficante de armas, Eurico Damas, en el camino de regreso a la Alfama. Su casa se encontraba en el rico Bairro Alto que coronaba la ladera por encima de las chabolas existentes un poco más adelante. En cuanto a esta envidiable ubicación, Damas le había comentado a mi tío poco después de su conversión voluntaria, cuando los dos hombres todavía se hablaban: «No quiero olvidar nunca de dónde vengo. Ningún fiel cristiano nuevo debería olvidarlo».

Honorables sentimientos. Pero cuando desapareció de su vista, mi tío me arrancó un pelo de la mitad de mi cabeza. Acalló mi chillido de protesta con un gesto y comentó: «Baraquías, las nobles palabras de ese hombre están aferradas a su alma con la misma firmeza que este pelo a tu cabeza. Un leve tirón y...». Movié los dedos en el aire, y fingió sorpresa ante la desaparición del pelo. «Nunca confíes en nadie que saca provecho de la muerte de otro. Sobre todo, si se trata de un hombre que más tarde exhibe en público el chal de la oración».

Con el sol cada vez más bajo en lontananza, subí por el laberinto de callejuelas de tierra que surcaban las laderas occidentales en dirección al Bairro Alto. Al pasar junto a las chabolas de madera donde las clases más pobres pasaban sus vidas de desconsolada servidumbre, algunos rostros mugrientos me miraban por encima del hombro como si el verme fuera un espectáculo poco habitual. Los chiquillos levantaban nubes de polvo mientras perseguían a las gallinas y a los gatos. Niñas con los lagrimales de sus ojos llenos de moscas. Un larguirucho esclavo africano

encadenado por el tobillo a un ancla oxidada me observó con la mirada atenta del trovador que viera pasar a un personaje de sus relatos. Reconocí en él alguna afinidad y asentí, pero él me volvió la espalda como si le hubiese acusado de un crimen. En el aire flotaban los olores de la vergüenza y la rabia. Sin embargo, aquí y allá, algunas casas mostraban jardines donde se mezclaban las caléndulas y el espliego con las coles, los nabos y las habas.

Una plaza adoquinada a la sombra de unos inmensos castaños marcaba el final de la tolerancia del rey; más allá de este punto, se acababan los tablones de pino y los parches de tela de las miserables chabolas y comenzaba la piedra pulida de la aristocracia lisboeta.

Reconocí en el acto la casa de Damas; de la cornisa de piedra sobresalían las gárgolas de cuernos y bocas enormes que me habían aterrorizado en mi niñez. Por detrás del tejado, donde tenía que estar el patio, se elevaban nubes de humo. Metí la mano en la bolsa, saqué el cuchillo, y lo escondí debajo de la camisa, sujeto a la cintura.

Después de mucho aporrear la verja de hierro que protegía la puerta, me atendió un adolescente delicado de cara redonda y expresión dulce. Permaneció en el umbral, con los brazos en jarras. Una camisa de seda verde y un chaleco rojo le abombaban el pecho; seguramente, prendas regaladas antes de tiempo. El mozalbete se apartó del rostro un mechón de pelo color ámbar y se lo metió debajo del gorro azul con un gesto de irritación. Tenía las manos cubiertas de cenizas. Debió tomarme por un vendedor extranjero, porque con una voz melodiosa, me dijo lenta y con mucha decisión:

—No necesitamos de nada de lo que vendas. —Se rascó la barbilla y dejó una marca de hollín en la piel.

—No vengo a vender nada. Busco a Eurico Damas.

Miró primero al cielo con una expresión escéptica, después el suelo y finalmente se encogió de hombros.

—Si yo estuviera en tu lugar comenzaría a cavar. —Con una mueca de burla señaló hacia arriba con el pulgar—. Seguro que no está allá arriba si es que quieres saber mi opinión.

—¿Está muerto? —pregunté.

El muchacho golpeó el marco de piedra.

—No podría estar más muerto.

—¿Estás seguro?

—Yo mismo vi su cadáver. Le abrí la boca y le escupí dentro para asegurarme.

—¿Le mataron durante los ataques contra los cristianos nuevos?

—Escucha, el amo Eurico tenía muchísimos enemigos. —Volvió a encogerse de hombros—. ¿Por ventura creías que sobreviviría? En ese caso, no se habría escondido como una chinche en un colchón. —Me observó de pies a cabeza—. ¿Y tú quién eres?

—Soy Pedro Zarco —respondí, empleando mi nombre de pila cristiano que me había sido impuesto bajo la amenaza de la espada de la conversión—. Vivo en...

—¡Ah, el sobrino del maestro Abraham!

—¿Cómo sabes quién soy?

El muchacho se acercó, deslizó los dedos entre los barrotes de la reja como si quisiera trepar. Ahora que le tenía más cerca, vi que el rojo de las mejillas se debía a los rasguños y los golpes.

—El amo Eurico odiaba a tu tío —contestó—. No hacía otra cosa que hablar de cogerlo y aplicarle la *pinga* sólo para oír las maldiciones y las tonterías que diría. Es curioso, pero en cierta manera, creo que también le gustaba. Hasta donde se puede decir que le gustaba cualquiera. Pero creía que tu tío era un poco loco y también peligroso.

La tortura de la *pinga*, es decir de la «gota», consistía en dejar caer gotas de aceite hirviendo una a una sobre el cuerpo del prisionero. Algunas veces escribían el nombre de la víctima con las quemaduras. Los nombres portugueses pueden ser muy largos y la mayoría de los torturados confiesan lo que sea antes de que la gota de aceite comience siquiera a deletrear el nombre.

—¿Eres uno de los criados? —pregunté.

—Mandé a los criados que se marcharan. —Se quitó el gorro con la sonrisa de quien descubre un tesoro. Una cascada de sedoso pelo ámbar cayó sobre sus hombros. El muchacho se convirtió en una muchacha.

—Soy su viuda —afirmó asintiendo con una reverencia. Se encogió de hombros como si pidiera disculpas por haberse disfrazado y abrió la reja. Me sujetó por el brazo como si me invitara a bailar—. ¡Entra!

¡Así que este muchacho era la esposa niña de Damas! Me llevó a través de una cocina manchada de sangre y me condujo a empellones por la despensa hasta llegar a un patio donde los naranjos aparecían cargados de frutos. En el patio de ladrillos en la parte trasera de la casa, ardía una hoguera de ropas y leños. Una colorida montaña de camisas, chaquetas y pantalones se alzaba cerca del fuego. Trozos calcinados volaban por los aires para luego descender como plumas.

—Llevo quemando sus prendas toda la noche —me explicó con un tono triunfal—. Lo primero que quemé fueron las botas. Tenía ocho pares. Uno para cada día de la semana, y uno de piel de tiburón para asistir a misa los domingos. Si no le gustaba como se las había lustrado, se meaba encima de ellas y me obligaba a lustrarlas de nuevo. Te diré una cosa, ¡el orín de ese hombre olía como el de los gatos! ¡El único problema es que ahora apestan mientras se queman! ¡Lo mismo que él!

Las llamas de la hoguera saltaban como marionetas a las que les tiran de los hilos.

—¿Tiraste a Eurico Damas a la hoguera?

—¡Creo que encontrarás sus dientes si miras atentamente! —me contestó con una sonrisa de oreja a oreja—. Tenía más de los que precisaba, así que estoy segura de

que ha de haber muchos por ahí. —Me observó con una expresión divertida, y después se echó a reír—. Quería raptar a tu tío. ¿Estabas enterado?

—¿Lo encontró?

—No, regresó a casa echando chispas. No fue capaz de dar con el escondite del maestro Abraham. Le oí cuando lo dijo.

Por lo tanto, mis sospechas eran infundadas. Eurico Damas no estaba involucrado. Sansón había muerto. Eso dejaba a Diego y a fray Carlos como los únicos integrantes del círculo de iniciados que podían haber traicionado a mi tío; y a Miguel Ribeiro y al rabino Losa como los que podían haber cedido a la presión del chantaje.

—Quería someter a la *pinga* a todo el grupo de cabalistas —añadió la muchacha—. Obligarlos a admitir que todo no era más que una mentira. Últimamente estaba obsesionado con ese asunto. Supongo que se estaría haciendo viejo. No creía en ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? No te entiendo.

La muchacha se rió como si pretendiera dejarme en ridículo, y tiró Orgullosa de las puntas del chaleco de seda.

—¡Un Dios eternamente presente, estúpido! —Mientras hablaba, un adolescente canijo de pelo oscuro y la sombra de un bigote en el labio superior salió corriendo de la casa armado con una espada manchada de sangre, sin quitarme el ojo de encima.

—Está bien, José, no pasa nada. Es el sobrino del maestro Abraham —le informó. Después, me susurró—: Fue José quien le mató. No es muy bueno con la espada, pero cuando un hombre está borracho como un cerdo en un abrevadero lleno de uvas, no tiene nada más que ensartarlo. —La niña viuda bajó las manos imitando a un espadachín que descarga un golpe mortal, sonrió y después se alejó para arrojar una capa al fuego. José me saludó con el gesto grave de un mozalbete que ha asumido el papel de protector, y en medio de un silencio espectral y reverente, los tres contemplamos cómo las prendas humeaban, se retorcían y comenzaban a arder. La expresión de la muchacha se endureció. Se acarició las mejillas como si quisiera borrar unas manchas. Se volvió hacia mí.

—Sabes, también tengo otras marcas en la espalda. Durante un año, se dedicó a azotarme. Le gustaba menearse el «pájaro» mientras me azotaba. No sé si me entiendes. —Sonrió—. Quiero borrar hasta el más mínimo recuerdo. —Me cogió la mano—. Lo comprendes, ¿verdad? —Al ver que asentía, me miró con expresión grave y se señaló el pecho—. ¿Los cabalistas creen de verdad que Dios reside aquí dentro?

—Ahí, en todas las demás partes, y en ninguna parte. Dios vendrá a ti en una forma que tú puedas percibir, vestido tal como tú le ves. Depende de su gracia y de tu visión.

—Entonces, no vendrá a mí como hombre. No necesito a un dios masculino. ¡Ya he tenido uno, y le odio! ¡Mataré al próximo dios masculino que intente mostrarme su

bellota roja!

—En ese caso será una emanación femenina, o sin sexo. O posiblemente ambas a la vez.

—Una mujer. Sí, prefiero una mujer. —Cerró la mano en un puño, y gritó—: ¡Nunca más permitiré que un hombre me penetre! —Con una mirada arrogante se puso el gorro y fue metiéndose los cabellos hasta no dejar ninguno a la vista—. ¡Coge las prendas que quieras, y vete! —Nos miramos el uno al otro como si quisiéramos abarcar toda la crueldad del mundo. Con voz temblorosa, comentó—: Erase una vez una niña feliz que se bañaba en el Tajo, a la que espiaban de lejos y cuyos padres la vendieron como esclava. —Cerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho como si quisiera consolarse en su desesperación.

—Y un hombre joven que perdió a su tío y a su hermano pequeño —repliqué.

La muchacha abrió los ojos, y nos saludamos con un gesto como hermanos que deben separarse. El peso de nuestra solidaridad me retuvo durante un momento. Después di media vuelta y me alejé.

El ocaso pintaba el cielo rosa y cobrizo. Mientras observaba a lo lejos la enorme muchedumbre que continuaba reunida en el Rossio, la mano de mi tío me sujetó por la nuca: «Si tiñes tus manos de rojo, nadie te molestará», susurró. Comprendí lo que quería decirme, y me arranqué la costra que se había formado en mi hombro allí donde la lanza del muchacho había cortado la carne. El chorro de sangre caliente me empapó los dedos. Me ensangrenté las manos y los brazos. «Ahora desciende hasta el río —añadió mi tío—. ¡Camina por la orilla, y si alguien te llama, contéstale que estás cazando marranos!».

Como era obvio que pasaría, llegué a mi casa sin incidentes. La alfombra manchada de mierda que tapaba la trampilla seguía en su lugar. Sin embargo, bajé al sótano como quien baja a una mazmorra. Era joven y orgulloso, y semejante escondite me avergonzaba.

Cinfa salió a mi encuentro en cuanto bajé las escaleras, para decirme que tan sólo media hora antes un grupo de hombres había entrado en la cocina para ofrecer clemencia a cualquier marrano que se presentara.

—¡No vuelvas a salir! —me suplicó.

—¿Qué sabes de Judá? —me preguntó mi madre con voz ahogada.

—Nada —repliqué.

Farid y la niña sin la uña del pulgar dormían tapados con unas mantas debajo de los pupitres. Tía Ester permanecía sentada en silencio; su perfil parecía el de una estatua de piedra.

Mientras consolaba a Cinfa, levanté la alfombra que tapaba el cadáver de mi tío, y al hacerlo, el hedor de la carne putrefacta me provocó náuseas. «Dios mío, ¿cuánto tiempo más hemos de esperar hasta poder enterrarlo?», me pregunté. Volví a untarlo

con mirra, y con cada pincelada me dije: «No dejes de mirarle a la cara; debes recordarlo todo para poderte vengar».

A medida que rezaba para mis adentros, mi cuerpo, milagrosamente, comenzó a desprenderse de todas las frustraciones acumuladas, a vibrar y a moverse con una fuerza sagrada. Tal es el poder de la Torá, o quizá tan grande era mi capacidad de autoengaño, que cada vez me convencía más de que era el elegido para salvar a Israel de los filisteos lisboetas y que a través de la solución del misterio del asesinato de mi tío, estaría abriendo la puerta a nuestra salvación. Así y todo, por el momento no tenía la mínima idea sobre la relación entre la muerte de mi maestro y la supervivencia de los judíos portugueses.

Observando las cortinas de cuero que tapaban las aberturas en lo alto de la pared norte, me pregunté una vez más por dónde se había fugado el asesino. Pensé: «Tiene que haber una salida secreta, un túnel, una puerta que sólo conocían los miembros del grupo de iniciados. Esa era la razón por la que mi tío nunca me había permitido entrar en el sótano sin su permiso. No me había iniciado en los secretos de nuestro templo».

—¿Has traído comida? —preguntó Cinfa, de pronto—. Tiene hambre.

La pequeña niña sin uña en el pulgar se encontraba junto a Cinfa, y me miraba con un silencio expectante:

—Lo siento, me olvidé —respondí—. Iré arriba a ver qué encuentro en la tienda. Algo habrá que podamos comer.

—¡No, siéntate! —me ordenó mi madre. Apretaba los puños y le brillaban los ojos—. ¡Esperaremos a que esto se acabe de una santa vez!

Cinfa y la niña mordisquearon el *matzá* que había dejado. Estaba sucio de sangre, pero desapareció en un instante. Ahora también nos acompañaba el hambre. Empujado por la necesidad de hacer algo para entretener mis manos nerviosas, y ansioso por descubrir la identidad de la muchacha, cogí una hoja de papel del armario y comencé a dibujarla.

Farid se despertó al cabo de una hora, cuando había acabado de dibujar el rostro de la desconocida y comenzaba los primeros trazos de las manos. Cinfa me dio un golpecito en el hombro y dijo que él me llamaba. Le llevé una taza de agua y la acerqué a sus labios. Bebió con ansia. Sudaba a chorros, y le había subido la fiebre. Tenía los pantalones manchados de sangre y de excrementos.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Hay algo que intenta salir y me desgarrar las entrañas. No puedo aguantarme. Mis pantalones... Debo oler tan mal que hasta Alá se está tapando la nariz.

A pesar de sus protestas, le limpié el culo y los muslos, y luego lo volví a tapar con la manta. No teníamos almohadas, así que le improvisé una con unos cuantos manuscritos de la *genizá*. ¿Qué mejor empleo le podíamos dar a las escrituras judías en estos momentos?

Farid volvió a quedarse dormido, y yo me senté junto a la pared oriental, en el lugar donde suponía que la muchacha había suplicado que le perdonaran la vida.

Apreté las rodillas contra mi pecho en una posición de autosuficiencia y soledad; algo frío y calculador me estaba alejando de mi familia. ¿Era mi deseo de venganza? Los demás hablaban en susurros, pero yo no podía hacer lo mismo. Necesitaba correr, gritarle a todo el mundo que vengaría a mi tío. Ya no podía vivir más encerrado entre murmullos, encadenado por conversaciones cifradas. Mi maestro había acertado; el león de la Cábala que vivía en mi interior no me permitiría continuar viviendo como un judaizante.

Entonces aprendí que mi viaje espiritual en aquel *Pesaj* sería la revelación de mi verdadero rostro.

Volví a mi dibujo, y durante el resto de las horas de luz, me ocupé del retrato de la muchacha, y después del de mi tío. Cuando llegó la oscuridad, descubrí que me resultaba imposible decir las oraciones de la noche. La niña dormía entre mis piernas, haciendo de mi muslo su almohada. Cinfa se acurrucaba con nosotros cubierta con una manta. En el sueño de aquella noche, fueron mis gritos los que escuché; estaba atado a la fuente de la plaza del Rossio y me bautizaban con un palmo en llamas.

Me despertó el olor del humo, un olor preñado de recuerdos que impregnaba mis ropas. Sabía que era imposible porque los pantalones y la camisa que vestía no habían sido testigos de la hoguera en el Rossio. Sin embargo, desde el punto de vista de la cábala, las ilusiones como ésta no se pueden descartar sin más, y más tarde comprendí que el olor era una señal de que una parte de mí se había quedado anclada en el domingo. Lo que hice, pues, fue desvestirme en la oscuridad y rociar mis prendas con el agua de hinojo que guardábamos en el armario. Pero el olor, como una gorda garrapata, se aferró a la tela.

No pude volver a dormirme. En las tinieblas, una aureola amarilla y violeta comenzó a envolvernos a todos como una sábana helada. Sin embargo, el contacto resultaba reconfortante. Era como si estuviésemos tapados con una manta que unificaba nuestros destinos. Cómo me gustaría decir: «Una manta ofrecida por Dios», pero no estaba para manifestaciones poéticas.

De esta guisa, el mundo llegó a las primeras horas de la mañana del miércoles, la mañana anterior a la sexta noche de *Pesaj*.

La ansiedad me llevó junto a Farid. Su aliento rozó las yemas de mis dedos, regular pero débil. Recordé cómo, cuando éramos niños, se echaba a llorar ante el olor de la lluvia de primavera contra los arbustos de adelfas en el patio: la dulzura del aroma le resultaba sobrecogedora. Sí, siempre había sido mucho más sensible. Y recordé también cómo cuando nació Judá, habíamos bailado a la orilla del río.

Judá. Farid. El tío Abraham.

Nombres. ¿Sólo son signos arbitrarios o tienen un significado especial? Cuando me sentía desconsolado por el cambio forzado de Baraquías a Pedro, mi tío me cubrió la cabeza con su chal de la oración. «Dios tiene muchísimos nombres —susurró—.

Por lo tanto, nosotros que estamos hechos a su imagen y semejanza también tendríamos que tenerlos. Y aquello que está más allá de tu nombre siempre será igual». Mi maestro me dijo muchas veces que todos éramos retratos de Dios.

¿Incluía esto a su asesino?

Ahora que veía una hoguera de llamas judías elevándose a lo alto por encima de la escalinata de la iglesia de los dominicos, cualquiera diría que una vida —la de mi tío— no tenía mayor importancia. Quizás el horror debía localizarse en una única alma, como un diamante de sufrimiento.

En el momento en que mis pensamientos llegaban a un repentino punto muerto, vi que la luz del alba comenzaba a filtrarse por los agujeros en lo alto de la pared norte. Bebí un trago de agua de la jarra que estaba en el armario, y saludé con un gesto a mi madre, que acababa de despertarse. Cinfa dormía contra su muslo. Las manos de mi madre le acariciaban el pelo de una manera mecánica. Tía Ester dormía en la silla, la cabeza caída sobre el hombro derecho, los brazos colgando inertes. También Farid continuaba durmiendo. La frente le ardía. Se la refresqué con un poco de agua, pero no se despertó.

Aparté la alfombra que tapaba el cadáver de la muchacha, me arrodillé junto a su rostro y realicé algunos retoques finales a mi dibujo; le había dibujado una boca demasiado grande, demasiado dramática.

El retrato de una persona es algo poderoso; mientras lo contemplaba, su imagen asumió los contornos de un talismán que contenía todas sus esperanzas insatisfechas.

Unos minutos más tarde, mientras seguía atareado con los retoques de los labios, oí a Reza y a su marido, José, que nos llamaban desde el patio. Mi madre se sentó, con la boca abierta por el asombro. Sin embargo, no se levantó. Era como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Corrí escaleras arriba. Cinfa me siguió.

Reza estaba abriendo la trampilla cuando llegué al último escalón. Le hice una seña para que me dejara salir. «Te busqué por todas partes», le dije, abrazándola. Era delicioso sentir su compacta solidez femenina. Además, necesitaba la luz y el aire.

Pero Reza presentaba un aspecto como si la hubiesen perseguido. Sus grandes ojos grises, normalmente tan aristocráticos, incluso distantes, según algunos, mostraban una mirada de angustia. José que, por lo visto, llevaba varios días sin visitar al barbero, parecía enfermo, hinchado por el terror a duras penas retenido. Tenía unas ojeras tremendas y los gruesos labios rojos agrietados.

—¿Estás bien, Beri? —preguntó Reza, vacilante.

—Sí, sí. Pero, ¿dónde estabais vosotros? Fui a tu casa, pero la encontré en ruinas.

—Intentamos llegar allí, pero los caminos estaban cerrados —contestó José, cogiéndome por los hombros—. Así que abandonamos la ciudad para dirigirnos a Sobral. Nos quedamos allí. Cada vez que intentamos volver, las puertas... —mientras hablaba movía la cabeza—. No podíamos arriesgarnos.

Reza se quitó la toca, y preguntó con un tono ansioso:

—¿Aquí están todos sanos y salvos?

—No encuentro a Judá —repliqué. Sentí una opresión en el pecho como si mi corazón intentara escapar mientras añadía—: Tu padre, Reza, abandonó su cuerpo y ahora está con Dios.

La toca se le cayó de las manos. Abrió los ojos como desencajados, como si buscara una explicación. Me acerqué para cogerle las manos, pero se apartó.

—Aquello que una vez albergó a tu padre yace en el sótano.

El rostro de mi prima palideció de pronto, un velo vidrioso cubrió sus ojos. Bajó las escaleras como uncida a un yugo. Abajo, mi madre, Cinfa, José y yo nos apartamos mientras ella se arrodillaba para tocar el cadáver con dedos temblorosos; si debemos aceptar la muerte, es necesario enfrentarse a ella solo durante un tiempo. Cuando se desplomó como un muñeco, apoyé mi mano sobre su cabeza. Sus silenciosas lágrimas entraron en mí como un susurro. Miró a Ester.

—¿Cómo ocurrió, madre?

Mi tía, refugiada en sí misma, no le respondió.

—¿Sabes si el rey Manuel ha recuperado el control de la ciudad? —le pregunté a José.

—Todavía no. Dicen que tiene miedo de regresar. Ahora la gente pide su cabeza.

Reza pronunció una oración por mi tío. Cuando se apartó, tía Ester se levantó como un espectro, se acercó hasta el cadáver y le volvió a cubrir el rostro con la alfombra de las oraciones. Después se sentó y una vez más se convirtió en piedra.

Un muro se derrumbó en el interior de la niña sin uña en el pulgar cuando Reza la cogió en brazos. Comenzó a chillar como si le arrancaran las tripas.

—¿La conoces? —le pregunté a mi prima.

—Es Aviboa. La hija de mi vecina, Graça. ¿Está...?

Me encogí de hombros.

—La pequeña era la única que se encontraba allí.

Sé que pecaba, pero mientras respondía, estaba pensando: «¿Por qué tuve que encontrarla a ella y no a Judá?».

Libro segundo

Capítulo IX

Es casi mediodía del miércoles. Faltan siete horas para la caída de la sexta noche de *Pesaj*, y tengo acabados todos los dibujos que necesitaba.

Reza nos ha asegurado que en la ciudad reina la calma, así que mi prima, José, Cinfa, Aviboa, mi madre y yo subimos las escaleras en fila, con pasos vacilantes, como si regresáramos de un largo viaje por el extranjero. Para refrescar a Farid, le llevo hasta la habitación de mi madre y le lavo el rostro con aguardiente. Le pongo una compresa en la frente. No puede evitar que se le cierren los párpados, pero permanece despierto; las puntas de sus dedos recorren mi brazo una y otra vez preguntando por Samir. Tía Ester permanece abajo para comulgar a solas con la penumbra del sótano.

Comenzamos a preparar a mi maestro y a la muchacha para darles sepultura. Entonamos cánticos mientras los lavamos. Lavo siete veces el rostro de mi tío con agua fría, y tres con agua caliente. Tal como está escrito, primero limpiamos el estómago, después los hombros, los brazos, el cuello, los genitales, los dedos de los pies, los dedos de las manos, los ojos y la nariz.

Me invade una cálida sensación de tristeza y alegría mientras sujeto las manos frías como el mármol de la vieja armadura de mi tío; él está con Dios. Luego estoy otra vez solo con un hombre asesinado. Las intuiciones aparecen como destellos, dice el *Zohar*, y así es.

El tajo que le recorre el cuello se ha vuelto negro. La sangre se ha coagulado en una costra como de cerámica.

Cuatro veces le lavo los dedos, y sin embargo continúan manchados de tinta. Tal como debe ser para un artista que va a reunirse con Dios.

Tía Ester se corta el pelo con unas tijeras y deposita los mechones teñidos de rojo sobre su pecho.

¿Quién fue el poeta hebreo que dijo que el pelo cortado de una viuda está hecho de lágrimas de sangre convertidas en filamentos?

Acabamos de vestir a mi maestro con su túnica blanca, y mi madre rocía el simbólico polvo de Jerusalén sobre sus ojos y sus partes íntimas.

Sostengo la mano de Cinfa mientras ella le da su adiós.

—Nunca más le volveremos a ver —me dice. Sus ojos cansados e inyectados en sangre muy abiertos y curiosos no reflejan tristeza ni miedo.

—De esta manera no —le respondo—. La próxima vez que veas al tío, será cuando él te tienda la mano y te dé la bienvenida junto a Dios.

Mis palabras llenas de confianza niegan el terror que me obliga a cerrar los párpados: he olvidado la sensación del abrazo de mi tío.

Lo depositamos sobre su chal de la oración, luego lo envolvemos con la mortaja de lino que han cosido Reza y mi madre.

Cuando su rostro desaparece de mi vista por última vez, mis ojos se cierran para retenerlo en la oscuridad. Ahora es únicamente una sombra violeta; no puedo recuperar su resplandor. ¿Se esfumará hasta que ya no pueda siquiera recuperar su voz?

Lavamos a la muchacha con los mismos cuidados. Reza me ayuda; ha enviado a Aviboa a jugar con *Roseta* en el patío.

Brites, nuestra lavandera, aparece de pronto en la puerta de la cocina. Dotada de una naturaleza optimista, su dulce rostro redondo generalmente mostraba una expresión alegre, pero hoy la expresión es lúgubre y la voz ronca. En el carro trae nuestra última colada, limpia y planchada. También nos trae un trozo de bacalao salado de un codo de largo.

Nos damos un beso y no es necesario hablar. El silencio de nuestra solidaridad se posa sobre mi pecho como una pesada piedra.

—Anoche te llamé —susurra Brites, finalmente.

—No podíamos contestarte, pero muchas gracias. —Mis labios rozan su mejilla una vez más, y después dejo que ella y mi madre mezclen sus lágrimas.

No quedan ataúdes a la venta en nuestro barrio, no queda ningún carpintero cristiano nuevo para trabajar, y me niego a comprarle uno a los cristianos viejos. Así que cargamos a mi tío y a la muchacha amortajados en el carronato que le pido prestado a la viuda del doctor Montesinhos. El burro es de Brites, que ella insiste en prestármelo. Cuando protesto, me responde: «Por favor, Beri, podrías ser mi hijo».

La urgencia por alejarme del tiempo presente y revivir el feliz tiempo pasado se me hace irresistible. Debo reprimirlo para llevar a cabo mis obligaciones religiosas. Y lo que es más importante, para encontrar al asesino de mi tío.

Tía Ester se sienta en el carro en un taburete de madera, las manos cruzadas sobre el regazo y el pelo cortado de cualquier manera. Madre, Reza y yo caminamos junto al burro. Salimos de Lisboa para dirigirnos hacia el este. Los inexpresivos ojos de los cristianos contemplan nuestra partida; todos saben cuál es nuestra misión. Cinfa se queda en casa con José, el marido de Reza.

Muchos judíos se dirigen también a la Quinta das Amendoeiras, como llamamos a la gran finca con una vieja torre de piedra caliza en el centro, ubicada a poco más de media legua al este de la ciudad. Aarón Poejo, el propietario, era un judío venido de la serranía de Braganza, que se trasladó aquí porque su esposa, que era del Algarve, no hacía más que tiritar con aquel helado clima nororiental. Como un recuerdo de la tierra natal de Aarón, trajeron retoños de almendros y castaños y los plantaron aquí. La casa original, ahora reducida a restos de los muros de piedra, la abandonaron para instalarse en una torre octogonal que servía de vivienda y granero, edificada después

de una de las visiones de Poejo. A lo que se cuenta, vio marineros de largos cabellos rubios cubiertos con máscaras de hierro saqueando Lisboa e incendiando los barrios judíos. La burda estructura fue reformada para incorporar un campanario que servía de atalaya; desde allí, como Farid y yo descubrimos un día en una misión de espionaje infantil, se ve el Tajo y sus atalayas de granito, lo que permite recibir con tiempo un aviso de ataque. La ironía, desde luego, es que años más tarde, durante la conversión, la esposa de Poejo fue muerta a pedradas por los morenos y retacos vecinos que conocían de toda la vida. El caso es que, según cuenta la historia, Poejo y sus dos hijas intentaron en vano derribar la casa torre la noche que mataron a su esposa. Por la mañana, exhaustos y desesperados, excavaron al pie de un frondoso castaño, trajeron a la mujer y la sepultaron en el hoyo. Aunque con el paso de los años el tronco se ha secado, el árbol, que está directamente al sur de la torre, crece con las ramas desnudas, como si estuviese envenenado por el remordimiento. También se dice que desprende un olor hediondo durante el *Yom Kippur*. De aquí la fama local de la finca como un lugar de poderes arcanos muy adecuado para recibir aquellos martirizados por causa de su judaísmo.

En cuanto a Poejo, después de enterrar a la esposa, él y sus dos hijas volvieron a reunir retoños, y emprendieron el viaje hacia el sur. Cruzaron el Algarve, sobrevivieron a la travesía marítima y se instalaron en Marruecos cerca de Tetuán. En consecuencia, los almendros de la Quinta das Amendoeiras, como tantos otros en Portugal, llevan años sin cuidados. No obstante, al pasar, se ven sus frutos verdes desafiando al abandono, y asoman como notas musicales en las largas y enredadas ramas.

Desde la Pequeña Jerusalén y la Judería Pequeña, incluso de las callejuelas judías al otro lado de la ciudad, cerca de la iglesia de los carmelitas, arrastrábamos nuestros muertos. Sólo unos pocos tenían como nosotros carromatos arrastrados por burros. La mayoría había doblado a sus seres queridos para acomodarlos en carretillas de madera.

Los más viejos nos dirigen a los campos que no han servido antes como cementerio. Manifiesto con un gesto mi solidaridad a todos los que pasan, pero no hablo con nadie excepto para preguntarles si saben algo de Judá y de los dos iniciados: fray Carlos y Diego Gonçalves. Nadie los ha visto.

Cavo dos tumbas con la ayuda de tres peones moros que han venido para ganarse un dinerillo. Tienen los ojos negros, silenciosos y no hacen preguntas. Reza insiste en ayudarme.

—Beri, necesito hacer algo —me dice—. El mundo se me cae encima en cuanto me quedo quieta. —Me mira con ojos extraviados y mordisquea nerviosa las puntas de sus cabellos, una costumbre de la infancia que ha recuperado.

Mi madre escoge para mi tío un sitio junto a un pequeño almendro cuyas ramas como los brazos de un candelabro se alzan en una plegaria hacia el cielo azul

turquesa. La muchacha ha encontrado descanso junto a un grueso alcornoque cuyas ramas se extienden como los brazos de un abuelo cariñoso.

Isaac ben Farraj, el escriba, reza con nosotros. Está aquí para enterrar la cabeza de Moisés Almal; al parecer, Isaac fue el loco que corrió delante de la hoguera en el Rossio para rescatar de las llamas el último vestigio de su amigo y evitar que su espectro pasara el resto de la eternidad errando por los Reinos Inferiores.

—Estoy de los cristianos hasta la coronilla —me confiesa—. Estoy aprendiendo turco. Es fácil y se escribe con caracteres árabes. Me marché para Salónica con la primera nave que encuentre. Dicen que se está convirtiendo en una ciudad judía. En cualquier caso, te sugiero que hagas lo mismo.

—¿Qué harás con la casa que tienes aquí?

—Haga lo que haga, muy pronto todos nuestros amigos se habrán marchado de Portugal. ¡Créeme, no pienso cometer el mismo error que cometió la mujer de Lot!

Recuerdo la nota que se cayó del turbante de Diego, donde se mencionaba el nombre de «Isaac» y le pregunto:

—¿Antes de iniciarse los tumultos habías acordado algún encuentro especial con Diego Gonçalves, el impresor?

—No que yo recuerde.

—¿Y el veintinueve de este mes, el viernes que viene, tiene algún significado especial para ti?

Isaac se rasca los pelos blancos de la barbilla que parecen hongos y proyecta hacia fuera el labio inferior.

—Beri —dice—, veo que tienes problemas y que necesitas ayuda. Pero tendrás que hablar más claro si quieres que te entienda. —Me coge la mano y me mira con ternura.

De pronto me parece ridículo haber sospechado que él sea el Isaac mencionado en la nota; nunca ha tenido ninguna relación con el grupo de estudio, ni ningún motivo de antagonismo con mi tío. Me doy cuenta de que comienza a desconfiar de todo el mundo.

—No importa —respondo. Después atiende a mi petición, e intenta reanimar a tía Ester hablándole en persa. Ella le mira con ojos helados que parecen de cristal.

Doy siete vueltas rezando alrededor de la tumba de mi tío. Es lo que corresponde a un *Ba'al Shem*, un maestro del nombre divino. Mi voz en hebreo, que sube y baja como el agua a través de viejas paredes de piedra caliza, parece originarse en un pasado remoto. Obligado a caminar, dejo a mi familia para enterrar la mano de la señora Rosamonte a la sombra de un limonero. Le doy las gracias, y cojo el anillo con el aguamarina como su último regalo y lo guardo en mi bolsa junto con el mensaje de Diego y la alianza de boda de la muchacha; quizás algún día salve el anillo la vida de otra golondrina atrapada por el faraón.

Mientras regreso para reunirme con mi familia, me detengo un instante a apoyar la palma de mi mano contra el tronco de un gigantesco alcornoque al que le han

quitado hace poco su valiosa corteza. Por alguna razón, quizá para sentir mejor el poder del gigante verde, cierro los ojos. Inmediatamente, una potente luz enciende la oscuridad con un fuego negro anaranjado, y un calor húmedo parece atravesar mi cuerpo. Un fuerte rumor de hojas llega hasta mí desde arriba, como si un águila o una garza real acabara de posarse en la rama más alta. «Sí, estamos aquí —dice la voz de mi tío—. Pero no abras los ojos. Nuestro resplandor te cegaría».

Mientras mantengo los ojos fuertemente cerrados para protegerme, mi tío añade: «Baraquías, la corteza de un árbol no es una mera imagen poética. Es también una presencia real que comparte contigo los Reinos Inferiores. Crece, muere, y puede ser retirada por un leñador. Palpa con tu mano la solidez que yace debajo de la corteza».

Aprieto el tronco entre mis manos, siento el poder que surge de la tierra y que a través de las piernas llega a mi cabeza.

«Has sido atraído a este árbol porque él te hace recordar que una máscara puede ser algo más que una metáfora. También puede ser un adorno verdadero».

Mientras, pienso: «Por favor, tío, explícate de la forma más sencilla que puedas». Él me responde con un tono furioso: «¡Hablamos en el lenguaje de los Reinos Superiores y no sabemos otra manera de comunicarnos!». Después, recuperando el tono de compasión, dice: «No lo olvides, nuestra sombra es tu luz. Nuestra frase más clara es tu mayor paradoja. Baraquías, escucha. Nunca debes mandar tus miniaturas con un correo que no se reconozca a sí mismo en el espejo de un día para otro. Recuerda la vista de aquél que habla con diez lenguas».

Luego, noto un temblor en las manos y escucho un aleteo. La resplandeciente oscuridad detrás de mis párpados se vuelve gris; el pájaro —mi tío— ha volado. Abro los ojos, y miró a través de la copa vacía la inmensidad del cielo azul.

Sus palabras se repiten dentro de mí: «Nunca envíes tus miniaturas con un mensajero que no se reconozca a sí mismo en el espejo de un día para otro». ¿Se refería a un hombre que no se conoce a sí mismo? ¿O quizás a alguien sin memoria, que ha buscado dejar atrás su pasado, negar su existencia? ¿Alguien que no puede reconocerse a sí mismo pero que no desea recordar la historia personal que le ayudó a convertirse en lo que es en la actualidad?

«Recuerda la vista de aquél que habla con diez lenguas». Farid. Mi tío sólo podía estar refiriéndose a sus dedos, sus diez lenguas. Mi maestro quería que contara con su discernimiento para conocer la identidad del hombre que ni siquiera es capaz de reconocerse a sí mismo.

Por un momento, me siento tentado a rezar sobre la cinta de pergamino atada a mi muñeca para que mi maestro me vuelva a visitar, para recibir una respuesta más clara en el lenguaje de los Reinos Inferiores. Sin embargo, en lo más profundo de mis entrañas, experimento el miedo de entrar en los dominios de la Cábala práctica; mi tío seguramente tiene sus razones para hablarme en metáforas.

«¡Beri!». Es mi madre, que me llama en la lejanía del campo.

Mientras camino hacia ella, pienso: «Cada vez más y más, el mundo se inmiscuye en la contemplación de mi vida interior. Tal como sabía mi tío que sucedería».

Reza y yo nos lavamos las manos en un arroyo cercano, y abandonamos la Quinta das Amendoeiras inmediatamente. Temo por la vida de Farid, y los cristianos pueden aparecer como las langostas en cualquier momento.

Cuando falta muy poco para llegar a casa, me bajo del carro para preguntar por fray Carlos en la iglesia de San Pedro. Nadie sabe nada de él y sus aposentos continúan cerrados. Así que subo las calles y las escaleras de la Alfama hasta la casa de Diego. El picapedrero que me ayudó a escapar el día anterior me saluda desde su portal, me llama con un gesto.

—No entres —susurra.

—¿Por qué?

—Un hombre vino en busca de tu amigo Diego. Se marchó hace muy poco. Pero ha estado por aquí antes, espiondo. Quizá todavía esté por aquí. Escondido, esperando. Sonríe, salúdame y vete.

Hago los gestos, finjo una carcajada, y después le pregunto:

—¿Quién es ese hombre?

—No lo sé. Alguien del norte. Rubio y fuerte.

Le doy las gracias y me marcho. Mis pasos repiten la pregunta: «¿Puede ser el mismo que mató a mi tío quien esté persiguiendo a Diego?».

En casa, Reza está preparando huevos duros para la comida. Por supuesto, cocinar tendría que ser el trabajo de algún vecino durante nuestros primeros siete días de duelo, pero no queda nadie que no esté pasando por la misma situación. Han barrido de la cocina todos los restos de cerámica, que ahora se amontonan en el patio, y han fregado el suelo. Incluso está clavada la pata de la mesa que habían arrancado.

—Brites lo hizo mientras estábamos fuera —me explica Reza—. Ahora está limpiando la tienda con los demás.

—¿Tía Ester también está con ella? —pregunto.

—No, está cuidando a Farid en la habitación de tu madre.

—¿Y Aviboa?

—Ella también ayuda en la limpieza. No se aparta de Cinfa. —Reza se chupa las puntas del pelo y suspira—. Voy a tener que adoptarla. No puedo dejarla a su suerte. Gracia, su madre, era viuda e hija única.

—¿Es judía?

La furia aparece en los ojos de Reza.

—¿Una niña de cuatro años? ¿Quién eres tú, Baraquías Zarco, para hacer esa pregunta sobre una huérfana? ¿Crees que los niños nacen sabiendo el hebreo o lo que

sea? ¿Qué diferencia hay?

—Reza, no me comprendes. No me importa. Sólo que podría crearte complicaciones.

—Vivo rodeada de complicaciones —contesta. Vuelve a suspirar y me acaricia el brazo como una disculpa—. Su padre era un converso. Graça era cristiana vieja.

—Será mejor no decírselo a mi madre. Al menos, por ahora.

Reza asiente. Le beso la mejilla. Abro con mucha suavidad la puerta del dormitorio de mi madre. Encuentro a Farid que yace sobre un costado abrigado con dos mantas gruesas. Tirita. Tía Ester está sentada en un taburete a los pies de la cama, con la mirada perdida en el vacío, las manos cruzadas sobre el regazo. Beso su frente fría.

Han quitado de la cama una sábana manchada de sangre que está en el suelo junto a la pared.

Farid tiene los ojos abiertos, pero no sonrío ni reconozco mi presencia. Cojo una manta de lana de mi cama y lo tapo con otra capa, me arrodillo a su lado e intento cogerle la mano. Él me aparta.

—Puede ser la peste —dice con sus gestos.

—Tus gestos son más firmes —le miento. Entrecruzamos los dedos, y él vuelve a cerrar los ojos. Me siento e imagino los contornos de los mapas de Portugal, de Grecia y de Turquía como formas sobre un tablero de ajedrez donde mi familia y yo somos los peones.

Cuando desaparecen los temblores de Farid y se duerme, le acaricio los cabellos durante un rato. Después recojo la sábana manchada, me la meto debajo del brazo, y salgo de puntillas del dormitorio para ocultarle a mi madre las huellas de su incontinencia, ante el temor de que pueda exigir que la familia abandone a Farid debido al empeoramiento de la enfermedad. Reza se sorprende cuando me ve, pero su mirada me transmite su solidaridad. Oculto la sábana detrás de una adelfa junto a la letrina. Más tarde, le diré a Brites que está allí y que tenga cuidado con los efluvios malignos cuando la lave.

A falta de vinagre, me lavo las manos con jabón y agua, bajo al sótano y escribo en un trozo de pergamino con letras micrográficas que forman el nombre de mi tío, mi lista de sospechosos, comenzando por los dos iniciados que quedan: fray Carlos, Diego Gonçalves, Rabino Losa, Miguel Ribeiro. Con el último trazo, pienso: «La muchacha que hemos enterrado señalará como una veleta el nombre correcto».

Recojo el dibujo que he hecho de ella, guardo el martillo en la bolsa y salgo a recorrer todas las panaderías que hay en los barrios de Alfama y Graça, con el presentimiento de que ella es la clave, que si consigo descubrir su identidad, sabré también quién fue el que destruyó mi futuro.

Ahora que ha vuelto la calma, mis ojos ven que Lisboa se ha convertido en una ciudad de vigilantes ojos cristianos, de basuras y excrementos, de maderas destrozadas y piedras sanguinolentas. Ninguno de la media docena de panaderos o

sus ayudantes a los que interrogo conoce a la muchacha. Corto camino por el lado de la catedral y me dirijo a la Pequeña Jerusalén. Las tiendas están cerradas, las calles cubiertas de basura. Las mujeres barren la sangre de los portales. Una cama quemada humea en el centro mismo de la plaza de la Sinagoga como si estuviese esperando a su dueño. La panadería de Simón Kol detrás del palacio está tapiada. Me escabullo por la callejuela lateral, camino entre un montón de coles y cebollas podridas que sirven de alimento a unos gatos callejeros. Uno de los felinos tiene los testículos peludos y tan hinchados que parecen limones. El panadero asoma la cabeza por la ventana cuando golpeo en la entrada particular. La cara sin afeitar y los ojos grises hundidos son los síntomas de la enfermedad que todos padecemos. Abre la puerta, me deja entrar e inmediatamente me da un abrazo y me besa. Su pecho se mueve como un fuelle mientras llora. Va vestido con el lino burdo del luto.

—¿Kiri? —susurro, nombrando a su único hijo vivo con el mismo temor con el que mencionaría un nombre secreto de Dios.

—Sí —responde. Nos cogemos de las manos—. ¿Cómo está tu familia?

—Mi tío Abraham ha muerto. —Escucho el suspiro de Simón.

—¿Cómo es posible que...?

Sus palabras se apagan porque ambos sabemos que, en este mundo, incluso un *gaon*, un genio, un hombre capaz de obrar maravillas, puede morir por un vulgar cuchillo. El panadero menea la cabeza cuando le pregunto por el paradero de mi hermano pequeño.

—Hay muchos que siguen desaparecidos —contesta—, y nunca los encontrarán. Han sido engullidos por el Leviatán. Recuerda bien lo que te digo —recalca con una voz profética—, el monstruo sólo quedará saciado cuando se nos haya llevado a todos nosotros. ¡Espera y lo verás!

—¿Alguna vez has visto a esta muchacha? —le pregunto entregándole mi dibujo—. Parece que trabajaba en una panadería.

—Se parece un poco a Meda Forjaj cuando era joven —manifiesta después de mirar el dibujo atentamente—. Las mismas cejas en diagonal que se juntan sobre el puente de la nariz, como alas de una mariposa. Pero no la conozco.

—¿Quién es Meda Forjaj?

—Escapó de la Pequeña Jerusalén cuando la conversión. Ahora tendrá unos cincuenta años. Es viuda. No puede ser ella.

—¿Sabes a qué lugar se trasladó?

—Creo que cerca de Belem —dijo él refiriéndose a la población cercana desde donde zarpaban las carabelas portuguesas que iban a África, a la India y al Nuevo Mundo—. Si no recuerdo mal creo que confiaba en encontrar a algún explorador rico, tú ya me entiendes —añade Simón. Se encoge de hombros, hace gestos para indicar que no opina ni a favor ni en contra—. Hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir.

—Una mujer de su edad no puede ganarse la vida haciendo nada más que eso —le recuerdo.

—Su difunto marido importaba tejidos de Flandes. Ella le ayudaba, llevaba los libros. Quizá trabaja de costurera como tu madre.

—Muchas gracias. —Nos damos un rápido abrazo, como si tuviéramos miedo de admitir que quizá nos estamos separando para siempre—. ¿Volverás a abrir la panadería? —le pregunto.

—Ya no quiero seguir alimentando a este país —me responde meneando la cabeza. Después añade en voz baja—: Ser un sangrador es la mejor profesión que se puede tener hoy por hoy en Portugal.

Ver a los cristianos viejos agrupados delante de la puerta de Santa Catalina me eriza los pelos de la nuca, pero la disposición de mi cuerpo a emprender la fuga es innecesaria, sus ojos están tranquilos, la respiración calmada. El terror a la peste, a la sequía y a todos los miles de demonios que gobiernan sus atormentados pensamientos está controlado, al menos de momento.

Llego a los arrabales de Belem en menos de una hora. Aquí, centenares de africanos y peones dirigidos por el látigo trabajan de sol a sol en la construcción de un nuevo y monumental monasterio para el rey don Manuel que no acabarán hasta el próximo siglo. Un traperero mugriento me indica cómo llegar a la panadería más cercana. Una mujer delgada con una expresión acusadora y amarga me recibe en la puerta.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —me pregunta en un portugués áspero y con acento castellano.

Por el acento, sé que es una cristiana nueva de Castilla, una de los miles que vinieron aquí cuando los reyes Fernando e Isabel expulsaron a los judíos en 1492. En la fiereza de su mirada, veo que detesta ser vista en compañía de un compatriota. Le enseño mi dibujo.

—Estoy buscando a esta muchacha. —La mujer me da la espalda y comienza a llenar unas bolsas con los bollos que están en unos cajones de madera—. Es importante —añado.

—Si no viene a comprar nada, márchese.

—Está muerta. Quiero decírselo a sus padres.

Se vuelve, y una mueca de desconfianza le desfigura el rostro.

—Es la muchacha de la señora Monteiro. ¿Por qué...?

—¿Dónde vive la señora Monteiro? —le interrumpo. No tengo paciencia con el miedo, aunque sea el de un judío.

—Por esta misma calle, a la derecha. Una casa con remates amarillos. Pero sería mejor que...

—Dígame, ¿la señora Monteiro es familia de Meda Forjaj?

—Es su cuñada —responde—. ¿Cómo lo sabe?

—Las cejas como alas de mariposa. Y la memoria de un viejo judío.

Recorro la calle hasta llegar a la casa. Una enana con ojos de pescado y el rostro curtido me mira desde su puerta como si le hubiera interrumpido una partida de naipes. Lleva una enmarañada peluca hecha con hilos de lino encerados.

—¿Es usted la señora Monteiro? —pregunto.

—¿Quién quiere saberlo?

—Mi nombre no significa nada para usted. —Le doy mi dibujo—. ¿Reconoce a esta muchacha?

—Es Teresa. ¿De dónde ha sacado este dibujo?

Su marido, un hombre rechoncho, con aspecto de conejo, aparece desde el fondo de la casa. Está manchado con un polvo blanco, quizá cal viva, y levanta nubes de polvo con los pies descalzos cuando se acerca a nosotros. Por encima de los adormilados ojos grises destacan las cejas como alas de mariposa.

—Este hombre trae un dibujo de Teresa. Mira —le informa la mujer.

El marido abre la boca como si nunca hubiese visto un trabajo artístico, o como si comprendiera de lo que se trata. Cuando les comunico a regañadientes la noticia de la muerte de la joven, se aprieta las mejillas con los puños. Las lágrimas asoman a sus ojos. Cuando tiendo una mano, la señora Monteiro me sujeta por la muñeca.

—¿Qué está usted diciendo? —protesta.

—La mataron en los disturbios de Lisboa. El domingo.

Las manos de la señora ahogan su grito. Los ojos aterrorizados miran hacia adentro. El silencio nos une a los tres hasta que ella grita.

—¡Sabía que al final acabaría así! Muerta con esos judíos.

Su marido la aparta de un empujón, y corre a ocultarse en el interior de la casa antes de que pueda responder. La mujer se estrella contra la pared y se desploma al suelo.

—¡Cabrón! —chilla ella, riendo y escupiendo a su marido.

Ayudo a la señora a levantarse, recojo mi dibujo del suelo. Ella no tiene lágrimas, así que le digo:

—La mataron en la Judería Pequeña. ¿Sabe por qué estaba allí?

Me arrebató el dibujo y lo observa como si estuviera formándose una opinión crítica.

—Está claro que es ella. ¿Lo dibujó usted?

—Fui yo —respondo.

—Un artista, ¿eh? La maldita cabra no tendría que haberse fugado. Pero las hijas de matrimonios mixtos... porque, sabe, eso era lo que era ella... Yo no soy judía, gracias a Dios. —Señala el fondo de la casa como quien espanta a una mosca—. Él es judío... Quiero decir, era. Es la mezcla de sangres. Hace que las muchachas quieran a un hombre en cuanto empiezan a sangrar. Dicen que la luna provoca esas cosas en los hijos de los matrimonios mixtos. —La mujer se frota las mugrientas manos callosas

—. Toda esa mezcla de sangre, la pura con la contaminada. —Menea la cabeza—. Tiene talento. Usted no es judío, ¿verdad?

—Lo era. Ahora sólo trato de sobrevivir. Como todos los demás en este montón de mierda.

El desprecio ilumina su mirada. Intento no olvidar que ella también es una emanación de Dios, una ondulación del zafiro de amor que él lanzó en nuestro mundo hace muchas eras. Sólo veo la baba en sus labios y la peluca negra como el azabache.

—¿Le importaría decirme qué estaba haciendo Teresa en la Pequeña Judería? —pregunto.

—¿Es que no me ha oído? ¡Quería que se la metieran entre las piernas! ¡Quería un pájaro circuncidado! —Se da cuenta de que su tono me inquieta, se ríe, imita con las manos el aleteo de un pájaro—. Le gustaba la sensación de tener metida dentro de ella una codorniz bien grande y gorda, y que comenzara a abrir las alas...

—¿Quién era su marido? —le interrumpo.

—Un importador con mucha cabeza, y también, según dice, con unos huevos muy grandes. Peludos como la lana, sólo que con el sabor dulce de los dátiles de Marruecos. —Se lame los labios con glotonería—. Pero sin dinero. No todos ustedes tienen talento para hacer dinero. ¡Ja! ¡Lo he comprobado dos veces a lo largo de mi vida! Primero con ese marido mío, y ahora con el de Teresa. —Menea la cabeza y frunce el entrecejo—. Se llama Manuel Monchique. Lo menos que se podía esperar de ella es que hubiese sabido encontrar...

Tengo la sensación de que mi corazón está a punto de estallar. «Por supuesto, el antiguo alumno de mi tío. ¡Teresa era su esposa, una cristiana vieja!», pienso. Nos habíamos enterado tan sólo un mes antes de que Manuel había conseguido del rey una carta de pureza de sangre, que borraba definitivamente «la mancha» de su pasado judío. Mi tío no había vacilado en increparle en plena calle de la Sinagoga por esta aparente traición. Ahora, enmarcada por las revelaciones de la señora Monteiro, aquel enfrentamiento verbal aparecía teñido con siniestros colores.

Unos dedos fríos me acarician el brazo, que me devuelven al momento presente, y veo que la señora Monteiro me sonrío. Se ha recogido la falda y se pasa la mano entre las piernas. Le arranco la peluca de un manotazo, y la arrojo al suelo. Entre los ralos y sucios mechones de pelo gris, veo los piojos moverse por el cuero cabelludo.

Su risa es como un cacareo que me acompaña en la huida. Las calles de Belem, y después las de los arrabales de Lisboa se abren ante mí, pero a mí me parece que sólo corro hacia el interior del misterio del asesinato de mi maestro. Quizá Manuel encontró a Teresa con mi tío, desenfundó el puñal y... Sin embargo, una barrera muy alta me cierra el paso hacia la respuesta. ¿Cómo podía Manuel haber descubierto la trampilla secreta y la existencia de la *genizá*?

Bendito sea El que abre los brazos de la gracia; descubro la puerta de San Lorenzo al norte de la ciudad vigilada sólo por un hatajo de holgazanes. Cruzo la entrada y rodeo la pelada ladera coronada con las almenas del castillo moro y

desciendo rápidamente a la Alfama; primero necesito saber cómo se encuentra Farid antes de enfrentarme a Manuel Monchique. Mi madre me recibe en la cocina. Diego está detrás. El corte en la barbilla está disimulado con una barba de varios días. Los puntos de la sutura apenas se ven. El turbante color azafrán cubre su cabeza. Me mira por encima de la ancha nariz como si quisiera adivinar mis pensamientos, se acerca renqueando como un perro herido. Nos abrazamos. Pero el suponer de que podría haber conspirado contra mi maestro me obliga a moverme con cautela, con los envarados gestos de un mal actor.

—Siento muchísimo lo de tu tío —dice—. Parece imposible que haya muerto a manos de la chusma cristiana.

Las palabras de Diego no pueden atravesar las fuertes barreras que he levantado a mi alrededor; no sólo no confío en él, sino que ahora veo que hay un extraño de pie en un rincón de la cocina, junto al hogar, y no puedo permitir que nadie vea mi alma destrozada. Es un hombre fornido, de rostro impasible, ataviado con las prendas bastas de los mercenarios. Mantiene las dos manos en la empuñadura de la espada y se muestra atento a cualquier movimiento. Le señalo con un gesto.

—Mi guardaespaldas —responde Diego.

—¿Cristiano nuevo?

—Sí. Tiene una carta de perdón. Me pareció más seguro, y a la vista de que la chusma ha matado a tu tío y a tantos otros, creo...

—¡Mi maestro fue asesinado por un judío! —declaro yo.

—¿Qué?

—Un *shohet* cortó la garganta de mi tío.

Es la primera vez que mi madre escucha mis razonamientos. Tiende la mano y se agarra a la mesa como si el mundo se abriera bajo sus pies. Diego respira con fatiga. Se tapa la boca con las manos como si quisiera impedir que la posibilidad de semejante traición entre en su cuerpo. ¿Manifiesta la conmoción de un filósofo inocente o el insolente disimulo de un asesino?

—¿Por qué un judío iba a querer arrebatarse la vida a tu tío? —exclama.

—Quizá por celos o tal vez con la intención de robarle —miento para ver cuál es su reacción.

—En nombre de Dios, ¿de qué estás hablando, Baraquías? —chilla mi madre—. ¿Cómo puedes creer que uno de nuestra propia gente sea capaz de matar a mi hermano? —Su voz refleja un tono histérico que indica que sólo está a un paso de acusarme de ser un mal judío.

Bebo un trago de agua de la jarra que está sobre la repisa de la chimenea. Miro a mi madre a los ojos.

—Robaron un manuscrito. Ningún cristiano viejo sabía que tuviéramos tal cosa en casa.

Mi madre comienza a mesarse los cabellos.

—¿Estás seguro? —pregunta Diego. Al ver mi gesto de asentimiento, me coge por el brazo—. ¿De dónde robaron el manuscrito?

—Del sótano.

—¡Tenía libros en el sótano! ¿Qué estás...?

—Su último Hagadá —le explico.

—¿Guardaba libros hebreos escondidos?

—Sí.

—¿Se había vuelto loco?

O Diego es un maestro a la hora de fingir ignorancia, o no le habían informado del todo en el círculo de iniciados. No le habían mencionado la existencia de la *genizá*. Tendré que confirmarlo con fray Carlos, si es que todavía sigue con vida. Sin embargo, ¿qué pasa si miente con el propósito de implicar a su hermano filósofo?

—Sacaba libros de contrabando fuera de Portugal —le digo a Diego—. Para salvarlos de las llamas.

—Dios bendito. ¿Con quién? —pregunta.

—No lo sé. Escucha, ¿cuándo fue la última vez que viste a mi tío?

—El viernes pasado. En el hospital. Tú estabas allí. ¿Por qué...?

—¿Y el domingo? ¿Le viste el domingo?

—No. ¿Se puede saber a qué vienen todas estas preguntas?

—Intento seguir sus movimientos —le miento—. ¿Dónde has estado desde el domingo hasta ahora?

—Escondido. Con un amigo. —La expresión de Diego se endurece en la mirada que adopta cuando se dispone a lanzar una filípica—. Baraquías, creo que debes explicarte mejor. ¿Qué te hace creer que...?

—¡No tengo que darle explicaciones a nadie! —replico con rudeza—. La muerte de mi tío me da nuevos derechos, y uno de ellos es no tener que aguantar esa cara de limones agrios que pones con la esperanza de hacerme callar. Júzgame si quieres. Frunce el entrecejo, reza, invoca la Torá en mi contra. No me importa.

—Tendría que importarte. Que...

—¡Cállate, Diego, cállate! Sólo dime si sabes quién es el hombre que últimamente ha estado preguntando por ti en tu casa.

—¿Qué hombre? ¿De qué estás hablando?

—Esta mañana, cuando fui a buscarte, tu vecino del otro lado de la calle, el picapedrero, me dijo que un hombre había estado preguntando por ti. Alto, fuerte, quizás un hombre del norte. —Los ojos de Diego reflejaron su terror—. ¿Sabes por qué alguien te está siguiendo?

—No —susurra. Me sujeta los hombros, los aprieta con fuerza—. A menos que sea el mismo hombre que mató a tu tío y ahora me busca a mí.

—Sí, ya lo pensé. Pero ¿por qué alguien os quiere a los dos muertos? —El meneo la cabeza—. ¡Piensa!

—¡No hay ningún motivo! —gime—. ¿Qué podríamos saber nosotros?

—¿Mi tío mencionó algún libro en particular que había descubierto? ¿Mencionó alguna cosa en especial?

Diego vuelve a menear la cabeza. Saco el dibujo de la muchacha que asesinaron junto a mi tío.

—¿Y a ella? —le pregunto desenrollando el dibujo para enseñárselo—. ¿La reconoces?

—No la he visto en mi vida. ¿Quién es?

—No tiene ninguna importancia. —Guardo el dibujo en la bolsa—. ¿Qué hay de don Miguel Ribeiro? ¿Qué sabes de ese hombre?

—Es un caballero. El hijo del viejo Rodrigo Ribeiro, el mercader de vinos, si no recuerdo mal.

—El mismo. ¿Mi tío lo mencionó?

—A mí, no. Pero, Ben, tienes que tener otras pistas sobre la identidad del asesino. ¿Qué encontraste en el sótano? ¿Algo que pueda darnos una pista sobre quién es el hombre que me está buscando? Necesito saberlo. Si viene a por mí, tendré...

—No sé nada. —Le miento porque no quiero confiarle todavía nada de lo que he descubierto. Vuelvo la espalda a su mirada escéptica para mirar a mi madre que contempla absorta el baile de las llamas en el hogar. Le toco el brazo.

—¿Cómo está Farid? —le pregunto con voz suave.

Mi madre se vuelve hacia mí, sorprendida.

—Baraquías, necesito saber algo más. ¿El Hagadá fue el único libro que robaron?

—Sí, eso creo. Ahora respóndeme, ¿cómo está Farid?

—No crees que deberíamos...

—Madre, sólo dime cómo está Farid.

Mi madre retrae la barbilla y se vuelve, desafiante.

—¡Estás loca! —le grito—. Olvídate de una vez de los «deberíamos» y los modales correctos. ¿De qué te han servido?

Se le llenan los ojos de lágrimas y me replica con una fuerza nacida de la desesperación:

—¿Cómo puedes tratarme de esta manera cuando Judá...?

—¡Déjame en paz de una vez! —Se quedan en la cocina, y me doy cuenta con una mezcla de pesar y placer que he sido yo quien inició la discusión. La muerte de mi tío me ha liberado de mi personalidad anterior y de mi futuro, y ahora me parece que la rabia y la frustración es todo lo que me queda de mi herencia.

Entro en el dormitorio de mi madre. Farid duerme. La respiración es espasmódica y se mueve como si tuviera una pesadilla. Le froto el cuello y los brazos con una toalla húmeda hasta que se calma su inquietud interior. Me corroe el miedo que me produce su seguridad y abandono la casa.

—¿Dónde vas? —me grita mi madre.

—¡Afuera!

Diego me exhorta a que me detenga, cojeando me alcanza en la reja del patio, se rasca la barba con una expresión pensativa.

—Si tienes razón en lo de tu tío, quizá tú también estás en peligro —comenta.

—Eso no tiene ninguna importancia. Ningún cristiano viejo volverá a herirme. — Le miro a los ojos y añado—: ¡Ni tampoco ningún judío!

—Eres tan inocente, hijo mío —afirma al tiempo que busca mi brazo con ternura—. No sabes de lo que son capaces. Baraquías, creo que tú y tu familia tendríais que recoger vuestras cosas y marchar. Eso es lo que estoy haciendo yo. Estoy realizando lo que queda de mis negocios, vendo lo que puedo y me marcharé como sea. El rey no se atreverá a detenernos ahora que...

—Que la paz sea contigo —le interrumpo. Recuerdo la nota que le pertenece. La saco de mi bolsa y se la pongo en la mano—. Esto se cayó de tu turbante cuando estabas tendido sobre los adoquines. Me temo que se manchó con la sangre de la señora Rosamonte. Lo siento.

Diego lee la nota y asiente.

—Sí, Isaac. Un conocido de Andalucía. De Ronda. Es un recordatorio para reunirme con él en esa fecha. Mi memoria ya no es lo que era. Tu tío le conocía.

—¿Y qué quiere decir «Madre»?

—La fuente de la Madre de Dios. Ése es el lugar de la cita. Estábamos... —Sus palabras se apagan y me sujeta por el brazo con la fuerza que da el miedo—. ¡Me parece que ahora comienzo a entenderlo! Isaac habló de venderle un libro a tu tío. Di por hecho que se trataba de un libro en castellano, pero si dices que tenía libros hebreos escondidos...

—¿Cuándo?

—Días antes de... antes del domingo. Nos encontramos aquí. Creo que tú estabas en la tienda. Isaac dijo que tenía un ejemplar de *El libro de los khazars* de Judá Ha Leví y tu tío respiró como si estuviera oliendo mirto.

—Me gustaría mucho conocerle.

—Intentaré dar con él, y vendremos esta noche después de cenar. —Cuando le doy las gracias, Diego añade—: Quizá no sea prudente rondar por Lisboa a estas horas. Deberías...

Me despido con un gesto, abandono el patio y echo a andar por la calle de San Pedro. Miro por encima del hombro y veo la cabeza de Diego que sube y baja por encima del muro del patio cojeando de regreso a la cocina. ¿Podía ser que los muchachos que le apedrearon estuvieran pagados por alguien, quizá por uno de los iniciados? Oigo la voz de mi tío que me dice: «No hay accidentes ni coincidencias. Todo tiene un significado».

Un hombre vestido de blanco irrumpe inesperadamente de un portal y me planta en mis mismísimas narices un libro encuadernado en cuero. Estoy a punto de degollarlo con mi cuchillo cuando él comienza a gritar mi nombre.

—¡Beri! ¿Qué estás haciendo?

Aparto el cuchillo; es Antonio Escaravelho y su Nuevo Testamento carcomido. Un antiguo consejero judío y un platero de extraordinaria valía, se transformó en un ferviente cristiano después de la conversión forzada, y en un loco de remate al cabo de poco tiempo. Antonio apesta más que la basura podrida. Tiene bolas de fango en la barba gris, y la piel curtida y quemada por el sol cubierta de pústulas rojas. Sus evangelios exudan el olor del cardamomo y el estiércol, una combinación poco agradable. Me tapo la nariz.

—Que el Señor sea contigo —grazna, mientras yo guardo el cuchillo. Guiña sus ojos de loco que no dejan de moverse, y me empuja la barbilla con el libro como si quisiera corregir mi postura.

—Me gustaría que dejaras de acercarte a mí de esta manera —replico. Le aparto la mano que sostiene los evangelios y suspiro al ver las liendres enganchadas en los mechones de pelo. Con la esperanza de que pueda ayudarme en la búsqueda del asesino de mi tío, le pregunto—: ¿Estabas en tu lugar de costumbre cerca de mi casa cuando comenzaron los disturbios? —Pero Antonio no me hace el menor caso.

—He vuelto a solicitar que me dejen ir a Roma a ver al Papa —comenta—. Me parece que esta vez conseguiré el pase de salida.

—¡No puedes seguir solicitándolo! —le grito, porque lleva años pidiendo autorización para que le dejen salir de Portugal. El decreto del rey del 22 de abril de 1499 prohíbe cruzar la frontera a los cristianos nuevos.

—¡Claro que sí! —exclama como si se sintiera herido por mi falta de confianza—. Tú tendrías que hacer lo mismo, muchacho. Tú y el maestro Abraham.

«Se acabaron los viajes para mi maestro», digo para mis adentros, poco dispuesto a arriesgarme a soportar la reacción de Antonio a la noticia de su muerte. Con una sonrisa de nostálgica tristeza recuerdo que mi tío siempre le decía: «¿Qué sentido tiene hacer un viaje tan largo para ver a un hombre tan falto en santidad?». Para mi sorpresa le repito al pobre diablo otra frase de mi tío:

—La sola idea de ver al Papa hace que me pique la cabeza. —¿Así que ahora comienzo a imitar las palabras de mi maestro? ¿Es así como le mantendré conmigo?

—Creo que el viaje para ver al papa Julio II te resultaría muy gratificante —opina Antonio—. Me han dicho que los musulmanes que ocupan la península italiana son amistosos.

¿Musulmanes en Italia? Supongo que la sequía ha acabado con su sentido de la geografía.

—Escucha con atención, amigo mío, ¿estabas aquí el domingo, el primer día de los disturbios? —le pregunto una vez más.

—Cerca. Escondido —me contesta. Se lleva un dedo a los labios—. Con un amigo de cuatro patas.

—¿Veías la entrada de nuestro patio?

—Sí. Desde los adoquines hasta el cielo, todo forma parte de...

—¿Viste entrar a alguien? Con un cuchillo... o con un rosario, tal vez. ¿Quizás a Manuel Monchique? ¿Le recuerdas, uno de los viejos alumnos de mi tío?

—Me pareció ver un par de libélulas —responde— y algunos sapos. No siempre resulta fácil verlos cuando saltan dentro del...

—¿No viste a ningún hombre? —Cuando él meneaba negativamente la cabeza, agregó—: ¿Estás seguro? ¿Qué me dices de Diego Gonçalves? Tú le conoces, es un impresor, un amigo de mi tío.

—No.

—¿A fray Carlos? ¿Al rabino Losa?

Niega con énfasis después de que pronuncio cada nombre. Aparentemente, el asesino entró y salió por la tienda, o por la puerta de la habitación de mi madre que da a la calle de la Sinagoga.

—Que la paz sea contigo —le digo, pero cuando me aparto, chilla.

—¿No tienes cordero de *Pesaj*? Tengo un agujero en mi estómago mucho más grande que el que tengo en el alma.

—Ve a ver a Cinfa —respondo—. Te dará toda la fruta que quieras.

—Dios te bendiga, muchacho.

Más adelante, los mendigos claman junto a los muros de la catedral; a pesar de las amenazas de muerte hechas por la Corona, han matado a una de las vacas dejadas sueltas por orden del rey. Un hombre nervudo la está desollando con una espada herrumbrosa mientras un titiritero bañado en sudor entretiene a un grupo de chiquillos huérfanos y perros haciendo malabarismos en el aire con tres pezuñas sanguinolentas.

La casa de Manuel Monchique, a la vuelta de la esquina, está sumida en el más completo silencio. No hay respuesta a mis llamadas. De pronto, veo que el postigo de una de las ventanas se abre. «Soy Pedro Zarco», digo, usando por primera vez mi nombre de pila cristiano para mayor seguridad. Nadie me responde, entonces rodeo la casa. Lanzo el martillo por encima del muro del patio, y después lo escalo. La madre de Manuel, una mujer pequeña vestida de negro, está en la puerta trasera. Sostiene en sus manos nudosas una jarra de cerámica azul. Tiene la mirada expectante de un animal asustado, el rostro curtido y ajado por los años. «Soy yo, Pedro —repito—. Fui a la escuela con Manuel durante un tiempo. Mi tío es el maestro Abraham». Al ver que recojo el martillo, me arroja la jarra. Se rompe en dos pedazos junto a mis pies. Corre a refugiarse en el interior.

Manuel aparece en la puerta vestido con una capa roja con ribetes negros. La hoja de una espada sostenida en alto con las dos manos divide mi visión de su rubicundo rostro juvenil. Él es sencillamente otra de las grandes maravillas de esta era de falsedades que nos ha tocado vivir; nadie diría que Manuel había sido uno de aquellos chicos extraordinariamente sensibles cuyos ojos derramaban lágrimas al mínimo asomo de viento, y se ahogaba con la más corta persecución de sus amadas mariposas

en la arboleda. Ahora, hincha el pecho como un gallo, traza la letra *yod* en el aire con la punta de la espada y proclama con una falsa voz autoritaria:

—¡No sé qué deuda crees que has venido a cobrar aquí, pero no conseguirás nada de mí ni de mi familia!

—Déjate de cuentos —le contesto—. Ahórrate esas bravatas cristianas para las vírgenes a las que seduces en el *Yom Kippur*. Sólo vengo con esto. —Saco el pergamino de la bolsa y se lo arrojó—. Echa una mirada, mi valiente y apuesto cruzado de Cristo.

Manuel se agacha y recoge mi dibujo con mano cautelosa. Inmediatamente, la sorpresa aparece en sus ojos. Como si le hubiera entregado un objeto robado, me pregunta:

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo dibujé yo.

—¿La has visto? —Envaina la espada y se acerca presuroso. Me coge las manos otra vez como un amigo—. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Está bien?

—Manuel, lo siento, ha muerto. La asesinaron en nuestra casa.

Su piel se enfría mientras escucha mis explicaciones. La incredulidad palpita dentro de su respiración entrecortada. O tiene talento para mentir o ésta es la primera noticia que tiene de su fallecimiento.

—No puede ser ella —protesta—. Incluso tu mano puede confundir un ojo, la curva de la barbilla, la...

—¿Es lavandera o panadera? —le pregunto.

—Ninguna de las dos cosas —responde con una sonrisa—. No es la...

Me arrebató la alianza de filamentos de oro entrelazados en cuanto la saco de la bolsa. La firmeza de su voz comienza a flaquear.

—Es prácticamente idéntico. Pero, la verdad es que no prueba nada. Conozco a otras mujeres que tienen anillos muy parecidos.

—Sus manos olían a aceite de oliva, romero y esencia de limón. Tenía manchas de ceniza en los dedos, y dos pequeñas depresiones en las sienes. Como las marcas hechas...

La sangre abandona el rostro de Manuel. Se arrodilla para no desplomarse. Como si fuera a quedarse dormido, cierra los ojos y comienza a llorar. Después de unos minutos, cuando recupera el aliento, dice:

—Velas. Trabaja con maese Bento. Fabrican velas perfumadas. Con esencias de flores. Esperan a que se enfríe la cera, y entonces las untan con aceite de oliva para mantenerlas frescas.

—¿Y las marcas de la cabeza?

—Son marcas de nacimiento —contesta Manuel—. La comadrona tuvo que emplear los fórceps para sacarla. No quería salir. Tenía miedo de dar los primeros pasos. Terriblemente tímida, como si el mundo fuera una empinada escalera que baja

a una mazmorra. Yo trataba de ayudarla a comprender que abajo había un jardín, a que bajara sin miedo. Esta...

Mientras espero a que deje de llorar, considero la imposible paradoja de encontrar a una muchacha tímida desnuda junto a mi tío después de hacer el amor.

—¿Cómo la mataron? —me pregunta Manuel con voz desfallecida—. ¿La violaron los cristianos?

—No sé si la violaron. No lo creo, Manuel. Pero, la degollaron.

—¡Dios bendito! —Se tapa el rostro con las manos. Cuando vuelve a mirarme, añade—: Supongo que ya la habréis enterrado.

—No podíamos esperar más tiempo. Lo siento. En la Quinta das Amendoeiras. Te mostraré el lugar exacto cuando pueda, y juntos rezaremos un *kaddish* por ella. ¿Tienes alguna idea de lo que hacía en mi barrio?

—Salió de casa el domingo para ir a visitar a su hermano Tomás. Vive cerca de tu casa. Debió escapar de la turba y buscó refugio en tu casa por accidente.

—¿Conocía a mi tío?

—Por referencias. Pero que yo sepa nunca se conocieron.

—¿Qué me dices de los otros miembros del grupo de estudio de mi tío: Diego, fray Carlos?

—No creo que ni siquiera los hubiera oído mencionar.

—¿Se consideraba a sí misma judía?

—En realidad, no —me responde meneando la cabeza—. La ley mosaica sobre la madre que tiene que ser judía y todo eso. Su madre es cristiana vieja, nacida en Segovia, pero vive en Lisboa desde que era pequeña. Una campesina. Pero no se te ocurra mencionarlo. El padre de Teresa es un cristiano nuevo portugués de Chaves. Cuando Teresa decidió casarse conmigo, ellos se negaron a tener trato con su hija. ¿Qué podía hacer yo? Conseguí una carta de pureza de sangre. Algo lógico, ¿no? ¿A la vieja puta le importó? Me dijo que un judío es como una granada porque el jugo que lleva en su interior siempre mancha todo lo que toca. Tiene respuesta para todo. Como el diablo. —Manuel se levanta, el rostro desfigurado por la angustia—. Tu tío no entendió nunca la presión a la que yo estaba sometido.

—Manuel, el maestro Abraham también ha muerto.

Da un respingo, se inclina hacia mí. El pánico asoma a sus ojos. Asiento para confirmarle que es la pura verdad.

—Violaron a mi tía Ester y ahora no quiere hablar. Judá continúa desaparecido. El tío ya no está con nosotros. Mi madre, Cinfa y Reza están sanas y salvas. —Manuel se vuelve para ocultar las lágrimas. ¿O pretende disimular que ya lo sabía?

—Entonces, el maestro Abraham nunca me perdonó —dice él en un susurro.

—¿Tan importante te era su perdón? —pregunto.

Manuel se gira con la velocidad del rayo y me mira como si fuera un delito formularle esa pregunta.

—¡Baraquías, una carta del rey no te quita el corazón!

—Hablé con él después de mostrarnos tan groseros contigo en la calle. Dijo que te pediría perdón la próxima vez que te encontrara. Se dejó llevar por el odio sobre la pureza de sangre. Sabía que había actuado mal. Tienes todas sus bendiciones. Puedes creer que tenía una gran estima por ti.

Unas lágrimas silenciosas corren por las mejillas de Manuel. Recoge las dos mitades de la jarra de su madre.

—¿Cómo le encontraron los cristianos? ¿Por qué no marchó contigo?

Por un momento, pienso en engañarle, pero decido que la verdad ya es bastante incomprensible. Mientras le describo los cadáveres, se tapa el rostro con las manos una vez más.

—¡Eso es imposible! —afirma, y repite las palabras una y otra vez hasta que su voz se convierte en un susurro que desaparece en un mar de silencio.

—Debemos averiguar a ciencia cierta cómo entró ella en nuestro sótano. Quizá su hermano nos lo pueda decir.

—Si es que todavía está con vida.

Echamos a andar hacia la casa de Tomás, y Manuel va repitiendo el nombre de su esposa como una oración. Se oculta tras una expresión reservada, no aparta la mano del puño de la espada. Pero todo en él está mal. En lugar de acero pulido, Manuel tendría que ir por el mundo armado de un cuaderno y de una red para cazar mariposas.

Nuestro destino es el tercer piso de una sórdida casa en el mísero barrio al pie del montículo coronado por la iglesia de San Esteban. Las campanas tocan a vísperas cuando llegamos, y los cristianos entran en el templo. El sacristán espanta a una jauría de perros juguetones que quieren participar del servicio. El ocaso ilumina el horizonte. Falta muy poco para la oscuridad de la sexta noche de *Pesaj*.

El cuñado de Manuel, ayudante de un fabricante de almohadas, está llenando una funda con plumas cuando nos presentamos. La buhardilla huele como un gallinero. No tiene cuello, las venas rojas le marcan las mejillas como a fray Carlos, una calva incipiente abre un claro en el mugriento pelo castaño. Muestra una expresión de obsesiva rabia bovina. No nos mira cuando le damos la noticia. Sólo hay una breve pausa en el movimiento de sus manos y nada más.

—Dijo que salía —explica—. Se quejaba de la impureza, durante el período del dolor femenino.

Le indico a Manuel con un gesto que salgamos. Ya sabemos todo lo que necesitábamos saber.

—¿Qué sabes de ese hombre? —le pregunto.

—¿Necesitas preguntarlo? La mitad cristiana tiene los modales y la inteligencia de un cerdo. Ya te puedes imaginar lo que eso hace padecer a la mitad judía. Teresa tiene que haber sido una hija adoptiva. Es la única explicación.

Miro hacia el tercer piso y veo a Tomás que se aparta de la ventana. ¿Es posible que siguiera a su hermana y los matara a los dos impulsado por una mal entendida

justicia religiosa inculcada por su madre? ¿Es posible que él y uno de los miembros del grupo de iniciados que conocía el secreto de nuestra *genizá* se presentaran a matar a mi tío en el mismo momento? ¿Era posible semejante coincidencia?

Dos plumas bajan hacia nosotros. Cojo una al vuelo.

—Creo que Teresa se consideraba más judía de lo que tú piensas —comento, apretando la pluma en el puño. Al ver la expresión intrigada de Manuel, añado—: ¿Dónde va una mujer judía cuando acaba su ritmo de las lunas?

—A una casa de baños —responde.

—¿Y dónde está la casa de baños más próxima?

—En la calle de San Pedro. Un poco más allá de tu...

—Exactamente.

Capítulo X

Nuestra sinagoga en el barrio judío se construyó en el año 1374 de la era cristiana en un insignificante montículo en el flanco sur de las viejas murallas de Lisboa. Al pie de la ladera hay una plaza diminuta con un peral en el centro, un hermano del gigante que daba sombra al patio de nuestro templo central en la Pequeña Jerusalén. Una escalera de piedra pulida sube veinte pies desde las raíces como tentáculos del árbol hasta la curtiembre de Samuel Aurico y otros quince hasta la sinagoga en la segunda planta.

Al otro lado de la sinagoga pasa la calle de San Pedro. Fue aquí donde nuestros antepasados situaron la entrada de nuestro *micvá*, una serie de piscinas en cascada, dos para el baño ritual, talladas en la roca y alimentadas de una corriente subterránea. Las hábiles negociaciones del rabino Zacuto y otros judíos de la corte la salvaron de las confiscaciones masivas del año 1497 y permitieron que David Moisés, nuestro *chazán*, continuara como encargado. Desde luego, los hombres y los niños ya no podían esperar sumergirse en sus aguas antes del *sabat*. Pero yo insistí. Después de todo, un baño es un baño, y supongo que ni siquiera el Papa es capaz de probar lo que a uno le pasa por la cabeza. Ahora, desde luego, todo aquello ha cambiado; las maldiciones portuguesas las han colgado de las cuerdas que atan nuestras muñeras, y las pruebas ya no cuentan para nada. En toda España, se considera que bañarse en viernes es prueba más que suficiente para convertir a un hombre en cenizas. La evidencia de que Lisboa comienza a ver con buenos ojos el calor de las hogueras de la inquisición ha quedado bien claro con los sucesos de la última semana.

Como no podía ser de otra manera, también a nuestras mujeres se les ha prohibido desde el tiempo de la conversión que se purifiquen después de que la luna provoque sus mareas rojas. Pero por lo visto, Teresa, la esposa de Manuel, había sido más creyente y valerosa de lo que él creía. ¿La habían sorprendido los cristianos viejos mientras se bañaba? Era probable que se escabullera sin tiempo para vestirse y corriera por la calle para buscar refugio en nuestra casa; está a sólo cuatro puertas al este del *micvá*, en el chaflán que la calle de San Pedro forma con la calle del Temple y la de la Sinagoga.

La puerta de la casa de baños está cerrada, y nadie responde a nuestras llamadas.

—No creo que maese David sobreviviera al domingo —le comento a Manuel, y le cuento que el *chazán* no acudió a la cita de aquella tarde en la puerta de Santa Ana.

A pesar de mis palabras, Manuel le llama por una rendija de la puerta. La sexta noche de *Pesaj* cae gris y ventosa sobre la ciudad; el viento levanta polvareda de los adoquines. Manuel se tapa la nariz con una mano mientras la emprende a puntapiés contra la puerta. Seguimos sin tener respuesta.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunta.

—A su casa —respondo—. Sé dónde guarda las llaves.

—Nunca entendí por qué el maestro Abraham valoraba tanto vivir tan cerca de la casa de baños y la sinagoga. Me refiero a las continuas peleas y discusiones que tenía con el rabino Losa. Sólo servía para empeorar las cosas.

—Mi tío siempre afirmaba que nuestra ubicación era privilegiada para cuando llegara el momento de reunirse con Dios. La calle de San Pedro y la calle de la Sinagoga confluían en nuestra casa. Mantenía que un cabalista debe intentar vivir en la intersección de líneas, «donde dos se convierten en una».

—Supongo que es una bendición tener la seguridad de que la vida sigue unos patrones claros y bien definidos —comenta Manuel con una sonrisa nostálgica, y por el tono sé que él también comienza a tener dudas religiosas.

Subimos por una callejuela lateral hasta la morada del *chazán* y llamamos a la puerta. Posado en el alero del tejado hay un halcón de caza, vigilante y nervioso, con una pihuela que le cuelga de la garra derecha. El pájaro remonta el vuelo cuando una mujer larguirucha de barbilla puntiaguda nos llama desde el piso superior.

—Aquí todos somos cristianos temerosos de Dios —proclama con una voz temblorosa—. Todos y cada uno de nosotros somos cristianos viejos, con Nuestro Señor Jesucristo en nuestros corazones. —Une las manos delante del pecho como si fuera a rezar.

Incluso desde aquí, veo que se ha mordido las uñas hasta hacerlas sangrar. Debe creer que también nosotros hemos salido a cazar marranos.

—Sólo estamos buscando a maese David —la tranquilizo—. No pasa nada. Sólo queremos saber si le ha visto.

—Ay, señor, lo sabía. Pero no le encontrarán aquí. No lo he visto desde el domingo. Creo que aquel día estaba citado para calentar el corazón de Dios en la hoguera del Rossio.

«¿Citado para calentar el corazón de Dios?». A menudo, en sus esfuerzos por hablar con eufemismos, los lisboetas pronuncian las expresiones más absurdas y monstruosas. ¿Había otras personas en el mundo más capacitadas para convertir con la lengua un escorpión en una rosa?

—¿Por casualidad, tiene la llave de su casa?

—Sí, sí, la tengo —me responde.

—¿Podemos echar un vistazo?

—Esperen un momento y les ayudaré.

Baja las escaleras alisándose la pechera del vestido negro con manos nerviosas. Su mirada rehúye cruzarse con la mía.

—Cuando conocimos al señor David, creímos que era todo un caballero —explica con una voz vacilante—. Por eso le aceptamos como inquilino. Fue mucho después cuando nos enteramos de que sólo era marrano. Nos prometió que se marcharía a finales de este mismo mes. —La mujer intenta, a su patética manera, distanciarse al máximo de su inquilino.

—Él era el *chazán* —le dice Manuel con tono tranquilizador. Pronuncia estas palabras específicas porque sospecha lo mismo que yo, que la mujer está aterrorizada porque ella también tiene antecedentes judíos. Su empleo de la palabra hebrea «chazán» es su manera de hacerle saber que nosotros conocemos el hebreo, que somos cristianos nuevos que no tenemos la intención de hacerle el menor daño.

Sin embargo, debido a la similitud del sonido, la mujer confunde «chazán» con el vocablo portugués *azango* correspondiente a mal presagio o mala fortuna. Asiente con energía y replica con voz excitada:

—Sí, sí, su excelencia tiene razón, ¡todos los judíos son *azango*!

Una semana antes nos hubiéramos reído de su ignorancia, pero tal como están las cosas, inspiramos profundamente como preparándonos para una lucha que quizá dure toda nuestra vida. Envalentonada por la solidaridad que cree haber conseguido de nosotros, corre a abrir la puerta.

—¡Ya está! —anuncia al oírse el chasquido de la cerradura. En cuanto se abre la puerta, sale un olor hediondo. La mujer añade con un tono humilde—: Les agradecería que se quedaran sólo unos minutos. —Su mirada se cruza con la mía por un instante—. No quiero parecer descortés, señores, pero las estrellas y los planetas señalan que hoy no debemos tener extraños en nuestra casa. Estoy segura de que lo entenderán.

Una raída alfombra de cuero va desde la puerta de maese David hasta el hogar apagado, una distancia de cinco pasos. Pero no nos atrevemos a movernos; a todo lo largo, los preciosos laúdes y vihuelas de la colección de David yacen hechos trizas. Una mandolina hecha con la más preciosa madera de cerezo y palisandro, como un ágata tallada para la música, cuelga en dos trozos de un gancho de la chimenea, como un cangrejo muerto. Debajo hay un montoncito de cristales rotos, restos de cerámica y una bola de filacterias que nunca más sentirán el pulso de un brazo. La mujer nos señala con una expresión severa:

—Tendrían que haberlo visto antes de que lo limpiara. A los brotes de habas les había crecido barba. ¡Como a sus rabinos! Y el olor... Dios, esa gente hiede, ¿no les parece?

—Sólo dígame si ha visto sus zuecos —le digo.

La mujer vuelve a alisarse el pecho del vestido.

—No me ocupaba de sus cosas. No éramos amigos. De hecho, nunca...

Me acerco al arcón mientras la mujer discurre sobre la distancia que mantenía con el «pequeño músico judío», como ahora designa a David. Los zuecos están ocultos por un montón de gorros de terciopelo que datan de los años del rey Don Juan. Con un poco de maña y unos cuantos silenciosos insultos en hebreo, consigo mover el tacón y aparecen tres llaves. La casera me observa abobada.

—Durante cuatro años, mucho antes de que usted viviera aquí, yo estudiaba griego y árabe con David en esta misma habitación. ¿No me ha reconocido por el olor?

—Ah, comprendo —susurra con un jadeo como si le faltara el aire. Una admiración forzada hace que su voz suene más profunda mientras dice—: Son ustedes personas que saben disfrazarse muy bien.

—No se trata de ningún disfraz —replico—. ¡Es magia! —Recuerdo un viejo truco que me enseñó mi tío. Le muestro la mano vacía, y después saco de su nariz las llaves de David.

Ella gime, se persigna y cae de rodillas como si fuera a rezar.

—Por favor, no me hagan daño —ruega con lágrimas en los ojos.

—Si por una de esas casualidades regresa el «pequeño músico judío», dígame que Pedro Zarco vino a visitarlo.

—Sí, señor —contesta, inclinando levemente la cabeza—. Pero creo que será mejor que se lo diga usted esta noche en sus sueños. Es la única manera en que su excelencia quizá consiga darle un mensaje.

El *micvá* es húmedo y resbaladizo. Algún judío concienzudo ha claveteado los postigos. Doy un paso en falso mientras descendemos en la más total oscuridad. Mi trasero entra en contacto bruscamente con el borde de un escalón de granito, y un dolor agudo me perfora el hombro. Doy un grito.

—Será mejor que vayas a buscar una lámpara antes de que acabes haciéndote daño —dice Manuel. Sube las escaleras y abandona la casa de baños sin olvidarse de cerrar la puerta.

Mientras permanezco sentado en la más negra soledad, se condensan unas formas de color violeta, que después se encogen para convertirse en manchas de color. «El contorno de la oscuridad da forma a nuestros deseos y temores», oigo que dice mi tío. Así que espero. Enmarcado en la suavidad de mi respiración, aparece Mardoqueo de joven, para luego alejarse con pasos de gacela. Un crujido me arranca de mi ensoñación. Me levanto de un salto. ¿Una pisada? Mi corazón transmite con sus latidos una señal de advertencia. De pronto surge mi tío, azul irisado de oro, una miniatura pintada por mi memoria. Su expresión es vacilante, pensativa, como si estuviese considerando los significados de un versículo difícil. En lugar de detenerse para saludarme, continúa ascendiendo hasta desaparecer por la falsa noche creada por el techo. «No hagas caso —me digo—. No es una visión, sólo se trata de una ilusión».

El sonido de una respiración muy débil me empuja a seguir bajando. ¿O sólo se trata del soplo del viento a través de algún conducto invisible? Se dice que hay una docena de túneles diferentes y de excavaciones que se encuentran y afloran aquí, los restos de una red subterránea creada por nuestros antepasados preparándose para la llegada del Mesías. Llamo en portugués: «*Judeu ou cristão*». Me parece que es la única pregunta que cuenta en la actualidad. Ya no se escucha la respiración. «Vengo en son de paz», añado.

Un silencio expectante devuelve mi miedo. Decido plantearle un enigma a la oscuridad; un judío sabrá la respuesta. «¿Cuál es el ángel que ofrece sus manos a Abraham?». La respuesta es «Raziel»; su nombre y el de Abraham suman doscientos cuarenta y ocho en hebreo, un lenguaje donde las letras también son números. Las manos de Raziel equivalen al signo igual que los vincula.

Subo dos escalones en prevención de que una sombra se abalance sobre la fuente de mi voz. Pero no se produce ningún movimiento en la oscuridad. Vuelvo a plantear el enigma, al tiempo que subo un poco más. Se abre la puerta, una luz alumbró el rostro de Manuel. Las escaleras parecen una mancha gris.

—Lamento haber tardado tanto —dice Manuel—. Nadie...

—Calla. Creo que aquí dentro hay alguien. Oí respirar, un paso.

—¿Judío o cristiano? —susurra mi compañero que baja las escaleras de puntillas.

—Una pisada no tiene religión.

—Entonces, como...

—Raziel —dice una voz ronca—. Raziel.

—¿Qué está diciendo? —pregunta Manuel.

Me llevo un dedo a los labios para reclamar silencio.

—Muéstrate —grito en hebreo.

Un hombre pequeño con los ojos entornados y mechones de pelo gris por encima de las orejas se acerca descalzo al pie de las escaleras. La gruesa toalla sujeta a la cintura hace que el pecho parezca hundido. Se trata del cirujano, Salomón Eli. Antes de darme cuenta de lo que hago, ya estoy abajo.

—¡Esto es imposible! —grito—. Te vi en la plaza del Limonero, atado con tu mujer y...

Él me palmea los hombros, lleno de felicidad.

—*Shalaat Chalom!* —exclama—. ¡Uno de mis niños ha escapado con vida!

Salomón pone apodos a todos los bebés que circuncida. El mío ha sido siempre *Shalaat Chalom*, que significa «deseo otorgado», una referencia a las súplicas de mi padre para tener otro hijo.

—Pero te vi con...

Salomón me pone un dedo en los labios para hacerme callar.

—Mi adorada esposa, Reina, ha muerto —dice. Imita con una mano el movimiento del humo—. Todos menos yo.

—¿Cómo es posible?

—¿Quieres saber cómo? Un quiste, mi querido *Shalaat*. Le corté un quiste muy doloroso a uno de los matones que nos cogieron. Un albañil. Hará ahora cosa de un año. Me reconoció cuando Reina ya había ardido en la hoguera. Me obligaron a mirar. Le dije que quería seguirla a atravesar el río Jordán. Me obsequió con una sonrisa furtiva y me propinó un golpe en la cabeza. Cuando me desperté, estaba tendido en el tejado de una casa más arriba de la iglesia de San Miguel. Unos jaramagos crecían en las tejas entre mis piernas. Algo muy extraño. Creí que estaba

muerto. Era de noche. Pero cuando vi la luna... Quiero decir que nunca había leído que el paraíso estuviera rodeado de cuerpos celestes. ¿O es la luna sencillamente otra prisión? —Salomón se encoge de hombros, y sonrío con amargura—. Quizá mi albañil creyó que sería un castigo todavía mayor dejarme con vida. Estaba desnudo cuando desperté. Así que, ¿dónde podía ir? A mi casa, no. Allí ya no hay nadie. Vine hasta aquí. La puerta estaba abierta. Más tarde vino alguien y la cerró.

—¿Alguien más ha estado aquí? —pregunta Manuel—. ¿Una muchacha?

—Nadie —contesta el cirujano.

—Sin duda ya estaba muerta cuando llegó Salomón el domingo pasado. No sé cómo, pero consiguió ir desde aquí hasta mí...

—¿Qué muchacha? —quiere saber el *mohel*—. ¿Se trata de Cinfa?

—No, ella está bien. —Cojo las manos de Salomón, le hablo del asesinato de mi tío y del propósito de nuestra búsqueda—. ¿Has visto alguna cosa, lo que sea, joyas, ropas, comida?

—Venid conmigo —responde con voz grave.

El cirujano nos lleva más allá de la piscina de los hombres hasta los vestuarios de las mujeres, que están revestidos de azulejos con las estrellas de seis puntas del rey David. Camina con pasos precavidos, casi infantiles, de un hombre que ha ayunado durante días. Incluso así, el eco de sus pisadas retumba como el batir de un tambor en estas cavernas. Nos conduce hasta el pequeño vestidor que ha estado utilizando como dormitorio. Manuel aparta la toalla que ha sido la manta de Salomón. Levanta un vestido de lino convertido en almohada y lo estira.

—¿Es el vestido de Teresa? —pregunto.

Un velo de sombra se cierne sobre el rostro de Manuel mientras baja la lámpara. Se arrodilla en el helado suelo de mosaico incapaz de contener los terribles sollozos que le estremecen todo el cuerpo.

—Estaba desnuda cuando la encontramos —le explico a Salomón—. No creo que saliera a la calle en cueros de haber podido evitarlo. ¿Cómo dirías tú que consiguió llegar a nuestra casa?

Manuel se levanta sin decir palabra, sale del vestidor y se aleja por el pasillo hacia el patio central. Le llamo, pero al ver que no me contesta, le sigo. El eco alrededor de nosotros es como una voz que revela secretos. Siempre en dirección al este, Manuel baja corriendo la rampa que lleva a una sala de meditación, y después desciende por una zona de baños abandonados hace mucho tiempo y grutas que huelen a humedad. Finalmente, llegamos a la habitación que sirve de oficina al maestro David. En el interior, nos encontramos con las estanterías volcadas y los archivos de la casa de baños tirados por el suelo. En la esquina más alejada hay caída una lámpara de aceite. Mientras Manuel comprueba la lámpara, Salomón se sienta en el suelo. Le cuesta trabajo respirar el aire húmedo y denso.

—Tengo las piernas cansadas —me comenta encogiéndose de hombros.

—Te conseguiremos algo de comer en cuanto salgamos de aquí —le aseguro. El levanta las manos para indicarme que no hay prisa—. ¿A qué viene todo esto? —le pregunto a Manuel.

—Intento descubrir por dónde bajaría mi mujer cuando llegaron los cristianos —me responde.

Salomón echa una ojeada en derredor, olfatea el aire como un conejo, se inclina hasta el suelo, luego se levanta y se pone de puntillas como un ciervo que intenta alcanzar las hojas de las ramas más altas.

—Algo apesta en el aire —gruñe. Saca la lengua—. Como estiércol.

Tiene razón; el aire apesta.

—Una rata muerta —opina Manuel—. Seguramente se ahogó.

La luz del entendimiento se enciende en mi cabeza.

—No, no es un animal muerto. Ahora la comprendo. Os mostraré lo que hay en nuestro sótano.

Manuel, Salomón y yo bajamos las escaleras debajo de nuestra trampilla secreta. El *mohel* se arrebujaba en la manta que le he dado. Baja con una mano rozando la pared con precaución ante una eventual caída. Nunca ha estado en nuestro sótano, y pregunta muy interesado:

—¿Cuánto tiempo lleva esto aquí, muchacho?

—Más de lo que cualquiera puede recordar —contesto.

La alfombra de la oración y los arbustos de mirto gratifican a Salomón con el conocimiento de que la habitación ha sido nuestra sinagoga clandestina y satisfecho entona:

—Bendito sea El que salva a su templo de los idólatras.

Tía Ester está sentada en el pupitre de mi tío en el extremo más apartado de la habitación, con la mirada fija en el espejo de la sangre. No lleva el pañuelo en la cabeza, y los cabellos rojizos cortados de cualquier manera le dan un aspecto que asusta.

—Etti —la llama Salomón, porque le encanta tratar a todos por su sobrenombre. Ella no le responde ni hace movimiento alguno. Salomón me interroga con la mirada al tiempo que frunce los labios.

—No te contestaré —le explico—. Debemos darle tiempo.

El *mohel* asiente, y después vuelve a husmear el aire.

—El olor viene de este sótano —afirma—. Este lugar apesta como si... Se muerde las palabras y calla al recordar los despojos del cuerpo putrefacto de mi tío.

Me acerco sin demora a los cordobanes colgados en la pared occidental del sótano, que están detrás de Ester. Enrollo uno, lo desengancho y lo dejo sobre el suelo de pizarra. Después hago lo mismo con el otro. Manuel enciende nuestros dos candelabros de plata con la llama de la lámpara. Apoyo los dedos contra la pared

debajo de las extrañas manchas de sangre que acaban sin más en una de las hileras de azulejos.

—Si Samir o mi tío estuvieran aquí —comento—, ahorraríamos tiempo. Incluso cualquier otro de los iniciados.

—¿Qué estás buscando? —pregunta Manuel.

—Ya lo verás —le respondo—. Acabo de descubrir cómo es que un hombre, o incluso varios, pueden desaparecer de esta habitación, y cómo un olor puede pasar de un lugar a otro.

Comienzo a golpear con el puño cada uno de los azulejos en la hilera horizontal que está a la altura de mi cabeza, a partir del lado sur de la habitación en dirección hacia el norte, donde se encuentran las bañeras hundidas, junto a Ester.

—Pobre muchacho —le susurra Salomón a Manuel—. La muerte del maestro Abraham le hace pensar de izquierda a derecha. —Es una expresión judía para dar a entender que uno ha perdido el juicio.

—Les aseguro que no se me ha metido ningún mosquito en la oreja —le replico, en una referencia a cómo el rey Nemrod perdió el juicio—. Siempre me preguntaba cómo se las apañaba mi tío para aparecer como si saliera de la nada. Fray Carlos llegó incluso a sugerir que era un espíritu travieso. Pero ahora sé cómo lo hacía, y por qué nunca me permitió entrar en el sótano sin su permiso. —Continúo con los golpes, y cuando no encuentro el sonido que estoy buscando, paso a la hilera inferior. Cuatro hileras más abajo, en la que cruza la pared a la altura de mi cuello, encuentro lo que quiero: el sonido a hueco de un azulejo, que reviste un tabique de panderete.

Cinfa aparece en las escaleras, las baja corriendo, pero se detiene bruscamente en el último peldaño. Me observa con desconfianza.

Unos veintitantos golpes más, y encuentro los azulejos que revisten otro tabique de panderete. Si estoy en lo cierto, tendría que haber un azulejo cerca del borde derecho o del izquierdo que se mueva al apretar. Lo encuentro casi de inmediato. Me rompo una uña cuando lo arranco, y se lo paso a Cinfa. En el hueco, hay un pomo de hierro circular donde está grabada con trazos burdos la palabra hebrea, *rechizá*, que significa «baño». Después de inspirar a fondo, y de musitar una plegaria para que me acompañe el éxito, sujeto el pomo y doy un tirón.

En cuanto tiro, una grieta en la pared se convierte en el borde de una puerta giratoria. Nos encontramos en una habitación donde reina la más absoluta oscuridad. Salomón se me acerca, se sienta sobre los talones como un santón musulmán y contempla la oscuridad con una expresión curiosa. Me vuelvo hacia Manuel.

—Dame la lámpara. Voy a entrar.

—¿Dónde crees que lleva? —me pregunta.

—Ya lo veremos. Por favor, dame la lámpara.

Me la da. Adelante vemos un pasillo de piedra.

—Yo te sigo —dice Manuel.

—Yo me quedaré aquí —anuncia Salomón, dándome una palmadita en un hombro—. Y tú, Cinfa —le dice a mi hermana—, ¿por qué no me traes agua y un *matzá*? Tampoco me vendría mal un vaso de vino *kosher*. ¡Y una almohada bien mullida si puedes encontrar alguna!

Entramos en el pasillo guiados por la lámpara, mientras Cinfa corre escaleras arriba. El húmedo pasadizo huele a piedra fría y a soledad. Se estrecha a medida que el techo se baja hasta que sólo queda espacio para avanzar a gatas. Seguimos nuestro camino como topos. Después de recorrer unos veinte pies, cuando los límites se ensanchan, volvemos a erguirnos. Nos encontramos con otra puerta de piedra con un oxidado pomo de hierro circular en el que está escrita la palabra: *rechizó*. Manuel hace girar la puerta sobre su eje. Una bocanada de aire húmedo nos da en el rostro. Levanto la lámpara. Las mayólicas azules y verdes reflejan la luz. Una cantidad innumerable de papeles están desparramados por el suelo. Nos encontramos en la oficina del *chazán* en la casa de baños.

Salomón y Manuel se han marchado cada uno a su casa, y yo voy a ver a mi madre, armado ahora con la seguridad de que el asesino no era un hechicero sino simplemente un astuto miembro del grupo de iniciados. La encuentro en la tienda, frotando el suelo de rodillas a la luz de un candil. Le digo lo que hemos descubierto.

—¿Sabías que había una puerta secreta? —le pregunto.

Mi madre deja el cepillo y sigue de rodillas.

—Antes de que tú nacieras —comienza—, cuando los conversos de ahora en esta ciudad eran judíos, y tu padre intentaba abrirse paso...

Cierro los ojos porque parece como si estuviera leyendo el primer párrafo de otra historia interminable sobre mi padre y sus luchas por establecerse con un negocio próspero. Ella se da cuenta de mi enfado y corta con tono desabrido.

—¡Nuestro sótano formaba parte del *micvá*! Es de allí de donde vienen las bañeras de granito.

—¿Cómo es que nunca me lo dijiste?

Me vuelve la espalda como si le molestara mi presencia. La cólera hace que le tiemblen las mandíbulas.

—¿Crees que tienes derecho a saberlo todo? La vida no funciona de esa manera, por muchas cosas que te haya contado mi hermano.

La miro con desprecio, aunque sé que tiene razón.

—Quizá dio por hecho que tú ya lo sabías, y no se preocupó más del tema —añade con un tono conciliador, recogiendo el cepillo—. De todas maneras, no es importante. —El leve gesto con el que descarta el tema refleja su cansancio. De pronto mira al suelo y frunce el entrecejo; un sapo marrón ha salido de su escondite—. ¿Qué crees que quiere? —me pregunta.

—Comida, una mosca. Sobrevivir. Déjalo estar.

—¿Dejarlo estar? ¿Una cosa sucia como ésa? ¿Una de las diez plagas de *Pesaj*? Enviada por Dios para castigar a los egipcios que nos tenían como esclavos. ¿En mi casa?

Mi madre parece estar bamboleándose entre el sonambulismo y una especie de vibrante locura. Mientras ella empuña la escoba, intento llevarla a temas mucho más trascendentales.

—Siempre creí que se escondería en la *genizá* con los libros. ¡Le gustaba tanto su olor y su contacto!

—¿Quién? —me pregunta mi madre, y me mira como si estuviera loco.

Me entran unas súbitas ganas de abofetearla. Ella aparta una de las puertas arrancadas de la tienda y, de un escobazo, lanza al pobre sapo volando a la calle de la Sinagoga.

—¿No podrías, por favor...? —comienzo a decir. Pero no tiene sentido. Su presencia parece robarme la energía. Mi madre contempla el cielo con expresión soñadora. El pobre sapo mareado echa a andar tambaleante. *Roseta* aparece como por ensalmo, y se acerca sigilosamente, con las garras preparadas. «¡Ni se te ocurra!», le grito. Salgo a la carrera, recojo al sapo y lo meto dentro de la bolsa. Espero las protestas de mi madre contra la inmundicia. Pero está traspuesta contemplando las nubes plateadas que se acercan por el oeste; la noche, como todo lo demás, le hace recordar a Judá.

Dejo al sapo en los campos río arriba, me lavo las manos, como un trozo de *matzá*, luego regreso a casa para ver cómo sigue Farid. La luna en cuarto creciente asoma por encima del horizonte, y empiezo a esbozar una historia: la esposa de Manuel se está bañando en el *micvá*, oye los alaridos de los cristianos nuevos a los que están masacrando en la calle. Corre por el laberinto de piscinas y alcobas hasta que llega a la pared de heladas estrellas en la oficina del *chazán*. ¿Las puertas de comunicación están abiertas? ¿Mi tío se está purificando para la oración? ¿O es ella la que grita cuando los cristianos bajan las escaleras con las antorchas? Quizá mi tío la oye, abre la puerta secreta, entra en la casa de baños y la rescata.

Mi tío y la muchacha esperan juntos en el sótano a que se acabe la locura lisboeta. Pero los asesinos —uno de los miembros del grupo de iniciados y un chantajista— llegan primero. Después de traer la muerte a nuestra casa, se escapan por la salida secreta hasta la casa de baños. Uno de ellos cierra la puerta, deja las huellas de sus dedos marcadas con sangre, huye por el túnel hacia un lugar seguro.

Farid está sentado en la cocina cuando entro en casa. Su rostro está marcado por el agotamiento. Sé que debo correr en su ayuda, pero la desesperación parece haberse engullido mis fuerzas.

—¿Crees prudente estar levantado? —gesticulo desde la puerta.

Mi amigo asiente y me responde con gestos lentos.

—Encontré mi casa vacía. ¿Tienes alguna noticia de mi padre?

Los brazos le cuelgan, la piel pálida, como si los ángeles le estuvieran vistiendo para...

—No. He estado preguntando por ahí. Nadie le ha visto. Volveré a salir en cuanto amanezca. Las cosas se han calmado bastante.

—Han traído una nota para ti —señala, y me enseña un pergamino—. Mejor dicho, es para tu tío.

Rompo el lacre. Es de la señora Tamara, una vendedora de libros viejos en la Pequeña Jerusalén, con quien tratamos con frecuencia.

Maestro Abraham:

Un mozalbete intentó venderme lo que parecía ser un libro de cuentos de Egipto que vos descubristeis hace poco. ¿Lo robaron durante los tumultos? Lo siento. Quizá tendría que haberlo comprado, pero no tenía las ideas claras y lo eché a gritos de mi tienda. Pero creo que puedo describirlo, me refiero al chico que vino. Tal vez alguien le reconocerá y podríamos recuperarlo.

Tengo la sensación de haber pescado un pez grande para el *sabat* «Un libro de cuentos de Egipto» es la denominación en código del desaparecido Hagadá de mi tío. Me acaban de informar que el asesino ha hecho un movimiento erróneo. Ahora que sé cómo escapó... Creo que los platillos de una balanza en los Reinos Superiores se inclinan a mi favor. Sin embargo, antes de que mis descubrimientos tengan la oportunidad de llenar mis pulmones con el aire fresco de la esperanza, Farid me encadena una vez más a la desesperación; después de leerle por señas la carta de la señora Tamara, gesticula:

—Se acaba de presentar otro obstáculo ante nosotros. Bajé a buscarte al sótano cuando trajeron la nota y vi la puerta secreta en la pared. Sé lo que crees. Pero el asesino no se marchó por ese camino.

—¿Qué?

—Ve allí. Busca la sangre. Verás que hay manchas antes de que el pasillo se estreche. Como si el asesino buscara el camino a tientas con una mano apoyada en la pared. Pero las marcas se terminan antes de que tengas que ponerte a gatas. El asesino no pasó por allí. Volvió a refugiarse en el sótano.

—¿Estás seguro?

—En cuanto amanezca podrás ir a comprobarlo. Ahora, con la luz de una lámpara, tus ojos no te confirmarían lo que vi. Pero es la verdad. No hay error.

Una vez más me digo que no es casualidad el que Dios me haya dado a Farid; Él sabe que necesito la ayuda de uno de sus retratos más talentosos. Gesticulo mi pregunta:

—Pero sabiendo que podía escapar por la puerta, ¿por qué iba el asesino a regresar al sótano?

—Quizás oyó que había alguien en la casa de baños. Más cristianos. También podría ser, sí... quizás era demasiado grande o torpe para pasar por el pasadizo. Lo más probable es que nunca hubiera pasado por allí. Tal vez dio por hecho que pasaría, pero cuando descu...

Farid baja las manos. Gesticula débilmente que la diarrea empeora. Avergonzado de mi buena salud, le acompaño hasta la letrina. El aire de la noche, frío y seco, nos azota. El sufrimiento le desfigura la cara mientras le lavo el trasero en carne viva. Hago lo posible por dominar el temor. Pienso: «No sólo no sé cómo escapó el asesino, sino que ahora debo luchar una vez más por la vida de otro». Al contemplar el futuro de Farid dentro de mí mismo, veo al Ángel de la Muerte, una sombra de mil ojos desorbitados, de pie junto al lecho de muerte de mi amigo. Sus manos esqueléticas sostienen una espada con una gota amarga suspendida de la punta. En el momento en que Farid ve a este ser siniestro a su lado, abre la boca aterrorizado, y escupe el grito de agonía de un hombre mudo. Rápidamente, el Ángel de la Muerte deja caer su horripilante regalo en su interior. Y con esta gota, Farid muere, se decolora y se pudre. No hay escapatoria. El cuerpo debilitado de mi amigo cae sobre mí y volvemos a casa arrastrando los pies.

—Dime, Farid, ¿dónde se escondió el asesino cuando entré? La puerta estaba atrancada. No había nadie más en el sótano. ¡Nadie, lo juro!

Mientras él gesticula una frase poética sobre la voluntad de Alá, cojo la lámpara de aceite que pende de la viga maestra y bajo al sótano. Tal como dijo, las gotas de sangre y las huellas de las pisadas manchan el suelo y las paredes del túnel, y hay señales de dedos en grupos de cinco allí donde el asesino buscó el camino a tientas. En el momento en que es necesario gatear, veo en las manchas de sangre las marcas dejadas por una tela. Tienen que corresponder a los pantalones cuando se puso de rodillas. En el punto más estrecho, una marca en diagonal parece indicar la desesperación de una mano por abrirse paso. Más allá, cuando el pasadizo vuelve a ensancharse y me pongo de pie, no hay nada. Ni huellas de pisadas sangrientas ni señales de dedos. El asesino dio marcha atrás. O desapareció.

Capítulo XI

Farid apoya una mano en la pared para asegurar sus frágiles pasos mientras baja las escaleras del sótano. Se acerca a mí, se sienta en cuclillas para luchar contra el dolor que le desgarran las tripas. Gesticula:

—Ahora que ya sabes que el asesino no escapó por la puerta secreta, descríbeme toda la secuencia de tus movimientos después de descubrir a tu tío. Todo hasta el más mínimo detalle.

Es la magia de las palabras en mímica de un amigo la que me hace el regalo del conocimiento; después de contárselo todo, la solución llega a mí libremente. Es como si hubiese estado siempre conmigo, escondida, enroscada como un gato dormido en un rincón olvidado.

—¡La *genizá*!

Farid asiente como si leyera un verso lleno de sabiduría.

—El asesino tuvo que esconderse allí mientras tú llamabas a la familia desde el otro lado de la puerta —me transmite con las manos—. Cuando abriste la puerta, él estaba metido con los libros, hecho un ovillo en la oscuridad. Más tarde, cuando tú fuiste a buscar los clavos y el martillo, te demoraste en espantar a un ladrón, en observar a la turba en la calle. Estabas mareado y te sentaste a descansar. El asesino aprovechó todos esos minutos para escapar por la puerta de tu madre y salir a la calle.

—Oh, Dios... No reparé... Quiero decir, no se me ocurrió mirar porque lo primero que pensé fue que lo habían asesinado los cristianos. Ellos no podían conocer la existencia de la *genizá*.

—Debemos comprobarlo —gesticula Farid—. No podemos permitirnos un error.

Abro la tapa del lugar secreto con la llave que está detrás del espejo de la sangre. Saco los manuscritos, las cartas y la bolsa con las monedas. Ahora que el hueco está vacío, resulta fácil ver las manchas de sangre. Cubren el suelo como las sombras marrones de las hojas desparramadas, y conservan la huella de la trama de la tela apretada. Me vuelvo hacia Farid y le comunico por señas las deducciones hechas a partir de las manchas.

—El asesino se tendió sobre su lado derecho, con el cuerpo doblado alrededor de la pila de manuscritos. De ahí las manchas en el suelo que dejaron las ropas empapadas de sangre. Mantuvo las piernas encogidas hacia el pelo, y las puntas de las sandalias dejaron las marcas en la base oriental. El codo izquierdo lo apoyó en el lado norte y dejó la marca con forma de pétalo de la tela cerca del borde superior. El brazo derecho, extendido, sostenía el cuchillo de *shohet*. Mientras permanecía tendido, a la espera de que me marchara, raspó con el filo unas cuantas veces por el lado sur, y dejó las líneas de sangre en la argamasa. —Farid asiente. Murmuro—: Diego.

Mi amigo lee mis labios y gesticula:

—¿Qué pasa con él?

—Es tan corpulento que no podría pasar por el túnel desde el sótano a la casa de baños por el tramo donde hay que moverse a gatas.

—Es verdad, pero también fray Carlos tendría dificultades.

—Tal vez. Pero mira, Diego dijo que esta noche vendrá con un hombre que quería venderle un manuscrito hebreo a mi tío. ¿Qué pasará si sólo me lo dijo para ganar un poco de tiempo? Tengo que encontrarle. Quizás en estos momentos intenta escapar. Además, te prometí buscar a tu padre. Pasaré por la mezquita secreta después de ir a la casa de Diego.

Mientras coloco los manuscritos y las cartas otra vez en el interior de la *genizá*, se acerca y me coge por el brazo.

—No tienes que acercarte al Rossio.

—Bajaré hasta el barrio moro por el lado de Graça. Tranquilo.

—Habla sólo en portugués. —Asiento, y sus dedos me dicen—: Llévate mi mejor daga. La de Bagdad, que es capaz de cortar en dos hasta el pensamiento más sutil de un sufí. Está en mi dormitorio.

—¿Cuál usarás tú? —pregunto.

—Una de mi padre. La más larga de Safed. Él hubiera...

Asiento una vez más mientras los gestos de Farid se inmovilizan en un silencio cargado de dolor. Nos miramos el uno al otro a través de la distancia de los agonizantes. Ambos sabemos que después de un tiempo, mis manos ya no podrán alcanzarle. Caerá a plomo como Mardoqueo y mi padre en las manos flamígeras de Duma, el cuidador de las almas en el más allá. Farid se lleva una mano al vientre, nuestra señal de terror, y luego se golpea débilmente con el puño en el pecho; me dice que ceden sus diques espirituales y que ya no puede continuar solo.

Cuando nos abrazamos, su cuerpo tiene el mismo tacto de pétalo enfermo de Mardoqueo. Las costillas, duras y frías, se le marcan como si quisieran romperle la piel. Oigo la voz de mi tío que me advierte: «¡Baraquías, no abandones a los vivos por los muertos!».

—Voy a por un doctor —gesticulo—. La búsqueda de Diego puede esperar. Si tú necesitas...

—¡Nada de doctores! —me interrumpe Farid—. Lo único que saben hacer los cristianos es sangrarte.

—Buscaré a uno islámico.

—¿Dónde? —señala, escéptico.

—En alguna parte. Iré donde sea para encontrar uno.

Discutimos durante un rato. Pero no es más que teatro; ambos sabemos que el doctor Montesinhos era el último de los que practicaban con fidelidad las enseñanzas de Avicena y de Galeno. ¿A quién podía encontrar ahora dispuesto a correr el riesgo de la peste para visitar a un pobre y sordo alfombrero? Rechaza mis palabras

imitando un aleteo con las manos. Gime mientras le lavo los brazos y las piernas. La piel está limpia de llagas. No es la peste, no es la enfermedad del sudor. Es otra cosa que le chupa la vida. De pronto, me aparta.

—¡Vete de una vez a buscar a Diego! —gesticula furioso—. No pierdas más el tiempo conmigo.

—Farid, ¿harás lo que te digo? —le pregunto con las manos.

Me responde con una sucesión de gestos como olas que se alejan.

—Tú no tienes aceite de la vida para llenar mis lámparas.

—Ahora mismo, tu poesía no le interesa a nadie —le señalo. Al ver que continúa protestando, levanto la mano para fingir que le pego. Él sonrío ante lo absurdo de mi actitud.

Con una tristeza ligada a lo inevitable, pienso: «Esta es la última vez que le veré alegre». Cierro la *genizá* y guardo la llave.

—Subamos —le señalo a Farid.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora? —replica.

—Paciencia.

En la cocina, hiervo un huevo, le echo abundante sal y le obligo a comérselo acompañado de un té de boj y verbena. Juntos, soportamos una hora de penoso masticar y agónico letargo. Le hago tragar ceniza de carbón, y más líquido hasta que la barriga se le distiende. Sigue mis instrucciones, se lleva las rodillas al pecho, y le pongo un enema muy fuerte de semillas de lino cocidas en agua de cebada, y otra de agua de cebada con una sola gota de arsénico. Una vez que está limpio, Cinfa nos trae del sótano un incienso especial hecho de amapolas y alcanfor que produce somnolencia. Farid gime mientras lo inhala. Le narro hasta que se duerme las fábulas de Kalila y Dimna que la tía Ester me contaba cuando yo era niño.

Después busco la daga de Bagdad debajo de su colchón. Subo, acariciado por el aire fresco de la sexta noche de *Pesaj*, las calles de la Alfama para encontrar a Diego. Sin embargo, muy poco antes de llegar a su casa, veo a un hombre de gran estatura que acecha en la oscuridad al otro lado de la calle. Está apoyado contra la pared desconchada del taller del picapedrero. Lleva un sombrero de ala ancha y una capa negra que le cubre el cuerpo hasta las botas. Mide por lo menos un palmo más que yo, más de seis pies, una estatura prácticamente desconocida entre los portugueses. El pelo lacio le llega hasta los hombros. En la mano derecha empuña un látigo de cuero. Sólo puede ser el hombre del norte de cuya presencia me han advertido.

De pronto levanta la cabeza, y se yergue: me ha visto. Cruzamos una mirada y descubro que él sabe quién soy. Sin embargo, ninguno de los dos hace el menor movimiento. Las preguntas parecen afirmar mis pies a los adoquines: ¿está aquí para matar a Diego o sencillamente está esperando recibir el pago que le prometió este miembro del grupo de iniciados para que asesinara a mi tío? ¿Qué pensará de mí?

No me paro a averiguar las respuestas; me las tiene que dar Diego en persona, y es evidente que no está en su casa porque si no este noruego no le estaría esperando

con tanta diligencia. Retrocedo y corro hacia el barrio moro, sin dejar de mirar por encima del hombro de vez en cuando para cerciorarme de que no me persigue.

En las calles nocturnas de Lisboa, luces de color naranja salen de las ventanas de las tabernas y los burdeles. Cada vez que oigo un ruido, el corazón me da un salto como si quisiera esconderse en un refugio secreto; es esa hora de la noche en la que todos los sonidos y los objetos parecen haberse convertido en oráculos que anuncian la muerte.

La mezquita secreta que frecuenta Samir está en el segundo piso de una herrería cercana al viejo bazar moro. La gran puerta de madera, ornada con primorosas tallas y con una herradura que hace de aldaba, está cerrada con llave. Un jilguero muerto yace sobre los adoquines, con una gota de sangre en el pico. Después del segundo aldabonazo, la luz de una vela despunta en una de las ventanas.

—¿Quién llama? —susurra una voz de mujer.

—Pedro Zarco. Estoy buscando a maese Samir.

Los postigos se cierran bruscamente. Al cabo de unos segundos, un hombre vestido con una camisa de dormir, el cuerpo nervudo y los ojos bizcos de un sufí ascético, asoma por la vacilante rendija de la puerta entreabierta. Iluminadas por la temblorosa luz de una vela, las mejillas parecen hundirse debajo de las lunas en cuarto creciente de los pómulos.

—Estoy buscando a maese Samir —comienzo—. Vino aquí...

—¿Quién eres? —me pregunta en portugués. Tiene la voz profunda, sonora, como hecha de granito.

—Un amigo. Pedro Zarco. Vivimos en los extremos opuestos del mismo patio. Si está aquí contigo, dile que...

—No está aquí —me interrumpe. Habla con voz huraña, como si corriera un riesgo si le ven conmigo.

—¿Sabes adónde se fue?

—Cuando encendieron la hoguera, nos dispersamos. Él corrió a su casa en busca de Farid. Espera. —Cierra la puerta y la atranca. Las pisadas se alejan, y después se acercan con rapidez. La puerta se abre con un chirrido y asoman unas sandalias. El desconocido me explica—: Samir se marchó con tanta prisa que se las dejó olvidadas.

El convencimiento de que también el padre de Farid debe de estar muerto, me empuja a correr hacia la librería y casa de la señora Tamara en la Pequeña Jerusalén. Necesito averiguar todo lo del «libro de cuentos egipcios» que le ofrecieron en venta.

Sin embargo, nadie responde a mis golpes en su puerta. Mis pies me llevan de regreso a casa. Mi cuerpo tiene el vacío de una caverna, y el aire de la noche resuena en el interior de mi pecho como si fuese una campana de plomo. Debo comer algo y rezar por el *nezá*, la duradera presencia en los Reinos Inferiores que emana de Dios en cada momento. Llego a mi casa, me lavo la cara, como un poco de *matzá* rancio y dos manzanas, y después me siento a rezar delante de la chimenea.

Después de mis oraciones, la soledad y la modorra descienden para atraparme en sus redes. De pronto, veo ante mí las manos de mi tío que gesticulan desde el fondo del hogar con un lenguaje que no consigo descifrar. Las gotas de sudor perlan mi frente. Un rostro se inclina repentinamente hacia mí. Deformado por el baile de las sombras, resplandece con una luz naranja. El corazón me da un vuelco. Me aparto, en un abrir y cerrar de ojos estoy de pie.

—Baraquíás, traigo al hombre de quien te hablé. —Es Diego, iluminado por el fuego del hogar. Extiende una mano—. Este es Isaac de Ronda.

Respiro profundamente para calmarle, veo que el guardaespaldas de Diego está apostado en la puerta de la cocina, de cara al patio. Isaac tiene el rostro delgado y un tanto obtuso que comparten muchos mercaderes conversos. Ataviado con prendas rojas, el pelo largo hasta los hombros aparece coronado con una gorra roja ornada con una larga pluma oscura que le cae sobre la espalda. Cuando nos estrechamos la mano, me mira directamente a los ojos como si pretendiera convencerme de su fuerza o invitarme a compartir su cama. Los campesinos se comportan a veces de esta manera, y me doy cuenta de que quizás hace muy poco que ha hecho fortuna. Mi súbito descenso del reino de los sueños me ha dejado una sensación de pesadez en el cuerpo. Enciendo otras dos lámparas de aceite y las dejo sobre la mesa para darme tiempo a recuperar las fuerzas.

—¿Has visto a mi madre o a mi tía Ester? —le pregunto a Diego, porque no tengo clara ni la hora ni el lugar donde he despertado.

—Sin duda, estarán durmiendo —responde—. Amanecerá dentro de un cuarto de hora. Me pareció mejor venir a estas horas. Estaba casi seguro de que te encontraría levantado.

La luz de las lámparas da a nuestras sombras unas proporciones más humanas y tranquilas. Invito a mis huéspedes a sentarse.

—¿Una copa de aguardiente?

Mi oferta es aceptada. Isaac pega los labios a la taza, echa la cabeza hacia atrás y se bebe el aguardiente como si fuera agua.

—Tengo dolor de muelas —me explica—. Aplaca el dolor.

—Tenemos aceite de clavo —le ofrezco.

—Gracias, pero ya tengo. —Mete una mano en la bolsa, saca una ampolla y se frota las encías con el líquido. Sus manos son delgadas, elegantes, las uñas impecablemente cuidadas. Por lo que se ve, sólo sus manos han tenido tiempo de adaptarse a la riqueza. Muy pronto, sus labios aprenderán a acariciar el vino de la copa, y cuando dé un apretón de manos, su voluntad descenderá como la pluma de un faisán arrastrada por una brisa suave.

—Diego, ¿dónde has estado? —pregunto—. Salí a buscarte.

—Con un amigo. Me pareció más seguro que regresar a mi casa.

—Lo fue. Aquel hombre del norte... Le vi apostado delante de tu casa.

—¿Un hombre del norte? —pregunta Isaac con un tono de sorpresa.

—Alto, rubio, con un látigo de cuero del tipo que fabrican en Castilla —le informo.

—No volveré a casa —dice Diego. Se encoge de hombros—. Quizá se aburra de esperarme y se marche.

—¿Qué crees que quiere? —le interroga Isaac.

Diego se lleva las manos al rostro y tiembla. Me mira directamente a los ojos con una expresión de terror.

—Sospechamos que desea matarme. Algún enemigo que nos hemos echado los amigos del maestro Abraham, sin saberlo.

Isaac juega nerviosamente con el pelo que le cae sobre las orejas.

—Lamento la muerte de tu tío Abraham. —Su acento andaluz es fuerte, la voz profunda, lenta y áspera como la de muchos de sus paisanos.

—Me han dicho que tienes una *safira* para vender tallada por Judá Ha Leví.

Isaac recita uno de los versos más famosos del poeta: «No descansaré hasta que la sangre del profeta Zacarías encuentre la paz». Me mira atentamente como si quisiera comprender mis propios motivos.

—¿Mi tío estaba interesado? —pregunto, mientras intento descubrir cómo catalogar a Isaac de Ronda.

—Mucho —responde Diego.

—Manifestó que reuniría el dinero necesario para pagarme en cuestión de días —añade Isaac—. Pero ahora...

—¿Cómo entró la *safira* en Portugal? —le pregunto.

—Siempre estuvo aquí. Se la compré a un amigo en Oporto. Estaba a punto de quemarla. No podía permitir que lo hiciera. Estoy seguro de que lo entiendes.

—Si no la compras, Baraquías, mucho me temo que la persona que la adquiera no comprenda tan claramente como tú la importancia que tiene —manifiesta Diego.

—¿Así que ya no piensas en comprarla? —le pregunta Isaac a Diego.

—A mí sólo me interesaba ayudar al maestro Abraham hasta que reuniera el dinero necesario. Personalmente, prefiero los manuscritos latinos. Son mucho más seguros. Por lo tanto, le cedo la vez a Baraquías.

—¿Había alguien más interesado en el libro? —pregunto.

—Se lo he ofrecido a varias personas —responde Isaac—, pero nadie parece dispuesto a hacer una oferta en firme.

—¿Ni siquiera la señora Tamara, la librera de Pequeña Jerusalén?

—No quiere ni tocar el tema. Por ahora, no compra ninguna obra en hebreo, ni siquiera traducciones del hebreo. Es fácil de comprender.

—Simón, entre otros, parecía creer que se conseguiría un buen precio en cualquier parte. En Génova, en Constantinopla o en Ragusa.^[1] Incluso en Marruecos.

—¿Simón Eanes, el importador de tejidos?

—Sí —me contesta Diego.

Los latidos de mi corazón hacen que me tambalee. ¿Eran competidores en la compra de libros? ¿Era ésta la razón? Un deseo perverso me revuelve las tripas y sube a mi boca como una plegaria diabólica para que el asesino no sea Simón, para que yo pueda vengarme.

Diego me palmea el hombro y añade con un tono nostálgico:

—Resulta difícil creer que sean necesarios tantos esfuerzos para disponer de unos manuscritos que antes podíamos consultar en nuestras bibliotecas. Nuestra herencia parece destinada a pasar a manos privadas. Algún día, todos nuestros escritos pertenecerán a los nobles cristianos y estarán guardados en cofres dorados y en urnas de cristal.

—Estoy dispuesto a venderlo barato —interviene Isaac. Su voz cambia con el propósito de tentarme—. Incluso aceptaría un trueque. En este momento, un candelabro de plata sería suficiente. No quiero demorar más mi regreso a Ronda.

—Tienes que entender que no puedo cumplir ningún compromiso verbal hecho por mi tío —le explico—. Necesitamos todos nuestros ahorros sólo para comer. Pero dime una cosa. ¿Alguna vez mencionó quién le ayudaba a comprar los manuscritos y a sacarlos de Portugal?

—¿No lo sabes? —replica Isaac.

—No. Mi tío prefirió guardar el secreto como una precaución ante la posibilidad de que le descubrieran. Cuanto menos supiéramos los demás, mejor para todos.

Farid entra en la habitación. Se detiene al ver a los visitantes.

—No me di cuenta... —gesticula.

—No importa —respondo—. Siéntate con nosotros si tienes fuerzas.

Diego e Isaac se ponen de pie, saludan a Farid con una cortés reverencia. El asiente, se deja caer a mi lado y apoya una mano sobre mi brazo.

—Mi amigo es sordo. Leerá nuestros labios. No hay nada que no podamos hablar en su presencia.

—Me temo que en ningún momento discutimos los métodos de tu tío —continúa Isaac. Se pone de pie. Su sonrisa parece ensayada—. Si no estás interesado en comprar el libro...

—No.

—Entonces, no hay nada más que hablar. Gracias por el aguardiente. —En la puerta, me coge del brazo. Con un susurro delicado, como si quisiera arrullar a un niño, recita una estrofa de un poema de Moisés ben Ezra: «Mi noche está sumergida en un silencio y calmo mar de oscuridad, un mar sin costas, sin playas para aquellos que viajan. No sé si la noche es corta o larga. ¿Cómo puede saberlo un hombre oprimido por la pena?». Murmura a mi oído—: ¡Ten coraje!

La extraña gentileza de este extraño de quien dudo me deja abrazado a mi pena como un viudo solitario. Cuando Isaac y Diego se marchan, acuesto a Farid. Mi madre duerme en la cama de mis tíos, hecha un ovillo; respira con dificultad. De su mano ha caído un pequeño frasco con el tapón rojo. Lo recojo de los pliegues de la

manta, y dejo caer una gota viscosa sobre mi dedo. Pruebo el sabor amargo del extracto de mandrágora y beleño. Para escapar de sí misma y de las murallas de Lisboa durante unas horas, mi madre ha recurrido a un sueño crepuscular cercano al trance. Quizá sea lo mejor.

En el sótano, encuentro a tía Ester que continúa sentada en el pupitre de mi tío como una estatua. Cinfa tiembla a sus pies. Voy a buscar una manta, y abrigo a la muchacha. Su mirada refleja distanciamiento, miedo. Sin embargo, se aparta irritada de mi contacto. En mi habitación, sentado en la cama, rezo por el feliz retorno de Judá antes de atreverme a ir otra vez a la Pequeña Jerusalén para despertar a la señora Tamara. Pero antes de que pueda conseguir que mis piernas me ayuden, la oración se une al sueño y me cubre como una manta de lana.

Me despierto en la cama. No distingo nada. La oscuridad que me rodea parece un escondite para la maldad. Algo duro y cálido me oprime las costillas. Me levanto de un salto. Es Cinfa, con el rostro velado por el pelo. Mientras recobro la compostura, ella se despierta.

—¿Dónde vas? —pregunta con voz soñolienta.

—Voy a ver a la señora Tamara.

—¡No vayas!

—No pasará nada. —Le acaricio la mejilla—. No te preocupes.

Cinfa se sienta en la cama, mete su cabeza debajo de la mía, y suelta su aliento caliente contra mi piel. Es un refugio que buscaba en la infancia.

—Estaré de regreso poco después del amanecer —prometo—. ¿Recuerdas cuando me acompañabas a la librería de la señora Tamara para leer las *Fábulas del zorro* mientras yo hacía el reparto de la mañana? —Mi hermana asiente contra mi pecho—. No tardaremos en hacerlo de nuevo. Ahora, mientras estoy fuera, ¿cuidarás de Farid por mí?

Cinfa asoma la cabeza, dispuesta a la tarea, tal como esperaba.

—¿Qué debo hacer? —me pregunta.

—Dale más té de boj cuando se despierte. Lo tienes preparado en la jarra azul de mamá. Y un huevo si puede comer. Después lávate las manos con jabón.

Asiente pensativa, se pone de pie en la cama. Más alta que yo, me mira como una persona adulta, la postura afligida de mi madre. ¿Acaso me odia en secreto por colaborar a robarle la infancia?

En el exterior, la madrugada del jueves se presenta ante nosotros. La carroza del sol ya ha comenzado a elevarse en el cielo. Cuando alcance el horizonte por occidente, nos traerá la séptima noche de *Pesaj* para que bendiga a la humanidad con su descenso sagrado.

De camino a la librería de la señora Tamara, paro en las tiendas de los cristianos nuevos en la calle de los Orfebres para averiguar si alguien ha intentado vender

nuestro pan de oro o el lapislázuli. Mis llamadas son atendidas por las nuevas viudas y las madres sin hijos que me besan y me cogen de las manos como si yo pudiera convencer a Dios para que les devuelva a sus seres queridos. Pero a nadie le han ofrecido lapislázuli o pan de oro en venta. Me colman con promesas de ayuda cuando me zafo de sus brazos para salir afuera. Aturdido, vigilante ante la posibilidad de emocionarme, camino alumbrado por la luz del amanecer.

Cuando toco la campana de la señora Tamara, la oigo gritar: «*A tinta está quase seca!*». Es su anticuada manera de decir que ya viene. Suenan media docena de cerrojos. Un ojo claro entre pliegues de piel espía a través de un resquicio.

—¡Baraquías! —La señora Tamara sonríe con su boca desdentada, desengancha la última cadena y tira de mí como un chiquillo que arrastra a su padre hacia un tesoro. El pelo canoso enmarca su cara marchita—. ¡Deja que te mire! —exclama. Retrocede con pasos muy cortos, me observa entornando los pesados párpados. Los pelos oscuros del bigote se le erizan cuando suelta un bufido y afirma—: ¡Tienes que ir al barbero y después dormir un poco! —Me ofrece la mejilla para que le dé un beso.

—¿Te he despertado? —le pregunto.

—¿A mí? ¿Bromeas? Las viejas nunca dormimos profundamente. —Agita las manos en un gesto de amargura—. La maldición de la vejez. ¡El ruido que hacen tantos recuerdos te impiden dormir!

—Entonces, ¿dónde estabas? Vine en mitad de la noche. Nadie respondió a mis llamadas.

—Estaba en la puerta de al lado —contesta—. Durmiendo en casa de una vecina. ¡En estos días, cualquier judío que se atreva a dormir solo está metiendo un pie en la tumba!

Hablamos de mi familia. Se queda atónita al enterarse de la muerte de mi tío.

—Ven —dice, señalando el escritorio junto al hogar—. Siéntate en el taburete. —Me dirige una mirada severa pero distante, como si quisiera saber cómo reconciliar el asesinato con la presencia de Dios.

Levanta con manos temblorosas un tratado latino sobre flores que sin duda leía cuando oyó mi llamada. Me señala el taburete, enciende dos velas del candelabro de plata de siete brazos. Manuscritos en diversos grados de decadencia llenan las estanterías hasta el techo, forman poco seguras torres en el suelo. Acerca una silla, se sienta con las manos en el regazo como si quisiera infundirse la fuerza necesaria para contener las lágrimas. La habitación y ella huelen a pergamino y a polvo de libros viejos; la señora mantiene las ventanas cerradas para demorar la decadencia de los volúmenes griegos, romanos, bizantinos, persas y europeos. Durante mi infancia, amaba la naturaleza hermética de la tienda, como si acogiera mi herencia.

—No era más que un chiquillo —afirma, convencida.

—¿Quién? —le pregunto.

—El chico que vino a vender el Hagadá de tu tío.

—¿Hablabas con algún acento particular?

—No, era de Lisboa.

—¿Piel morena?

La señora se inclina hacia mí, moviendo las mandíbulas. El intenso olor del cardamomo la envuelve; mastica semillas.

—Piel blanca —responde—. Pequeño, delgado. Con el pelo revuelto. Como un cardo. Espera. —Se mueve por la habitación como una gallina, recoge papel, una pluma y un tintero. Lo deja todo sobre la mesa—. Comienza a dibujar, Beri —ordena, y se queda junto a mi hombro como un maestro de la Torá mientras dirige mi boceto—. No, no, la nariz es más delgada, con los orificios como los agujeros de sonido de una cítara. Más curva, con más forma. —Presiona el músculo tenso entre la nuca y el hombro cuando reproduzco un rasgo correctamente y susurra: «*perfeito*», como si bordara la palabra con una hebra de plata. Al cabo de una hora, aparta la mano con un gesto de satisfacción.

—¿Y las ropas? —pregunto.

—Pobres. Un chiquillo zarrapastoso. Uno de esos críos que juntan esparto en los muelles. Dijo que su amo le había encargado vender el Hagadá. Le di un libro de cuentos para que se entretuviera mientras echaba una ojeada al manuscrito. Pero el pobre ni siquiera sabía leer. —Frunce el entrecejo como si el analfabetismo fuese un pecado cristiano imposible de tolerar. Me acompaña hasta la puerta, cogida de mi mano—. Lo siento mucho. Tendría que haberlo comprado. Pero de pronto me puse a gritar como una loca. Ya sabes cómo me pongo. —Me indica con un ademán que me agache para que mi rostro esté a su nivel, y agrega con un tono conspirador—. Baraquías, después de todo esto... ¿Cuándo crees tú que el rey don Manuel recuperará el juicio y nos permitirá volver a vender libros hebreos otra vez?

—Nunca —respondo.

—Entonces, yo también tendré que dedicarme a venderlos a escondidas —manifiesta en voz baja.

—En cuanto averigüe cómo lo hacía mi tío, te lo diré.

Hago un rollo con el dibujo y lo guardo en la bolsa. Nos damos un beso de despedida. En la calle, mientras contemplo a lo lejos los tejados ocres, me pregunto quién puede ser tan osado o tan loco como para enviar a un chiquillo analfabeto a vender un Hagadá a la librería más experta de la Pequeña Jerusalén. El susurro de la voz de mi tío se alza de los adoquines en un remolino de polvo, pronunciando el nombre de Miguel Ribeiro, el aristócrata para quien tía Ester copia el libro de los Salmos. Cuando pregunto: «¿Por qué él?», la respuesta que me da es: «Precisamente porque los actos de un noble portugués no pueden ser cuestionados por un judío».

Capítulo XII

Cruzar la calle Nova d'El Rei es un infierno, una vía convertida en un sumidero que apesta con el olor de los vendedores, los animales y las especias. Me abro camino entre la chusma hasta la calle de los Orfebres y me dirijo a la mansión de Miguel Ribeiro. Dos centinelas armados custodian la entrada, con alabardas en sus manos enguantadas. El más bajo de los dos, un hombre de aspecto enfermizo y labio leporino, me observa con ojos suspicaces. Me planto ante él y le digo: «Avisa a tu amo que Pedro Zarco quiere hablar con él».

Llaman a un criado negro con la cabeza afeitada para que transmita mi mensaje. Regresa a la carrera. El centinela abre la verja. En la escalinata, un sirviente rechoncho de pelo cobrizo, pringoso de aceite y la frente sudorosa llena de granos corre a mi encuentro. Los calzones azules son demasiado ajustados para sus gordas nalgas, y tiene roto el cuello del jubón de brocado verde. Me coge por el brazo como si me estuviera alejando del peligro. A corta distancia, veo que tiene casi en carne viva el gordo pescuezo de tanto rascarse. ¿Tendrá sarna? Apesta a metal como una moneda vieja. Quizás está tomando pastillas de antimonio, una cura recetada con demasiada frecuencia por los chapuceros médicos cristianos.

—¡Adentro, adentro! —dice, moviendo las manos con desesperación. Me hace pasar a una sala de espera con los techos abovedados. Los frescos muestran dioses y diosas rosadas al estilo florentino. Después me mira de la cabeza a los pies con sus ojos amarillentos de bilis. Con un tono conspirador, me pregunta—: ¿Vuestro Dios es de verdad un toro?

—¿Cómo?

—¿El dios judío es un toro? —Se lleva las manos a la cabeza para imitar los cuernos, y me habla como si yo no entendiera el portugués—. Ya sabes, una vaca macho, el marido de la vaca, un toro.

Por supuesto, tenía oído que los eruditos de la universidad de Coimbra acreditaban que teníamos colas prensiles; que obispos de Braga afirmaban que necesitamos la sangre caliente de los niños cristianos para la celebración del *Pesaje* que doctores de Oporto sostenían que poseemos un olor muy parecido al de la carne de ballena ya podrida: el *foetor judaicas*. Pero esta creencia de que rezamos a un toro es una calumnia nueva. Sólo al cabo de unas semanas comprendí el origen de la falsa concepción, cuando me di cuenta de que el sirviente había confundido la palabra portuguesa *ouro* con Torá. Así que, como respuesta, me limito a exhalar un suspiro y a decirle:

—Ve a hablar con tu amo. Él sabe quién soy.

El pobre hombre se enjuga el sudor de la frente con la manga y me replica con tono de desesperación:

—¿No sabes dónde está? Dijo que necesitaba encontrar al maestro Abraham Zarco. Es tu tío, ¿verdad?

—Sí.

—¡Entonces, debes saberlo!

—Te aseguro que no lo sé, y es imposible que mi tío esté con él, porque ha muerto.

—¡Dios mío! —Se sujeta la cabeza con las dos manos.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Don Miguel lleva ausente desde el domingo —me contesta con una mirada de súplica—. Mencionó el nombre de tu tío. Creí...

—¿Le has buscado?

—¿Salir? ¿Abandonar la casa? —El sirviente recorre la habitación de un extremo a otro, abre y cierra las manos, mueve los brazos.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—El domingo por la tarde. Comenzaban los disturbios. Vinieron algunos hombres en busca de marranos. Don Diego habló con ellos, luego se marchó a Benfica. Allí tiene los establos. Pero no recibimos ningún aviso de su llegada. Creo que no consiguió llegar.

—¿Quién le acompañaba?

—Nadie. Envié recado para saber de su paradero. Nadie le ha visto. —Comienza a rascarse el cogote, luego pasa a una cicatriz excoriada junto a la oreja y se la rasca con saña. Se sienta sobre los talones como si fuera a descargar sus intestinos en los fondillos de los calzones, y después continúa rascándose—. Lo comprendería si él fuera judío —gime—. Pero es inocente. ¡Completamente inocente!

Recuerdo los comentarios de mi tío sobre la alianza de don Miguel con Dios. Al parecer, ni siquiera los sirvientes están enterados de que es un judaizante.

—¡Al diablo con ese cuento, patán ignorante! —le digo, mientras me giro, dispuesto a marcharme. El criado se levanta de un salto y me coge por un brazo. Le aparto.

—¡Sí, tú eres uno de ellos! —chilla, con los ojos desorbitados de rabia—. ¡Hasta la punta de los cuernos!

—No tengas miedo —le contesto con una sonrisa cruel—. No le pediré a nuestro dios *toro* que te maldiga.

Arquea la espalda hacia atrás para adoptar una postura autoritaria, y me mira por encima de la nariz respingona.

—¡Vete, marrano! —grita con voz arrogante.

Pero yo estoy más allá del desprecio de los hombres mortales. Le doy la espalda, y él me llama, aterrorizado.

—No te marchas, ¿verdad?

Vuelvo la cabeza para buscar su mirada implorante. Está otra vez sentado sobre los talones. La sangre mana de las heridas que se hace de tanto rascarse. Le miro de

tal forma que, para mi sorpresa, no siento compasión por la angustia de los cristianos.

La carretera de Benfica rodea las canteras de Campolide donde centenares de africanos de ojos amarillentos extraen piedra caliza de las colinas perforadas. Se han convertido en dos razas de esclavos: los *portadores*, que llevan atados a la espalda los canastos hechos con sarmientos, que gruñen y tropiezan bajo el peso de las cargas de piedras; y los *picadores*, delgados, musculosos, de hombros anchos, cuyas manos de palmas rosadas empuñan los mangos de madera de los picos de hierro que poco a poco devoran las colinas. Hay una tercera raza que vive en un nivel inferior: pequeños y avispados niños esclavos portugueses llamados *lebres*, que recogen guijarros en canastos de mimbre.

En la plaza mayor de Benfica, una anciana de párpados caídos, envuelta en una toquilla negra vende codoñate en las escalinatas de la iglesia de Santo Domingo.

—¿Sabes dónde tiene los establos don Miguel Ribeiro? —le pregunto.

—No sé quién es —responde.

—El herrero lo sabrá. ¿Sería tan amable de decirme dónde trabaja?

Me señala una polvorienta barraca de madera al extremo de la calle.

—¡Así que vienes a buscar al vasco! —Se acurruca y se echa a reír complacida como si acabara de descubrir un secreto.

Un burro está amarrado a la manija de la puerta de la barraca. Las moscas forman una nube furiosa alrededor de una herida en el hocico de la pobre bestia. En el interior, un gigante de piel clara, larga cabellera negra y brazos como troncos de roble está bombeando un fuelle del tamaño de una carroza. Sólo lleva sandalias y un largo mandil de cuero, y de perfil se le ven las piernas gruesas y musculosas e incluso las nalgas. La boca cilíndrica del fuelle está al rojo vivo allí donde entra en la fragua. El aire huele a humo, metal candente y trabajo duro. Toso para llamar su atención, y le pregunto:

—¿Conoces a don Miguel Ribeiro? Dicen que tiene los establos muy cerca de aquí.

—¿Quién pregunta por él? —replica con un marcado acento vasco al tiempo que se vuelve. Un costurón como un cordón, le nace debajo del lóbulo de la oreja y le cruza la mejilla. Las gotas de sudor se amontonan en la barbilla y caen pacientemente una tras otra al suelo.

—Me llamo Pedro Zarco. Le traigo un mensaje de Lisboa. De parte de su hermana.

Me vuelve la espalda y se ocupa otra vez del fuelle.

—Si trabajas para su hermana tendrías que saber dónde vive —manifiesta con voz irritada.

—Ella sufre de cataratas desde la infancia y no me pudo describir el camino.

Mi fracaso a la hora de mentir queda implícito en su manera paciente y resignada de bajar los brazos y se seca el sudor de las manos en el mandil.

—No necesita ver para describir el camino a los establos de su hermano — replica.

—Escucha, vino a Lisboa desde Coimbra después de los disturbios. Está preocupada. Lo único que sabe es que él se encuentra en algún lugar de Benfica. ¿Necesitas que te enseñe mi linaje por escrito para darme una respuesta? ¿O tendrás bastante con mirarme los dientes?

Se ríe de una forma estruendosa, mientras me mira de arriba abajo.

—Eres un muchacho muy guapo. —Separa las piernas, se echa hacia atrás y mete una de sus manos enormes debajo del mandil para sujetarse el sexo. Mientras se lo manosea, su mirada muestra abiertamente lo que desea—. Te lo diría por un precio modesto.

—Por un precio modesto, puedo comprarle la información a cualquier otro.

—Mi «pajarito» es muy bonito —comenta sonriente. Veo los restos de unos pocos dientes marrones—. Grande como un cuervo. ¡Te puede besar los cachetes del culo de una manera que te mueres! Jovencito, estoy seguro de que te gustará.

—Tengo un amigo a quien le encantaría. Pero a mí no me interesa.

Se desata el mandil y lo tira al suelo. Se queda totalmente desnudo. Le suda todo el cuerpo que es todo pelo y músculo. Su miembro sobresale del vientre, grande y redondo como un fruslero.

—Podría cogerte sin tu permiso —dice, como si me hiciera un favor al avisarme previamente. Los ojos le brillan de lascivia.

—Y yo cortártelo de un tajo. —Le muestro la daga de Farid.

Se echa a reír, avanza como un animal al acecho, se pasa el pulgar seductoramente por la cicatriz de la mejilla.

—¿Cómo sabes que no te gustará si no lo pruebas? —pregunta.

Mi corazón transmite una señal de miedo mientras retrocedo.

—Lo he probado. En una ocasión, con el amigo que te acabo de mencionar. Pero prefiero las otras uniones. Además, le tengo muchísimo cariño a mi culo, así que prefiero conservarlo entero si no te importa.

No sonrío, pero se lleva la mano a los labios para untarla de saliva. Retrocedo hasta la puerta abierta. En un intento por seducirme con su lujuria, comienza a masturbarse.

—Bendito sea El que me ha dado la oportunidad de escapar de los sátiros —recito y salgo corriendo a la calle. Miro por encima del hombro y le veo junto al burro, mostrándole al pobre animal y a la mitad de la población de Benfica su miembro viril.

De nuevo en la plaza mayor, ningún jabonero ni ningún canastero sabe dónde guarda don Miguel Ribeiro los caballos.

—¿No les importa que el herrero sea un exhibicionista? —pregunto.

—Es bueno para los negocios —comenta el jabonero—. La gente de los alrededores viene aquí para verle. Todos dicen: «¡El herrero vasco que la tiene más grande que los caballos!».

Un buhonero que vende tojo se suma a nuestra conversación y me informa que hay varios establos en la carretera de Sintra, así que salgo de la ciudad por la puerta oeste. Al final de una larga hilera de arbustos de zumaque, un camino de tierra marcado con una capilla dedicada a la Virgen María se abre hacia el norte. Una mujer menuda toda vestida de negro reza de rodillas ante la efigie benevolente. El niño nazareno, en los brazos de María, parece frágil y solitario. La suplicante me mira con una expresión piadosa en su rostro delicado.

—San Antonio rezó aquí en una ocasión —comenta.

Si sumas todos los lugares donde según los cristianos viejos estuvo su San Antonio, enseguida llegas a la conclusión de que recorrió más territorio de rodillas que Bartolomé Días, Vasco de Gama y Colón juntos con sus naves.

—Entonces es una capilla muy sagrada —respondo con un tono amable al tiempo que me santiguo—. Dígame, *senhora*, ¿es éste el camino dónde don Miguel Ribeiro tiene los establos?

—Creo que están en este mismo camino un poco más adelante —responde señalando hacia el norte—. A la izquierda, no lejos de aquí. Primero tendrá que cruzar el arroyo donde se ahogó el chico de Meló en la inundación de hace unos años, y después los peñascos de granito que según el padre Vasco era un templo de las brujas antes del nacimiento de Nuestro Señor. Un poco más allá.

Vuelvo a santiguarme y le doy las gracias. Las señales aparecen tal cual dijo. Sin embargo, empiezo a notar un olor húmedo y fétido que se vuelve nauseabundo en el momento en que cruzo la sombra retorcida de un gigantesco roble con la calavera que se acostumbra a pintar encima de las puertas de las casas de los leprosos tallada en el tronco. Una liebre, veloz como una centella, pasa junto a mis pies. Todos mis sentidos están alerta. Rodeo los restos de un carromato abandonado en la mitad del camino. En el lado oeste, un huerto de naranjos da paso a la hierba, y veo los establos: seis arcadas que flanquean una granja azul y blanca. Un murete de piedra bordea la propiedad. La puerta de madera franquea la entrada y chirrían los goznes cuando la empujo. A medio camino de la casa, me detengo y grito: «¡Don Miguel! Soy el sobrino del maestro Abraham».

Mi voz parece cortar peligrosamente el aire infecto. Sólo el lejano, monótono y seco martilleo de un pájaro carpintero se atreve a romper el silencio que responde a mi grito. Cruzo el terreno seco delante de los establos, haciendo lo imposible para contener el vómito. Apenas si respiro. Todas las caballerizas están vacías excepto una. En ella se encuentra la fuente del insoportable hedor: un caballo sin ojos que legiones de gusanos devoran a placer.

La puerta principal de la casa está atrancada. Una voz ahogada me responde cuando llamo. Mi mano abre la bolsa en busca de la daga de Farid. Abren la puerta, y

un hombre delgado de nariz aguileña, cubierto con una capa de lino basto sale. Me apunta con una ballesta directamente al corazón.

—¿Cristiano viejo o nuevo? —pregunta.

—Viejo —respondo.

Otros dos hombres salen de la casa. Unos brazos me sujetan por detrás; la herida del hombro vuelve a sangrar.

—*Filho da puta!* —escupe una voz junto a mi oreja.

—Si mi madre fuera una *zona* —replico empleando la palabra hebrea que significa puta—, yo vestiría mucho mejor de como visto ahora.

—¿Qué has dicho? —El hombre delgado baja la ballesta y se acerca.

Los flecos blancos y azules de su chal de la oración asoman por debajo de la capa.

—Se ven los *Tzitzit* —le aviso—. No podrás engañar a mucha gente de esa manera.

—No tengo intención de engañar a nadie —contesta—. Jacob, suéltalo.

Me dejan libre. Nos bendecimos e intercambiamos nombres.

—Busco a don Miguel Ribeiro —explico—. ¿Son estos sus establos?

—Sí —responde, y extiende un brazo hacia la puerta.

En el interior, un hombre sólo un poco mayor que yo, con el pelo negro erizado y la barba de varios días ensombreciéndole las mejillas, está sentado en el suelo al fondo del vestíbulo. Viste un jubón de brocado azul con el cuello abierto, pantalones de montar de cuero con un siete en el muslo, y las más ordinarias botas del Alentejo. Le falta uno de los tacones. Me saluda con un ademán, se levanta y viene hacia mí. Renquea un poco por culpa del tacón perdido.

—¿Don Miguel Ribeiro? —pregunto.

Asiente. Comienzo a explicarle quién soy, pero el guardia de la nariz aguileña y la ballesta que ahora está a mi lado, exclama:

—¡Es el sobrino de Abraham Zarco!

Don Miguel abre los ojos muy grandes y me coge las manos. Tiene la piel helada.

—¡Ven! —dice. La voz le tiembla de ansiedad. Me lleva a la cocina bien caliente que huele a carne asada, donde nos sentamos solos ante la mesa de piedra junto al hogar en el que brillan los rescoldos—. Dime, ¿dónde está tu tío?

Al escuchar mi respuesta, se vuelve hacia la pared y se santigua.

—¿Por qué fue a verte hace poco? —le pregunto. El noble continúa mirando la pared, así que añado—: Quizá se deba al no dormir, pero estoy confuso. ¿Sabes que eres judío? Por lo menos, eso creía mi tío. ¿Tiene eso algo que ver con aquella visita?

Ribeiro se levanta de un salto y coge la bota de vino de un estante sobre la repisa de la chimenea. Sirve el líquido violáceo en dos tazas de cerámica y lo mezcla con agua. Me alcanza mi taza y brinda.

—¡A tu salud! —Se bebe casi todo el vino de un solo trago. Se deja caer pesadamente en la silla—. ¡Bebe! —me insiste con un ademán, y después cita un famoso poema hebreo—: «Bebe todo el día, hasta que el día se apague y el sol bañe

la plata con su oro». —Mientras bebo un trago, comenta—: El vino es lo único que me mantiene en pie. A estas alturas, ha reemplazado toda la sangre. —A mi mirada de interrogación, responde—: No, no creo que sea judío, todavía no, pero estoy aprendiendo. Eso fue en parte la razón de la visita de tu tío.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco. —Se ríe con ironía—. Tendríamos que preguntárselo otra vez a tu tío para estar seguros, pero eso ya es imposible. Sin embargo, si nos atenemos a lo que me dijo, nací en Ciudad Real de padres judíos. En 1482. —Chasquea los dedos—. Gané dos años como si nada. Un milagro. Tu tío dijo que a mis padres los quemaron en 1484 en el segundo auto de fe que se hizo en Ciudad Real. —Se bebe lo que queda de vino en la taza y se rasca la barbilla—. Fueron considerados como negativos por negarse a delatar los nombres de otros judaizantes. Tu tío dijo que él se encargó de arreglarlo todo para que me trajeran a escondidas a Portugal. Al parecer, había estudiado durante un tiempo con mi padre, y conocía a mis padres bastante bien. Manifestó que mi madre le hizo jurar que me criarían como cristiano de verdad, que no se me diría nada de mis orígenes a menos que en una techa futura se convirtiera en algo absolutamente esencial. Según tu tío, su actitud hacia mí en aquel momento fue la de: «Ya que tienes que ser uno de ellos, lo mejor será que te aproveches». Por lo tanto, esperó hasta dar con unos aristócratas sin descendencia que quisieran a un niño pequeño como heredero de sus bienes y que no hicieran demasiadas preguntas sobre el sexo circuncidado del bebé. De todo esto me enteré hace una semana cuando tu tío vino a mi casa para informarme de que tu tía tenía casi acabado el libro de los Salmos que estaba copiando para mí. —Miguel vuelve a llenar las tazas—. Me entregó como prueba una carta firmada por mi padre adoptivo.

—¿Por qué crees que mi tío te lo dijo, después de tantos años?

—No lo sé. —Se inclina hacia mí y me mira a los ojos como buscando una respuesta tranquilizadora. Encojo los hombros para indicarle que no se la puedo dar. Suelta un sonoro eructo, desvía la mirada—. Baraquías, he pensado mucho en todo este asunto —manifiesta sin volverse—. ¿Crees que él sabía que los cristianos viejos comenzarían a matar a los judíos de Lisboa, y que le preocupaba mi seguridad?

—Tenía poderes, pero... —Un estremecimiento que me recorre la espalda acalla mis palabras.

Miguel levanta las manos como si no quisiera entrar en el peligroso terreno de las profecías.

—La cuestión es que perdí los estribos. Después de tanto tiempo, descubrir aquello... Ahora lamento no tener la oportunidad de preguntarle más cosas. Verás, cuando lo analizas, te das cuenta de que no dudas de sus palabras. Supongo que ahora ya nunca podré saber quiénes eran mis padres verdaderos. Es curioso cómo a veces el entendimiento siempre llega un poco tarde. —Dos tragos y se acaba la taza de vino—. Ven —dice, levantándose—. Quiero presentarte a unas personas.

Mientras miro sus ojos de borracho, me doy cuenta de que mi maestro enfrentó a este joven noble con una terrible verdad. ¿Había sido la muerte el castigo por destruir su ilusión?

—Primero, quiero que contestes a algunas preguntas —replico.

—Como quieras. —Se inclina como si fuera mi sirviente.

—Dices que estabas furioso cuando te lo dijo —comienzo.

—Sí. ¿Tú no lo hubieras estado? —responde.

—Por ahora, don Miguel, mis hipotéticas respuestas son irrelevantes. ¿Dónde estabas el domingo cuando comenzaron los motines?

—Ah, ya entiendo dónde quieres ir a parar con tus preguntas. —Simula arrancarse una flecha del pecho, se ríe con una risa demasiado profunda—. Muy bien. Estaba en casa. Luego, cuando los dominicos comenzaron a quemar a los judíos en la hoguera del Rossio, vine aquí. Baraquías, acabo de decirte que soy judío. No crees que...

—¿Quién vino contigo? —pregunto.

—Nadie.

—Entonces, no tienes ningún testigo que confirme lo que me dices.

Don Miguel sonríe, se yergue y se desabrocha los gruesos cordones de la tapa de cuero que le cubre la bragueta con los dedos torpes de un hombre con la barriga llena de vino. Saca el pene, me muestra la cabeza circuncidada como si me estuviera ofreciendo una rosa y dice:

—¡Él confirmará mi historia!

—No es suficiente. Él no puede hablar.

El noble se echa a reír como un descosido. Aguanto como puedo la idiotez alcohólica del hombre. Despreocupado, comienza a abrocharse los cordones mientras observa cómo los dedos realizan torpemente su trabajo. Cuando acaba, se sienta exhalando un fuerte suspiro, y me mira con una expresión de anhelo mucho rato, como si pretendiera penetrar mis pensamientos. Todo me irrita en este aristócrata corrupto. Lo que más me desagrada es que no tenga ninguna pista de quién es en realidad. Como disparado por un arco, se me ocurre un pensamiento: «Éste es el hombre a quien se refería mi tío cuando me avisó de que desconfiara del mensajero que no se reconocía a él mismo de un día para otro». Me levanto de un salto, y le grito:

—¿Quién podía impedirte que mataras a mi tío con total impunidad? ¡Tú eres un noble!

—Escucha, amigo mío —replica—. ¿Mataría al único hombre que podía decirme la verdad sobre mis padres? ¡Si crees una cosa así, es que eres un loco!

—Mi tío era el único que sabía que tú eras judío, ¡que podía probarlo! ¡Le matas, y tu secreto está a salvo!

—Baraquías, ¿es necesario que vuelva a enseñarte mi alianza con el Señor? Hay otras personas que lo sabían. Un niño que crece rodeado de sirvientes. La gente tiene

ojos. No lo comentan, pero lo ven. De hecho, mi alianza es una prueba más convincente que todos los documentos que haya en los archivos del rey. —Se levanta, da un puñetazo sobre la mesa—. ¡No maté a tu tío! ¿Si lo hice, por qué no te mato a ti ahora?

No encuentro ninguna respuesta convincente para replicarle.

—¡Ven conmigo! —ordena—. Quiero mostrarte algo.

Don Miguel me lleva a una sala abarrotada. Hombres de ojos cansados, mujeres y niños me reciben con solemnes gestos de reconocimiento. Las sonrisas aparecen fugazmente, para luego secarse y desaparecer. Mi anfitrión me susurra:

—No tengas miedo, aquí somos todos cristianos nuevos. —A ellos les anuncia—: Este es Baraúias, un amigo de la Judería Pequeña.

—¿Conoces a Mira y a Luna Alvalade? —me pregunta un hombre moreno, de ojos almendrados, de barba hirsuta salpicada con copos de avena—. Seguramente vivían cerca de tu casa.

—Los conozco, pero hace tiempo que no los veo —contesto.

—Son mis primos. Ellos... —Sus palabras se apagan.

—En cuanto regrese a Lisboa, intentaré averiguar cómo están y le enviaré recado a don Miguel.

—¿Qué sabes del doctor Montinhos? —pregunta una mujer apuesta que se cubre la cabeza con un chal bermejo.

—El doctor ha muerto. Lo lamento.

La mayoría de los presentes se arma de valor y me preguntan con voces entrecortadas por la suerte corrida por sus amigos y parientes. Les doy todas las noticias que puedo, y grabo los nombres en mi memoria de Torá para poder averiguar qué ha sido de ellos después de haber desembarcado totalmente en las costas de la venganza.

—Todos vienen de Carnide, Pontinha y de otras aldeas cercanas —me susurra don Miguel con una mano apoyada en mi hombro—. Cuando estallaron los motines vinieron aquí en busca de refugio. Hice correr la voz de que no rechazaría a nadie, y les di armas a algunos de los hombres.

—¿Qué me dices del caballo en el establo?

—Es para desalentar a los curiosos y a los airados —responde, sonriente—. Lo mismo que la calavera tallada en el árbol —don Miguel suelta otro eructo. Se golpea el pecho con el puño. Abre la mano para señalar a los huéspedes y menea la cabeza. Susurra a mi oído—: No quieren marcharse. Supongo que un día de estos tendré que echarlos a puntapiés.

—¿Ya no hay más matanzas en Lisboa? —pregunta de sopetón una chiquilla de expresión inteligente. Por un momento, pareciera que Dios le haya escogido para formularme la pregunta; en la habitación se hace un silencio sepulcral. Es como si fuéramos un grupo que se ha reunido para esperar la respuesta directamente de labios de Dios.

—La situación es razonablemente segura —respondo. Sé que no es la respuesta que desean, pero es la única que tengo.

—¿Qué significa ahora «razonablemente»? —me increpa furioso el hombre de la barba hirsuta.

—Todo lo segura que será durante un tiempo —contesto—. Tan segura como puede serlo el mundo para los judíos hasta que venga el Mesías.

Un murmullo resuena en la habitación como si ahora les hubiese dado la respuesta acertada. Sin embargo, ¿qué es nuestra fe en su llegada sino la esperanza de unos eternos náufragos?

Don Miguel y yo nos sentamos en una alfombra junto al hogar mientras los huéspedes conversan entre sí.

—Si yo hubiera matado a tu tío —me dice en voz baja—, ¿crees que hubiera salvado a todas estas personas?

—Para expiar el pecado de asesinato, serías capaz de salvar a todo Israel —replico.

Cierra los ojos con fuerza, como si quisiera aislarse del mundo. Comprendo que lo he herido. Pero en mi estado, la angustia de los desconocidos me resulta indiferente, y la piedad que pueda haber en mi corazón no llega a mi voz.

—Mi tío le escribió una carta —manifiesto con un tono desabrido—. La llevé a su casa el viernes pasado, pero sus sirvientes dijeron que no estaba. Mi tío Abraham me encargó que sólo se la diera a usted.

Mi anfitrión abre los ojos. Los tiene enrojecidos y cansados.

—¿Te dijo cuál era el contenido? —me pregunta con una voz fatigada y monótona.

—El texto de la carta está guardado en mi memoria —le contesto, y se lo repito, palabra por palabra. Inexplicablemente, se echa a reír en cuanto acabo.

—Tu tío me preguntó si estaba interesado en hacer negocios con él —me informa, y a continuación me mira como si de pronto le sorprendiera mi presencia—. Sí, eres guapo. Hubiera sido difícil rechazarte. Era muy listo. Lo que me pidió tenía algo que ver con paquetes, con el ángel Metatrón que menciona en la carta y, según creo, con unos viajes a Génova. Algún lugar de la península italiana. Estoy seguro de que le respondí que no, pero no recuerdo exactamente qué me proponía. Mi mente corría entre el pasado y el presente. Había muchas cosas que comenzaban a tener sentido. —Me sujeta por el hombro—. Baraquías, ¿conoces ese momento en que dejas de traducir en tu cabeza un idioma extranjero y comprendes las palabras sin necesidad de pensarlas? Fue algo así. De pronto comprendí el frío distanciamiento de mis padres adoptivos, las reticencias a viajar conmigo, los murmullos detrás de las puertas mientras me acostaban.

—Entonces, cuando comenzaron los motines...

—Sentí pánico. Acababa de descubrir que era judío, y allí estaba la hoguera del Rossio lanzando columnas de humo por encima de los tejados de Lisboa. Me pareció

que la habían encendido para mí. Es extraña la sensación que se tiene cuando el pasado ya no es tuyo, cuando lo han cambiado y han reescrito tu propia historia. Así que me vine para aquí.

—¿Mi tío mencionó a alguna otra persona cuando habló contigo? ¿Otros nombres? —Don Miguel meneaba la cabeza con una fuerza exagerada—. ¿Nadie más? ¿Algún sacerdote, otros judíos? Piensa.

—No le prestaba mucha atención. Quería que viajara para él. Mis relaciones me permiten viajar al extranjero sin dificultades. Quería que llevara paquetes para él. ¡Sí, eso es! Un *correio*, eso es lo que quería que fuera.

—¿Utilizó la palabra *correio*?

—Sí.

—¿Qué quería que llevaras?

—Ángeles —contesta y sonrío—. Ahora lo recuerdo. Tu tío dijo que llevaría ángeles a un lugar seguro. No sé a qué se refería.

—Hablabas de manuscritos hebreos —le explico—. Probablemente no quería decirte toda la verdad hasta saber cómo te sentías siendo judío, para saber a quién seguirías siendo fiel.

—No lo entiendo. ¿Ángeles? ¿Libros?

—Los libros se crean a partir de las letras sagradas. Lo mismo que los ángeles, según algunos. Visto desde esta perspectiva, a través de la ventana de la Cábala, si lo prefieres, un ángel no es otra cosa que un libro al que se le ha dado una forma divina, al que le han dado alas, por usar una metáfora corriente. Al parecer, se pretendía encomendarte la misión de salvar de las llamas los manuscritos alados. Mi tío no quiso llamarte contrabandista, y empleó una palabra más agradable: correo. Lo que significa si no me equivoco... —Las palabras abrieronme el camino para un mejor entendimiento de la traición que condujo al asesinato de mi tío.

—¿Qué? —quiso saber don Miguel.

—Lo que significa que la persona encargada de sacar los manuscritos le traicionó. El actual correo. Por lo tanto, necesitaba encontrar a uno que lo reemplazara. Sin duda, debía estar desesperado. Por eso decidió correr el riesgo de revelarte que eras judío. Quizás el correo incluso sabía la ubicación de nuestro sótano y de la *genizá*. También podría ser que trabajara en complicidad con uno de los miembros del grupo de iniciados. Tal vez ellos contrataron al hombre del norte que ha estado vigilando la casa de Diego Gonzálves. —La expresión desconcertada de don Miguel me advierte que le he confundido con mis referencias—. Es muy sencillo. Mi tío te necesitaba porque su anterior correo de confianza había comenzado a traicionarle. Cómo, no lo sé, Ni tampoco sus razones. Pero este correo, el contrabandista, es la clave.

—¿Sabes quién se ha encargado hasta ahora de esos menesteres?

—No lo sé. ¡Pero voy a descubrirlo! —Me levanto—. Ahora tengo que regresar a Lisboa. ¿Si necesito hablar contigo, estarás aquí o volverás a tu palacio?

—Aquí es donde me necesitan. —Se ríe—. Además, aquí es donde está el vino. No es *kosher*, pero hace el mismo efecto.

En el vestíbulo, una última pregunta que no me atrevo a formular hace que me detenga antes de abrir la puerta.

—¿Habría salvado a todos estos judíos de no haber conocido la verdad de mi pasado? Es eso lo que deseas saber, ¿no es así?

—Es una pregunta desleal. Tu comportamiento fue loable, más que...

—No, no lo habría hecho. Perdona, no quiero decir que hubiera aplaudido las matanzas. No soy una persona cruel, y nunca he creído que los judíos sean muy diferentes a... Iba a decir «nosotros». Es un conocimiento que llega un poco tarde, ¿no te parece? Pero me hubiera quedado en mi palacio de Lisboa leyendo a la luz de un candelabro de plata, y si los alaridos se hubieran oído a través de las ventanas, sencillamente hubiera ordenado cerrar los postigos.

De regreso en Alfama, irritado por el cansancio, el sudor y el terrible sol de la tarde, golpeo inútilmente la puerta de fray Carlos, y luego pregunto por su paradero en la iglesia de San Pedro. El sacristán me informa que siguen sin tener noticias del fraile. En cuanto a Diego, ni siquiera sé por dónde comenzar a buscarle; con aquel fornido extranjero del norte apostado frente a su puerta, lo más probable es que no esté en su casa. Por otra parte, los únicos amigos que le conozco eran los miembros del grupo de iniciados.

Animado por la esperanza de descubrir los nombres de los contrabandistas de mi tío, o incluso alguna referencia sospechosa a una amistad, decido leer la correspondencia de mi maestro que estaba oculta en el fondo de nuestra *genizá*. Sin embargo, antes de regresar a casa, el interés por averiguar los movimientos del rabino Losa durante el fatídico domingo me arrastra hasta su puerta. Su rostro enjuto asoma como una gárgola por la ventana del segundo piso en respuesta a mis golpes.

—¿Qué quieres? —pregunta con voz desagradable.

Aunque parezca extraño, me alegra ver su rostro y escuchar su voz áspera.

—Sólo deseo hablar contigo, querido rabino —respondo.

—¡Márchate con tu maldita Cábala! —replica, quizá porque cree que soy sarcástico.

Cierra los postigos. Golpeo la puerta, y con la sensación de que mis buenos sentimientos han sido traicionados, grito:

—¡No me marcharé sin hablar antes contigo! —Mientras espero, una rabia irracional me revuelve las entrañas. La emprendo a puntapiés con la puerta—. ¡La echaré abajo! ¡Juro que echaré abajo tu maldita puerta! —La furia llega a mi cabeza, me arden las mejillas y las sienes. Es como si el alcohol en ebullición hubiera llegado a la cámara superior del alambique de un alquimista, y no puedo dejar de dar patadas.

Es obvio que cualquier dique improvisado que apuntalara mi control se ha desplomado sin más. Un grupo de chiquillos andrajosos contempla el espectáculo. Un roñoso leñero me mira con desprecio. Se atreve a decir:

—Eh, marrano, ¿qué estás haciendo aquí? —Se agacha para dejar los cestos en el suelo. Sus ojos, que parecen carecer de pestañas, son turbios, con un mínimo rastro de inteligencia humana. Cuando vuelve a erguirse, se cruza de brazos y se echa ligeramente hacia atrás en una postura desdeñosa. Debo de estar loco, porque me acerco a él con el acero de mi daga por delante.

—¡Estoy a punto de cortarte las orejas! —respondo, cargando de odio cada una de mis palabras—. ¡Eso es lo que estoy haciendo aquí!

En un instante de lucidez, me doy cuenta de que estoy imitando a Farid en mis pensamientos. ¿Es así como nos hacemos valientes, abrazándonos a una imagen de coraje para hacerla nuestra? ¿Será que aprendemos haciendo nuestro algo que nos era extraño?

El leñero continúa con la misma actitud desafiante pero no habla. El miedo y el odio le dan un olor hediondo, le enrojecen las mejillas. Me vuelvo otra vez a la casa del rabino Losa. Un niño moreno con el pelo negro rizado sobre la frente me saluda. De pronto, me doy cuenta de que es uno de los hijos de los vecinos de mi casa: Didi Molcho. ¡Bendito sea El que salva a los niños pequeños! Respondo a su saludo. El suelta una exclamación, señala detrás de mí. Me vuelvo y esquivo un leño. Demasiado pronto, otro vuela hacia mis ojos. Me da de lleno en una oreja. Caigo al suelo. La sangre mancha las puntas de mis dedos mientras palpo la herida. Mi agresor se echa hacia atrás y sonrío satisfecho. Su boca es una mohosa ruina marrón. Tose y suelta un escupitajo. Me levanto fingiendo tambalearme. Mientras él se ríe, corro para delante para arremeter contra él, y lo tumbo. Es mucho más enclenque de lo que suponía, un montón de huesos, barba y piel amarilla. Tumbado de espaldas, boquea para llevar aire a los pulmones, y luego grita:

—¡Perro marrano!

Desde mi posición dominante, me llevo un dedo a los labios.

—Todavía tienes las orejas. Si quieres conservarlas, más te vale callar como un muerto.

Se levanta, se sacude los pantalones, y mira a la multitud.

—No es más que un judío —dice para salvar la cara—. No vale la pena que pierda mi tiempo.

Mientras le vuelvo la espalda, miro a Didi. Sabe que tiene que hacerme una seña si el leñero se acerca. Me señala que todo está en orden cuando llego junto a él.

—¿Se ha marchado? —le pregunto.

—Ya está al final de la calle. Escucha, Beri, mientras tú peleabas, el rabino Losa se ha largado. Salió corriendo de casa.

Mi madre está barriendo el patio cuando llego a casa. No me pregunta dónde he estado.

—¡Hay basura por todas partes! —dice en respuesta a mi mirada.

Reza está preparando huevos con bacalao en la cocina.

—¿Te has ocupado de Farid en algún momento? —le pregunto.

—Todavía está en la cama de tu madre. Ah, mira lo que hay en la mesa. Maese Salomón te ha traído una cosa.

Salomón, el *mohel* a quien encontré oculto en el *micvá*, me ha dejado una abultada traducción latina del comentario de Averroes sobre *El alma* de Aristóteles, quizás en agradecimiento por haberlo rescatado de la casa de baños.

—¿Cuándo pasó por aquí?

—Hará cosa de una hora.

—¿Mencionó por qué lo dejaba?

—Dijo: «Un regalo para mi pequeño *Shalaat Chalom*» —responde Reza con una fugaz sonrisa.

Cargo con el libro hasta mi habitación y lo dejo caer sobre la cama. Por la ventana interior veo a Cinfa fregando el suelo de la tienda. Me mira con ojos cansados cuando entro.

—Le di agua a Farid durante la noche tal como me dijiste —me informa con una voz seca—. Además, se comió dos huevos que le preparé.

—Muchas gracias. Muy amable. ¿Y tú cómo estás?

—Muy bien. ¿Por qué no te quedas un rato en casa? Come algo.

—Escucha, voy a bajar al sótano. Puedes venir conmigo si quieres. Pero después tengo que volver a salir.

—¿Para buscar al asesino del tío? —me pregunta.

—¿Quién te lo dijo?

—Beri, no soy una estúpida. Escucho las conversaciones, sé...

Un golpe en la puerta interrumpe su perorata. Sin esperar nuestra respuesta, la señora Faiam, nuestra vecina al otro lado de la calle de la Sinagoga, entra en la tienda. Tiene roto el cuello del vestido negro y unos rasguños rojos le cruzan la mejilla hasta los labios.

—¡Cristianos viejos! —grito mientras me acerco, convencido de que la han atacado.

—No, no —replica—. No han sido ellos. —Me coge de la mano. Sus ojos claros están enrojecidos por la falta de sueño. Le cuelga la barbilla—. Te vi llegar desde mi casa —añade—. Siento mucho lo del maestro Abraham. —Cuando acerca mi mano a sus labios y la besa suavemente, huelo la desesperación en su aliento—. Beri, te necesitamos. ¿Puedes venir a mi casa? —Para que Cinfa no la escuche, me tira para que me ponga a su altura y me susurra al oído—: Trae los talismanes. Un *ibbur* ha poseído a Gemila y se aferra a ella con todas sus fuerzas. —Me aprieta la mano desesperada—. ¡Beri, el *ibbur* dice que sabe quién mató a tu tío!

Capítulo XIII

Recojo de nuestro armario en el sótano lo que necesito para exorcizar a un *ibbur* y me dirijo a la casa de la señora Faiam. Gemila, su nuera, amarrada a un banco de madera en la cocina, y con las manos atadas, boquea como un pez fuera del agua, ansiosa por respirar. ¿Cómo describir a la víctima de una posesión? He visto los síntomas en dos ocasiones anteriores: la piel blanca como un pergamino empapado; los ojos atormentados, restos de sangre seca en el interior de los labios y en los orificios nasales. Gemila no es diferente, incluso quizá peor; ya ha cedido una buena parte de su cuerpo humano, comenzando a adoptar la forma del demonio. Los rizos de color avellana embadurnados de excrementos, se le pegan en las mejillas y en el cuello. Es obvio que tiene roto el meñique de la mano izquierda porque sobresale hacia un lado en un ángulo imposible. La amplia túnica blanca es una sola mancha, como si la muchacha hubiera estado nadando en una charca de sangre y barro. «Un ser del Otro Lado tiene prisionera su alma», pienso, y mi primer impulso es echar a correr. Pero mi tío me ha enseñado que los *ibburs* sólo son metáforas, muy poderosas por cierto, pero que no son rivales ni siquiera para un cabalista novato. Además, si este demonio de verdad sabe quién mató a mi maestro...

De pronto, Gemila echa la cabeza hacia atrás como si le pesara demasiado para poder aguantarla. Cuando me mira, el terror ha desaparecido de sus ojos, que sólo reflejan un contemplativo distanciamiento. Su mirada se fija en las finas columnas de humo que salen del incensario.

Bento, el marido de Gemila, me toca el hombro y me sonrío con una vaga sonrisa destinada a pedir mi ayuda. Lleva el pelo negro recogido y sujeto a la nuca con una cinta azul, y la barba de una semana le tapa las mejillas. La frente, las manos, los pantalones y la camisa, todo revela vestigios ennegrecidos de sudor y grasa del esquileo. Se gana la vida como esquilador ambulante y después de conseguir regresar a Lisboa sano y salvo se encuentra con su esposa en este estado.

Belo, el perro de tres patas, que normalmente no se separa de Gemila, por la que siente una gran fidelidad, permanece junto a la puerta que da a los dormitorios y la mira con ojos asustados.

—*Sentese bem?* —le pregunto a Gemila en portugués.

Admito que es una pregunta estúpida. Su silencio es la única respuesta. Los ojos fríos como la obsidiana resisten mi penetrante mirada. Levanto sus manos atadas. El pulso es irregular, como si sus esencias estuvieran escapando en todas las direcciones. Frunce el entrecejo y me mira con desprecio al sentir mi contacto. Traga aire. Se encoge, y grita en hebreo: «¡Una campana cae a través de mi pecho!». Pone los ojos en blanco, y después me mira con una expresión helada.

—Es como si fuera y viniera de nuestro mundo a la esfera demoníaca —susurra la señora Faiam. Cuando asiento, añade—: Hemos descubierto que el *ibbur* no habla portugués, sólo hebreo.

—¿Cuándo comenzó el dolor? —le pregunto a Gemila en la lengua sagrada. El pecho le bombea como un fuelle, después se tranquiliza.

—No hay dolor. Este recipiente es frágil pero adecuado —dice una voz. No es la de Gemila. Es monótona y carente de calor. El hebreo que emplea tiene acento castellano.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Maimón blanco, el de las dos bocas.

Desvió la mirada por un instante para hacer acopio de valor; éste no es un *ibbur* cualquiera, sino un demonio.

—¿Por qué «dos bocas»?

—Una para devorar a los hijos de *Anusim*, los conversos a la fuerza. Hecha de sangre, con agujas en lugar de dientes.

Coge aire, y me lanza un escupitajo rojo. La señora Faiam se sobresalta. Mientras me limpio el cuello, Gemila abre la boca. Tiene los dientes cubiertos con sangre fresca. Se ríe.

—Dios la perdone —gime la señora Faiam—. Comió cristales antes de ir a buscarte. Intenté evitarlo, pero el *ibbur* sólo se alimenta con minerales. Es un...

Hago callar el torrente de palabras de la señora con un gesto y pregunto a Gemila:

—¿Por qué has venido?

—*Zedec* ha roto con *Rahamín*.

¡El demonio conoce la Cábala! Se refiere a la ruptura entre la justicia femenina y la compasión masculina que dio origen a la aparición del reino del mal en nuestra era.

—Vengo con *Rahamín* —responde—. Juntos, *Rahamín* y yo nos casaremos con esta mujer.

—¡Puedes entrar y cabalgar conmigo, pero no saldrás! —me advierte el demonio.

Es una doble alusión al sexo de Gemila y al carro de la visión mística; pocos de los que viajaron en él han retornado ilesos.

—Vengo en son de paz, como el rabino Akiva —respondo, refiriéndome al sabio judío del siglo II que regresó sano y salvo a nuestro mundo después de un viaje. Levanto el anular sobre la cabeza de la muchacha, e invoco el poder de Moisés.

Ella se echa hacia atrás. Con un tono de desafío, el demonio dice.

—¡No soy un amalecita ni un áspid! ¡Moisés está muerto!

—Siempre es *Pesaj* —replico—. Moisés separa el mar Rojo incluso mientras hablamos.

—Entonces, muy pronto, él también estará al otro lado y no podrá ayudarte.

—Por lo tanto, ¿rehúsas dejar a la mujer que conduzca su propio barco?

—Ella me ha dejado entrar. Me quedará con ella y le daré el solaz que tu Dios le niega. De lo contrario, me comportaría como un huésped ingrato. ¿No estás de

acuerdo conmigo?

—Como quieras. —Me vuelvo hacia Bento—. Necesitaré tres cosas. Agua fría del Tajo. Llena la tina o caldero más grande que puedas encontrar. Una donde quepa Gemila. Nosotros tenemos una si tú no la tienes.

—¡La tenemos! ¿Qué más?

—Un lenguado. Tráeme el más pequeño que encuentres. Y, por amor de Dios, manténlo vivo. Por último, dile a Cinfa que te enseñe dónde tenemos el tinte mágico. Tráelo y echa un poco en un plato.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta la señora Faiam.

—Todo lo sucio e impuro fortalece al Otro Lado. Eso es lo que está escrito en el *Zohar*, y este demonio lo sabe. Debemos purificar a Gemila.

—¡Si quieres, también puedes cortarme las uñas, que no te servirá de nada! —sisea el *ibbur*—. Para mí el *sabat* no es otra cosa que una puesta de sol más, y tú eres una sombra que pretende contener un incendio.

—¿Y el lenguado? —susurra la señora Faiam, para que el demonio no la escuche.

—El pescado es inmune a los demonios como Maimón —le explico—. Nos ayudará en este combate.

Bento va en busca de lo que le pido, y le digo a la señora Faiam que cantemos el salmo noventa y uno para preparar a Gemila. La mujer sujeta el incensario con las dos manos mientras me escucha.

—¡Aparta de mí ese olor apestoso, vieja comemierdas! —vocifera el demonio—. Escucha una cosa, Baraquías Zarco. Si pretendes echarme de mi casa nunca encontrarás al asesino de tu tío.

Las palabras del ser maligno me dejan mudo. Miro los ojos oscuros de Gemila para establecer contacto con el *ibbur*. La muchacha gira la cabeza en un círculo lento como si estuviera a punto de dormirse. Cuando se endereza, se ríe a carcajadas.

—¿Has visto al asesino? —pregunto.

—¡Lo he visto! Pero si se te ocurre volver a levantar contra mí el dedo de Moisés, me aferraré al secreto con la misma fuerza que me aferró a esta mujer.

—¿Me dirás quién fue el asesino si te dejo en paz?

—Sí.

—¿Por qué me voy a fiar de ti?

—Maimón no miente —contesta—. Incluso me he atrevido a decirle la verdad a tu Dios. No le temo. No tengo nada que perder. Únicamente los judíos como esta puta pecadora necesitan mentir ante su Dios.

—¿Le harás caso a un *ibbur*; Baraquías? —me pregunta la señora Faiam mientras me coge por un brazo.

—¡Él lo sabe! —grito—. ¡Él sabe quién lo hizo!

—¡Desátame! —exige el demonio.

Me libero de la mano desesperada de la señora Faiam.

—¿Servirás a Samael, el diablo, para vengar a tu tío? —chilla la mujer con los puños contra las mejillas.

Mi confesión me oprime la garganta. ¡Sí! ¡Haría cualquier cosa para encontrarlo! ¡Lo que sea! Entonces, ¿qué me retiene? ¿La propia Gemila? Se levanta con un gruñido, los músculos del cuello como cuerdas mientras levanta el banco al que está maniatada. Cuando lo deja caer con un estrépito tremendo, se retuerce contra las ligaduras como si estuviese empalada en una espada ardiente. Boquea en busca de aire. En cuanto remite la crisis, me mira con una mirada impenetrable.

—¡Desátame! —repite.

Me vuelvo al oír unos ladridos. *Belo* araña con furia la puerta que da al patio con su única pata delantera.

La voz de mi tío resuena en mi cabeza. «¡No abandones a los vivos por los muertos!». Sus manos se apoyan en mis hombros cuando me enfrento otra vez al demonio. Comienzo a cantar el salmo noventa y uno: «Y Él te librá de la red del cazador, de la peste exterminadora; te cubrirá con sus plumas, hallarás seguro bajo sus alas, y su fidelidad te será escudo y adarga. No tendrás que temer los espantos nocturnos, ni las saetas que vuelan de día, ni la pestilencia que vaga en las tinieblas, ni la mortandad que devasta en pleno día».

—¡Nunca encontrarás al asesino! —grita Maimón—. ¡Nunca!

La señora Faiam me acompaña, y nuestras voces se entretajan en la rueca del salmo. Juntos cantamos: «Con tus mismos ojos mirarás y verás el castigo de los impíos. Teniendo a Yavé por refugio tuyo, al Altísimo por fortaleza tuya, no te llegará la plaga ni se acercará el mal a tu tienda. Pues él dará orden a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos».

Más allá de mis palabras, me aparto interiormente del demonio, subo los escalones de la silenciosa plegaria. Una vez en lo alto del resplandeciente parapeto de la vibración interior, aguantado por los fuelles de mi pecho, vuelvo a levantar el dedo anular sobre Gemila. Ella mira a izquierda y derecha con los ojos desorbitados, lucha contra las cuerdas, masculla obscenidades en hebreo, chilla. La risa brota como de un surtidor. Me halaga con una sonrisa de lujurioso encanto atravesada por una lengua tentadora. Pero está muy abajo, envuelta en la melodía del salmo que ahora sólo canta la señora Faiam. Los nombres secretos de Dios salen de mi garganta, entran y salen por mi nariz a medida que ajusta mi respiración al ritmo de la salmodia. La luz y la oscuridad se confunden, después se separarán con una terrible claridad. Es como si el mundo estuviese iluminado por un fuego negro. El tiempo desaparece con la distancia, y en mi estado de exaltación veo que es el terror del abandono lo que provoca la risa de Gemila. Mientras asciendo todavía más alto en la alada melodía del salmo, tiendo la mano para acariciarle la mejilla. Dolor. El mal me aprieta. Viento helado. La sangre corre por mi mano. Alaridos. La señora Faiam me lirrupia.

—¡El demonio te ha mordido! —grita ella.

No le hago caso, la aparto, retomo el canto hasta que la habitación se vuelve gris, y Maimón y yo nos miramos el uno al otro a través de un espacio cargado de tensión que se amplía y se encoge al ritmo de la respiración. Bento se acerca a mi cuerpo, me toca el hombro.

—El baño está preparado —avisa.

Gemila lucha como una fiera salvaje mientras la desnudamos. Me vuelvo hacia el dormitorio. Dentro está Menachim, el hijo de Gemila, abrazado a *Belo*. El pequeño llora a moco tendido.

—¡Tienes que salir de aquí! —le digo.

Se levanta de un salto y pasa a mi lado con el perro pegado a los talones. Juntos salen corriendo de la casa.

El agua del río es pura y está helada. Los alaridos de Gemila rasgan el aire. Aprieta los puños, los tendones se le marcan en el cuello. Consigue liberar los brazos de las ligaduras. Un puñetazo alcanza a la señora Faiam y la hace rodar por el suelo. El rostro de Gemila se ilumina con una alegría demoníaca. La sangre mana de su boca, que mancha de nubes rosadas el agua revuelta. Se retuerce mientras la sujetamos, cada uno de sus músculos lucha por escaparse.

Helado por el agua glacial, pero caliente con la oración interior, rezo mientras Bento mantiene sumergida a su esposa. Hasta que la falta de aire y el frío acaban con su resistencia. Le castañetean los dientes. Sostengo el humeante incensario debajo de su barbilla. Tiene los labios grises y los ojos velados.

La sacamos del agua. La señora Faiam le susurra palabras cariñosas mientras le seca el pelo con una toalla. Bento le besa las manos.

—Por favor, apartaos —digo.

Saco el pescado de la jarra, rezando una plegaria del *Bahir*. Lo rebozo en el tinte mágico. Gemila sentada en una silla, tiembla como una azogada. Aprieto al escurridizo lenguado teñido de rojo contra la línea de la vida marcada en su frente. Da un bote como si la hubieran quemado. Sin perder ni un segundo, paso el pez por sus hombros, los pechos, el vientre, el sexo y los pies, hasta cubrir con el tinte cada uno de los diez *sefirot* o puntos primordiales. Cuando el pescado ha embebido sus esencias simbólicas, lo dejo caer al suelo. Mientras salta sobre las baldosas, cierro los ojos y entono las palabras mágicas de Josué: «Detente, oh, Sol, en Gabaón, detente tú, oh, Luna, en el valle de Ayalón».

Con los ojos cerrados, miro hacia adentro hasta que veo los colores interiores, inspiro y expiro profundamente hasta que el viento de las alas de Metatrón me hace girar. Cuando vuelvo a abrir los ojos, el lenguado mueve las agallas como fuelles. Lo meto otra vez en la jarra con agua; el pescado ha escrito un mensaje en el mosaico a cambio de su vida.

Lo leo lo más rápidamente posible. En el fugaz espectro de la escritura árabe, descubro la palabra: *tair*, pájaro. En este caso, es una velada referencia a la apertura a través de la cual se puede expulsar al demonio.

Oigo unos pasos. Fray Carlos aparece ante mis ojos. Desde lo alto de la montaña a la que he subido llevado por el viento interior de la plegaria y la oración, resulta natural que esté aquí. Acercó un dedo a mis labios. Sus ojos me interrogan. Asiento. Se vuelve hacia Gemila, levanta el dedo anular y comienza a cantar nuestro salmo con su potente y recia voz.

Con la sangre de mi dedo, trazo la palabra Elohim a lo largo de la línea del destino en la frente de la joven en *ketav einayim*, escritura angelical, una versión que aprendí de mi tío. La cabeza cae hacia atrás como si le hubieran roto el cuello. Pone los ojos en blanco. Sin darle tiempo a que se duerma, le tapo la nariz con el pulgar y el índice. «¡Yo te ordeno, en nombre del Dios de Israel, que abandones este cuerpo judío y lo dejes libre!». En arameo, grito una secuencia de nombres sagrados. Arranco el demonio de su interior. Ella chilla. La sangre le mana de la nariz. Se desploma hacia delante, y al mismo tiempo lucha por respirar. Le limpio el rostro con la manga.

—Estás libre —le susurro—. El demonio se ha marchado.

Intenta responderme pero pierde el conocimiento.

Fray Carlos y yo compartimos la vigilia con la señora Faiam y Bento. Gemila ya no sangra por la nariz. La hemos lavado con agua caliente y jabón. Su marido la ha puesto en la cama como si fuera una recién nacida. El pulso es lento y regular, y las mejillas han recuperado el color. El montículo que respira sobre las mantas a sus pies es *Belo* que le hace compañía. Fray Carlos, sentado en una silla, recita una plegaria en voz baja. Cuando me enfrento a la posibilidad de otra muerte, le susurro:

—¿Y Judá? —Él mueve la cabeza y hace una mueca.

—No sé dónde está. Cuando ella se despierte, hablaremos de la última vez que le vi. —Cierra los ojos, y las lágrimas perlan sus pestañas.

Por la desaparición de mi hermano pequeño y las palabras tentadoras del demonio me entra un sudor frío. Me siento en el rincón este de la habitación, y recito la Torá como un mapa que puede llevarnos a Gemila y a mí de vuelta a Dios. Después de un rato, fray Carlos abre los postigos de una ventana que da a occidente. El cielo resplandece con una luz que se apaga. El sol, que desaparece debajo del horizonte, parece buscar un escondite permanente.

Es casi medianoche cuando Gemila se despierta. Se sienta en la cama, y contempla con una benevolencia maternal a Menachim que duerme a su lado. Se sobresalta al verme.

—¿Beri, que estás haciendo aquí? —pregunta.

—¿No lo recuerdas? —replico.

—No. ¿A qué te refieres?

Un eclipse parece cernirse sobre mi corazón; el conocimiento que tenía el demonio de la identidad del asesino ha desaparecido. La señora Faiam se acerca corriendo a la cama.

—Un sueño del Otro Lado, cariño —le explica, acariciando la mejilla de Gemila—. Tenías una pesadilla y le pedí a Beri que viniera.

—Sí —dice Gemila, con una mirada distante—. Un sueño.

—Ahora, ya no importa —afirma Bento, y le besa las manos.

—Pero tú estabas en el sueño —dice Gemila, mirándome—. Me arrastraba un río de sangre. Como el Nilo después de que Moisés tocó sus... Era frío, muy frío. —Habla lentamente, como si volviera a entrar en la pesadilla—. Tu tío y tú estabais en la orilla y me llamabais. Pero ambos erais pájaros. Ibis, después graznabas con fiereza. Batías las alas. Me vi atrapada en la corriente que me estrellaba contra las rocas. Y entonces yo también era un ibis. Volaba hacia la orilla hasta estar en tus brazos. —Sale del recuerdo. Se encoge de hombros y me sonrío como si pidiera disculpas—. Ya está. Es todo lo que recuerdo.

—Lo importante es que ya ha pasado —afirmo.

—Nunca podré pagarte lo que has hecho —manifiesta la señora Faiam. Me besa las manos.

—Ya me habéis pagado —respondo. Pero mis palabras son falsas, y suenan como un eco lejano. La caverna de la muerte de mi tío se abre ante mis ojos. Cada paso que dé a partir de ahora será un descenso.

—Ven, ahora debemos hablar de Judá —dice fray Carlos, y me coge por un brazo. ¿Siente alivio porque la muchacha no le nombró como el asesino?

—Sí, hablemos —replico con un tono seco.

Gemila me llama cuando estamos a punto de salir.

—Beri, vi otra cosa en mi sueño. Una criatura blanca con cara humana. Quizá, con una parte de buitre. Pero con dos bocas, la de abajo bien cerrada y manchada de sangre. Creo que se parecía al demonio Maimón. Cuando tú me llamabas desde la playa, él os estaba destrozando con las garras. Baraquías, Maimón salió de tu casa por la entrada de la tienda. Yo no estaba en el río. Espiaba la calle de la Sinagoga por encima de mi pared. Los adoquines aparecían cubiertos de sangre, y yo maldecía a Dios por haberlo permitido.

Capítulo XIV

Fray Carlos y yo conversamos ante la casa de la señora Faiam. Los recientes pecados de Lisboa yacen dormidos por ahora, velados por la gracia oscura de la séptima noche de *Pesaj*. Necesitado de calor humano, pero poco dispuesto a desvelar mi vulnerabilidad a un hombre que quizás ayudó a asesinar a mi tío, le tiro de una de las mangas acampanadas de su larga sotana y le digo:

—Háblame de Judá. Necesito saberlo todo.

—Le cogió un grupo de cristianos viejos. El domingo.

—¿Hay alguna posibilidad de que esté a salvo, de que esté con vida?

—Me gustaría creerlo. Pero... —El fraile junta las manos como hacen los cristianos cuando rezan—. Lo llevé a San Pedro cuando comenzó la matanza. Nos escondimos juntos, abajo en la cripta. Tú estuviste allí. Es donde guardan las reliquias. Había muchos cristianos nuevos. Pero vinieron unos hombres y comenzaron... —Fray Carlos hace una mueca, y su voz que vibra como una llama zarandeada por el viento, se apaga en un soplo de horror. Me coge de las manos, apoya mis dedos contra sus ojos, inhala como si bañara su alma en el vivificante aroma del mirto. Me suelta las manos—. El chico y yo nos escapamos por la salida que da al patio, y nos dirigimos hacia el Tajo —añade—. Moisés Jagos y su familia se unieron a nosotros. Moisés tenía la intención de alquilar una barca para cruzar el río y llegar a Barreiro. Sacó los soberanos de oro que guardaba en el forro de la gorra. Un barquero aceptó llevarnos, pero en el momento en que embarcábamos, llegaron más cristianos. Se llevaron a Judá y a los demás. Intenté luchar. Tienes que creerme. Me arrojaron al río. Cuando por fin... —Se encoge, se abraza como si sintiera un frío tremendo.

—Sólo dime dónde se llevaron a mi hermano —grito, sacudiéndole—. ¿Se lo llevaron a las hogueras del Rossio?

—No lo sé. Dios mío, no tengo la menor idea. Primero fueron hacia el palacio Ribeira. Los perseguí. Estaba dispuesto a rescatar a Judá a cualquier precio. Aquel niño... aquel hermoso niño. Baraquías, tu hermoso hermano... ¿Conoces la taberna de los barqueros pasada la iglesia de la Misericordia? Allí los encontré. Judá me vio. Sonrió y me sacó la lengua como si esperara un regalo. ¿Te lo puedes creer? ¿En qué estaría pensando? Me enfrenté al dominico que los mandaba. «Has cogido por error a un cristiano viejo», le dije. Señalé a Judá. «Ese chico. Es mi pupilo. No es judío». «Dios no comete errores», me respondió el fraile. Este cristiano viejo era como Herodes. Estaba imbuido de una especie de poder lunático. Ordenó que desnudaran a Judá. Los hombres se echaron a reír al ver el sexo circuncidado del niño. Pero él no lloraba. Tenía el mismo aspecto de tu tío. Me miraba detrás de un voto de silencio, como si dijera que todo iba de acuerdo con lo planeado. El maestro Abraham y Judá.

No lo entiendo. —Fray Carlos jadea, se vuelve hacia un recuerdo que le corta la respiración.

—Entonces sabes lo de mi tío. ¿Cómo?

—Cinfa me lo contó antes de ir a la casa de la señora Faiam. Ella me habló del asesinato, mencionó lo que estabas haciendo. —Se acerca a mí para decir con un tono conspirador—: Me violaron, Baraquías. Estaban borrachos. Me sujetaron contra las piedras de la ribera mientras ellos... Eran risas insoportables. Cuando pude ponerme de pie, corrí al Rossio. Pero no encontré a Judá por ninguna parte.

—¿Por qué no viniste a vernos antes?

—Tenía miedo. Estaba herido. Me dolían los huesos..., el olor a vino de aquellos hombres..., el humo. Corrí a buscar refugio en el monasterio de las carmelitas. Baraquías, no soy un hombre valiente. Mira estos hábitos, estos ídolos. —Coge el crucifijo que lleva sobre el pecho, y tira de él hasta que rompe el broche—. ¡Mira esta madera traidora que me quema! —Sus manos como garras separan el Nazareno de la cruz. Se oye un chasquido. Jesús, contorsionado y rígido, cae sobre los adoquines como un judío lisiado. Fray Carlos gruñe como un animal. Arroja la cruz desnuda contra la pared encalada de mi casa. Más tranquilo, mira los tejados por encima de nuestras cabezas, y el espejo negro del río que está abajo. Susurra—: El lunes salí a buscarle. Hasta me metí en la cueva del león de Santo Domingo. Baraquías, por primera vez en nueve años no tuve miedo de los cristianos. Quizás eso es lo que sintió Judá. Pero, ¿cómo? Un niño no puede sentir esas cosas. Incluso llegué a pensar que había regresado aquí sin más. Que de alguna manera...

La esperanza es algo extraño; desafía todas las posibilidades. Mientras fray Carlos continúa hablando, comienzo a pensar: «Entonces todavía no es seguro que Judá esté muerto. Está escondido en alguna parte, protegido en algún rincón».

—¿Por qué debo creer lo que me dices? —pregunto.

—¿De qué estás hablando?

—¿Tienes alguna prueba que demuestre dónde has estado estos días?

—¿Quieres decir que sospechas de mí?

—Sospecho de todos hasta que llegue el Mesías —respondo.

El fraile suspira como si aceptara una verdad que desde hace tiempo se niega a admitir.

—Puedes preguntarle a las monjas carmelitas.

Decido ponerle a prueba señalando a Simón como presunto culpable.

—Encontramos una hebra de seda enganchada en la uña del dedo pulgar de mi tío. Negra, como un filamento de uno de los guantes de Simón.

—¿Simón? ¿Quieres decir que...?

—Sí. ¿Por qué no podría ser él?

—Querido Baraquías, creo que tantas muertes te hacen pensar de izquierda a derecha. Simón amaba a tu tío. Nunca hubiera levantado una mano con la intención de hacerle daño.

—Quizá mantuvieran una agria discusión en el grupo de iniciados —replico. El fraile descarta la sugerencia con un ademán.

—Una discusión sobre el Talmud o la Torá puede llevarte por el camino de las palabras incendiarias, pero nunca te conducirá a la sangre. Ya tendrías que saberlo.

Ha superado la pequeña prueba. Pero si sospecha que sé que la hebra la dejaron intencionadamente, ¿no sería ésta la reacción lógica?

—¿Le has hablado a mi madre de todo esto de Judá?

—Sí. Por ahora está tranquila. Cinfa le hace compañía. Cuando la muchacha me dijo que estabas luchando contra un *ibbur* en casa de la señora Faiam, pensé que podrías necesitar ayuda. —Fray Carlos agacha la cabeza—, Baraquías, ¿sabes quién ha muerto?

No puedo impedir una risa absurda.

—Fray Carlos, no dejas nunca de asombrarme. En este momento preguntar quién no está muerto sería muchísimo más sencillo.

—Don Juan de Mascarenhas —dice.

—Sí, por supuesto. —Don Juan, encargado del puerto y de la casa de aduanas del rey, es el cortesano judío que pagó el rescate en oro para sacar a Reza de la prisión de Limosnero el domingo pasado. Los cristianos viejos siempre han detestado el hecho de que un cristiano nuevo se haga rico cobrándoles impuestos por sus mercaderías, por eso era el más odiado de nuestros compatriotas—. ¿Cómo ocurrió?

—¿Cómo ocurrió? Pues como con todos los demás. La chusma se presentó en su casa. Tiraron abajo las verjas. El escapó por los tejados de la Pequeña Jerusalén. Imagínatelo, huyendo como un vulgar judío. Obligado a escapar...

—¡Fray Carlos, no puedo creer que no lo entiendas! —grito—. Para ellos todos tenemos cuernos y rabos. Hasta el último de nosotros. ¡Da lo mismo que adobemos con pan de oro la sopa o sólo con yema de huevo!

Una plegaria por el alma de Don Juan une nuestras voces.

—Ya está bien por hoy de obligaciones religiosas —digo—. Pasemos a las preguntas. Primero, ¿conoces la identidad de los que ayudaban a mi tío a sacar de contrabando los libros hebreos de Portugal?

Fray Carlos menea la cabeza.

—¿No tienes la menor idea? —insisto.

—Claro que no. A menos que sea alguno de los otros miembros del círculo de iniciados. El maestro Abraham decía que era mejor que nadie más lo supiera. Por si acaso nos pillaban.

—Entonces eso quiere decir que sólo queda Diego. Simón y Sansón están muertos. ¿Mi tío mencionó...?

—¿Muertos? —me interrumpe fray Carlos—. ¡Pero si acabas de decir que sospechabas de Simón!

—No, están muertos. Sólo te estaba poniendo a prueba.

—Baraquéas, necesito saberlo todo sin tapujos. ¿Mis hermanos de la Cábala están vivos o muertos? ¡Dime la verdad!

—El casero de Simón dijo que la multitud se lo llevó y lo convirtieron en cenizas. El suegro de Sansón me contó que él había visto cómo los cristianos viejos lo capturaban. —Fray Carlos deja caer los hombros. Levanta las manos y se frota los ojos—. ¿Mi tío no te habló nunca de Amán? ¿Nunca te mencionó algo extraño sobre Diego?

—¿Diego?, ¡imposible! —exclama—. ¿Crees que él pudo estar involucrado en la muerte de tu tío?

—A mi tío lo mataron con un cuchillo de *shohet*. Lo hizo alguien que conocía la ubicación de la trampilla y la *genizá*. Sólo puede tratarse de un miembro del grupo de iniciados, o uno de los contrabandistas secretos de mi tío, si aceptamos que mi tío lo hizo depositario de su secreto.

—¿A qué viene eso de Amán? —pregunta el fraile.

—Robaron el último Hagadá de mi tío. Creo que para el dibujo del rostro de Amán tomó como modelo al contrabandista que le traicionaba, o de quien sospechaba una traición.

—A mí no me comentó nada —manifiesta fray Carlos.

—¿Últimamente se quejó de alguien?

—No, de nadie.

—¿Diego estaba totalmente introducido en el grupo de estudio?

—¿Quieres saber si él conocía la existencia de la *genizá*?

—Sí, y el pasaje secreto desde el sótano al *micvá*.

—¿Lo has descubierto? ¿Cómo? ¿O ya lo sabías de antes?

—Es una historia demasiado larga de explicar, fray Carlos. Otra muerte me condujo a ese descubrimiento. Sólo dime si Diego lo sabía —le suplico.

—No, que yo sepa —responde.

—¿Y la *genizá*?

—No. El maestro Abraham dejó bien claro que no debíamos mencionar ninguno de estos asuntos cuando él estuviera presente.

Eso nos llevaba prácticamente a pensar que era imposible que Diego hubiera empuñado el cuchillo de *shohet*. Por lo tanto, si fray Carlos decía la verdad, todos los integrantes del grupo de iniciados eran inocentes. El asesino sólo podía ser uno o más de los contrabandistas secretos.

—¿Utilizabais el pasaje secreto muy a menudo?

—Casi nunca —contesta el fraile.

—Bien —afirmo.

—¿Por qué bien?

—Eso podría explicar por qué el asesino desconocía de antemano que no había espacio suficiente. El túnel se hace angosto. A duras penas conseguí pasar yo. Otra persona más grande... Por lo tanto, se vio obligado a regresar al sótano y cuando me

oyó llamar desde la cocina, se escondió en la *genizá*. Luego, aprovechó el momento en que salí al patio a buscar los clavos que necesitaba para cerrar la trampilla, para subir las escaleras y abandonar la casa por la tienda. Gemila le vio en la calle de la Sinagoga, maldijo a Dios y, en consecuencia, permitió que el *ibbur* la poseyera. El asesino debía tener una apariencia demoníaca. Ella lo llamó... «Maimón blanco de dos bocas». Probablemente tuviera una complexión muy clara, fuera encapuchado o llevara sombrero de ala ancha y Gemila confundió el barboquejo con otra boca. — Sujeto al fraile por un hombro—. Fray Carlos, necesito revisar la correspondencia de mi tío para ver si menciona a algún contrabandista. Además, hay un dibujo que quiero enseñarte, de un chico que intentó vender el Hagadá robado. Pero necesitamos más luz. —Me dispongo a enfilar la calle hacia nuestra puerta, pero fray Carlos me coge por un brazo.

—¿Quién crees tú que pueda tener el coraje para contrabandear los libros con tu tío?

—No lo sé. Pero lo más probable es que le conozcamos. Quizás incluso fingían una enemistad.

No hago más que decirlo, cuando se me ocurre una idea perversa. Aparte del rey Manuel y de algunos clérigos cristianos, ¿a quién despreciaba mi tío más que a nadie en el mundo? ¿Al muy querido y viejo rabino Losa? Pero ¿y si el antagonismo no era más que una farsa? Losa, gracias a su próspero negocio como proveedor oficial de prendas para clérigos, podía viajar a cualquier parte y, por lo tanto, llevarse los manuscritos hebreos a lugar seguro.

—¿Mi tío mencionaba alguna vez al rabino Losa en los encuentros del grupo de estudios?

—Muy de tarde en tarde, y siempre con desprecio.

—Fray Carlos, ¿podrías venir conmigo ahora a casa de Losa? La correspondencia puede esperar de momento. Por no sé qué razón perversa que no consigo adivinar, siempre le has caído bien al rabino, y necesito hablar con él cuanto antes. Es urgente.

—Le caigo bien porque tengo tanto miedo como él —señala fray Carlos—. A veces disfrutamos temblando juntos. —Mientras caminamos hacia la casa del rabino, añade con voz temerosa—: Entonces, ¿me perdonas?

—¿Perdonarte?

—Por no proteger a Judá. Necesito saberlo.

—Por supuesto que te perdono. Tú eres tan víctima como... Escucha, fray Carlos, ya no estoy seguro de seguir siendo judío, pero tampoco soy un inquisidor cristiano.

—¿Que no eres judío? ¡Baraquéas, tienes que creer en algo!

—¿De veras? ¿Crees que lo necesito?

—Desde luego.

Me detengo. Desde lo más profundo de mi vientre hasta mi pecho aspiro los olores nocturnos de la espesura que rodea este lamentable asentamiento llamado Lisboa.

—Respira esta oscuridad, fray Carlos. Hay algo nuevo entre el olor de la mierda, el humo y el bosque. Se está formando un nuevo paisaje, una campiña secular que nos protegerá de las costas ardientes de la religión. Hasta el momento sólo tenemos una bocanada. Pero se aproxima, y no hay nada que puedan hacer los cristianos viejos para impedirle que nos sirva de refugio.

—Dime, por favor, Baraquías —responde fray Carlos en un tono oratorio y escéptico—, ¿qué tendrá este nuevo paisaje como base si no es la religión?

—No tengo ni la menor idea, fray Carlos. El paisaje todavía no se ha condensado. Habrá místicos y escépticos, de eso no me cabe la menor duda. Pero ni los curas, ni los frailes, ni los diáconos, ni los obispos y ni siquiera los papas, encontrarán allí un hogar. Si se les ocurre poner un pie en nuestra tierra, los echaremos de una patada en el culo. Tampoco habrá rabinos doctores. ¡En el momento en que se te ocurra desplegar el pergamino con los mandamientos, te cortaremos el cuello!

—Tendrías que implorar el perdón de Dios por decir esas cosas —me advierte fray Carlos.

—A otro perro con ese hueso ¡Se acabó el implorar! Mi Dios no dispensa perdones ni castigos.

—¿*Ein Sof*? —pregunta el fraile, refiriéndose al concepto cabalista de un dios desconocido sin ningún atributo reconocible. Cuando asiento, añade—: Hay poco consuelo en un dios que está más allá de todo.

—Ah, el consuelo. Para eso, mi querido amigo, tendré a una esposa con quien yacer por las noches e hijos a los que abrazar, no a un dios. Te puedes quedar con el Señor escrito en las páginas del Antiguo y el Nuevo Testamento. Yo me quedaré con el que no está escrito.

Fray Carlos menea la cabeza como aquel que me abandona a un mundo que él nunca entenderá. Cuando llegamos a la casa del rabino Losa, me quedo esperando a la vuelta de la esquina. En respuesta a las llamadas del sacerdote, Ester María, la hija adolescente de Losa, abre la ventana de la planta alta y asoma la cabeza, apartando los mechones de pelo de los ojos somnolientos.

—Lamento despertarte. ¿Tu padre está en casa? —pregunta fray Carlos.

—No está —responde la muchacha.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Le dirás que quiero hablar con él? Estaré en casa de Pedro Zarco o en la iglesia de San Pedro. Dile que venga lo más pronto posible. No importa si tiene que despertarnos. Y dile que no pretendemos hacerle ningún daño.

La muchacha asiente. El fraile y yo volvemos a casa y nos sentamos en el patio. La culpa de estar vivos nos invade como una mórbida melodía. Entro en la casa a buscar una lámpara, vuelvo al patio, despliego mi dibujo del chiquillo que intentó venderle el último Hagadá de mi tío a la señora Tamara. Sostengo en alto la lámpara para que la luz caiga sobre el dibujo. Pregunto:

—¿Le has visto antes?

Fray Carlos coge el dibujo y lo sostiene delante de los ojos.

—No —responde. Mientras recupero mi dibujo, me pregunta con tono de súplica—. ¿Puedo quedarme aquí hasta mañana? No debo quedarme solo.

—No tenemos otra elección —respondo—. Ni se te ocurra acercarte a tu casa ni tampoco a San Pedro. El asesino ha enviado a un matón, a un rubio del norte, para matar a Diego. Quizá tenga la orden de matarte a ti también.

—¿A mí? —El fraile se estremece y sus ojos perezosos se abren como si hubiese comido veneno—. Entonces, quizás eso explicaría... —Saca de su capa un trozo cuadrado de pergamino con borlas cosidas en las esquinas como un *tzitzit*. Parece un juguete infantil. Me lo entrega—. ¡Lee!

En el pergamino han dibujado la burda silueta de un hombre con minúsculas letras hebreas; cada carácter no es más grande que una hormiga. Escrito en una curiosa mezcla de hebreo y portugués, se leen las palabras del libro de Job: «Abandona sus huevos en la tierra y los deja que se calienten en la arena, sin pensar que un pie puede romperlos, o aplastarlos un animal salvaje».

—¿Cuándo lo recibiste? —pregunto.

—El viernes pasado. Lo habían pasado por debajo de la puerta de mi casa. Al principio, creí que era de tu tío. Pensé que intentaba asustarme y así conseguir que le entregara el libro que quería. —Fray Carlos sonríe y continúa—: Después, pensé que quizá fuera cosa tuya.

—¿Y ahora que tu mente ha regresado a casa para descansar de su errante viaje? —pregunto con ironía.

—Ahora no lo sé. Pero si alguien mató a tu tío y ahora quiere matarme a mí... Quizás este talismán sea de él. ¿Es posible que mi libro tenga algo que ver en la muerte de tu tío? Tal vez es más valioso de lo que creemos.

—¿Puedes traérmelo?

—No. Está en mi casa. Si por una de esas casualidades el norteamericano... Ben, era mi última página de judaísmo. Lo guardé porque debía hacerlo. Tu tío me pedía que no guardara nada de lo que había sido.

—Está bien, fray Carlos. ¿Tienes alguna idea de por qué podría ser tan valioso?

—Hay otras copias disponibles —contesta, moviendo la cabeza—. No es un ejemplar único.

—¿Está anotado en los márgenes?

—No. Quizá la persona que sacaba los libros de contrabando con tu tío decidió sin más que lo quería para él, que no quería sacarlo del país.

—Eso no parece sensato. Después de haber pasado cien o más libros valiosos por la frontera, no hay ninguna razón lógica para que el contrabandista se vuelva repentinamente contra mi tío sólo por tu manuscrito. No sólo eso. En la *genizá* hay varios manuscritos preciosos que el asesino descartó para llevarse el Hagadá de mi tío. —Sostengo en alto el talismán para observarlo detenidamente. Veo que la palabra

ama está mal escrita—. Esto ha sido escrito deprisa, probablemente a escondidas —comento—. Por alguien sin una educación completa en la Torá, y sin la preparación formal de un escriba. Sin embargo, la tinta es muy buena. Diría que es un escriba aficionado que tiene acceso a lo mejor. Diestro, desde luego, por la inclinación de los caracteres. En cuanto al pergamino... —Lo huelo, paso los dedos por los pliegues—. Es antiguo. Huele a cedro. Quizá lo tenían guardado en un cajón. Si queremos averiguar algo más, necesitaremos la ayuda de Farid. Tal vez incluso la tinta tenga un olor característico. —Miro a fray Carlos—. El creador de este talismán es alguien que pretende asustarte. Pero si quiere matarte, no se hubiera tomado la molestia de enviarte este aviso. ¿Puedo quedármelo?

—Mantenlo alejado de mí —contesta. Echa la cabeza hacia atrás, y bosteza—. Algunas veces creo que sería capaz de dormir un par de siglos seguidos.

—Escucha, fray Carlos, puedes usar mi cama. Coge otra manta de mi baúl si la necesitas.

—El patio está bien.

—Tu sacrificio no hará que nadie vuelva.

—Beri, necesito ver el cielo, las estrellas. Deja que me siente aquí. Dormiré cuando Dios me conceda su gracia.

Me encojo de hombros, y le deseo que duerma bien. De camino al sótano, veo a mi madre en el dormitorio, una sombra que vigila a Farid. Me acerco, y la encuentro abrazando contra su pecho un talismán de pergamino con la forma de una *magreifa*, la mítica flauta de diez agujeros. Nos miramos el uno al otro sin decirnos nada, más allá de las palabras. Con el mismo pensamiento dirigimos nuestras miradas a Farid. Ahora respira con fluidez, como si reentrara en nuestro mundo. ¿Se ha realizado un intercambio? ¿Farid por Judá? ¿Es por eso por lo que mi madre no deja de mirarle ni por un instante?

—Gracias por darle tu cama y por cuidarle —le digo en un susurro.

Mi madre me coge la mano, la aprieta. El olor del beleño se le pega a la piel.

—Si al menos fuera uno de nosotros —dice con voz lastimera.

—Eso ya no importa —replico.

—Te equivocas, Baraquías. Importa más que nunca.

Parecemos especímenes de razas diferentes. Le beso el cuello, y bajo al sótano. Pero casi no hay nada en la correspondencia de mi tío que me infunda esperanza. Sólo dos cartas resultan prometedoras, ambas de la misma persona. La primera lleva fecha del tres de *Shevat* de este año y está escrita en árabe. Mi tío debió recibirla poco antes de su muerte. Está firmada con unos trazos muy adornados que reproducen la forma de un *menorá*. Consigo descubrir —porque a la generación mayor de los cabalistas les encanta confundir al lector ocasional— el nombre del remitente; es *Tu Bisvat*. Desde luego, sólo es un seudónimo. *Tu Bisvat* es el nombre de una festividad judía que nuestros místicos asocian con el árbol de la vida y ciertas reparaciones hechas aquí y en los Reinos Superiores de Dios.

Lamentablemente, mi dominio del árabe no está a la altura del florido estilo del remitente. Sin embargo, no hay duda de que el autor hace al menos una referencia a *lasafira* que mi tío le enviaba.

La segunda carta data de hace casi exactamente un año, y también está en árabe. No consigo descifrar nada que tenga sentido. Si me viera forzado a traducirla, diría que mi tío estaba negociando la compra de «un azulejo para decorar el centro de una puesta de sol».

Necesitaré la ayuda de Farid para quitar las tupidas y enmarañadas ramas del código árabe de las dos cartas.

Antes de cerrar la *genizá*, repaso toda la correspondencia una vez más, para comparar la escritura con la del talismán de fray Carlos. No hay ninguna semejante.

Arriba, encuentro a Farid roncando. La frente ya no le arde. Aunque me siento tentado, no lo despierto; es su primer sueño profundo en varios días. Me siento en la cocina a esperar que despierte. Tengo las cartas de *Tu Bisvat* bien guardadas en la bolsa. Echo unos pellizcos de canela en los rescoldos del hogar. Una lluvia de chispas brilla en el aire como estrellas fugaces. Me doy cuenta de que estoy cubierto de mugre y sudor, pero el olor me reconforta. Me parece un olor judío, como si hubiera decidido instalarme permanentemente en la pena, como si la venganza —una vez que encuentre al asesino de mi tío— aumentara este olor almizclado para convertirlo en algo divino.

El olor a agua salobre me despierta con las primeras luces del alba del viernes. Grandes trozos de bacalao salado se remojan en un caldero lleno de agua junto a mi cabeza. Los gallos anuncian el día. Cinfa y fray Carlos preparan una infusión de verbena.

Es el séptimo día de *Pesaj*, y con la llegada de la noche acabará el último día de las fiestas. El miedo a que se me agote el tiempo para atrapar al asesino me despeja en el acto. Cinfa me mira con una expresión placentera.

—Mamá dice que una persona puede vivir como un rey sólo con huevos y bacalao —comenta. La súplica en sus ojos quiere que le confirme sus fantasías de felicidad.

Pero me siento aplastado, tengo sensación de agobio. La casa es una cárcel; Cinfa y fray Carlos unos profetas de la supervivencia poco creíbles. Me levanto de un salto.

—El rabino Losa no ha venido, ¿verdad?

—Todavía no —responde el fraile.

—¿Cómo está Farid?

—Continúa roncando.

—¡Ya ha dormido bastante! Voy a despertarlo. —En el momento que doy un paso, Cinfa corre hacia mí, y se aprieta cariñosamente contra mi pecho.

—¡Por favor, no vuelvas a salir! Hoy te ocurrirá algo terrible. ¡Lo presiento!

Tendría que sentirme conmovido, pero sólo quiero que la muchacha se aparte de mí. La encamino otra vez al hogar.

—No me pasará nada —le digo en voz baja—. Te prometo que nunca más permitiré que un cristiano viejo me haga daño.

Veo en su expresión vaga que ha perdido esa apariencia de fortaleza que la protegía de la aflicción. Sostengo su mano mientras los tres rezamos las oraciones de la mañana. Después, fray Carlos me dice:

—Vuelvo a la iglesia de Santo Domingo a ver si averiguo algo de Judá.

—Desiste, Carlos —le aconsejo—. Si está vivo, conseguirá regresar. No te dirán nada. Para ellos no es más que otro poco de humo judío.

—No, debo ir.

—Pero es peligroso. El hombre del norte puede estar esperándote.

—Si me espera será en casa. Saldré a la calle de la Sinagoga por la puerta de la tienda y seguiré la orilla del río. No me pasará nada. —Fray Carlos hace un gesto como si necesitara mi aprobación. Por lo visto, por fin el coraje ha bendecido al fraile.

—Muy bien —digo con un gesto de asentimiento.

El fraile se despide con un ademán y se va arrastrando los pies.

—Permíteme que vaya un momento a ver a Farid —digo cuando Cinfa y yo nos quedamos solos—. Después volveré aquí contigo.

El rostro de mi hermana enrojece y se abotarga. Me mira dispuesta a echarse a llorar. Le tiendo una mano, pero ella se aparta y sale corriendo de la cocina.

Farid todavía duerme, pero el color anima su rostro. La piel de los brazos y las piernas ha recuperado la elasticidad y la temperatura es normal. Los talismanes de mi madre cuelgan sobre él como absurdas confirmaciones de su salud. Consciente de que los ángeles se han alejado, la gratitud trae lágrimas a mis ojos, y me impulsa hacia la ventana para darle las gracias a Dios. *Belo*, con las orejas erguidas, mira por encima de la tapia de la casa de la señora Faiam, firmemente apoyado con su única pata delantera. «Benditos sean los hombres y las mujeres, los niños y los perros —pienso—. Con tanta belleza en el mundo, ¿la existencia de un Dios personal tiene tanta importancia? ¿Por qué no podemos estar satisfechos con lo que tenemos?». Bajo los ojos y descubro que el Nazareno de fray Carlos, arrancado de la cruz, todavía yace sobre los adoquines. La imagen y yo compartimos preguntas dirigidas a un futuro impenetrable. Farid se despierta y golpea dos veces en el cabezal de la cama para llamar mi atención.

—¿Averiguaste algo sobre mi padre? —gesticula.

—Nada. Lo siento. Espera un segundo. —Voy a mi habitación, recojo las sandalias de su padre, me arrodillo junto a mi amigo y se las ofrezco—. No me pareció prudente enseñártelas antes, mientras estabas tan... El hombre de la mezquita dijo que tu padre se marchó tan deprisa después de que comenzaran los tumultos que se las olvidó.

Farid cierra los ojos con fuerza, cuando coge las sandalias. Sus pulgares recorren las correas, y huele el cuero. Al oler a Samir, su boca se abre en un grito mudo, su rostro parece desarmarse. Los tendones del cuello se tensan hacia el juicio de la cólera de Dios. Comienza a gemir. Le sujeto las manos e intento rescatarle con la fuerza de mi amor.

Poco a poco, los dolores de Farid se apaciguan. Cuando se levanta apoyado en un codo y se enjuga las lágrimas con la sábana, yo me limito a hacer un gesto para decirle:

—Lo siento. —El asiente y se limpia los mocos en la manga. Me siento a su lado —. Tuviste disentería. Con tanto revuelo, casi erré en el diagnóstico. Creo que la culpa la tuvo el arroz que compraste mientras regresábamos a Lisboa el lunes.

Se pasa la mano por los labios para darme las gracias y luego la abre al tiempo que la eleva para agradecer la generosidad de Alá. Los movimientos son fuertes, apoyados por la fe recuperada. La envidia por su fe en un Dios benevolente me obliga a levantarme.

—¿Qué día es hoy? —pregunta.

—Viernes.

—Nos acercamos al *sabat*. —Menea la cabeza e inspira con fuerza como si llamara a las energías dormidas de su cuerpo—. ¿Qué más has averiguado hasta ahora sobre el asesinato de tu tío?

Se lo explico, después le enseño el dibujo del mocoso que intentó vender el Hagadá de mi tío, y a continuación le entrego las cartas de *Tu Bisvat*.

—Ahora tenemos algo —gesticula mientras echa una ojeada a la primera carta, y traduce la importante información que contiene con rítmica facilidad—: «He esperado a escribirte, maestro Abraham, en la confianza de que llegarían mássafiras. Pero como últimamente no ha llegado nada, he comenzado a preguntarme: ¿Le habrá pasado algo a nuestro Zorobabel? ¿O quizás está enfermo? Por favor, escíbeme. Comienzo a preocuparme».

Hay un momento en que el mundo en miniatura de un manuscrito se convierte en real, cuando los contornos de las manos de un profeta o el brillo de los ojos de una heroína resplandecen una vez más en el interior del presente eterno que es la Torá. Ahora se apodera de mí una sensación similar de inmovilidad del tiempo, y vuelvo la mirada hacia el interior. Una vereda se abre ante mí. Parte de Lisboa y a través de España e Italia conduce a Oriente. Mi tío camina por la vereda cargado con sus queridos manuscritos. Sonríe con la alegría de quien lleva regalos.

Estas imágenes entran en mí porque esta carta deja claro que el camino de los libros de contrabando de mi tío conduce a Constantinopla. Su cómplice en la capital turca, *Tu Bisvat*, no había recibido los envíos en las fechas prometidas, y le preocupa la posibilidad de que mi tío hubiera sufrido algún percance. Esta noticia debió alertarle sobre la posibilidad de que uno o más de sus correos le estaban traicionando. Probablemente, mi maestro se guardó esta información hasta asegurarse de la

identidad del criminal. Mientras tanto, fue a ver a don Miguel Ribeiro con la intención de reclutar un nuevo cómplice que pasara los manuscritos a través de las fronteras de Portugal con relativa facilidad. El noble rehusó participar y mi tío le escribió a Sansón Tijolo, quien, con su negocio de vinos, podía conseguir un permiso para viajar al extranjero.

En cuanto a Zorobabel es un personaje del libro de Esdras. Fue bajo su liderazgo cuando se reconstruyó el templo de Salomón durante el reinado del rey Darío de Persia. Pero, ¿quién era él en este contexto? ¿El nombre en clave del hombre que llevaba de contrabando los manuscritos de mi tío a Constantinopla?

En la segunda carta de *Tu Bisvat*, el autor hacía una referencia a un *zulecha*, azulejo, que estaba dispuesto a comprar para mi tío en Constantinopla.

—No lo entiendo —le señalo a Farid.

—En este contexto —gesticula—, creo que es una velada referencia a una construcción. Quizá tu tío estaba negociando una compra en el lado europeo del Bósforo, el lado de la puesta de sol de Constantinopla.

Capítulo XV

—Así que mi tío planeaba marcharse desde hacía tiempo, y esperaba tener acabadas las negociaciones antes de hablarnos de Constantinopla —le digo por señas a Farid—. Imagínate, Bizancio. Una tierra musulmana. Si al menos lo hubiera hablado conmigo, estoy seguro de que habríamos podido trabajar más para reunir el dinero. Pero quizá tenía miedo de que le detuvieran y comprometer... —Dejo de gesticular porque oigo la voz de mi tía Ester que me llama desde la cocina—. ¡Dios mío, el alma ha regresado a su cuerpo! —Farid lee mis labios.

—¡Ve con ella! —señala con urgencia—. ¡Acompáñala! ¡Quizá te necesite para que la ayudes a regresar del todo a nuestro mundo!

Entro corriendo en la cocina. Mi tía no está sola. Sujeta a Cinfa delante de ella como un escudo humano. Un anciano está con tía Ester. Es delgado y alto, muy pálido, el pelo y las cejas blancas. Parece un hombre hecho de nieve. Tía Ester me mira con expresión grave.

—Quizá recuerdas a Alfonso Verdinho —dice—. Perteneció al círculo de iniciados de tu tío.

O *Sinistro*, el hombre del lado izquierdo. Así lo llamábamos con un cierto afecto ambiguo. Era un juego de palabras tomado del italiano que hacía referencia a la zurdera de don Alfonso y lo horrible del otro mundo. A mi tío le hacía gracia porque lo consideraba una curiosidad, comentaba que él leía la Tora como si estuviera pegada con cola de pescado; una consecuencia de ascetismo no comprometido que había aprendido cuando estudiaba con los sufíes en Persia. ¿Dónde se ha ido todo aquello? Ahora que sé su identidad, me parece más viejo y arrugado, como si le hubieran tenido encerrado sin comer en una mazmorra. En las axilas de la arrugada camisa blanca se ven las manchas amarillas del sudor. Lleva una capa negra raída con ribetes de seda azul sobre el brazo. Cruzamos una mirada, él mueve los labios. Ninguno de los dos hace el menor gesto de saludo.

—Te acuerdas de Alfonso, ¿verdad? —insiste tía Ester—. Era un chiquillo cuando...

—Le recuerdo —respondo escuetamente. La sensación de un desastre inminente me envuelve como una campana de cristal.

—Baraquíás, voy a quedarme con Alfonso durante un tiempo —añade mi tía con voz pausada y amable—. Vino para aquí en cuanto las noticias de los disturbios llegaron a Tomar. Está alojado en la posada del señor Duarte junto a la casa de Reza. Estaremos allí. Por favor, díselo a tu madre. No quiero despertarla. Pero si me necesita, me encontrará allí.

—No lo entiendo.

Mi tía se lleva las manos a las sienes, se las frota como si quisiera concentrar los pensamientos dispersos. Cinfa se vuelve para mirarla, y después sale corriendo de la casa. Tía Ester la llama, pero es en vano.

En el rostro de Alfonso aparece una expresión de profunda dulzura mientras le susurra a Ester unas palabras en persa. Le rodea los hombros con un brazo en una actitud protectora. La estrecha contra su cuerpo.

—Sólo tienes que darle a tu tía un poco de tiempo —me dice con un tono seco—. Intenta comprender que este viaje es mucho más complejo de lo que tú creías.

Se lleva a tía Ester al patio. Apoyados el uno en el otro desaparecen por la verja. Los celos, espesos y calientes como la brea, corren por mi pecho; resulta muy cruel saber que una persona que es prácticamente un desconocido es capaz de hacer revivir a mi tía cuando yo no he podido hacer nada.

Además, que ella abandone a su familia en estos momentos parece imposible.

Don Alfonso... ¿Su presencia lo cambia todo? ¿Es posible que esté involucrado en el asesinato de mi tío, en el contrabando de los manuscritos? No puede ser porque se marchó de Lisboa antes de que nos obligaran a convertirnos, mucho antes de que mi maestro y mi padre excavaran la *genizá*.

La absurda desilusión que me invade está relacionada con el conocimiento de que la vida no es un libro, que no tiene notas al margen para explicar los sucesos difíciles. Si lo fuera, don Alfonso seguiría sentado delante de la chimenea en su casa de Tomar. Su presencia sólo sirve para complicar lo que ya estaba fuera de mi control.

Oigo la voz de mi tío: «Querido Baraquías, la vida nos presenta numerosos caminos que no conducen a ninguna parte, puertas que se abren a precipicios, escaleras que suben a puertas cerradas». Recuerdo que solía decirme que la vida es una peregrinación hacia el *sabat*. «Incluso si lo es —pienso—, la mayoría recorreremos los caminos más largos para llegar allí». Regreso al dormitorio.

—Las personas son criaturas muy extrañas —le gesticulo a Farid.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Se lo explico, y me responde—: No lo sabes, ¿verdad?

—¿Saber qué?

—Fueron amantes hace mucho tiempo. Samir me lo había dicho.

—Estás loco. ¿Alfonso y mi tía?

—Acabó hace años. No significa nada.

Sus palabras son tan simples que no se entienden. El suelo se vuelve blando, se escurre como las aguas de un torrente. Los gestos de las manos de Farid me sirven de ancla en un mundo que da vueltas.

¿Es posible que, después de todo, tía Ester esté involucrada en el asesinato de mi tío? ¿Sin darse cuenta le comunicó a don Alfonso la existencia de nuestra *genizá*? Él tal vez actuó impulsado por la continuada pasión por mi tía. Farid adivina mis pensamientos.

—Un castillo de naipes en una mesa inclinada en medio de una tormenta — señala.

—No si ella conocía los planes de don Alfonso. Quizás él no la puso al corriente de sus maquinaciones. Incluso ahora, no sospecha que el hombre que le conforta es el asesino de su marido.

—Por las cartas de *Tu Bisvat* sabemos que uno de los contrabandistas está involucrado. A menos que tú prefieras creer que don Alfonso era uno de ellos..., que él era Zorobabel.

Farid y yo permanecemos sentados en silencio; todavía estoy muy impresionado por la marcha de Ester. Mi amigo gesticula de vez en cuando, pero no le presto atención hasta que me coge por un brazo.

—Alguien que camina de una forma extraña ha entrado en la casa —señala—. Noto las vibraciones.

De pronto, oigo que un hombre grita mi nombre desde la cocina. Acudo en el acto. Simón Eanes, el iniciado «muerto», el importador de tejidos está en el umbral, apoyado en sus muletas, con la vieja capa de terciopelo oscuro echada sobre los hombros. Lleva una barba de varios días, no se ha bañado, y tiene una costra en la frente como un ojo herido. Cinfa está con él, y lo abraza como a un niño abandonado. Mientras Simón le acaricia el pelo con la mano enguantada, me hace un gesto de simpatía.

—Baraquías, estoy enterado de la muerte del maestro Abraham.

De una manera totalmente involuntaria, le miro el pie para asegurarme de que es humano.

—¡No estás muerto! —comento.

Menea la cabeza y sonrío, es una sonrisa loca, demasiado grande, como si un titiritero le estuviera estirando los labios con unos hilos invisibles.

Nos une el poder de la supervivencia compartida, y me acerco. ¡Pero los guantes! El de la mano derecha está rasgado en el dorso. Es posible que la hebra de seda que encontré enganchada en la uña del pulgar de mi tío pertenezca de verdad a... Desconfiado, me contengo. Simón me dedica otra de aquellas extrañas sonrisas.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Qué pasó? Tu casero dijo...

—Estoy bien. Fui yo que le pedí que le respondiera a cualquiera que viniera preguntado por mí que estaba muerto. Me pareció lo más seguro. Después escapé de Lisboa. Acabo de regresar.

«Dios bendito, ¿Judá regresará también de entre los muertos? ¿O eso sería ya demasiado pedir?», pienso. Simón acepta agradecido el *matzá* rancio que le ofrezco.

—Mi tío no es el único iniciado muerto —le informo—. También mataron a Sansón.

—Lo sé. Acababa de estar en mi tienda. Le pedí que se quedara, y que se escondiera conmigo. Pero quería regresar con Rana y el bebé. Lo capturaron a unos

cincuenta pasos de la tienda. No tuvo la menor oportunidad de escapar con toda aquella barahúnda de cristianos viejos llenando las calles.

Mi cuerpo parece ausente. Quiero tenderle una trampa, pero lo único que sale de mi boca es la verdad.

—Diego y fray Carlos se han salvado, y ahora Alfonso Verdinho está otra vez en Lisboa.

Simón asiente con una fugaz sonrisa como si no hubiera escuchado mis palabras y sólo pretendiera mostrarse amable. Nos sentamos uno frente al otro. Cinfa murmura algo sobre las tareas domésticas pendientes para hacerme creer que no está escuchando nuestra conversación. Mi mirada de enfado la obliga a marcharse al patio. Una sonrisa tensa, que parece pintada por un iluminador sin talento, aparece en el rostro de Simón.

—¿Ha pasado algo divertido? —pregunto.

—No.

—Estás herido —comento, señalándole la frente—. ¿Te golpearon?

Simón se toca la costra, me cuenta cómo tropezó con una carreta cuando trató de esconderse en el taller de un plumista, se ríe cuando me enseña las heridas en la rodilla. Luego, narra una anécdota ridícula de un perro que se meó en la pata de palo que llevaba en cierta ocasión, sonrío, pestañea, sonrío un poco más. Su mirada inquieta recorre la habitación hasta que el silencio se impone a sus palabras. En su aflicción ha decidido convertirse en el bufón de un Dios tirano.

—Nos hemos quedado sin vino —le explico—. ¿Quieres un poco de aguardiente? Tenemos un poco de incienso de Goa que quizá...

—No, no. Estoy bien.

Farid entra en la cocina, se sienta a mi lado. Responde a la sonrisa de Simón con una torpe inclinación de cabeza. Al ver que no obtiene respuesta, me señala:

—Es como un jazmín agonizante que florece antes de morir.

Más por disipar su falsa alegría que por cualquier otra cosa, le hablo a Simón de mi madre y de mi tía Ester, y de las desapariciones de Judá y Samir. Asiente como si ya lo supiera. Para ver cómo reacciona le digo:

—Encontré la cuenta de un rosario cerca del cuerpo de mi tío. Creo que fray Carlos asesinó a mi tío.

—¿Fray Carlos? ¿Qué razón podría tener para matar al maestro Abraham?

—Discutieron por un manuscrito que el fraile no quería entregarle a mi tío.

Simón sonrío como si quisiera seguirme la corriente. Mueve los dedos sobre la mesa como una araña.

—Bueno, ¿qué dices a eso? —le pregunto, furioso.

—¿Qué quieres que te diga? Creo que es absurdo. Pero si eso es lo que tú quieres creer, entonces ¿quién soy yo para destruir tus ilusiones? He dejado de buscar la verdad. Las ilusiones no están mal. Todos tendríamos que ser bendecidos con un jardín de bellas mentiras, resultaría mucho más fácil vivir de esa manera.

Cinfa vuelve a la cocina. Se acurruca debajo del brazo de Farid.

—No tendrías que escucharme —exclama Simón repentinamente—. Soy un viejo loco que ya no tiene coraje. Pero por respeto a tu tío intentaré enfrentarme a la verdad, si tú quieres. Ahora, dime una cosa, ¿crees que le asesinó alguien que le conocía, un cristiano nuevo? —En su mirada interrogante aparece una expresión casi de esperanza, como si mi tío hubiera preferido morir asesinado por un judío y no por un seguidor del Nazareno.

—Es probable —contesto. Mientras le hablo del cuchillo de *shohet* y los minerales robados, Simón se muerde el labio inferior. Mira furtivamente a Cinfa hasta que el significado resulta obvio. Le pido a la muchacha que vaya a buscar un poco de fruta de la que nos queda en la tienda para nuestro visitante.

—De acuerdo —manifiesta, enfurecida—. ¡Pero que sepas que él también era mi tío! Iré a buscar un poco de fruta para que Farid se ponga bueno, y no porque tú me lo pidas. —Intento sujetarla, pero se libra y sale corriendo.

—No sé qué hacer con ella —confieso—. Unas veces me tiene miedo, y otras...

—El tiempo se encargará de solucionarlo —afirma Simón, sonriente.

—Hablas como don Alfonso Verdinho.

—Sí. ¿Cuándo regresó?

—Acaba de llegar. Curioso, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? Crees que él también puede estar...

—Es posible.

—Háblame un poco más de la partida del maestro Abraham de los Reinos Inferiores.

Le describo al importador de tejidos, con un tono que a duras penas se mantiene por delante de la emoción, cómo encontré a mi tío y a la muchacha, las posiciones de los cuerpos, los tajos en los cuellos. Mientras escucha mi relato, sonrío, pero le tiemblan los labios. En su interior, las emociones están librando una batalla. De pronto, me interrumpe, y pregunta con un tono apremiante:

—¿No había nada que saliera de lo común en el cuerpo de tu tío?

Mi corazón envía un mensaje que dice: «*Um fio de seda*», pero me limito a replicar sencillamente:

—¿A qué te refieres?

Simón se encoge de hombros como si quisiera negar lo que manifiesta a continuación:

—*Semente branca* —susurra, empleando el término cabalista «simiente blanca» que corresponde al semen.

—¿Cómo sabes...? —Me interrumpe levantando una mano.

—En Sevilla, fui denunciado por un miembro de la comunidad judía. Nunca descubrí quién era. Los inquisidores no se lo decían a los prisioneros. Me retracté, pero ellos me encerraron de todos modos. Las marcas negras en el cuello de tu tío eran moretones. Los he visto antes en los ahorcados, y en los muertos a garrote. —

Agacha la mirada cuando la sonrisa no acude a sus labios. Se seca los ojos con la manga de la camisa—. El semen emerge como una reacción corporal a la presión en el cuello y en la tráquea —añade—. No en todos. Pero ocurre. Tengo la teoría de que cuando Dios acude al rescate de la víctima virtuosa, aparece la alegría. Se produce el orgasmo. Quizás incluso Dios tiene un orgasmo en aquel mismo momento. Es posible que tu tío lo supiera. En cualquier caso, la víctima se enfrenta al Creador mientras el éxtasis asciende para encontrarse con el dolor. Como maestro de los nombres de Dios, tu tío pudo, por supuesto, haber tenido un orgasmo muy potente casi de inmediato.

—¿Estás diciendo que primero lo colgaron? Pero no había ninguna cuerda.

—Quizás el garrote, o lo estrangularon. Con una cuerda o con las manos. Además...

—Fue con un rosario —le interrumpo—. No mentía cuando te dije que encontré una cuenta.

—Después el *shohet* le cortó el cuello —continúa Simón—. Quizá llevado por el hábito, o para asegurarse. Nunca se puede estar totalmente seguro con un cabalista de la talla de tu tío. Hay medios para...

—Tuvo que ser alguien conocido para que él le permitiera acercarse —gesticula Farid—. Sin duda, Zorobabel, quienquiera que sea, se presentó en el sótano.

Dispuesto a conservar en secreto mi conocimiento de que uno de los contrabandistas de mi tío puede estar involucrado en el asesinato, no le traduzco a Simón la última frase. El sonrío.

—Un hombre como yo, quiere decir Farid.

Las vacilaciones de Simón han desaparecido completamente para dar paso a esta nueva personalidad.

—Sí. Como tú.

—Baraquías, no voy a defenderme. Tu tío pagó el rescate para salvarme de la muerte cristiana. Antes me dejaría matar que...

—Sin embargo, encontramos algo que puede pertenecerte —replico.

—¿Qué es?

—Dame uno de tus guantes y te lo diré.

Se encoge de hombros como aquél que cede a un capricho inútil, se quita el guante roto y me lo alarga. Busco dentro de mi bolsa y saco la hebra. Es idéntica; la misma seda negra, sin un solo matiz de diferencia.

—Se quedó enganchada en una de las uñas de mi tío. Es tuya.

Simón examina la hebra, apoya las manos en la mesa para levantarse y me mira sonriendo con simpatía.

—Puede ser la misma, no soy un experto. Pero se pueden conseguir en mi tienda, y en cualquiera de las sederías de la Pequeña Jerusalén. Pero, desde luego, tú te estás preguntando cómo se rompió el guante. —Al ver que asiento, me responde con un tono poético—: Cuando corres con una sola pierna, se tiene tendencia a caer. Cuando

caes sobre una piedra, la seda se rasga. Un material maravilloso este producto de los gusanos, pero quienes la hilan para los capullos no prevén la idiotez de los hombres.

Busca las muletas, encaja las almohadillas de cuero debajo de las axilas. La vergüenza por acosar a un hombre amado por mi maestro se confunde con el deseo perverso de continuar mi ataque hasta conseguir apartar de su alma incluso la última posibilidad de alegría.

—Simón, es el tiempo de las máscaras, y en realidad no sé qué hay detrás de la tuya. De la misma manera que tú no sabes lo que hay detrás de la mía. ¿Quién me asegura que el hombre que eres de verdad no se está dando palmadas en la espalda por haberme engañado?

Simón da un saltito para ajustarse las muletas.

—Mi vieja máscara ardió hace muchos años en la hoguera que consumió a mi esposa. Ni siquiera sé cuál es el aspecto que tiene la nueva. —Se calza el guante con un aire de resignación—. Quizá tuve una fuerte pelea con tu tío cuando nadie nos miraba. Eso es lo que supondría un inquisidor. Pero, ¿es eso en lo que te has convertido? ¿Un místico judío convertido en inquisidor? —Una risa amarga le estremece el cuerpo—. No serías el primero, ¿verdad? Todo es posible en España y Portugal. Dios bendiga a estas tierras de milagros.

¿Será esto la cínica defensa de los hastiados del mundo o la justificación de un asesino?

—¿Sabes quién pasaba al extranjero libros con mi tío? —Simón meneaba la cabeza—. ¿No sospechas de nadie?

—De nadie. He aprendido el arte de no pensar en ciertas cosas. De hecho, no pensar es un talento especial que se desarrolla en Castilla y Andalucía. Algún día ve allí y verás lo bien valorado que está por los honrados ciudadanos de aquellas odiosas provincias.

Le enseñó el dibujo del chiquillo que intentó venderle a la señora Tamara el último Hagadá de mi maestro.

—¿Le has visto alguna vez?

—No, que yo sepa.

—¿Y *Tu Bisvat*?

—¿Qué es eso?

—No es «eso». Hay un hombre en Constantinopla que utiliza ese seudónimo. Recibía de contrabando los manuscritos de mi tío.

—Tiene que haber al menos un centenar de cabalistas en Constantinopla —replica Simón—. Este *Tu Bisvat* podría ser cualquiera de ellos. El maestro Abraham nos dijo que no debíamos preocuparnos de sus otras actividades. Respetamos sus deseos. Lo mismo que tú, querido Baraquías.

Me muestra su penosa sonrisa una vez más, y el deseo de abofetearle se enciende en mi pecho.

—¿Y Amán? —pregunto con voz áspera.

—¿Qué pasa con él?

—¿Mi tío te dijo de quién era el rostro que le dio a Amán en su último Hagadá?

Simón sacude la cabeza y camina hacia la puerta valiéndose de las muletas. Se vuelve hacia mí y se lleva una mano a los ojos a modo de pantalla. Ha desaparecido el bufón; tiene la mirada ausente del hombre cuyas esperanzas se han desvanecido.

—Baraquías, vine a decirte una cosa —manifiesta con una voz vehemente—. Un noble español que se aloja en el palacio de Estaus pregunta en la ciudad por libros judíos. Le interesan sobre todo los manuscritos iluminados. El *sabat* anterior a la muerte de tu tío, vino a verme para saber si quería venderle algunos. No sé quién le dio mi nombre. No me lo dijo. Desconfía de todos nosotros si quieres, pero desconfía de él más que de cualquier otro. Puede ser tentador vender los libros de tu tío para juntar el dinero y pagar los sobornos que te permitan escapar de Portugal. Pero no me fío de ese hombre.

—¿Cómo se llama?

—Se hace llamar conde, conde de Almira, pero sospecho que es una mentira.

Después de explicarle a Simón y a Farid que el conde no es otro que el hombre que llevó a Diego al hospital cuando lo apedrearon, ambos insisten en acompañarme hasta su casa. Caminamos en silencio y lentamente para que Simón pueda seguirnos con las muletas. Lo único que queda ahora de las matanzas son los ojos astutos de los cristianos: las miradas suspicaces, como si marcaran el territorio, nos informan que no somos como ellos. Como si no lo supiéramos. Luego comienzan a cuchichear entre ellos y desvían las miradas como si fuéramos muertos vivientes. Como si no supiéramos eso, también.

En la inclinada sombra matutina de los campanarios gemelos de la catedral, Farid me avisa de que un hombre nos sigue.

—Desde que salimos de casa —gesticula—. Es un hombre de los países del norte. Pero no te vuelvas.

Apuramos un poco el paso mientras bajamos por delante de la iglesia de la Magdalena hacia la Pequeña Jerusalén. Aquí, más que caminar navegamos entre las cagadas arrojadas por los cristianos a la calle. En los adoquines, unas líneas marrones zigzagueantes se borran lentamente; son los rastros sangrientos dejados por los cuerpos judíos arrastrados a la hoguera. Hay nubes de moscas. Se meten en nuestras narices, se alimentan de nuestros ojos. Sin embargo, mis pensamientos siguen puestos en el hombre del norte que nos sigue. La cuerda invisible que nos liga parece tirar de mis hombros para que me dé la vuelta. Cuando llegamos a la vieja escuela, miro por encima del hombro. Nuestro perseguidor se mueve entre las carretas cargadas con pescado seco. Es el gigante rubio que vi montando guardia delante de la puerta de la casa de Diego.

¿Es el «Maimón blanco de dos bocas», como parece indicar su piel blanca? Sujeto a Simón por un brazo. Le hablo del perseguidor.

—Sin duda viene a por mí —comento—. Quizá por algo que sé de mi tío, de la trama para asesinarlo. Tienes que separarte de mí.

Simón asiente con una sonrisa; se ha resignado a no luchar contra el destino. Farid no está de acuerdo.

—¿No sería mejor plantarle cara? Tres contra uno.

—No es buena idea —replico, señalando las muletas de Simón—. Sólo podré perderlo en las callejuelas de la Pequeña Jerusalén. No es de aquí. Acabará por desorientarse. Nos volveremos a encontrar en el palacio de Estaus. Esperadme allí.

Asienten y continúan caminando hacia el Rossio. Me vuelvo para asegurarme de que nuestro perseguidor me vea, y luego corto camino por las pasamanerías hacia lo que antiguamente era el hospital judío. En un movimiento imprevisto, me oculto en el portal de la posada de los Dos Hermanos. Después, me escabullo por el callejón para volver a la calle de los Herreros. Mientras permanezco escondido en un portal, varias mariposas blancas se posan en la bosta fresca de los caballos.

El hombre del norte se detiene bruscamente al llegar a la bocacalle. Se quita el sombrero y mira hacia donde estoy. Tiene los pómulos altos y prominentes y ojos traidores. Aparta los rizos de pelo grasiento que le caen sobre la frente, y vuelve a calarse el sombrero. Pero el primer paso que da es incorrecto; se aleja de mí para ir hacia Farid y Simón.

El error me retuerce las tripas como un puño helado. Me adelanto con el sigilo de un gato. Sin embargo, el del norte me mira directamente por encima del hombro, como si estuviese dotado con los poderes de un hechicero. Me observa con una mirada decidida, luego echa a correr. Le persigo. Se le vuela el sombrero. Veo un destello en su puño cuando saca algo de debajo de la capa. También Farid ha presentido el peligro. Un centenar de pasos más allá, hago señales frenéticamente a Simón. Se apresuran a cruzar la puerta norte de la Pequeña Jerusalén, pasan por la sombra recortada de la cúpula de la iglesia de San Nicolás. El andar cojo de Simón es torpe, inútil. «¡Simón, corre!», grito. Pero es imposible. Se vuelve, deja caer una muleta. Lo veo todo como a través de una cortina de miel: la boca que se abre cuando el agresor se arroja sobre él; su último apoyo vuela por los aires, el cuerpo se estrella contra la pared. Farid se arrodilla junto a Simón. Y la capa del asesino que se escapa ondea al viento.

Capítulo XVI

Simón no puede hablar. Quizá ya no es necesario. Yace en los brazos de Farid y se despide del mundo con la mirada. El estilete de mango negro clavado entre las costillas le está separando el cuerpo del alma.

—Otro que no vivirá para ver el *sabat* de esta noche —le gesticulo a Farid.

La mano izquierda enguantada de Simón sujeta el mango del puñal.

—Quítamelo —gime. Farid arranca el arma de la herida. Nos salpica la sangre que mana como el vino de un espiche. El viejo iniciado exhala un suspiro—. Muchas gracias —susurra.

Farid sostiene en alto el estilete mientras pone un brazo debajo de la cabeza de Simón de modo que le sirva de almohada.

—Puntiagudo —gesticula.

Asiento; el cuchillo del *shohet* es romo por tradición; en cambio, el estilete termina en una afilada punta.

—Lamento haber sospechado de ti —le susurro en hebreo a Simón.

El moribundo asiente como si no fuera necesario que dé voz a mi arrepentimiento, apoya su delicada mano sobre mi brazo. Mira al cielo al tiempo que reza. Reconozco los nombres de Dios, y después los de la familia perdida. «Graça», esculpen sus labios.

Los dedos de Simón acarician mi brazo como si quisiera ofrecerme consuelo. En el momento que parte su alma, un gorgoteo emerge de su pecho y sus manos se estremecen en un suave aleteo. Le cierro los párpados.

Sin duda es un pecado que un hombre como yo se vea a sí mismo en el papel de profeta, siquiera por un instante. Me inclino sobre él como Eliseo sobre el niño sunamita. Luego, meto el pulgar y el índice en su boca, y se la abro para infundirle mi aliento. Le lleno de vida con la mía siete veces. El dolor en el hombro se hace insoportable mientras mis pulmones se vacían en los suyos. Farid intenta apartarme. Su mirada refleja desagrado. No obstante, me besa en la frente.

—Ya basta —gesticula.

—¿Lo ves? —grito al observar que hay un movimiento en la cabellera como si la acariciara un ángel.

—Está muerto —replica Farid con gestos seguros—. Ya no volverá a despertarse nunca más. —Me abraza. Los latidos de su corazón me sacuden. Su calor me envuelve en la oscuridad detrás de mis párpados.

Esperamos juntos. Lloro durante un rato. Luego la muerte de Simón se seca en mis pensamientos, y me muestra el presente de Lisboa. Una multitud de curiosos nos rodea, porque a los cristianos no hay nada que les fascine más que la visión de las desgracias de un judío. Echo una ojeada a la calle, le señalo a Farid que me alejaré un

momento. Me hago con el sombrero del asesino. Un niño descamisado con los ojos inocentes de Judá me lo entrega.

—Voy a ver por dónde escapó —le señalo a Farid—. ¿Puedes ocuparte tú solo de estos filisteos?

Mi amigo asiente. Echo a correr con todas mis fuerzas. Me detengo en la entrada de la plaza del Rossio, paralizado por el trajín de hombres, mujeres, carromatos y caballos. La ridícula vida de la plaza lo oculta de mi vista.

Un barbero viejo con un jubón roto me llama con la voz perezosa típica del Algarve.

—Señor, parece usted un poco zarrapastroso. No le vendría nada mal un afeitado y un corte de pelo. Tengo las manos rápidas como una centella.

—Un extranjero, rubio. ¿Le ha visto? —pregunto.

—Quizá la sequía se acabe con el nuevo mes —responde con la alegre despreocupación de los sordos. Me coge de una mano e intenta llevarme hacia la silla. Me aparto. Una niña despioja la cabeza de la esposa del peluquero. La mujer señala con un dedo torcido el lado norte de la plaza.

—Se fue por aquel lado —indica.

Le pregunto a los tenderos si lo han visto pasar, pero no consigo nada hasta que un vendedor de alfombras nervioso y efusivo señala a la izquierda de la iglesia de Santo Domingo.

Corro por la calle de tierra que solíamos llamar la calle de la Bruja, en recuerdo de una vieja arpía con ojos de gato que a módico precio reparaba la virginidad de las mujeres. Un aguador pelirrojo que se entretiene haciendo un solitario a la sombra de un toldo ha visto al hombre del norte. «¡Por allí!», grita, señalando el este. Entro en el barrio moro, y continúo corriendo hasta que las casas blancas y azules dan paso a las barracas de madera. Al final de la calle, una escalera de granito conduce como una cinta plisada hasta la gran cruz de piedra que marca el límite inferior del convento de Gracia. A doscientos pies de altura en la cumbre de la desnuda y requemada ladera se alza la mole de torres y almenas que es el convento. He llegado a un punto muerto.

Un grupo de chiquillos andrajosos, con los rostros llenos de churretes, que más parecen enanos que niños, se divierten pateando una pelota de cuero rellena junto a las escaleras. Muy arriba, en un reborde de la ladera, una monja diminuta, la más pequeña de su camada religiosa, les chilla con acento gallego:

—¡Fuera! ¡Marchaos, granujas! ¡Arderéis en el infierno antes de que podáis suplicar el perdón de Dios!

Al parecer, el objetivo del blasfemo juego de los niños es hacer diana con la pelota en la venerada cruz de piedra del crucero.

En cuanto advierte mi presencia, un chiquillo larguirucho con los ojos de un color verde claro le replica con una voz Orgullosa:

—¡Vaite foder, vaca! —Los chicos se ríen.

—¡Vuestros pecados os llevarán a casar con las putas del diablo! ¡Vuestros hijos nacerán sin ojos, sordos y con rabos! Entonces sabréis...

Tiene todo el aspecto de ser una letanía aprendida de memoria, es la respuesta a la tortura de cada día. Quizás es su penitencia. Recojo la pelota cuando cae por la colina.

—¡Eh, devuélvenos la pelota! —chillan los chicos. El enfado enrojece sus rostros.

—Antes decidme si habéis visto pasar a un forastero.

—Por aquí no hay otra cosa que forasteros. ¡Devuélvenos la pelota!

—Un hombre con el pelo rubio hasta los hombros. Una capa con...

—Subió la colina como una araña —responde uno señalando con un dedo regordete y sucio.

Dejo la pelota en el suelo y de un puntapié la envío hacia la cruz. Pasa rozando. Los chicos aplauden, y después corren tras ella.

Llego a lo alto de la colina sin aliento, y me enfrento a la fortaleza del convento de Gracia como si fueran las puertas del Misterio. Al otro lado de la calle florece un mercadillo. Le pregunto a los quincalleros, a los olleros, a los peineros, a los jauleros, incluso a una familia de jorobados castellanos que van en peregrinación a Santiago, pero nadie le ha visto.

Como último recurso, tengo la osadía de acercarme a la monja gritona. Tiene un único diente amarillento que sobresale como una daga herrumbrosa por encima del labio inferior, los párpados como ciruelas, la nariz como una patata. Hace una pausa en la letanía para decirme con un tono de sabiduría: «Busca a Dios, no a los extranjeros».

Le repito lo que uno de los chiquillos le dijo que hiciera, y se pone a chillar como una cotorra brasileña.

De regreso en la Pequeña Jerusalén, discuto con Farid dónde llevar el cadáver de Simón. Lamentablemente, no tenemos idea de dónde puede estar su casa. A partir de sus ocasionales descripciones de las vistas del Tajo, siempre hemos dado por supuesto que vivía en la colina coronada por la iglesia de Santa Catalina, más allá de la puerta occidental de la ciudad. Así que pedimos prestada la carretilla de la señora Martins, una amiga de mi tía, y comenzamos a transportar el cuerpo bajo el tórrido sol de la tarde.

¿La gente nos mira al pasar? No lo sé; un mundo interior de preguntas y arrepentimientos me protege. Lo único que siento es la fatiga de subir la pendiente; una vaga y desagradable sensación de calor y sudor, de sol y polvo. Sólo me despierto a los ángulos blancos de Lisboa cuando oímos que gritan el nombre de Simón. Hacia el este, el campanario de la iglesia de Santa Catalina apunta al cielo azul. Una mujer rechoncha de rostro sombrío, con un pañuelo blanco en la cabeza, viene a nosotros chillando. Mira horrorizada la sangre en las ropas de Simón. Se

arrodilla y vomita. Un viejo nos dice que es la hermana mayor de la concubina de Simón. Señala una casa cochambrosa. «Viven en el segundo piso».

Mi escepticismo aumenta y parece distanciarme de la escena. La amante de Simón es delgada, morena, dotada de una elegancia natural y parece muy fuerte para ser una mujer tan joven. Tiene la mirada inteligente. Viste una túnica rosa que le viene holgada. Posee un aire noble que me recuerda a Reza. Pero es casi una niña.

—Esta es Gracia, la esposa de Simón —dice la hermana.

Gracia corre a la ventana para ver a Simón cuando le hablo de su muerte. Sus manos se aferran al alféizar. Los aullidos tienen una intensidad animal, como si llamara a su cachorro perdido en un lenguaje visceral. Se sujeta la barriga, y me doy cuenta enseguida con terrible desesperación de que está embarazada. Aguardo a que se calmen las primeras oleadas de horror.

—Tu nombre fue lo último que esculpieron sus labios.

Bajamos a la calle. La gente se aparta. Gracia cae de rodillas y acaricia el rostro de Simón, lo arrulla hablándole de Cristo y del niño que nacerá. Me doy cuenta de algo que era obvio: es una cristiana vieja. La hermana, con una fuerza desesperada y protectora, sujeta a Gracia y la empuja hacia nosotros.

—¡Explícanos todos los detalles de la muerte de Simón! —exige.

Se los explico con otra voz: Baraquías ha buscado refugio en las profundidades de la armadura de mi cuerpo.

Gracia es incapaz de hablar. Mantiene la boca abierta, y sus ojos sólo reflejan una terrible desesperación.

—¿Dónde hallaremos justicia? —dice la hermana con los puños apretados.

—Cuando encuentre a aquel extranjero —respondo meneando la cabeza—, ya os avisaré.

Farid y yo estamos manchados con la sangre de Simón. Los amables vecinos nos ayudan a lavarnos, nos dan camisas y bolsas nuevas, nos alimentan con queso y vino. Demasiado débiles para protestar, aceptamos sus ofrendas. Atontados por el vino, con paso inseguro, regresamos hacia el centro de Lisboa como si dejáramos atrás un paisaje bíblico.

Devolvemos la carretilla, y deambulamos como fantasmas por la Pequeña Jerusalén. Delante del local del tintorero donde antes había estado el tribunal judío, comienzo a escribir «Abraham» en hebreo con mis pasos. Luego, «Judá». Farid comienza a inquietarse al cabo de un rato. Se detiene, mira al este como una veleta.

—Vámonos a casa —gesticula.

Me vuelvo hacia el oeste para seguir el descenso del sol sobre esta ciudad maldita. Esta noche, una semana después del comienzo del *Pesaje* tendríamos que estar escoltando al *Zohar* hasta el alba con nuestras oraciones. Pero ya no disponemos de una copia del texto sagrado. Aunque la tuviéramos...

—¡No, a casa no! —grito con voz aguardentosa. Sigo caminando hasta que llegamos junto a la mancha que la sangre de Simón ha dejado en los adoquines de la

Pequeña Jerusalén.

—Hasta hace muy poco, esa costra marrón estaba en su cuerpo —le señalo a Farid. El menea la cabeza como para confirmar que le parece evidente. Pero sencillamente me niego a creerlo, y recuerdo el día al revés, como si estuviera leyendo un libro en el sentido contrario. La advertencia de Simón sobre el conde de Almira resuena en mi cabeza con el acompañamiento de una cadencia interpretada por tambores moros.

—Regresemos a Alfama —señala Farid—. Tenemos que encontrar a Diego, avisarle que el hombre del norte le matará si da con su paradero.

—No. Diego no se acercará a su casa, y no podremos encontrarle. Vamos al palacio de Estaus. —Al ver su negativa, le sujeto por un brazo—. Te necesito conmigo. Basta de protestas.

En el momento en que Farid y yo entramos en el Rossio, las cenizas y los minúsculos fragmentos de madera de las piras donde quemaron a los judíos vuelan a nuestro alrededor. Al principio, parece que éste es el único vestigio que queda de una montaña de pecados cristianos y pienso: «Nuestros compatriotas ya sólo viven en nuestra memoria».

Sin embargo, Farid advierte que esto no es del todo cierto.

—Mira aquí —gesticula, y señala con el pie una hendidura en los adoquines. Dientes humanos. Tiene que haber miles desparramados por la plaza, atrapados en grietas y rebordes. Miro y descubro la presencia de mujeres y niños arrodillados por todas partes, que recogen estos restos como si estuvieran espigando. Sin duda, los guardarán como amuletos contra la peste.

Un poco más allá, en el lado norte de la plaza, un regimiento de la infantería real tiene acordonada la iglesia de Santo Domingo. La tropa forma un semicírculo delante de la entrada. Detrás hay una fila de caballeros, quizás unos veinte en total.

—El gobernador habrá tenido que llegar a algún acuerdo con la jerarquía de los dominicos para dejarlos entrar en Lisboa —señala Farid.

—Una vez acabada la matanza, la Corona envía sus tropas —replico—. Es un consuelo saber que él nos apoya con tanta valentía pasado ya el peligro, ¿verdad?

Mientras seguimos nuestro camino, veo a la gente adoptar una actitud de respeto cuando un par de días antes reclamaban la cabeza del rey don Manuel. «La pasividad está profundamente enquistada en las almas de los portugueses cristianos —pienso—. Aquí nunca triunfará ninguna revolución».

Una vieja de aspecto taimado que busca trabar conversación como hace la gente cuando está delante de la autoridad real, nos para.

—Han arrestado a dos frailes dominicos —dice—. ¿No es terrible?

—¡Que tu alma perversa vague eternamente por los Reinos Inferiores! —replico, levantando el dedo medio por encima de su cabeza.

Viendo el desdén con que me miran sus ojos cristianos, le escupo a los pies. Continuamos la marcha. En la verja del palacio de Estaus, dos fornidos ballesteros

montan guardia junto a un engalanado portero con gorra empenachada. Al otro lado de la verja, a la sombra de un naranjal, hay tres carrozas. Una de ellas, pintada de blanco y oro, es el vehículo que recuerdo del día que hirieron a Diego.

—El conde de Almira me espera —le digo al portero—. Por favor, informadle de que Pedro Zarco ha llegado.

—¿Traéis correspondencia a tal efecto? —pregunta haciendo una mueca como si hubiera olido algo fétido.

Me doy cuenta de que parecemos labriegos que vienen de trabajar todo el día en el campo.

—No traigo carta alguna, pero me recibirá. —Mientras me mira de arriba abajo, sostengo el sombrero con la amatista del hombre del norte contra mi pecho y finjo la postura quisquillosa de un caballero rural aburrido de los sirvientes maleducados. Miro a Farid, y menciono con mi mejor acento castellano un próximo banquete en agasajo a un amigo ficticio llamado Díaz. Puede que parezca forzado, pero por el rabillo del ojo, veo que el portero le transmite mi mensaje a un lacayo al otro lado de la verja.

Esperamos a pie firme soportando el sol de justicia de Lisboa, y contemplamos cómo las lagartijas se meten por las juntas de los adoquines. Farid observa con añoranza los tejados del barrio moro que asoman por el este.

—En cuanto acabemos aquí, volveremos a la herrería para preguntar por Samir —gesticulo—. Quizás encontremos a alguien que sepa algo.

Aparece un lacayo manco.

—Escoltaré al señor Zarco hasta las habitaciones del conde.

—Ven —le digo a Farid, y juntos cruzamos la verja.

El interior del palacio huele a almizcle y a ámbar. Recorremos un pasillo con el suelo de mosaicos que imitan alfombras persas. Las paredes están encaladas, y cada tres pasos hay un nicho. En el centro de cada uno se ve un pedestal con un jarrón azul lleno de capullos rosa y blancos.

Por encima de nuestras cabezas, los techos abovedados están pintados con arabescos blancos y dorados que sirven de fondo a unos dibujos muy bien hechos de urracas, abubillas, ruiseñores y otros pájaros comunes. No tengo idea de lo que el lacayo interpreta de nuestros elaborados gestos mientras Farid y yo identificamos los nombres locales de las diversas aves; sus ojos sólo reflejan un interés pasajero.

Un árbol retorcido ocupa una jaula inmensa al final del pasillo. Cuando llegamos allí, descubrimos que pinzones de la India portuguesa y de África han hecho nido en el árbol y ahora vuelan como flechas de color amarillo, naranja y negro. Señalo las deyecciones blancas que dejan en un intento por estropear la belleza de la exposición. Farid, que entiende la intención y la considera inútil, se limita a señalar:

—Incluso un rey puede entender algo de belleza.

—En ese caso, no los tendría encerrados —gesticulo.

—¡Para un rey, la libertad y la belleza nunca se pueden mezclar! —responde mi amigo sabiamente.

Las habitaciones del conde están en el segundo piso. El suelo de madera de la antesala de sus aposentos imita el tablero del ajedrez. Una mesa de mármol rosa con cuatro sillas que tienen bordados los blasones del escudo de armas real, ocupan el centro de la habitación. Nos invitan a sentarnos, pero en la pared en el lado derecho de la entrada cuelga un tríptico inquietante que llama nuestra atención. Presenta a un santo barbado que pide limosna en una ciudad en ruinas habitada por sacerdotes con cabeza de rata y todo tipo de esfinges.

—Alguien que conoce bien Lisboa —gesticula Farid con una sonrisa irónica.

Sin previo aviso se abre la puerta que comunica con los aposentos, y aparece el conde.

—Ah, veo que admiráis nuestra modesta pintura —me dice en castellano. Frunce los labios como esperando una respuesta importante. La nariz aguileña, y el abundante pelo negro le dan el perfil taimado de un asceta, además de un engañoso aire juvenil.

—Todavía no sé si me gusta o no —contesto—. Pero el artista tiene talento.

—Me gustan los hombres que no se apresuran en sus decisiones. Es más difícil estafarlos, ¿verdad?

—No tengo la intención de regatear —replico.

Se ríe con buen humor. No parece que me recuerde de nuestro encuentro anterior. Se apoya en el panel central del tríptico después de despedir al lacayo con un gesto casi imperceptible.

—Es tremendo lo que deben soportar los santos —comenta—. Yo diría que no vale la pena. Es de un flamenco llamado el Bosco. Fue un regalo para el rey don Manuel. Pero lo odia y le cuelga aquí cuando vengo a Lisboa. —Chasquea los labios—. Siempre disfrutamos con las sobras del rey.

Nos invita con un gesto a pasar a la sala como un viejo que invita a los jóvenes a la sabiduría. Los dos anillos de esmeraldas que lleva en los dedos índice y corazón de la mano derecha de pronto parecen iluminados por una luz bendita.

En la sala, la muchacha de la carroza está junto a una ventana cerrada en el extremo más alejado, con un brazo detrás de la espalda. Lleva un vestido largo de seda color crema con el corpiño de encaje y el cuello con volantes. Una toca violeta le recoge el pelo en un cono sujetado con una filigrana de plata. Su rostro de tez pálida muestra una expresión amable y curiosamente infantil. La mirada es vivaracha. Animada quizá por mi mirada de afectuosa simpatía, me muestra el brazo escondido. Es corto, regordete, le llega sólo a la cintura. El temblor en los pequeños dedos mientras sujeta las perlas delata su ansiosa vacilación, pero cuanto más la miro, más se afirma su expresión de ternura. Tengo el presentimiento de que le gustaría pasar las puntas de sus dedos por mis labios.

—Mi hija, Juana —la presenta el conde.

«Alabado sea Dios por no hacerla su esposa», pienso animado por un sentimiento de gratitud y deseo sexual. Extiendo una mano hacia Farid y lo presento.

—Es sordo y no habla. Pero puede leer en los labios.

Farid hace una reverencia con la gracia islámica que ha heredado de Samir. La intención es recordarnos que somos representantes de Alá y que, por lo tanto, debemos reunirnos con la seriedad correspondiente a nuestros orígenes.

—Me complace mucho que hayáis venido —manifiesta el conde—. Me habéis ahorrado un viaje a la pestilente Alfama. Vamos a ponernos cómodos. —Sujeta a su hija por el codo del brazo izquierdo y la guía a través de la habitación como si fueran a bailar.

Farid y yo nos sentamos no muy a gusto en las sillas doradas con el tapizado de brocado rojo alrededor de una mesa con incrustaciones de nácar. En una bandeja de peltre hay una jarra de cerámica rosa y cuatro cálices de plata. Juana nos sirve vino. El conde nos estudia con ojos escrutadores. Nosotros dos parecemos torpes, vacilantes, como gaviotas en tierra.

—Cuanto antes nos vayamos, mejor —señala Farid.

—Supongo que cuando gesticuláis de esa manera es que estáis hablando entre vosotros —comenta el conde. Se pone un poco de lado como a menudo hacen los escépticos, y me mira por encima de la nariz con una mezcla de curiosidad y altanería.

—Crecimos juntos y tenemos un lenguaje propio —le explico.

—Un lenguaje de las manos. Por razones obvias —dice, señalando a Juana con un gesto—, me fascinan las manos. Decidme, ¿deletreáis todas las palabras?

—Algunas. Pero la mayoría de las palabras tienen un signo.

—Cuando deletreáis, ¿lo hacéis en portugués o en hebreo?

El conde sonrío malicioso ante mi silencio. La sonrisa de un hombre a quien le gusta adoptar una pose y acusar, confundir a las víctimas antes de... Se echa a reír y une las manos.

—Mirad —dice. Se inclina hacia adelante y deposita un objeto invisible sobre la mesa, separa las puntas como si desplegara un trozo de un material valioso. Agacha la cabeza y murmura unas palabras, se cubre la cabeza y los hombros con un chal invisible. Mira al este, y entona la primera estrofa de una oración vespertina judía con un suave murmullo. Mientras las palabras se apagan, se vuelve con una expresión amable que reclama paciencia—. A partir de nuestro siglo en adelante —musita en castellano—, el teatro será una buena profesión para los judíos. Predigo que seremos los mejores en todos los países, en todas las lenguas, hasta que venga el Mesías, cuando ya no tengamos que seguir representando ningún papel. —Esboza una sonrisa y asiente como si secundara su propia teoría—. No importa lo lucrativo que puedan ser los personajes. Así que perdonad mi pequeña actuación. Un actor sin público no es nada, y debo aprovechar todas mis oportunidades. —Nos hace un gesto—. Os recuerdo a ambos de la calle, y a tu tío, con sus filacterias, bendita sea su memoria, a

quien casi atrapan los guardias del rey con sus filacterias. —Estira el brazo por encima de la mesa para cogerme de la mano—. No tiene sentido esconderse cuando estás entre los tuyos —afirma.

Aparto mi mano de su frío y pegajoso contacto.

—Entonces, ¿sois cristianos nuevos? —pregunto.

—Sí —responde Juana.

—Y en parte no —añade el conde encogiéndose de hombros como si pidiera disculpas.

¿La muchacha ha respondido a la pregunta porque presente que no confío en su padre? Al advertir mi debilidad por ella, Farid señala:

—No te fíes de ninguno de los dos.

Apoyo una mano en el brazo de Farid para tranquilizarlo.

—Tendrás que ser más claro conmigo —le digo al conde.

—Es muy sencillo. Somos y no somos cristianos nuevos. Tenemos unas encantadoras cartas de perdón del rey Fernando. Bendito sea Él, que crea una mácula y la limpia. Además, por supuesto, me confirió un bonito título. ¿Cómo conseguí esta deliciosa porción de poder que no significa nada? Por matrimonio, mi joven amigo. Recuérdalo cuando sea el momento de plantar tu semilla. La madre de Juana, bendita sea su memoria, pertenecía a las ramas de un muy importante árbol familiar. —Señala a su hija con un gesto y levanta un dedo para indicar que se debe decir la verdad—. Muy importante, pero completamente en la ruina. Así que también me convertí en conde por mi dinero. No me mires como si eso fuera una infamia. No, señor, de ninguna manera. No soy diferente del mismísimo rey de Castilla. Todos los nobles son unos farsantes. Miras debajo de sus prendas elegantes y encuentras a un palurdo celoso que sueña con meterse entre las piernas de su criada. Además, son unos derrochadores. ¡Nunca lo olvides! Nunca aprenden nada. Es una de las maneras para saber que no son judíos. Si aprenden algo, nuestros frailes dominicos con sus sesos de mosquito, exclaman: «¡Ajá! ¡Un judío!», y los convierten en humo. Por lo tanto, gana mucho dinero, compra lo que quieras, no aprendas nada, y tú también podrás convertirte en conde. —Bebe un trago de vino—. Dime, ¿cuál es tu negocio?

—Padre —interviene Juana—. Estoy segura de que no es necesario.

—Por supuesto, es lógico que tú pienses así. Todo, excepto el amor, para una joven como tú es innecesario.

—Es una de esas frases que en Castilla consideran ingeniosas —gesticula Farid—. Creo que se espera de nosotros que sonriamos admirados.

El conde me mira enarcando las cejas.

—Te he preguntado cuál es tu negocio, Pedro Zarco.

—Mi familia tiene una frutería, pero yo...

—¡Por favor! —exclama, levantando una mano en señal de protesta—. ¡No me hables de la familia! Los lazos familiares son la maldición de España y Portugal. Debes alejar, mejor dicho, salir huyendo de ellos, mi querido muchacho.

Miro a Farid para saber su opinión sobre qué debo responder.

—Por algún motivo, intenta confundirnos —señala, con un suspiro.

—Tienes razón —digo, al tiempo que me levanto.

—¿Tienes razón? —pregunta el conde, confuso.

—Sólo dinos por qué querías comprarle manuscritos a Simón Eanes.

—¡Si te lo acabo de decir! Doblones, maravedíes, cruzados, reis. ¡Dime si los latidos de tu corazón no se aceleran un poco cuando escuchas los gloriosos nombres del dinero! Son como los nombres de Dios. Sólo que no tienen nada de secreto. Bendito sea Él, que crea lo evidente. —Se inclina hacia mí para decirme en voz baja —: Quizá no tendría que mencionarlo, pero tu tío estaba al corriente. Escucha, muchacho, aquí compro los manuscritos por una miseria. Tu gente está desesperada por quitárselos de encima. Después los vendo por una fortuna en Alejandría, en Salónica, en Constantinopla, en Venecia. Incluso el papa Julio, benditos sean los cimientos de piedra de la Iglesia, está interesado. Los beneficios que se pueden conseguir son inmensos. Sé que tiene escondidos unos cuantos libros de poemas deliciosos. ¿Por qué no me los vendes? Podrías largarte de este infierno. Incluso te echaría una mano. Tengo amigos en los muelles. En Faro hay un...

¿Cómo sabe esta miserable rata que mi tío guardaba manuscritos hebreos?

—¿Es verdad? —le pregunto a Juana—. ¿Lo hace todo únicamente por dinero?

Ella me mira con expresión grave y asiente.

O sea, ¿que este patán nuevo rico insinúa que mi tío estaba sacando fuera de Portugal las obras de Abulafia y Moisés de León a cambio de oro? ¿Como si esas obras de la Cábala pudieran tener un precio en los Reinos Inferiores!

—Ha llegado el momento de hablar sin tapujos —le digo al conde, como si le diera una orden—. ¿Mandaste asesinar a mi tío?

Se echa hacia atrás, ofendido, pero se contiene y pide con un gesto que haya paz entre nosotros.

—Por supuesto que no.

—Sin embargo, si lo que dices es cierto, seguramente le considerabas un competidor. Quizás intentaste... —La rabia acalla mi voz.

—Entonces, ¿no me venderás nada? —pregunta—. ¿Ni siquiera un Hagadá? ¿Un Libro de Ester? Ni un solo...

—Padre, por favor —suplica Juana.

—¡Nada! —respondo—. ¡Y si descubro que mataste a mi tío, te juro que te cortaré el cuello!

—¡Qué emocionante es que te amenacen! —exclama el conde sonriente—. Supongo que es bueno para darle un poco de color a mi complexión, ¿no?

—Me das asco. —Me arde el rostro cuando me vuelvo y camino hacia la puerta. Oigo unos pasos presurosos. La mano diminuta de Juana me sujeta por la muñeca.

—Tienes que encontrar a la dama que mi padre llama la reina Ester —cuchichea—. ¡Pero vete con cuidado!

Capítulo XVII

De cerca, el perfume del pelo de Juana es como una extensión invisible de mis propios deseos. Me aprieta la mano, y luego se va. Desde el fondo de la habitación, oigo una bofetada.

—¡Esto es una cosa seria! —gruñe—. ¿Qué le has dicho?

Me vuelvo hacia la muchacha, pero sus ojos me avisan que debo marcharme. Fuera de las verjas del palacio, alumbrado por la luz dorada del crepúsculo, le repito a Farid las palabras de Juana.

—Cada nuevo nombre añade una página a nuestro libro de misterios —gesticula.

—Sí. Tendremos que buscar la página en el Hagadá particular de mi tío. Ahora comienzo a entenderlo. Zorobabel tiene que estar allí. También la reina Ester. Cuando los encuentre, creo que sabremos cuáles son los rostros de los contrabandistas.

—Hay algo más que debes saber —señala Farid—. El conde es aquel hombre llamado Isaac que quería venderte un manuscrito hebreo.

—¿Qué?

—Son la misma persona. Isaac de Ronda y el conde de Almira.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Para empezar, los ojos. No cambian, ni tampoco algunos de sus gestos. Sin duda reparaste en las elegantes manos de Isaac de Ronda. Como bien dice, es un buen actor. Debe saber cambiar la voz; si no, te habrías dado cuenta. Además, tiene un disfraz excelente. Pero no es perfecto. Una cosa más, por debajo de los perfumes, hay otro olor que no se va. La esencia de clavo.

—¡Aquel bendito dolor de muelas! —gesticulo. Farid asiente, y añade—: Pero ¿a qué viene que primero quisiera venderme un manuscrito y después comprarme los libros de mi tío?

—No tenemos versos suficientes para saber la rima del poema.

—Vamos, Farid, tenemos que ir a casa para mirar el viejo Hagadá de mi tío.

—Debo quedarme —responden sus manos, y pide perdón inclinando la cabeza—. Ahora que estoy bien, debo buscar a mi padre. Me reuniré contigo lo antes posible.

Las puntas de sus dedos rozan mi brazo con la suavidad de los pétalos. Recuerdo cómo los ángeles lo habían vestido de blanco, y oigo a mi tío decir: «No abandones a los vivos por los muertos». Sin embargo, soy incapaz de contenerme y señalo:

—Necesito que me ayudes. Estamos tan cerca...

—Beri, por favor, no seas egoísta —gesticula.

—¿Egoísta? ¡Mi tío ha muerto! ¿Qué quieres que haga? ¿Qué queréis todos vosotros que haga?

—No quiero que hagas nada, pero déjame buscar a Samir. ¡Apártate de mí!

El gesto de Farid corta el aire entre nosotros. Impulsado por la culpa y el dolor, le sigo a las casas de sus amigos en el vecindario.

—Iré lo antes que pueda —señala.

Pero sus esfuerzos por aplacarme sólo vierten vinagre en mis heridas.

Buscamos con el silencio clavado como una cuña entre nosotros. La única pista sobre el paradero de Samir nos la da una vieja desdentada que fabrica anzuelos; vive al otro lado de la calle, delante de la vieja mezquita confiscada. En un árabe que funde todas las consonantes, dice que vio a Samir rezando en su alfombra azul en la ladera debajo del castillo. ¿Se había detenido un momento en su carrera de regreso a casa para pedirle a Alá que salvara a su hijo? La mujer señala con un dedo cubierto de cicatrices, consumido casi hasta el hueso, el lugar donde rezó. Unos hierbajos secos y una caléndula marchita marcan el lugar. Farid va allí, se agacha y contempla el Tajo por encima de los tejados de la Pequeña Jerusalén y el centro de Lisboa.

—Es demasiado ancho —gesticula.

—¿Qué? —pregunto.

—El río. Tendría que verse la otra orilla. Como en Tavira o Coimbra. Incluso en Oporto. Aquí, no tenemos intimidad. No podemos abrazar la ciudad. El ancho del río nos hace sentir como si todos fuéramos visitantes, que somos todos insignificantes. Es la maldición de la ciudad.

—Seguiremos buscando hasta dar con más pistas —digo. Mis palabras encubren la impaciencia que me retuerce las tripas; mi tío está muerto y él habla del abrazo del río.

Los ojos negros de Farid me miran con un brillo apagado que esconde su rabia. Me doy cuenta de que ambos nos hemos puesto las máscaras otra vez. Entre nosotros. Por primera vez en muchos años. Incluso así, a pesar de la frustración oculta debajo de mis mejillas ardientes, allí mismo desciende sobre mí la reconfortante seguridad de que nuestro vínculo no se romperá. Después, y durante muchos días desde entonces, a menudo me he preguntado si mi vida no hubiese sido mucho más sencilla de haber sido capaz de encontrar la satisfacción personal en sus brazos.

Regresamos a casa absortos en nuestros pensamientos. La posibilidad de que el conde de Almira nos haya convertido a ambos en marionetas hace de la ciudad un telón de fondo gris. ¿El susurro de Juana también era sólo una parte del plan del titiritero?

Junto a la entrada de nuestra tienda, Farid se marcha hacia su casa sin siquiera despedirse.

Mi madre y Cinfa están arreglando las frutas en el fondo del local. La puerta que da a la calle de la Sinagoga, vuelve a sostenerse en los goznes. La han pintado de color azul oscuro. Estoy a punto de preguntar quién ha obrado el milagro cuando mi madre dice con un tono apesadumbrado:

—Te estábamos esperando. ¿Estás preparado para dirigir las plegarias? —Está desgreñada, los ojos somnolientos. Debe ser consecuencia del extracto de beleño.

—Dame un respiro —respondo.

—¡El *sabat* ha esperado por demás! —grita.

—¡Pues ya voy!

En la cocina, Aviboa duerme sobre una almohada. Reza está hirviendo bacalao en el caldero de cobre.

—Vino Brites —me informa en voz muy baja—. Le di la sábana sucia que ocultaste en el patio.

—Dios te bendiga. —Le doy un beso en la mejilla—. Por casualidad, ¿el rabino Losa no ha pasado por aquí?

—No.

—¿Quién ha pintado la puerta de la tienda y la ha colocado otra vez?

—Fue Bento. Ha sido como agradecimiento por sacar al *ibbur* de Gemila. Me pidió que te lo dijera.

—Muy bien. Escucha, intenta entretener a mi madre durante unos minutos si puedes.

Reza asiente. Bajo corriendo al sótano, busco la llave de la *genizá* y saco el Hagadá personal de mi tío. Me siento con el libro sobre la falda. Mi corazón suena como un tambor. Ojeo las ilustraciones buscando a Zorobabel. Su cuadro ocupa la parte superior de la sexta página de las miniaturas que sirven de prefacio al texto. En la representación de mi tío, es un hombre joven con el pelo negro largo y unos ojos ardientes. Se mantiene erguido en una pose que refleja su orgullo ante el rey Darío, que aparece con el rostro afable del príncipe don Enrique el Navegante. Los dos hombres están delante de la torre de la Quinta das Amendoeiras. En la mano derecha, Zorobabel lleva la Torá, la esencia de la verdad. En la izquierda, aparece la letra dorada hebrea *He*, un símbolo de la mujer divina: *Bina*. Dos anillos de esmeraldas brillan en los dedos índice y corazón de la mano derecha.

Las gemas me desvelan la verdadera identidad de Zorobabel; los rostros de los hombres envejecen, pero las esmeraldas no. Zorobabel no es otro que el conde de Almira.

—La carroza del sol está a punto de pasar más allá del horizonte —llama Reza—. Estás haciendo que la novia del *sabat* llegue tarde a su boda. Es la última noche de *Pesaj*. ¡Sube ahora mismo!

—¡Déjala que se case sin mí! —le grito.

—¡Deja de ser tan testarudo!

—Reza, tú sabes las oraciones. Tienes voz. ¡Hazlo tú!

—¿Qué mosca te ha sorbido el seso, Baraquías Zarco? Sabes que no puedo officiar los servicios.

—Entonces que lo haga mi madre. Déjame estar, por favor.

—¡Necesitamos a un hombre, maldito idiota!

—¡La novia del *sabat* sólo necesita una voz, no un pene! —replico aunque sea una blasfemia—. Haz que Cinfa te guíe si tienes miedo.

Reza cierra la trampilla. Por fin hay paz.

Paso las miniaturas del Hagadá, atento a la aparición de la reina Ester. Su rostro regio me mira desde el pie de la página siguiente. Su identidad hace que mi corazón emprenda una loca carrera; Ester, la reina judía que mantuvo en secreto su religión para después salvar a su pueblo de la ira del malvado cortesano Amán, no es otra que doña Meneses. Aquí está representada llevando la Torá a Mardoqueo, su padre adoptivo. En parte escondido debajo de su brazo hay un manuscrito, probablemente el *Bahir*, el Libro de la Luz, porque mi tío lo ha adornado con una brillante aureola. El rostro de Mardoqueo es el de una persona que nunca he visto antes. Pero lleva una cruz bizantina, un chal judío y un aba azul con arabescos verdes. ¿Es una referencia a un hombre de la iglesia oriental? ¿Un amigo judío en un reino moro? ¿Un derviche de Turquía? «Alguien que reconcilie todas las religiones de Tierra Santa», dice mi tío. Murmuro para mis adentros: «O el hombre que lleva las tres máscaras. Quizás él es *Tu Bisvat*».

Estos hallazgos me hunden en profundas reflexiones. Entonces me doy cuenta de que para un descubrimiento tan importante necesito la confirmación de los ojos de lince de Farid. En el momento en que asomo la cabeza por la trampilla, Reza me dice:

—Así que, después de todo, Baraquías Zarco, has recuperado el juicio.

Paso a su lado con la cabeza gacha para no mirar la ceremonia del *sabat*. Farid está en su dormitorio. De rodillas, de cara a la Meca, con los ojos cerrados, se inclina hacia el suelo como una palmera doblada por el viento. Cuando se levanta, con el ceño fruncido, indica que ha advertido mi presencia. Sin embargo, no abre los ojos. Vuelve a inclinarse. Me domina el enojo cuando se niega a reconocer mi presencia con un gesto. La palabra «traición» se graba en mi mente. Con el talón golpeó tres veces, después una, por último cuatro. Farid se sienta. Abre los ojos.

—Por favor, necesito la claridad de tu visión —señalo.

Se pone de pie, en su rostro aparece una expresión de fingido desinterés. Me sigue hasta mi casa como un fantasma.

—¿Te unirás a nosotras ahora? —pregunta Reza con voz amable.

No la miro ni respondo. Bajamos al sótano.

Farid tiene bastante con mirar una vez a Zorobabel. «Es el conde de Almira», señala. En cuanto a la reina Ester, no se convence hasta que le señalo la gargantilla de esmeraldas y zafiros. «Sí, es ella».

Se me hace un nudo en la garganta mientras pienso: «Una alquimia no prevista por mi tío convirtió en miedo el amor de estos amigos. Después en odio y finalmente en asesinato». ¿Quién podía tener más miedo que los cristianos nuevos? ¿Quién más odioso que los nobles portugueses y españoles? ¿Quiénes estaban en mejor posición para traicionar a mi tío que los aristocráticos antiguos judíos que le ayudaban en el contrabando de libros hebreos: Zorobabel y la reina Ester?

¿Se había producido un desacuerdo entre ellos recientemente? *Tu Bisvat* había escrito que una *safira* enviada por mi maestro no le había llegado. ¿Quizá doña Meneses había comenzado a retener las ganancias destinadas a la compra de nuevos manuscritos? ¿Las decisiones de mi tío habían comenzado a afectar a los tratos comerciales de Zorobabel? ¿Había comenzado a vender libros en otra parte?

El villano Amán, por consiguiente, aparecería retratado en el último Hagadá de mi tío —el que robaron de nuestra *genizá*— como el conde de Almira convertido en un anciano. Suyo era el rostro que había buscado mi maestro, aquél que finalmente había encontrado como me había dicho antes de la cena de *Pesaj*.

Sin embargo, si el conde era el culpable, si había querido silenciar a Simón y a los otros miembros del grupo de iniciados que podían conocer su identidad, ¿por qué había aceptado llevar a Diego al hospital?

—Necesitamos encontrar el Hagadá desaparecido como prueba de que el conde mandó asesinar a mi tío o lo mató él mismo —le señalo a Farid.

—¿Cómo? —gesticula.

—Tendremos que pillar a doña Meneses y al conde como sea. Ellos han de tener el manuscrito.

—¡Baraquías! —suenan la voz de Reza—. Tienes una visita. Fray Carlos.

¿Es un engaño de mi madre para conseguir que suba?

—¡Hazle bajar! —respondo.

—¿Quién es? —quiere saber Farid.

—El fraile —contesto.

Guardo el Hagadá en su escondite, cierro la tapa, luego guardo la llave de la *genizá* en la vejiga.

Fray Carlos baja las escaleras con precaución. El sudor perla su frente y respira agitado, como si hubiera estado corriendo.

—¿Judá? —pregunto.

—No hay noticias. —Se acerca, me sujeta las manos. La voz le tiembla cuando añade—: ¡Tienes que ayudarme!

—¿Se trata del extranjero? ¿Te persigue?

—No, no es eso. Pero, Dios bendito, estaba hablando con los dominicos... Tienen que haber invocado a un demonio para matarme. Baraquías, he llegado a una conclusión: el mal es celoso. El diablo quiere destruir lo más noble. Tu tío tenía tales poderes que curaban en los Reinos Altos y Bajos. Si el demonio hubiese querido... Creo que él y los dominicos envían demonios a por nosotros. Maimón blanco. ¡Gemila lo vio! ¡Tenía razón!

En su frenética mirada, veo que la locura de Lisboa finalmente ha poseído al fraile.

—¡Basta, fray Carlos! No tengo tiempo para metáforas.

—Entonces, ¡mira esto! —grita.

Me muestra otro talismán. En un cuadrado de pergamino lustroso, las minúsculas letras hebreas forman dos círculos concéntricos toscamente trazados que reproducen citas de los proverbios. El círculo exterior dice: «La violencia es la carne y el vino de los traidores». El interior señala: «Los rescoldos del malvado serán extinguidos».

—¡Lo encontré metido en el forro de mi capa! —chilla fray Carlos—. ¡En mi capa! ¿Puedes explicármelo? ¿Puedes?

—¡Calla! —Saco de mi bolsa el talismán que me dio el otro día. La escritura de este nuevo talismán muestra la misma escritura precisa en algunas partes y otra mucho menos firme, como si la hubiese escrito alguien debilitado por la enfermedad o torpe por el exceso de vino.

Se lo entrego a Farid. Huele el trozo de pergamino y después lo lame.

—Parece tu tinta —gesticula.

—¿Mi tinta? —Entonces descubro la solución y suelto un gruñido que surge de lo más profundo de mis entrañas. He estado eludiendo la respuesta obvia.

—Fray Carlos, estos escritos no tienen nada que ver con la muerte de mi tío —le digo. Paso los dedos por el pergamino para confirmar por la textura la identidad del artista responsable—. Ven conmigo.

Fray Carlos y Farid me acompañan. Mi madre reza las oraciones con voz débil. Se interrumpe para mirarme con ojos resignados. Reza me ordena silencio con su mirada de pío reproche, una expresión que Cinfa copia inmediatamente. Nos dirigimos al dormitorio de mi madre. En el panel secreto encima del marco de la puerta, encuentro el talismán que está escribiendo ahora. La escritura micrográfica es la misma.

—No lo entiendo —afirma fray Carlos.

—Sin duda, mi madre oyó tu discusión con mi tío. Creyó que podría ayudar. El juicio nublado por la preocupación y el dolor produce estas monstruosidades. El último talismán tuvo que meterlo en el forro de tu capa mientras tú dormías en el patio. Ha estado tomando extracto de beleño, no puede escribir de una manera normal, ni pensar con ningún rigor. Lo lamento. Estoy seguro de que no pretendía hacer ningún mal. Sólo conseguir el libro de Avicebrón que mi tío deseaba tanto. En su estado, quizá llegó a pensar que los talismanes le devolverían a su hermano. Dos misterios se han entrelazado cuando creíamos que sólo era una única cosa.

Si hubiera escuchado mis propias palabras con atención, no habría cometido el error que cometí.

Farid, fray Carlos y yo vamos a la tienda, donde mi familia no puede oír nuestra discusión sobre las acciones a emprender. Después de desvelarle al fraile las identidades dadas a Zorobabel y a la reina Ester en el Hagadá personal de mi tío, Farid gesticula:

—Vayamos otra vez al palacio de Estaus y enfrentémonos al conde de Almira. Le obligaremos a que confiese su culpabilidad.

Traduzco al fraile la mímica de Farid.

—¿Qué pasará si el conde se niega? —pregunta fray Carlos.

Farid saca de la bolsa la daga más aterradora de su colección; una cuchilla de seis pulgadas de hierro afiladísimo curvada como una hoz. La esgrime amenazadoramente debajo de la nariz del fraile.

—¡El conde no se negará! —gesticula—. ¿Y sabes por qué? Porque un actor necesita su voz. Apoyaré la punta en su nuez y se la arrancaré de raíz si no nos responde la verdad.

El fraile se echa hacia atrás y aparta la mano de Farid.

—No sé lo que acaba de decir, pero no me gusta —manifiesta—. Doña Meneses es la indicada. A ella será más fácil arrancarle la verdad.

—¿Por qué?, ¿porque es una mujer? —replico despreciativamente—. ¡Si es una judaizante que necesita proteger su identidad, no vacilará en ordenarles a sus sicarios que nos corten la cabeza!

—Juana, la hija del conde —señala Farid—. Ella nos ayudará.

—Si conseguimos llegar hasta ella.

Mientras traduzco para fray Carlos, llaman a la puerta de mi madre en la calle de la Sinagoga. Nos acercamos y abro la puerta. Me encuentro con un niño de cara redonda y ojos saltones. Saca una nota de la bolsa y me la alarga. «Un mensaje», dice, y sale corriendo en cuanto cojo la nota. El mensaje dice lo siguiente:

Baraquías:

Reúnete conmigo en la carretera real a Sintra, antes de llegar a Benfica. Te estaré esperando junto a las dos aceñas gemelas que están pasadas las ruinas de la iglesia visigótica. Ven solo. No se lo digas a nadie. Ven inmediatamente. Descubrí algo que debes saber sobre la muerte del maestro Abraham.

La nota lleva la firma de Diego.

Fray Carlos me quita la nota. Después de leerla, dice:

—No vayas, mi querido muchacho. Todavía es muy peligroso viajar solo por los alrededores de Lisboa.

La obligación de avisarle a Diego sobre los contrabandistas de libros e informarle de su identidad pesa sobre mi pecho como una losa. Quizá lo que él ha descubierto me ayude a atrapar a la reina Ester y a Zorobabel.

—No, iré —respondo—. Es de noche, y no tengo mucho más que hacer. —Me vuelvo hacia Farid. Apoyo una mano en su hombro y me disculpo por mi egoísmo de antes. Añado—: No tengo la intención de ir solo, si tú me obsequias con tu compañía.

Cierra los ojos, y asiente con una reverencia.

Nos marchamos antes de que las súplicas de mi familia se conviertan en gemidos y maldiciones, antes de que Cinfa pueda detenerme con su mirada.

Farid se demora un momento en su casa para calzarse las sandalias de su padre.

Esta noche del viernes es más lóbrega con el fuerte viento que sopla del este, de la maldita España. En la carretera de Sintra, más allá de los arcos desnudos de la iglesia visigótica, nos desviamos por una vereda que va a las aceñas abandonadas. Sus siluetas rotas destacan iluminadas por la luna. Cinco leguas más allá, la montaña de Sintra se alza en el horizonte como una nube caída que se señala hacia arriba apuntando a una respuesta más allá de nuestro alcance. Farid husmea el aire como los conejos, observa el paisaje. Un halcón blanco vuela en círculos, cabalgando como un fantasma en las corrientes de aire, una criatura libre de la tierra, más allá de la historia.

—¿El atractivo de los pájaros es que presagian nuestra liberación de este mundo? —le señalo a mi amigo.

—Quizá sea porque comparten nuestro viaje y después escapan —gesticula. Vuelve a husmear—. No hace mucho que por aquí ha pasado un ciervo —explica. Con movimientos cautos y pensativos, señala—: Y algo más. —Da unos cuantos pasos, se agacha y pasa los dedos por una marca que sus ojos de sordo han descubierto en la tierra—. Hombres. —Señala una huella que mi visión no percibe—. Uno lleva botas. Es pesado, pisa con fuerza.

—Quizá sea Diego.

—Hay otros dos hombres. Uno pequeño que se mueve con cautela. El otro vacila, se vuelve continuamente para mirar atrás.

—Ese es Diego. —Sonrío—. Los otros dos probablemente son los guardaespaldas.

Aceleramos el paso. Una silueta con forma de tonel que está en el sendero antes de las norias toma contornos definidos, cambia bruscamente. La forma de un hombre caído se configura en la plateada luz de la luna. Pelo largo y ancho de hombros. Se arrastra como una oruga; al parecer, tiene la pierna derecha herida por que la arrastra lastimosamente. Los gruñidos esculpen su agonía en los sonidos del viento nocturno.

—¡Es el hombre del norte que vació a Simón de su cáscara! —señala Farid muy excitado.

Vistos de cerca, los rasgos toscos, duros de su rostro son inconfundibles.

—Sí.

Nos erguimos ante él como torres. Es enorme, corpulento, como un toro convertido en humano. Se pone de rodillas. Retrocedemos. Empuñamos las dagas. Una mancha negra y húmeda empapa el calzón a la altura del muslo.

—Mataste a mi amigo —le pregunto—. ¿Por qué?

Me responde en una lengua extranjera que no entiendo.

—¿Inglés, francés, holandés?

—Flamenco —contesta en un pésimo castellano—. De Brujas.

—¿Acaso aprendiste el oficio de *shohet* entre los asauenacías del norte? —Le señalo—. ¿Cristiano nuevo?

Se echa a reír.

—Viejo —replica. Se señala y susurra—: Muy cristiano viejo.

—¿Por qué mataste a Simón? —No interpreto el encogimiento de hombros, y sostengo un pie contra la nalga para imitar una pierna amputada—. ¿Por qué?

Esta vez la carcajada acaba en un ataque de tos. Cierra los ojos y da un giro a la cabeza para indicar que era inevitable.

—¿Doña Meneses? ¿La conoces?

Sonríe y asiente. En el momento que me distraigo un segundo para atender a una señal de Farid, el flamenco se me echa encima. El peso de su mole me tumba. Le asesto una puñalada, pero sus manos callosas se cierran alrededor de mi garganta. Mi daga se hunde hasta la empuñadura entre los omoplatos. Grito pidiendo la ayuda de Farid. Luchamos, pero él es demasiado fuerte. La tenaza de sus manos me oprime cada vez más. Mi pecho bombea. La tos detenida en mi garganta hace que los ojos se me llenen de lágrimas. Sin embargo, le veo con toda claridad. Como un escarabajo atrapado en el ámbar; los ojos saltones, mejillas brillantes, una boca retorcida en una mueca de odio.

Comprendo que haya un momento en que la muerte se acepta como inevitable. Mis manos le sueltan las muñecas. Ya no me domina el miedo ni la furia. Sólo hay distancia. Como si estuviese detrás de mí dispuesto a marcharme. Como si mi tío me estuviese llamando desde el otro lado de la calle de San Pedro: «¡Baraquías, escúchame! ¡Estoy aquí esperándote!».

Un dolor terrible. Las manos como una soga que me quema la garganta. Chorros de líquido salado salen de la boca del flamenco. Me arrastran de nuevo. Mis ojos me queman, mis labios están empapados en sangre. Sus manos, como tenazas que se abren, se apartan. Me quitan la mole de encima. Aparece el rostro de Farid. Me sujeta con una mano; con la otra gesticula mi nombre.

Mientras boqueo para llevar aire a los pulmones, veo la daga de Farid clavada en la nuca del flamenco.

—Estoy bien —señalo.

—Está muerto —gesticula. Esta vez no ha necesitado las manos de Farid; extiende los dedos, los cierra en un puño, luego dobla el puño hacia abajo como si rompiera una rama.

Farid saca las dagas del cuerpo del asesino; las limpia en la pernera. Excepto para darle las gracias, no hacemos ningún gesto. ¿Qué podemos decir? Caminamos hacia los molinos. Un hombre yace boca arriba en el sendero, junto a la base del más próximo, los ojos de pescado fijos en la luna creciente. Su cuello todavía conserva el calor de la vida eclipsada. Cuando me agacho para mirarle de cerca, veo un rostro que

conozco: es el guardaespaldas que Diego trajo a mi casa. Rezo una plegaria para que Diego no haya sido llamado al seno de Dios.

—¿Oyes algo? —indica Farid—. Presiento que algo se mueve cerca de nosotros.

—No.

De pronto, Diego aparece de detrás de la aceña. Viste una gruesa capa forrada de piel larga hasta los tobillos. A pesar de la poca luz, veo que las gotas de sudor le corren por el rostro.

—Estás a salvo —le digo—. ¿Por qué no...?

—¡Baraquías, están intentando matar a todos los del grupo de iniciados! —lloriquea—. A todos nosotros. No estamos a salvo en ninguna parte. Debemos...

—Cálmate. Matamos al flamenco antes de llegar aquí.

—Eso no lo remedia todo —afirma Diego. Me sujeta por un hombro—. Mataron a tu tío, a Sansón y a Simón. ¡Ahora han intentado matarme a mí! ¿No lo entiendes?, a todo el grupo de iniciados. ¡A todos nosotros!

—No te preocupes —replico poniendo mis manos sobre su pecho—. Ahora conocemos la identidad de ellos. Es doña Meneses. Ella y el conde de Almira están detrás de todo esto. Deben de creer que los miembros del grupo de iniciados conocen quiénes son y que podrían comprometerles con las autoridades reales.

—¿Doña Meneses? ¡Es imposible! Ella nunca...

—Traficaba los libros con mi tío —le informo.

—¡Pero si es una noble!

—Razón de más para sacar los manuscritos hebreos de Portugal sin muchos riegos, ¿no te parece?

Diego contempla la noche como si la respuesta pudiera estar en algún lugar del horizonte oscuro.

—No lo sé. Nunca se me ocurrió... —Mira el cadáver del guardaespaldas—. Fernando hirió al flamenco en la pierna, pero el rubio cabrón era demasiado hábil con el cuchillo. ¡Oh, Dios! No puedo regresar a Lisboa.

—¿Qué piensas hacer? ¿Quedarte aquí el resto de tu vida?

—¡No dejaré que me atrapen! Cuando te echan el aceite hirviendo, es como si te estuvieran desollando con una cuchilla oxidada. Ruegas para que tu vida se termine. Haría cualquier cosa. No dejaré que vuelva a ocurrir. Nunca. ¿Me oyes? ¡Nunca más!

De pronto recuerdo el costurón que le cruza el pecho y que yo vi cuando se desmayó en la calle.

—¿Te sometieron a la *pinga*?

—En Sevilla había un especialista que podía pintarte cuadros en el cuerpo con aceite hirviendo y la ceniza que frotaba en las quemaduras. En el pecho de una muchacha de diecinueve años cuyo crimen fue usar sábanas limpias los viernes, pintó toda una escena de la Pasión. Ella sencillamente se resistía a morir. Sus pechos se convirtieron en las colinas de Jerusalén, su ombligo en el corazón de Cristo. Aquello fue imposible de...

—Diego, escucha. Podrán mandar a cualquier otro a buscarte a ti. Allí donde vayas. Estarás más seguro en la ciudad. Con las personas que conoces.

—En mi casa no —irrumpe atemorizado. El viento le arremolina el pelo plateado, y me doy cuenta de que ya no lleva el turbante; cada día somos un poco menos judíos—. Saben dónde buscar. En cuanto se enteren de que el asesino que enviaron a matarme está muerto, enviarán a otro.

—Lo que quería decir es que te quedarás con nosotros —añado. Diego baja la mirada mientras piensa. Veo que en su interior está de acuerdo. Le pregunto—: ¿Para qué me mandaste a llamar?

—Baraquiás, recordé algo importante: que don Miguel Ribeiro, el noble para quien Ester copió un libro de los Salmos, tuvo una discusión con tu tío hace una semana. —Me coge la mano, y prosigue en voz muy baja—: Tu maestro lo mencionó al pasar en el grupo de iniciados. He averiguado algunas cosas. Al parecer, don Miguel se encuentra en unos establos no muy lejos de aquí. En las afueras de Benfica. Se me ocurrió que mi guardaespaldas podría acompañarte, y pillarle por sorpresa en mitad de la noche. Pero ahora, no sé... —Sus palabras se apagan mientras mira en derredor.

—Diego, estoy enterado de la discusión. Miguel y mi tío discutieron por su negativa a aceptar su auténtico pasado, su judaísmo. Me lo contó todo el...

—¡Eso no! Fue por el libro, el libro de Salmos que le encargó a Ester. Se negó a pagar el precio acordado. Por lo que se ve, Miguel le amenazó con denunciar a las autoridades que tus tíos escondían manuscritos hebreos si no se lo regalaban. Ahora creo que quizás él estuviera compinchado con doña Meneses. Allí tiene que haber alguna relación.

—No, no. Mi tío le envió un mensaje pidiéndole que se convirtiera en contrabandista —replico.

Farid tiene problemas para leer los labios en la oscuridad. Cuando traduzco lo dicho en signos, gesticula:

—Miguel Ribeiro es rico. Podía permitirse pagar el trabajo de Ester. Además, te perdonó la vida cuando fuiste a verle. Te podría haber matado con total impunidad.

—¿Qué dice? —pregunta Diego.

—Que no tiene sentido —respondo.

El iniciado suelta una carcajada irónica y me aprieta la mano con fuerza.

—¿Es que hay algo en lo ocurrido durante la semana pasada que tenga algún sentido? Déjame que te diga una cosa, muchacho. Los Reinos Inferiores no están regidos por ninguna lógica que puedas encontrar escrita en la Cábala.

Diego pasa por encima del cadáver del flamenco. Le escupe en la cara y le da un puntapié en la cabeza. Luego continúa la marcha sudando como una bestia de carga. Con su voz engolada, comienza un soliloquio sobre marcharse a Rodas y Constantinopla en una nave que zarpará de Faro dentro de una semana. Iniciará su viaje al sur desde Lisboa a última hora de mañana. «Constantinopla es una ciudad tan

bonita —afirma—. No se parece en nada a Lisboa. Incluso llueve. Unas gotas gordas y hermosas. Como perlas. Muy buena también para los cabalistas. Es donde Asia se encuentra con Europa, donde los dos se convierten en uno como decía tu tío. Recuerdo que...».

El polvo, la noche y las cavilaciones de Diego lían mis pensamientos como una cuerda. Los buitres que vuelan en círculos nos escoltan hasta Lisboa. En el interior de la ciudad nos detenemos junto a la fuente de la Esperanza. Me mojo el rostro y el pelo. Me pregunto cuál será el vínculo entre Miguel Ribeiro y los contrabandistas. Miro a Diego entre las gotas de agua que me caen sobre los ojos. Se está peinando la nueva barba que ya le cubre las mejillas y el mentón.

—La limpieza es un deber sagrado —me recuerda.

Quizá sí. Pero, ¿qué define su ser interior? ¿Es el judío errante personificado, un ser aterrorizado que de alguna manera es menos que humano, dispuesto a una nueva migración a otra tierra hostil? ¿Es eso en lo que nos hemos convertido, personajes definidos por la mitología cristiana?

Estamos a la vista de nuestra casa, cuando el pequeño Didi Molcho se acerca corriendo.

—¡Lo he encontrado, Ben! ¡Lo he encontrado!

—¿A quién?

—¡Al rabino Losa!

—¿Dónde está?

—En el *micvá*. Se casa Murça Benjamín.

—¿Qué? ¿Ahora? Iba a ser mañana. Ya es pasada la medianoche. ¡Todavía es *sabat*!

—Han adelantado la boda a esta noche para engañar a los cristianos —responde en voz baja.

Entramos todos en el patio. Fray Carlos sale a nuestro encuentro. El fraile, Didi, Diego, Farid y yo nos reunimos junto al tocón de nuestro limonero.

—Tengo que hablar con el rabino Losa. Necesito asegurarme de que no tiene nada que ver con todo esto. No tardaré en volver.

Todos levantan sus voces de protesta en contra de mi decisión.

—Es demasiado peligroso para los judíos reunirse en una celebración —afirma Diego, en nombre de todos—. ¿Qué pasará si te sorprenden los cristianos?

Desconfío tanto de Losa que no veo la hora de plantarle cara.

—Sea lo que sea, debo ir —replico—. Además, no podemos hacer nada con la reina Ester y Zorobabel durante la noche. El despuntar del alba comenzará a sacarlos de las madrigueras.

Dejo a mis amigos y me voy al *micvá* a la boda de Murça Benjamín. Como viuda sin hijos, está obligada por la ley del matrimonio levirático a casarse con el hermano mayor del marido difunto, ahora que él ha escogido tomarla por esposa. Un hombre

larguirucho que oculta el rostro debajo de la capucha de la capa, monta guardia ante la puerta de la casa de baños.

—¿Puedo entrar? —le pregunto—. Soy amigo de Murga.

—Date prisa.

Están encendidas las antorchas de las escaleras. Un pequeño grupo de testigos envueltos en capas que dan lugar a un juego de luces y sombras está reunido en la cámara central, los hombres delante, las mujeres detrás. Pero mientras descendo advierto que algo no va bien. El rabino Losa ocupa el centro de un tribunal de cinco jueces. En cuanto me ve da un respingo como si le hubiesen quemado. Sus ojos perversos reflejan su miedo. La furia me atenaza las tripas como un puño ardiente.

Mientras tanto, ¿qué pasa aquí? Murga se enfrenta a su cuñado, Efraím. El pelo de la viuda está cubierto con un pañuelo de arpillera. La expresión de su rostro es tensa, desesperanzada, y le tiemblan las manos. En el suelo hay un plato de cerámica negra entre la pareja. ¡El *halizá*! Dios, ¿cuándo nos alcanzará tu misericordia? Después de los ataques a los judíos, Efraím ha preferido renegar de su compromiso matrimonial. Ya está muy avanzada la ceremonia que le libraré de esta obligación. En cuanto a Murga, ella también se verá liberada, pero ¿qué la espera? Casi sin dote y con la mitad de los jóvenes judíos de Lisboa convertidos en cenizas, las posibilidades de encontrar la felicidad que se merece son escasas.

Efraím anuncia la negativa a casarse con Murga con una voz solemne. Murga le responde en hebreo con voz quebrada: «*Me'en yebami lehakim leahiv shem beyisrael lo aba yabmi*», luego repite las palabras en portugués para que todos puedan entenderlas: «Mi cuñado se niega a aceptar en Israel el nombre de su hermano; no quiere cumplir su obligación de cuñado, tomándome por mujer». Exhala un suspiro desgarrador cuando termina.

—¿Entiendes lo que dice? —le pregunta el rabino Losa a Efraím.

—Sí.

Los jueces se ponen de pie. Murga se acerca a Efraím, se agacha, y únicamente con la mano derecha comienza a desatar las correas de cuero de la sandalia que le rodean tres veces la pantorrilla derecha. Los jadeos agónicos de la mujer rasgan el aire. Cuando por fin acaba de desatar las correas, le levanta el pie y le quita el calzado. Se endereza, tambaleante, y arroja la sandalia al suelo entre Efraím y los jueces.

El rabino Saba toca con el codo a Losa y le susurra al oído; el miedo le ha hecho olvidar a la rata traidora su lugar en la ceremonia.

—Mira la saliva que sale de su boca hasta que llegue al suelo —se apresura a decirle a Efraím.

Murga tiembla, consigue con un gran esfuerzo inclinarse y escupir en el plato negro para humillar simbólicamente a su cuñado por negarse a darle hijos, y manifiesta: «Esto se hace con el hombre que no sostiene la casa de su hermano».

Efraím, desafiante, recoge la sandalia y se la alcanza al rabino Losa como quien entrega un mandato real. Los cinco jueces entonan al unísono: «Que la voluntad de Dios sea que las hijas de Israel nunca lleguen a necesitar el *halizá* ni el matrimonio levirático».

Concluye la ceremonia, y Murga se desploma. Mientras las mujeres acuden a socorrerla, Losa corre hacia las escaleras. «Todos los rabinos saben matar como un *shohet* —pienso—. Es él quien ha estado chantajeando a los traficantes de mi tío. ¡Por eso Dios ha querido que asistiera a esta ceremonia!».

Me abro paso entre los hombres de la galería, y le persigo. En el exterior, le veo escabullirse hacia su casa. A los pocos instantes, lo alcanzo. Mis manos le sujetan por el cuello de seda. Lo aplasto contra la pared de la casa de Samir.

—Un gran erudito y un rabino de rabinos como tú no tendría que tener tanta prisa por marcharse.

Losa intenta apartarme.

—Déjame pasar, maricón.

—Me confundes con Farid, un amante de hombres cuyo nombre no eres digno de pronunciar.

—¿Me pegarás aquí en mitad de la calle delante de todo el mundo? —Echa una mirada al pequeño grupo de espectadores para recordarme que habría testigos.

—Quizá —respondo—. No me importa lo que piensen los demás. Pero seré justo. No te mataré por tus crímenes contra tu gente, pero sí si descubro que has asesinado a mi tío.

—¿Asesinar a tu tío? ¿Yo?

—No sé de qué te sorprendes. ¡Le traicionaste! ¿Lo niegas? ¡Tú empuñaste el cuchillo de *shohet* y le cortaste la garganta!

—Por supuesto que lo niego. Es verdad que nos odiábamos. Pero hay todo un mar Rojo entre el odio y el asesinato, y no lo he cruzado.

—¿Dónde estabas el domingo cuando ocurrieron los disturbios?

—En mi casa rezando. Una de mis hijas está enferma.

—¿A Dios o al diablo?

—Que un jabalí te meta la lengua...

Le golpeo la cabeza contra la pared encalada. Chilla, gime.

—¿Tienes testigos?

—¡Mis dos hijas estaban conmigo!

—¿Todo el día?

—Sí.

—¿Por qué te perdonaron los dominicos?

—¡Ahora trabajo para la Iglesia, idiota! —grita.

—¿Están tus hijas en casa?

—No te atreverás...

Una semana de poco dormir y comer comienza a hacer efecto en mi razonamiento y equilibrio. Arrastro al aterrorizado rabino por la calle de San Pedro hasta su casa. Una parte de mí es consciente de que me estoy dejando dominar por la desesperación. ¿Tengo miedo de enfrentarme a la verdad, de reunir todas las pistas en un verso claramente legible? Todo está bien guardado en mi memoria Torá: el Maimón blanco de las dos bocas; la agresión a Diego; el tajo en diagonal en la garganta de mi tío; las cartas de *Tu Bisvat*. Si fueran citas de la Torá o de la Cábala no me costaría nada entrelazarlas en un comentario sensato, en una respuesta. ¿Es que sencillamente me asusta acabar el viaje hacia la venganza y pasar a través de la última puerta a la nada más allá de la muerte de mi maestro?

Capítulo XVIII

De acuerdo con la Cábala, la miel tiene la sexagésima parte de dulzura del maná; el sueño una sexagésima parte del poder de la profecía; el *sabat*, una sexagésima parte de la gloria del mundo que ha de venir.

¿Cuál es la fracción de la muerte que tiene el sueño de la enfermedad?

Raquel, la hija menor del rabino Losa, yace de lado, cubierta con una manta, el dorso de la mano curvado como una aleta sobre la frente como si quisiera protegerse de un ogro. Mantiene los ojos cerrados, pero a cada momento se estremece, como si pretendiera sacudirse una humedad interior. Ester María, la hermana mayor, la vigila sentada a los pies de la cama con los ojos enrojecidos y preocupados propios de una voluntad que flaquea. Sus manos pasan las cuentas de un rosario. Me saluda con un gesto como hacen aquellos que están más allá de la palabra, reconoce el parentesco, pero mantiene la distancia.

Considero el fracaso del cuerpo de la niña en línea con el repudio de Efraím a Murça. Las rotas promesas de traición parecen ser el pegamento que une a todas nuestras vidas.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunto.

—Desde el viernes —responde Ester María—. Sólo que al principio no era tan grave.

—¿Tu padre estuvo con ella todo el domingo?

—¡Esto es insultante! —grita Losa—. Preguntarle a mi propia hi...

Ester María levanta una mano para acallar a su padre.

—Sí —contesta en voz muy baja—. Día y noche. —Se levanta, y se aprieta con los puños los riñones doloridos.

—Te lo pregunto —añado—, porque a mi tío lo...

—Todos estamos enterados. No hacen falta más explicaciones. Escucha, cuando vinieron los cristianos viejos, nos quedamos aquí y nos escondimos. Mi padre dijo que no nos matarían, pero ¿quién puede confiar en los asesinos? Permanecemos aquí hasta... ¿el martes? Me cuesta trabajo recordar los días.

—En ese caso, ¿por qué no me dejaste entrar cuando vine a buscarte antes? —le pregunto al rabino Losa—. ¿O pasaste por mi casa? Ahora mismo en el *micvá*, cuando tú...

—¿Te has vuelto loco? Estabas a punto de echar la puerta abajo. Tenía aquí a una niña enferma. Todo el mundo sabe que quieres vengar a tu tío. Ahora, si tú... Espera... —Losa cruza la habitación, descuelga un espejo manchado y me lo trae—. ¡Mira! —ordena—. ¿Tú no escaparías de esto?

En la plata opaca, a la luz mortecina de la vela, contemplo un rostro demacrado y envilecido, con una sombra de barba que parece líquen, y el pelo enmarañado y sucio.

—Tienes razón —admito—. Tengo un aspecto espantoso. —Saco de la bolsa el dibujo del chiquillo que intentó vender el Hagadá de mi tío—. ¿Alguno de vosotros reconoce a este chico?

Ester María mira el dibujo mientras se inclina en el círculo de la luz de la vela.

—No —dice. Se lo entrega a su padre. Losa meneaba la cabeza como única respuesta.

—Entonces, ¿nunca ayudaste a mi tío en el contrabando de manuscritos hebreos? —Otra vez sacude la cabeza y añade—: Tienes que jurarlo sobre la Torá.

Mientras Losa jura, la respiración de Raquel suena como un fuelle roto.

—¿Puedo tocarla? —pregunto.

Losa asiente. El pulso de la niña es muy rápido. Le arde la frente, pero curiosamente, no suda.

—¿Cuáles son los otros síntomas que tiene?

—No puede comer —contesta Ester María—. Le sangran los intestinos cuando... —La muchacha se inclina hacia mí, y su mirada expectante demuestra que mis palabras le han ofrecido involuntariamente una esperanza.

—Es disentería o fiebre española. Transmitida por el aire viciado y la basura. — Pasajes de Avicena pasan por las páginas de mi memoria Torá—. Hazle beber en abundancia una infusión de boj con verbena. Necesita mucho líquido para sudar los humores. Ponle enemas de arsénico diluido con zumo de granada y agua. Pero no echas mucho veneno. A lo máximo, unas gotas. —Losa me mira por encima de su nariz chata de búho con una mirada que haría enfurecer incluso a un profeta. Sin embargo, después de todo lo que ha pasado, su actitud me resulta mucho más divertida que insolente—. Guárdate tus miradas idiotas para los oficios del *sabat* —le digo.

—Se acabaron los oficios —replica con voz triste—. Para siempre.

—Me parece muy bien —afirmo, burlón.

—¿Y tú qué sabes? —grita—. ¿A qué has renunciado tú aparte de tu nombre judío? ¿Juraste que nunca más pisarías una sinagoga si Dios salvaba a nuestra comunidad? ¿Renunciaste a lo que te era más querido? ¿Qué sabes tú de sacrificios? Eras un chiquillo de once años. Sí, recuerdo cómo te abrazabas a tu padre, y tú recuerdas cómo corría yo a la pila bautismal. ¿Alguna vez te preguntaste por qué? ¿Lo hizo tu tío? Puedes entender que lo hice para evitar que murieran más de los nuestros o que mataran a nuestros niños. Hice un pacto con nuestro Dios. Salva a los judíos de Lisboa y me convertiré. ¿Estuvo mal? ¿Quién lo puede decir? ¿Tú? ¿Podría tu tío?

Losa se limpia la saliva de los labios con la manga, me mira con las mejillas encarnadas por la rabia acumulada durante años. Ester María se acerca. Le acaricia el hombro.

—Tranquilízate, padre —susurra.

—Mi tío ha muerto y no puede hablar —respondo con una voz tranquila y seca que oculta mi furia—. Si fuera un cabalista con más fe de la que tengo, quizá no te juzgaría. Tal vez nos traicionaras por una lealtad superior, o quizás es lo que te dices a ti mismo para poder continuar viviendo. En cualquier caso, tus motivos ya no me importan. Son tus acciones, las que contaron tantos años atrás, y las que cuentan ahora. Estoy aprendiendo que para los hombres como tú y como yo, nuestros actos son más importantes que las palabras, que todos nuestros pactos secretos y oraciones susurradas. Para mi tío, creo que era diferente. Sus plegarias traían ángeles a este mundo. Para hombres capaces de obrar milagros... —Mis palabras se apagan. El rabino Losa, colérico a más no poder, me da la espalda. Hablar parece inútil. Toco el hombro de Ester María para llamar su atención—. Lava a Raquel con agua de rosas hervida con verbena y yema de huevo. Lávala cada día. Y por amor de Dios, cambia estas sábanas apestosas, o, mejor todavía, quémalas. —Levanto la mano por encima de su cabeza y la bendigo.

—¿Se morirá mi hermana? —pregunta.

—Sólo Él lo puede decir —entona su padre. Su mirada piadosa hacia el cielo cristiano está destinada a recordarme el sacrificio que dice haber hecho.

—Es probable —respondo con el tono áspero de un desafío; en este momento, las afirmaciones sobre la existencia de un Dios que vive en una cima de nubes y nos protege parece cruel y absurda. Así y todo, por Ester María y por mí mismo, añado —: Si haces lo que te digo, tendrá una oportunidad.

La muchacha me da las gracias con un ademán. El rabino Losa retrae la barbilla como siempre ha hecho en mi presencia y soporta con desdén mi gesto de despedida. Vuelvo a casa mirando las constelaciones que brillan en el cielo, consciente al fin de que él y todos los demás virtuosos rabinos del mundo, han perdido el poder sobre mí. Para siempre. Éste también ha sido el viaje de este *Pesaj*.

Por más que creas haber descubierto la verdadera forma de un versículo de la Torá, siempre hay una manera de rasgar las prendas para revelar nuevas capas y nuevas capas interiores. Lo mismo ocurre con los sucesos de la vida cotidiana.

Diego, fray Carlos y Farid me esperan en la cocina con una carta de Salomón Eli, el *mohel* con quien habíamos descubierto la entrada secreta desde nuestra casa a la casa de baños. «Baraquías Zarco» aparece escrito en un papel de lino muy basto, áspero y sin blanquear.

—Mientras tú estabas fuera recibimos malas noticias —me explica Diego—. Encontraron a Salomón, el *mohel*, ahorcado con su *tallis* sujeto a las vigas del techo de su casa. Suicidio. Farid, fray Carlos y yo fuimos a verle. Dejó esta nota para ti.

—¡Pero si sobrevivió! —grito. Mis palabras suenan a hueco. Después de todo, ¿qué es la resistencia del cuerpo comparada con la decadencia de un alma dolorida?

—. La nota no está sellada —comento—. Además, escribió mi nombre de pila: Baraquías. Nunca me llamaba así. Yo era para él «*Shaalat Chalom*».

—Así fue como nos la entregaron. —Fray Carlos se encoge de hombros.

—¿Quién os la entregó?

—Su hermana, Lena —contesta Diego—. Al parecer, ella descubrió el cadáver, y mientras buscaba entre las cosas de Salomón, encontró la nota.

Las palabras que me dirige maese Salomón están escritas con una letra infantil y trazada de prisa, enmarcadas dentro de una impresión circular prensada en el papel.

¿La formación como *mohel* te vuelve insensible a los dolores de la carne? En mi caso sí. Eso prueba algo. Mi cuerpo es débil. El Nuevo Mundo nunca conocerá mis pasos. Demasiados descubrimientos en un solo siglo. Es bueno que algunas cosas permanezcan ocultas. Delaté a los cristianos nuevos. A Reza también. Tenía que hacerlo. La amenaza de la *pinga* es una sombra ardiente, y el cuerpo es terriblemente cobarde cuando se ve envuelto en la oscuridad. Una sola gota de aceite le hace estallar a uno en alaridos que nacen de las tripas como serpientes. El maestro Abraham juró que me haría juzgar ante un tribunal judío. Que buscaría la manera de que me castigaran. Discutimos aquel domingo por la mañana. Miedo. Tuvo que olerlo. Me dijo: «Llevas un puñal, y sin embargo, estás aterrorizado». Sonrió como si me diera la bienvenida a su casa. «Tu puñal me llevará con Dios, y quizás incluso sirva a un propósito superior, pero la muchacha no está preparada. Salomón, deja que se vaya y me entregaré a ti como una esposa». Pero una muchacha respira el fuego de la Inquisición lo mismo que un hombre. Si sólo pudiera ser como Adán. No quería quitarle la vida, ni tampoco a la muchacha. No puedo pedir tu perdón o el perdón de Ester y Mira, pero cuando me vaya, por favor reza un *kaddish* por mí para que pueda dejar los Reinos Inferiores. ¿Habrà paz para un hombre como yo? Mi bendición para ti.

SALOMÓN

—¿Qué dice? —pregunta Diego viéndome leer.

Mis labios están sellados por la insólita confesión y sus fallos. El suicidio explica el libro que me regaló. Pero, ¿por qué la súbita duda sobre la profesión que amaba? ¿Por qué no hay ninguna mención a su esposa? ¿Será que no estaba lúcido en sus momentos finales?

¿Es esto, por lo tanto, un engaño pergeñado por Zorobabel y la reina Ester? ¿Sospechan que estoy pisándoles los talones?

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto cuando lo encontró su hermana? —le gesticulo a Farid.

—Dijo que lo encontró esta mañana. Pero la nota sólo la encontró ahora. Antes no se vio con ánimos de revisar sus cosas.

—¿Qué estáis señalando vosotros dos? —quiere saber fray Carlos—. Maldita sea, léenos la nota.

En cuanto acabo de leer las palabras de Salomón en voz alta, Farid me coge la nota. Huele el papel y lame el borde.

—Es de muy mala calidad —gesticula.

—Como *mohel*, Salomón era muy hábil en el manejo del cuchillo —comenta el fraile.

—Aclara algunas cosas —opina Diego—. Desde luego, nunca sospechamos que estuviese trabajando con el maestro Abraham. Eso era precisamente lo que querían que fuera.

Tiene razón. Sin embargo, ¿cómo es posible que Gemila confundiera a un hombre menudo como un gorrión, casi calvo y moreno con el Maimón blanco de las dos bocas? Además, ¿qué motivos tenía para contratar al flamenco y ordenarle que matara a Simón y a Diego?

«Has abierto otra puerta —oigo que me dice mi tío—. Ahora, Baraquías, llena tus pulmones con el aliento de los Reinos Inferiores y salta al otro lado antes de que tenga la oportunidad de cerrarse».

Farid me devuelve la carta. Mis pasos me conducen hasta el sótano donde meditaré sobre este escrito. «Solo», susurro, y mi amigo me suelta la mano.

Abajo, saco el anillo de topacio de mi tío del armario y me lo pongo en el índice de la mano derecha. Me siento en la alfombra manchada con su sangre. Después de abrir las puertas de mi mente con los correspondientes ejercicios respiratorios, traspongo las letras escritas de la carta de Salomón empleando la monotonía de la oración. Cuando las palabras se elevan del papel y se mueven como los aros de un malabarista en el aire, se desprenden de su significado como una carga innecesaria. Los brazos y las piernas se aligeran con la gracia.

Imaginémonos que miramos una tablilla con caracteres cuneiformes. Cuando se desatan los nudos de la mente, así de extraño nos parece el hebreo. Las letras se revelan como formas desmembradas; música sin melodía; animales a los que Adán no dio nombre. La solidez del mundo se hace translúcida y finalmente se abre.

A través del espacio más grande que nos da Dios —el vacío más allá del pensamiento— me llegan las palabras con la certeza de una oración: «Esta es la carta del asesino de mi tío; es su confesión, no la de Salomón. La dejó en la casa del *mohel* después de su suicidio. Para que su hermana o algún otro la encontrara y me la trajera, y así apartarme de su pista. ¡Quizás incluso asesinó al pobre Salomón para dar mayor veracidad a su engaño!».

Me siento agotado; el esfuerzo necesario para conseguir la visión interior ha exprimido las fuerzas de mi cuerpo debilitado. Las manos me pesan como si fueran de plomo. «Descansa hasta el alba», pienso, e inmediatamente se me cierran los párpados. Mi tío me habla. «Duerme —dice con voz seductora—. Necesitas dormir en silencio si quieres completar tu viaje».

—No, ahora no —respondo en voz alta. Abro los ojos. Pienso: «Debo ir al apartamento de Salomón, hablar con su hermana. Luego ir otra vez al palacio de Estaus. Tengo que conseguir ver a Juana».

«Tan atrevido como siempre —replica mi tío. Cierro los ojos para ver su sonrisa—. Tienes que dar paso a tu sueño. El desierto de Lisboa ha pasado debajo de tus pies. Estás muy cerca. Descansa tu cabeza en mi falda. Utiliza tus sueños para formular una pregunta».

«¿No es un pecado? —pregunto—. Dice el profeta que no se debe interrogar a los muertos».

«Siempre se puede hablar con Dios. Es dentro de su océano donde está ahora esta única gota. No tienes más que coger de tu muñeca la cinta donde están nuestros nombres escritos en oro y ponértela sobre los ojos. Después, duerme».

Obedezco a mi maestro. Inmediatamente aparece un sueño.

Me envuelve una sensación reconfortante parecida a la que se siente cuando regresas a tu hogar. Mi maestro está a mi lado, enmarcado por los azulejos de la pared del sótano. El chal de las oraciones le cubre la cabeza y los hombros.

«No creo que don Miguel Ribeiro ni un asesino flamenco a sueldo de tus contrabandistas secretos dejaran una hebra de seda en la uña de tu pulgar o que mataran como un *shohet* —digo—. Por lo tanto, ¿quién más está involucrado? ¿A quién ordenó la reina Ester que te asesinara?».

«Ya sabes quién separó mi cuerpo de mi alma —replica él con una sonrisa pícaro—. La cuestión es “dónde” y “cuándo” te darás cuenta».

Mientras se despliega el ala blanca de su túnica, sopla una brisa cargada con olor a mirto. El techo se adelgaza y desaparece. Las paredes se derrumban. El cielo se abre, pintado de rosa y violeta en el horizonte a occidente. Nos sentamos junto a la torre de la Quinta das Amendoeiras.

«Pero ¿por qué aquí? —pregunto—. ¿Y por qué a la puesta de sol?».

Mi tío me observa con una mirada penetrante para indicarme que debo escuchar con atención. Levanta la mano de las bendiciones. «El plano de una ciudad está a los pies de un mendigo ciego», responde.

Una luz dorada brilla a través de los ventanucos en la parte superior de la pared norte. Es sábado por la mañana. El octavo y último día de *Pesaj*. Me siento y miro mi sueño como quien mira a un amigo que se va. Abro la *genizá*, y busco en vano una escritura que se corresponda con la falsa nota de Salomón. Luego, para estar seguro de mi

razonamiento, hojeo el Hagadá de mi tío. Salomón el *mohel* no tiene un equivalente bíblico. Lo más seguro es que no estaba involucrado en el contrabando de libros con Zorobabel y la reina Ester.

En la cocina, Reza está encendiendo el fuego, con Aviboa sujeta por un brazo y apoyada en la cadera. La niña lleva enganchada en el pelo una caléndula naranja. Diego y fray Carlos están sentados a cada lado de la mesa. Beben agua de cebada.

Reza es la primera en volverse. Su mirada delata el enojo que siente porque anoche no dirigí los oficios del *sabat*.

—Has dormido —dice fray Carlos—. Eso es bueno.

Intercambiamos bendiciones.

—¿Dónde está Farid? —pregunto.

—En su casa, rezando sus oraciones —responde Diego.

Me encamino hacia la puerta que da al patio.

—¿Ahora dónde vas? —quiere saber el fraile.

—Fuera —contesto.

—Vas a la casa de Salomón el *mohel*, ¿verdad? —pregunta Reza con un tono amargo. Antes de que pueda decirle cuál es mi verdadero destino, añade—: ¿Por qué no lo dejas de una santa vez? Él ha muerto. Tenemos nuestra venganza. Ahora lo que debemos hacer es buscar la manera de seguir adelante, de cuidar de la familia que todavía tenemos. Eso es lo que tu maestro hubiese querido. ¡Más vale que me escuches, Baraquías Zarco, porque hay una carretada de cosas que tendrás que hacer si en algún momento decides volver a reunirte con los vivos!

Reza me mira como si quisiera que le respondiera ahora mismo.

—Mi camino no es el tuyo —afirmo—. Si ahora no actúo por mi cuenta, nunca más podré volver a reunirme contigo. —Sin embargo, el destino que Reza ha escogido para mí me sirve como una mentira convincente, así que añado—: Además, sólo voy allí a presentar mis respetos. Incluso un asesino merece nuestras plegarias.

—Esta noche me marchó a Faro donde está amarrada la nave que me llevará a Constantinopla —manifiesta Diego, levantándose—. Quizá deberíamos despedirnos ahora.

—No tardaré en volver. Este todavía no es el momento para las despedidas.

Farid está rezando en la habitación principal cuando entro en la casa. En cuanto me ve, se levanta como sostenido por las manos de Alá.

Capítulo XIX

La monja enana con el diente de sable, que vigila el crucero de piedra del santuario, se vuelve en cuanto Farid y yo subimos, a la salida del sol naciente de Lisboa, la ladera cubierta de una vegetación achaparrada por el camino que lleva a las torres del convento de Gracia.

El palacio de doña Meneses se alza junto al camino de tierra que bordea la ladera norte de la colina. Es una fortaleza de piedra construida sobre unas viejas murallas románicas abandonadas, cuyo único detalle moderno es una terraza de mármol que se apoya en cuatro pilares encajados en la piedra desnuda de la ladera. He venido aquí en dos ocasiones, ambas para entregar los vestidos de seda confeccionados por mi madre. Los grandes cedros marroquíes nos ofrecen su sombra cuando nos acercamos a la entrada lateral de la casa. Desde aquí, vemos parte de la terraza. Un hombre delgado con una boina azul empenachada está en el extremo más alejado. Sostiene una copa de cristal rojo y conversa tranquilamente con alguien que no alcanzo a ver desde este ángulo. Cuando se vuelve a la izquierda para mirar algo, le reconozco: el conde de Almira.

Zorobabel y la reina Ester se han reunido.

En la entrada, un centinela rubio con el característico sombrero violeta de los guardias de doña Meneses lleva mi mensaje al interior de la casa. Damos media vuelta y nos vamos. Farid comenta con gestos: «Quizá consiga un descuento por contratar a estos monstruos flamencos a peso».

Quisiera reírme, aunque no fuera más que para confirmar que todavía soy un hombre joven, pero por lo visto he olvidado cómo se hace. Cuando pasamos junto a la monja saturnina que continúa montando su guardia al pie de la cruz, mi corazón parece querer escaparse de mi pecho. «Si mi vida tuviera que terminar aquí, ¿qué sentido habría que darle a ella?», me pregunto.

No hay tiempo para pensar una respuesta. Corremos colina abajo. El enloquecido entramado de las calles de Lisboa nos bendice con el anonimato.

De regreso en casa, saco de la *genizá* dos valiosísimos tratados filosóficos de Abraham Abulafia: *La vida del mundo futuro* y *El tesoro del paraíso oculto*. Ambos tienen el valor añadido de las notas al margen de puño y letra de mi maestro.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Diego desde las escaleras. Él y fray Carlos me observan con preocupación maternal.

—Ahora entiendo lo que mi tío quería que hiciera. Si doña Meneses está intentando comprar manuscritos hebreos a través del conde de Almira, los tendrá. Pero por un precio muy alto. Quiero el último Hagadá de mi maestro. Es la prueba que necesito.

—Pero tú mismo nos has dicho que creías en la culpabilidad de Salomón — protesta el fraile.

—¿A quién le importa lo que dije? —replico—. ¿Acaso tú te crees todo lo que te dicen?

Frunce el entrecejo como si hubiese olido algo podrido.

—¿Un intercambio? —pregunta Diego—. ¿Los libros del maestro Abraham por el Hagadá?

—Exacto.

—Tienes la astucia de tu tío —manifiesta fray Carlos, con un tono precavido—. Pero quizá más te valdría no pasarte de listo.

—Estás tentando al diablo, ya lo sabes —comenta Diego.

—Vosotros dos parecéis dos cotorras —replico—. Creo que el miedo lleva a todos los judíos a decir lo mismo. Comienza a resultar aburrido. En cualquier caso, no estoy tentando al demonio. Doña Meneses no es más que otra judía asustada como el resto de nosotros.

—¡Una judía! —exclama Diego—. ¡Ella no es judía!

—Está pintada como reina Ester en el Hagadá personal de mi tío. Aparece llevándole la Torá a Mardoqueo.

—¡Eso no es ninguna prueba! —afirma Diego, despreciativo.

—¡Lo es para mí!

—Incluso si tuvieras razón, ella no es judía —señala Diego, con la voz de un sabio anciano—. Es una cristiana nueva. La brecha entre los dos se agranda con cada día que pasa. —Al ver mi gesto de impaciencia, añade—: En cualquier caso, los puñales no conocen la religión, y sus guardaespaldas llevan unos afiladísimos. Todos hemos tenido ocasión de comprobarlo.

—¿Qué quieres que te diga? Eso ya lo sé.

El fraile baja las escaleras y se acerca.

—Baraquías, ahora que no tienes a tu padre ni a tu tío... —dice con una mirada de súplica.

—¡Ahórrate la molestia, fray Carlos! No quiero tu protección.

Me obsequia con el resignado suspiro que llevo escuchando toda mi vida, para repetirme una vez más para mi propio bien que soy demasiado obstinado. Meto los manuscritos en una mochila de cuero que mi tía utilizaba en sus salidas espirituales a la montaña de Sintra.

—O sea que vas a enfrentarte a ella —pregunta Diego.

—En la Quinta das Amendoeiras —respondo.

—¿Por qué allí?

—Es donde mi tío dijo que fuera.

Fray Carlos se sobresalta. Cuando paso a su lado me sujeta por un brazo.

—¿Has tenido una visión del maestro Abraham? —Asiento, y él añade con voz apagada—. ¿Hablaste con él?

—Le hice a Dios una pregunta en mis sueños y apareció mi tío.

—¿Qué dijo?

—Que debía cruzar la última puerta en la Quinta das Amendoeiras.

—Baraquiás, si tienes razón, doña Meneses y el conde de Almira mandaron matar al maestro Abraham y a Simón —interviene Diego—. No vayas. Llamaré a tu madre, porque veo que no quieres escucharnos.

—¡Alto! ¡No la traigas aquí! Simón no estaba preparado, y creo que tampoco lo estaba mi tío. No sabían lo peligrosa que era esa mujer. Yo sí.

Diego continúa protestando con una voz cada vez más próxima a la histeria. Levanto una mano para reclamar silencio.

—Si se lo dices a mi madre continuará escribiendo esos talismanes siniestros. Déjala que se ocupe de la tienda. Será mejor que nos despedamos ahora. Es probable que te hayas marchado cuando regrese.

Diego y yo nos abrazamos, pero es imposible que mis emociones respondan a sus lágrimas; hay algo en mí que sigue clamando venganza.

—Quizás encuentres las perlas de lluvia que deseas en el cielo de Constantinopla —le digo. Sonríe lo mejor que puedo—. No te olvides de ir a buscar los tratados que quieres en la librería de la señora Tamara. No los encontrarás en ninguna otra parte. Si necesitas dinero... —Meto la mano en la bolsa y le doy el aguamarina de la señora Rosamonte. Diego la acepta.

—Baraquiás, no sé que...

—No digas nada. Todo te irá bien en Turquía.

—Echaré de menos las maravillas de Portugal, y sobre todo a los buenos judíos de Lisboa. —Me bendice—. Que tú y tu familia encontréis la paz que os merecáis desde hace tanto tiempo.

Mientras Farid y yo caminamos hacia la quinta, la hierba ámbar y los árboles en flor de Portugal parecen hablar de separación. Los judíos nos estamos dispersando otra vez, y las moreras, el espliego, las amapolas y las urracas no volverán a escuchar sus nombres hebreos en los siglos venideros, o quizá nunca más. Tal vez eso sea lo mejor.

Las docenas de tumbas permanecen limpias de hierbajos gracias a la sequía. Los carteles de madera escritos en portugués se alzan como manos que intentan alcanzar la vida. Entramos en la torre y subimos la escalera de caracol. Vueltas y más vueltas hasta llegar al campanario, que ahora está vacío salvo por las deyecciones de los pájaros. Contemplamos los campos de cebada y las tierras roturadas con las hileras de alcornoques que las separan, con sus nobles troncos retorcidos desprovistos de su valiosa corteza. Esperamos.

El ocaso que marca el final del *Pesaj* se inicia con los reflejos de las hojas de palmera color topacio que dan sombra al paraíso.

Al cabo de unos minutos, tal como le rogaba en mi nota, se acerca el carruaje de doña Meneses, y se detiene en la linde de la propiedad. Sola, la mujer camina hacia la torre por el almendral, sosteniendo un quitasol rojo. Sin embargo, no trae manuscrito alguno en su mano. Farid señala: «Ha llegado el momento». Mete la daga en la cintura de los pantalones. Hago todo lo posible por mantener la calma, y levanto la mochila cargada con los manuscritos de Abulafia. Bajamos del campanario. La mano de mi tío me guía con un paso tranquilo totalmente desacompañado con mi respiración agitada.

En la planta baja, Farid y yo esperamos a la dama entre los montones de escombros.

Doña Meneses no nos desilusiona. Cruza el umbral de la torre como si entrara en su casa, y me saluda con un ademán seco, casi el mismo gesto altivo que emplea con sus cocheros para ordenarles que se dispongan a partir. Su rostro, aunque no es desagradable a la vista, se ve demasiado redondo y pequeño, quizá porque las trenzas de color castaño están demasiado tirantes y metidas dentro de una alta cofia negra adornada con cinta amarilla. El amplio jubón de seda a rayas azules y verdes, se abomba con elegancia en el vientre para dar la impresión de estar embarazada. La miro como nunca lo había hecho antes, y saco la conclusión de que le da terror envejecer; las cejas espectaculares y las pestañas muy largas son obra de los afeites y las cremas, y un polvo rosado totalmente artificial aclara un poco la complexión morena. Los labios, fruncidos en un gesto de impaciencia, los tiene pintados color rubí. Cierra el quitasol bruscamente, y acaricia la gargantilla de esmeraldas y zafiros con exquisita reserva. Mira a Farid. Luego se vuelve hacia mí, y adopta una actitud de falsa simpatía.

—Ya estoy aquí —dice—. ¿Tendrías ahora la amabilidad de explicarme de qué se trata?

—¿Por qué no has traído el Hagadá de mi tío? —replico.

—Vaya, qué descortés —comenta, como si fuera la respuesta correcta a mi pregunta.

—¿Dónde está? —insisto.

—No lo sé. —Enarca las cejas como extrañada por mi preocupación—. Pero puedes estar seguro de que no lo tengo.

—Eso es imposible.

—Pero cierto —afirma—. Dime, ¿le has hablado a alguien de mí?

—No te preocupes, no llevaremos espías hasta tu puerta. Por lo que le concierne al resto del mundo, tú eres tan cristiana vieja como el Gran Inquisidor de Castilla.

—¿Querrás decirme cómo lo descubriste? ¿Tu madre, quizá?

—¿Ella lo sabe?

—Ah, así que la querida Mira mantuvo la palabra y no te lo dijo. —Se pasa los dedos suavemente desde la barbilla hasta la nuez con un alivio imposible de disimular.

—No, no me ha dicho nada. —Mientras hablo, lo comprendo todo de improvisto—. El cesto de frutas que siempre te llevabas al salir de casa. Los libros estaban ocultos debajo. Ella lo sabía todo.

—En una ocasión, «El concilio de los pájaros» de Attar se manchó con las uvas. Tu tío se puso furioso. —Doña Meneses me obsequia con una sonrisa hipócrita. Al ver que no respondo, me pregunta con tono arrogante—: ¿Cómo descubriste la verdad?

—Apareces iluminada como la reina Ester en el Hagadá personal de mi tío. No había ninguna duda de tus orígenes religiosos. Además, en el dibujo, no sólo te muestra llevándole la Torá a Mardoqueo, sino que ocultas una copia del *Bahir* debajo del brazo.

La dama vuelve a acariciar la gargantilla e inclina levemente el cuerpo en un gesto deferente.

—Muy inteligente. Mis felicitaciones. Pero debo decir que tu tío se tomó demasiadas libertades en su trabajo.

—¿Es por eso por lo que le mataste?

—¿Matarle? —exclama, sobresaltada—. ¿Yo?

—Tu sorpresa es tan falsa como esos cristales que llevas en el cuello.

—Estas gemas valen mucho más que vuestras dos vidas juntas —señala.

—En estos días, eso significa que no valen prácticamente nada, noble dama.

—Veo que te pareces mucho a tu tío.

—Pero no soy tan ingenuo —respondo—. Sé quién eres y lo que has hecho.

—¿Lo sabes? —Echa la cabeza hacia atrás y sonrío, como si se sorprendiera ante las habilidades de un perro—. ¡Dime qué es lo que crees saber!

—No te diré nada. —Saco los manuscritos de la mochila—. Vengo a ofrecerte estos libros a cambio del último Hagadá iluminado por mi tío. Sé que lo tienes. Éstos valen mucho más. Ambos tienen anotaciones manuscritas del maestro Abraham Abulafia en persona, bendito sea su nombre.

—Si estás tan seguro de que maté a tu tío, ¿cómo es que todavía no has intentado quitarme la vida?

—Tu muerte no lo traerá de vuelta —contesto.

—A la venganza no le importa la lógica. Tu vacilación debe significar que no estás del todo convencido de mi culpabilidad. —Me hace un gesto como esperando mi asentimiento.

—¡Quiero su Hagadá! —grito—. ¡No te marcharás de aquí a menos que lo consiga!

Doña Meneses no hace caso de mi amenaza.

—¿Por qué aquí? —pregunta con voz serena—. ¿Por qué en la Quinta das Amendoeiras?

—También fue iluminada por mi tío, en la misma miniatura con Zorobabel. En mi sueño, me dijo que aquí cruzaría la última puerta de este misterio. ¿Dónde está...?

—¿Él te lo dijo? ¿El maestro Abraham? —Se acaricia los tendones tensos del cuello. Está tan nerviosa como yo.

—Sí. Hablé con mi tío —contesto.

—¿Dónde? —me interroga con un tono apremiante.

—Eso a ti no te importa. Estás aquí sencillamente para...

—¿Sabías que fue aquí dónde sellamos nuestro destino? —me interrumpe con una voz que parece surgir de sus entrañas, de su miedo—. Hace cuatro inviernos, el 13 de *Adar*, el día antes de *Purim*, íbamos a revivir simbólicamente la antigua victoria del pueblo hebreo sobre el ejército sirio que tuvo lugar aquel día. —Su mirada se fija en la memoria interior—. Tu tío insistió en que nos encontráramos aquí para montar nuestra red de contrabandistas.

—¿Por qué aquí?

—¿Conoces la historia de Aarón Poejo y sus...?

—Sí —le interrumpo.

—¿Y su visión? —pregunta.

—Los salvajes rubios con máscaras de hierro sobre las bocas que vendrían a saquear Lisboa.

—Las máscaras de hierro para evitar la comunicación —señala como si ofreciera una cita de sabiduría—. Rubios porque son cristianos. Tendrías que entenderlo. Tú eras el elegido del maestro Abraham. Trata de verlo como un pasaje bíblico.

—Sí. Era la visión de que los cristianos algún día nos robarían nuestras palabras, nuestros libros.

—Fue aquí donde tu tío manifestó que planeábamos su caída.

De una manera natural, descubro la respuesta al acertijo que mi tío me planteó poco antes de su último *sabat*. Me había preguntado: «¿Qué vive durante siglos y sin embargo puede morir antes de su nacimiento?».

Ahora me doy cuenta de que se trata de los libros. Nacen cada vez que uno de nosotros los leemos, y pueden morir en las llamas de la Inquisición como cualquiera de nosotros.

Doña Meneses me mira con expresión altiva.

—Sabes, si no me hubieras pedido que me reuniera contigo aquí, quizás habría mandado matarte a ti también. Pero hay algo en este lugar que...

—¿Dónde está el Hagadá? —le pregunto con renovado fervor.

—No lo tengo. Baraquías, deja que...

—No te doy permiso para que pronuncies mi verdadero nombre. Emplea mi nombre cristiano.

—Como quieras. Pedro, yo trabajaba con tu tío desde hace más de tres años. Dime, ¿recuerdas a la señora Belmira? —me interroga.

—¿La mujer judía que mataron a palos junto a la fuente de la Madre de Dios hace unos meses?

—Sí. ¿Te has preguntado por qué la mataron?

—Hay cristianos viejos en Lisboa capaces de...

—No. Fue mi cochero. ¿Le recuerdas? Aquel moreno. No uno de estos flamencos que tengo ahora.

—¿Tu cochero la mató?

—Sí. Me enviaron una nota. Era una amenaza. Tenía que dar los manuscritos hebreos que tu tío me confiaba o el chantajista descubriría mi pasado judío. No era una posición muy agradable la mía. Y no sólo para mí, sino también para los miembros de mi familia. Tenía que dejar el primer manuscrito en un lugar oculto junto a la fuente de la Madre de Dios. Eso hice, o mejor dicho, lo hizo mi cochero. Se escondió y permaneció al acecho. Una mujer vino a buscar el manuscrito al anochecer. La señora Belmira. Mi cochero la cogió. Intentó hacerla hablar. Mas ella no habló... Me temo que se dejó llevar por su lealtad hacia mí. Un hombre brutal. Lo envié de regreso con su familia a Toledo. Los castellanos son asesinos natos. Nunca los contrates excepto para las corridas de toros.

—¿Se lo dijiste a mi tío?

—No se lo dije a nadie.

—¿No confiabas en él?

—En mi posición, no puedo permitirme el lujo de confiar en nadie. Bien podía haber sido él quien me hubiera traicionado.

—¡Mi tío nunca traicionó a nadie!

—No, quizá no. Pero en semejante dilema, Pedro, la confianza es algo que muy pocos nos podemos permitir en estos tiempos. Puede resultar demasiado caro.

De pronto, su rostro se alarga en una expresión de tristeza. Da un paso hacia mí, pero levanto una mano para mantenerla a distancia. Tengo la sensación de que está manchada con una peligrosa bondad.

—Mandé que vigilaran a tu familia también. —Las palabras de doña Meneses se apagan mientras inspira profundamente—. La cuestión es que recibí otra nota después de la muerte de la señora Belmira. Esta vez, el chantajista decía que, si pretendía descubrirle, él mismo se encargaría de denunciarme ante la Iglesia y el rey don Manuel. Tenía pruebas, escribió, de mis antecedentes judíos. Así que comencé a pasarle los manuscritos que tu tío me había confiado.

—¿Todavía guardas las notas?

Doña Meneses asiente con cautela.

—Quieres saber si podemos rastrear al hombre a partir de su escritura. Ya lo pensé. Sus notas siempre eran garabatos, como escritas con la mano izquierda. O quizá por un niño. Entonces, se me ocurrió un plan. Tengo a un viejo amigo de la infancia. Alguien más allá de cualquier sospecha que nos estaba ayudando a pasar los libros por la frontera española. Tú le conoces como...

—El conde Almira —le interrumpo.

—Sí. Vino...

—También como Isaac de Ronda —añado.

La mujer frunce los labios y me mira asombrada.

—Así que también lo has descubierto.

—Fue cosa de Farid —le corrijo.

—¿Cómo?

Farid se toca la nariz y los ojos.

—Mis felicitaciones. —Doña Meneses amaga una reverencia—. Planeamos que el conde vendría a Lisboa para presentarse como vendedor de libros en el papel de Isaac y como comprador en el suyo propio. Confiábamos que de esa manera pillaríamos al chantajista, de una manera discreta y limpia. Sé que el chantajista intentó vender el Hagadá de tu tío a la señora Tamara. Un error por su parte. Sin duda le entró el pánico después de los disturbios. Por desgracia, la señora espantó al mensajero sin hacerle hablar. Fue entonces cuando el chantajista comprendió su error y se hizo más cauto. En cualquier caso, sé que es alguien que estaba, o había estado, en el círculo de iniciados del maestro Abraham. Sólo ellos conocían el secreto de que contrabandeaba con libros. Me lo dijo cuando sellamos nuestro acuerdo. Los puse a todos bajo vigilancia. El conde en persona se encargó de seguir a uno de ellos, a ese tal Diego, cuando lo atacaron los muchachos cristianos viejos aquel viernes antes de comenzar los tumultos en Lisboa. Lo salvó uno de los cocheros del conde. Entonces llegó el domingo y las hogueras. Después de aquello, con todo el mundo sediento de sangre judía, no podía permitirme esperar más. El instinto me decía que era Simón Eanes, el importador de tejidos. Así que mandé «cederlo».

Habla como si la orden de matar fuera para ella lo más natural del mundo, utiliza la maldita terminología de la Inquisición; dado que supuestamente ningún eclesiástico puede derramar sangre, aquellos condenados por la Iglesia en España son entregados o «cedidos» a las autoridades civiles para ser quemados.

—Creía que se habían acabado mis problemas, pero recibí una tercera nota —explica. Se acerca un paso, y me implora con la mirada que no la juzgue—. Ayer mismo tenía que entregar más libros en la fuente. Pero no lo hice.

—O sea, que fuiste a por Diego.

—Sí. Dios me perdone, pero lo hice. —Aprieta los puños—. ¿Qué hubieras hecho tú?

—¡Yo no hubiera matado a nadie sólo por no tener el coraje de admitir quién soy!

—Muy honoroso. Cuando la Inquisición se lance sobre Portugal y sientas sus garras alrededor del cuello, ya veremos si sigues pensando lo mismo.

—¿Lo intentarás otra vez con Diego?

—Sí, y también con fray Carlos. No puedo arriesgarme. No tardarán en localizarlos. Mis hombres tienen sus órdenes. No puedo esperar más. No tengo otra elección.

Farid señala la gargantilla y gesticula con ademanes violentos:

—¡Sin duda hay demasiadas esmeraldas en juego!

Le traduzco su condena a doña Meneses.

—¡Sois despiadados! —grita. Engancha un dedo en la gargantilla y la corta de un tirón. Las gemas se dispersan por el suelo—. ¡Ten! —dice ofreciéndome lo que queda del collar. Después se lo ofrece a Farid—. ¡No es por el dinero! ¡Es mi vida! ¡Son las vidas de todos nosotros! —Una mueca de angustia aparece en su rostro. La bofetada que siento es el golpe del collar que me arroja a la cara.

Los tres permanecemos silenciosos en el centro de la habitación como prisioneros que no se atreven a emplear el lenguaje por el miedo y la culpa que sienten. Cierro los ojos y sigo mi respiración. Farid me coge la mano y modela con sus dedos el nombre de un sospechoso. «Sí —le respondo—. Bien podría serlo». Sin embargo, al volverme sucede algo mágico; el anillo de piel blanca como el mármol que siempre ha estado oculto debajo de la gargantilla de doña Meneses confirma la otra sorprendente posibilidad.

—Sólo quedan dos personas que pudieron matar a mi tío. Dame plazo hasta mañana antes de matar a nadie más.

—¡Es demasiado!

—Entonces, hasta la medianoche. ¡Estás matando a personas inocentes!

Doña Meneses asiente, nos mira con altanería como una princesa que busca a los hombres que la han violado. Recoge la cola de su vestido, da media vuelta y abandona la torre.

Capítulo XX

Los campos de cultivo dan paso a las barracas de madera y a los muladares de los arrabales en la retirada apresurada con que Farid y yo regresamos a Lisboa.

En la fonda del Cuerpo Sagrado nos encaramos con el encargado, el señor Duarte. Es un hombre menudo con los pocos mechones de pelo peinados hacia adelante para formar un flequillo, que se va metiendo cucharadas de sopa en su boca desdentada. Los carrillos se abren y se comprimen como fuelles desvencijados.

—¿Cuándo llegó don Alfonso Verdinho? —le pregunto.

Me mira guiñando los ojos y se mete en la boca un trozo de pan de mijo empapado.

—¿Quién pregunta?

—Pedro Zarco. Don Alfonso está con mi tía. ¿Cuándo llegó?

Cada vez que mastica se le aplasta el rostro y cierra los ojos.

—Tendré que mirar en el libro —responde. Por los labios partidos le chorrea la sopa—. Como pueden ver, caballeros, estoy comiendo.

Meto la mano en la bolsa para sacar el anillo de la señora Rosamonte, y después maldigo cuando recuerdo que se lo he dado a Diego. Farid responde con una sonrisa a mi mirada de desesperación. Saca una de las esmeraldas de doña Meneses y se la da al hombre. Luego, con disimulo, echa unas cuantas más en mi bolsa.

Mis dedos transmiten mi agradecimiento mientras le digo al posadero:

—La gema es tuya si me dices cuándo llegó don Alfonso Verdinho.

Su lengua asoma entre los labios como la de una víbora. Me mira con una expresión procaz, al tiempo que raspa la gema contra el bol de barro. Una viruta vidriada se levanta al roce de una minúscula imperfección de la esmeralda. Le brillan los ojos.

—Es una belleza —comenta con una sonrisa codiciosa.

—Te lo preguntaré una vez más. ¿Cuándo llegó?

—El miércoles. —Sostiene la piedra delante de la luz de la vela.

—¿Este miércoles pasado, después de los disturbios, o el anterior?

—Este pasado.

—¿Estás absolutamente seguro? —insisto.

Se mete la esmeralda detrás del labio inferior como si fuera una semilla de cardamomo.

—¿Ves a esos hombres de allá? —me pregunta, señalando a unos mercaderes que ocupan una de las mesas.

—Sí.

—El de la barba negocia en azúcar, pero apesta como las coles podridas —manifiesta entre cucharadas de sopa—. Llegó ayer sudando como un fraile en celo.

Le gustan las mujeres tetudas y sin dientes. El afeitado es de Évora, y está aquí para comprar cacharros de cobre. Llegó hoy. Le gusta la *carne preta*, ya me entiendes, la negra. —Me mira entrecerrando los ojos—. Aquí no pasa nada sin que yo lo sepa. Tu hombre llegó el miércoles, más sucio y apestoso que su caballo.

—¿Cuál es su habitación?

—Arriba. —Señala una puerta abierta al fondo del comedor—. A la izquierda. La última puerta a la derecha.

Tía Ester responde a mi llamada en la puerta con un sobresalto.

—¡Baraquías! ¿Pasa alguna...?

La aparto y entro en el cuarto sin hacerle caso. Alfonso está sentado en la cama deshecha, vestido sólo con la ropa interior. Tiene los pies completamente retorcidos, como raíces de mandrágora.

—¿Alguna vez has oído hablar de Simón, el importador de tejidos? —le pregunto.

—Un amigo de tu tío. Ester lo mencionó en una carta.

—Así que te escribió. —Me inclino ante ella—. Has estado utilizando muy bien tus dones, querida tía.

La expresión de mi tía se vuelve fría y despectiva.

—Tomo nota de tu opinión. ¡Ahora, largo de aquí!

—¿Llegaste a conocerle? —le pregunto a Alfonso.

—¿A qué viene todo esto? —replica con una expresión de intriga y asombro.

—¡Limítate a responder a mi pregunta!

Tía Ester se me acerca mientras Alfonso responde:

—La verdad es que no lo recuerdo. Quizá, sí.

La bofetada de mi tía me pilla por sorpresa. Cuando le sujeto la muñeca Alfonso se levanta de un salto.

—¡Déjala en paz! —grita.

Farid se interpone entre mi tía y yo, aparta mi mano. Me mira furioso y gesticula: «No te atrevas a volver a tocarla», y luego la acompaña hasta la cama.

Tía Ester se sienta y se frota la muñeca. Tiene los ojos vidriosos, y se inclina hacia adelante como doblegada por el peso de un relicario donde guarda su aflicción. Sin embargo, es tanta mi furia que su figura no consigue despertar en mí ni las cenizas del ardiente fervor que en un tiempo sentía por ella.

—¿Así que no sabes que es un lisiado? Que usa muletas, que usa guantes de seda negra para...

Farid me señala que hablo demasiado y, sin previo aviso, le arroja a Alfonso un puñado de las esmeraldas y zafiros de doña Meneses. El viejo iniciado extiende una mano y atrapa una de las gemas.

—¿Qué es esto? —pregunta, mostrándome la piedra.

Farid me sujeta por un hombro.

—¡Olvídate de este hombre! —gesticula con un movimiento cortante—. ¡No sólo no estaba en la ciudad, sino que mira la mano que utilizó!

—¡La izquierda! —respondo.

—Y el tajo en diagonal en el cuello de tu tío era...

Cada paso de nuestra carrera de regreso a casa parece fijar en su lugar el último de los versos de un poema perdido tiempo ha. ¡El Maimón blanco de las dos bocas! Por supuesto, ¡Gemila tenía razón! Dominada por la histeria, ¿en quién otro podía pensar al ver a un asesino encapuchado con cicatrices en la cara y sangre en las manos? Todo encajaba: el momento en que mi tío encontró a la persona que sería su modelo para Amán; la elección de la señora Belmira como intermediaria por parte del chantajista; incluso las palabras del asesino al confesar volverían a torturarlo de nuevo.

También la fecha fijada por el chantajista para que doña Meneses le entregara los últimos manuscritos que iban a sacarse de Portugal. Eso también señalaba a un único sospechoso.

Los velos del misterio comenzaron a desprenderse uno tras otro hasta que me encontré ante un único rostro.

En nuestro patio, un burro con las mataduras de la albarda en el lomo se espanta las moscas con el rabo. A través de la ventana interior de mi dormitorio, veo que Cinfa, Reza y mi madre están en la tienda con mi primo Meir de Tavira.

—¡Beri! —grita mi primo, y corre hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Ahora no! —respondo, levantando las manos para que se mantenga apartado—. Madre, ¿dónde están Diego y fray Carlos?

—¿Por qué?

—¡Es que siempre tienes que preguntarlo todo! ¿Dónde están?

—El fraile se ha marchado a la iglesia de Santo Domingo. Diego está en el sótano rezando sus oraciones. ¿Qué pretendes...?

—No —la interrumpe Cinfa—. Diego subió estando nosotras aquí. Hace sólo unos minutos. Tú no le viste marchar, mamá.

—¡Vamos! —señala Farid.

—Espera, creo saber por qué bajó al sótano. Lo que podamos descubrir allí nos servirá para atravesar la última puerta.

Desengancho una de las lámparas colgadas de la viga que pasa por encima de la mesa. Después de apartar la alfombra persa, Farid abre la trampilla de un tirón. Bajo las escaleras, con la daga por delante. Pero la oscuridad apenas revela nada más que vacío. La *genizá* está cerrada. «La pulcritud es un deber sagrado», pienso. Fue el asesino en persona quien se encargó de recordármelo. Farid coge la llave de la vejiga y abre la tapa. Alumbro con la lámpara el interior del agujero. ¡Han desaparecido todos los manuscritos de mi tío! Incluso nuestra bolsa de monedas.

Corremos escaleras arriba y cruzamos el patio para salir a la calle de San Pedro. Los dedos de Farid teclean en mi omoplato.

—¿Sabes de dónde salía?

—No, pero creo saber dónde ha ido. No se atreverá a salir de Portugal cargado con manuscritos hebreos. Si lo pillaran sabe lo que le aguarda: la *pinga*. Tiene que...

—¡Baraquías!

Antonio Escaravelho, el mendigo cristiano nuevo, me llama desde su puesto de costumbre al otro lado de la calle.

—¿Has visto salir a alguien de mi casa, por la puerta del patio? —le grito.

Asiente y señala en dirección a la catedral.

—Se marchó por allí hace unos minutos.

—Entonces, ¿dónde ha ido? —gesticula Farid, sujetándome por un brazo.

—Ha ido a venderlos. Con lo que robó y el anillo que le di, puede conseguir todo lo que quiera. Incluso puede comprarse los libros de Platón que tanto deseaba.

La suave luz de las velas se filtra por las persianas de la librería de la señora Tamara. «Bendito sea Él, que abre la puerta de la venganza», murmuro mientras hago girar la manija de la puerta. Farid jadea a mi lado. Entramos.

Diego.

La sorpresa aparece fugazmente en su rostro. Está de pie junto a una mesa en el fondo de la habitación, alerta. El silencio impenetrable de un búho oculta sus pensamientos. Los libros robados de la *genizá* de mi tío están apilados a sus pies. La señora Tamara está sentada en un taburete, con las manos cruzadas sobre la falda. Dice algo, pero no la escucho. Detrás de la mujer, hay un nervudo esclavo africano con las mejillas hundidas de un hombre famélico y una expresión estúpida. La confusión y el miedo se reflejan en su frente sudorosa.

Fijo la escena en mi memoria Torá.

Diego y yo continuamos mirándonos a través de un espacio ritual de calor y claridad como si entre nosotros ardiera una hoguera. La señora Tamara se levanta. Su boca se mueve. Las sombras de la túnica blanca de Diego trémulas inician un vaivén al compás de los movimientos de él. Mis piernas se tensan como preparándome para la huida. Los latidos de mi corazón aumentan hacia una gracia afín al poder sexual. Me imagino debajo de su barba la cicatriz en la barbilla blanca como el mármol, roja, marcada por los puntos verticales, una segunda boca de traición y asesinato.

—El Maimón blanco de las dos bocas —susurro.

Diego saca un cuchillo de debajo de la capa: largo, con la punta roma; el cuchillo de un *shohet*. El esclavo saca una daga de la bolsa. En la otra mano empuña un bastón rematado con la cabeza de una víbora.

Las palabras de la señora Tamara penetran por primera vez el velo de mi furia.

—Baraquías, ¿qué pasa? —Se acerca.

—¡Márchate! —le ordeno. Mi mirada permanece fija en Diego.

La mujer se acerca a Farid. Desesperada, apoya las manos en el pecho de mi amigo.

—¿Qué pasa, muchacho? ¡Dímelo!

—Él mató a mi tío —respondo por Farid.

—¿Diego? —La señora se vuelve hacia él—. ¿Es verdad?

Diego levanta las manos en un gesto de paz.

—Claro que no —replica.

Cojo a la señora Tamara y la empujo hacia la puerta.

—¡Vete! —le grito.

La librería se resiste. Sin apartar la mirada de Diego ni por un instante, abro la puerta. La señora se resiste a mis empujones, me acaricia la barbilla.

—Pero, muchacho, Diego dice que tú le diste permiso para vender los libros, que tu madre tenía miedo de guardar manuscritos hebreos en su casa.

—¡Por el amor de Dios, márchate!

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta.

Le señalo a Farid que no se mueva, y después saco a la señora Tamara de la habitación sin hacer caso de sus gritos y forcejeos.

En el exterior continúa gritando y pidiéndome una explicación. Pero un gigante encapuchado que está al otro lado de la calle oculto en la sombra de un toldo alumbrado por la luna llama mi atención; lleva un sombrero de ala ancha color violeta. «Dios bendiga a la reina Ester», digo para mis adentros.

El hombre y yo mantenemos una rápida conversación. Acepta mi ofrecimiento, y me da las gracias en un vacilante castellano.

Vuelvo otra vez a la librería, atranco la puerta. Diego me recibe con un ademán cortés.

—¿Ya estás aquí, Baraquías? Le estaba diciendo a Farid lo sorprendido y contento que me siento al ver que doña Meneses os ha dejado con vida. Pero nunca tengo muy claro si entiende una palabra de lo que digo.

—Farid comprende más que tú desde el día en que nació —replico.

En sus ojos brilla una chispa de humor.

—Tan condescendiente como de costumbre. Pero, con toda franqueza, ¿quién podía esperar ahora que se mostrara misericordiosa? Tiene que ser la sangre judía que comienza a hacer de las suyas.

—¿Por qué mataste a mi tío?

—¿Por qué? ¿Quieres decir que todavía no lo has adivinado? Aparentemente, has descubierto todo lo demás. Eres demasiado listo, como bien dice siempre el bueno de fray Carlos. Sevilla. Piensa en Sevilla.

—¿Qué pasa con Sevilla?

Sacuden con frenesí la manija de la puerta. La señora Tamara comienza a golpear y a llamarme por mi nombre a gritos.

—No desistirá —afirma Diego con una sonrisa.

—Ninguno de nosotros lo hará —replico.

—Le caes muy bien. Como a todos nosotros. A pesar de ti mismo. Es por eso por lo que intenté por todos los medios que abandonarás la búsqueda. —Al ver que frunzo el entrecejo, añade—: ¿Por dónde iba...? Sí, Sevilla. Fue allí, desde luego. Un accidente. Tu tío me vio. Era demasiado volátil, lleno de pasión y energía. Cuando eres así, provocas accidentes. Estaba allí para librar a Simón de las manos de los inquisidores. En mi casa se abrió paso entre mis sirvientes en el momento más inoportuno, cargado con el rescate de lapislázuli. El asistente legal del obispo y yo estábamos discutiendo mi recompensa por delatar a Simón y a los demás. Desde luego, le volví la espalda a tu tío inmediatamente, y abandoné la habitación sin decir palabra. Pero él tenía una buena memoria Torá. No tan buena como la tuya, pero muy por encima de lo habitual.

—En aquellos días no llevabas barba —señalo.

—Sí. También lo has descubierto, ¿verdad? La barba era para Lisboa. Una máscara para cada ciudad es algo esencial en estos días, ¿no te parece?

—Entonces, ¿ni siquiera eres un levita?

—Sí lo soy. La mentira no tiene tantas capas. Pero tienes razón. No todos llevamos barba. Ni siquiera en la ortodoxa Andalucía. No, sé que nunca has estado allí. Y ahora, si no vas con cuidado, nunca tendrás la oportunidad de ir. ¡Hay tanto que ver! La Alhambra, la gran mezquita de Córdoba. Allí hay joyas en las paredes que...

Farid me pasa la mano por la columna vertebral.

—Tú te encargas del esclavo y yo me ocupo de Diego. Será un placer acabar con su vida.

—Espera —le señalo. Después le pregunto a Diego—: ¿Por qué denunciaste a Simón y a los demás a la Inquisición?

—¡Eres tan ingenuo! —Aprieta las mandíbulas y cierra la mano en un puño—. Cuando la Iglesia te vence, cuando te oprime, haces lo que te dicen. ¡Lo que sea! —Sonríe. Abre la mano—. Vosotros, los judíos portugueses, habéis tenido una vida muy dulce, no sabéis nada.

—Últimamente más humo que dulces.

—Aquello fue una hoguera de tres al cuarto —responde—. Espera unos pocos años y verás cómo las cosas se encienden de verdad. Entonces harás lo que te digan o... —Se abre la capa, se desabrocha la camisa. La línea de la cicatriz en el pecho refleja la luz de las velas—. O lo pagarás con tu carne. Te hablé de las figuras que dibujan en la piel. Mi paisaje acababa de comenzar. ¿Ves el horizonte? Si te acercas un poco más, verás las puertas de Jerusalén. —Se abrocha la camisa—. Este cuerpo mortal que tenemos es débil. Descubrirás que el dolor resulta la mar de desagradable.

—Después de que te afeitaran la barba la semana pasada, mi tío te reconoció como el delator que había visto en Sevilla. En el hospital, la discusión entre vosotros

dos, los gestos airados de mi maestro. De ahí tu desesperación para que no te afeitaran, el motivo por el que no querías recibir nuestra visita.

—Otro accidente. En la vida se producen sin cesar. Uno se acostumbra con el paso del tiempo. Aunque supongo que el azar es algo que todavía te preocupa. Tu tío tampoco lo comprendía. Había muchas cosas que no entendía. No era un hombre compasivo. Para tener compasión, tienes que ser como los demás hombres y él...

—¿Cómo te atreves? —grito.

—¡Quien ha perdido a su familia se atreve a casi todo! —responde—. Estoy a tu merced. ¿Un cabalista en busca de venganza? ¿Qué diría tu tío?

—Diría que has perdido el alma hace mucho tiempo, que mandarte de vuelta al Otro Lado es una *mitzvá*. Metatrón registrará tu muerte como una buena acción.

—Un autoengaño muy conveniente —opina.

—Las conveniencias engañosas son tu especialidad —afirmo.

Diego sostiene en alto un cuchillo y simula una reverencia.

—Mis especialidades son los corderos y las aves de corral.

—No tendrías que haberlas abandonado.

—No tenía elección. —Suspira—. La vida te arrastra. Como la marea. Sólo puedes luchar contra el océano hasta un determinado punto. Pero tú eres demasiado joven para...

—Descubriste a Teresa en nuestro sótano cuando fuiste a ver a mi tío, ¿verdad?

—Él ya la había puesto a salvo. Se había estado bañando. Dejó entreabierta la puerta secreta de la casa de baños para poder escuchar si alguien necesitaba ayuda. Iba a verle cuando los disturbios llegaron a la Alfama. Me puse una gran cruz de madera para protegerme, incluso bendecí a algunos de los asesinos por el camino. Es sorprendente lo que puedes llegar a bendecir en los demás. —Se santigua y pone los ojos en blanco—. Entré en tu casa como un fiel cristiano.

—Entonces le mataste.

—No tan deprisa. Haces que todo parezca demasiado fácil. La vida no es la Torá. No puedes leer los versículos muy deprisa, y después releerlos cuando no acabas de entender lo que significan. No se mostró razonable. Dijo que me haría juzgar por un consejo judío por haber delatado a Simón incluso después de haber transcurrido tantos años, que buscaría la manera de que me castigaran. Conocía yo muy bien a tu tío y sé que hubiera descubierto la forma de convertir mi vida en un infierno. Incluso cuando le dije que había denunciado a Reza y a sus suegros, y que si no desistía lo haría otra vez, se negó a escucharme. Creí que le convencería. Fui un tonto al suponer que tu tío se comportaría como un padre normal. Además, si le hubiera dicho él a doña Meneses que era yo quien la amenazaba, que sabía que era judía, mi vida no hubiera valido un pimiento. Sólo su juramento sobre la Torá que guardaría nuestro secreto le hubiera salvado la vida. Se negó.

—O sea, que también fuiste responsable del encarcelamiento de Reza.

—Todo lo que la situación exija. Hay que ser flexible, cambiar la manera de actuar de acuerdo con las circunstancias. Barba y ropas lujosas para Lisboa. En Constantinopla, quizá me convierta en musulmán. Después de todo, es el mismo Dios. ¿No es así, Farid?

Mientras Farid gesticula algo obsceno en respuesta a la pregunta de Diego, yo pienso: «Un correo que no puede reconocer su propio rostro. Mi tío hablaba de Diego, el judío errante, un correo no de libros o mercaderías, sino de su propia alma».

—Por lo tanto, lo que escribiste en la falsa confesión de Salomón era cierto... aplicado a mi tío.

—Sí. El suicidio del *mohel* fue conveniente. En cuanto me enteré, fui allí, le pagué a un mocoso para que comprara una hoja de papel a una vieja bruja que hace pulpa de lino, y después dejé la nota para que la encontrara la hermana de Salomón. A la mayoría de la gente se la engaña sin problemas.

—¿Le dijiste a mi tío que perdonarías la vida a la muchacha a cambio de la suya?

—Sí. Me habló de sacrificio. Significaba mucho para él. Creo que esperaba morir. «Por un bien mayor y un propósito más elevado», afirmó. Tenía una forma de pensar muy extraña, ¿no te parece? Le dije: «Puedo matarte sin pestañear», y él me respondió: «¡Y yo puedo morir sin pestañear también!». Te lo puedes creer. ¡Sólo a él podía ocurrírsele, a estas alturas, reunir a un consejo judío! Nunca se dio cuenta de que éste es el año cristiano de 1506, y no el año hebreo de 5266. Querido Baraquías, ya es hora de que ponga en hora tu propio reloj antes de que sea demasiado tarde. Acepta el calendario cristiano antes de que también a ti se te agote el tiempo.

—No fuiste a ver a mi tío sólo para discutir. Tú pusiste aquella hebra de seda de Simón. Sabías de antemano que ibas a matarle.

—Siempre es bueno tenerlo todo planeado. No me puedes criticar por ser prudente.

—¿Prudente? ¡Incluso pretendías matarnos a mí y a Farid! Por eso me mandaste la nota para que fuera a reunirme contigo junto a las aceñas.

—Otra buena idea estropeada por doña Meneses y sus sicarios.

—Tú robaste el Hagadá de mi tío, el lapislázuli y el pan de oro. ¡Como un vulgar ladrón!

—¿Por qué no? ¿Acaso tú estás por encima de esos deseos? Creo que no. También los manuscritos. Sí, después de todo, fue por ellos por lo que comenzó todo esto. Así que me pareció...

—¿Cómo te enteraste de su existencia? Simón y fray Carlos dijeron que tú no sabías nada de la *genizá*.

—Incluso un cabalista comete errores, muchacho. Nuestros amigos sencillamente estaban en un error. Tu tío me abordó en secreto, me explicó todo lo referente a sus actividades contrabandistas, me dijo que recibiría unos manuscritos muy valiosos y que necesitaría de mi vigilancia para asegurarse de que los contrabandistas hacían su trabajo. Tenía sus dudas sobre doña Meneses. Comenzaba a sospechar que a ella le

preocupaban los riesgos que estaba corriendo. Tu tío temía una traición. Me dediqué a seguirla, aprendí sus métodos. Descubrí quién era Zorobabel, cómo transportaba los libros a través de la frontera hasta Cádiz. El maestro Abraham no quería que nadie supiera que me había hablado de la *genizá* y sus actividades secretas para no llamar la atención de nadie.

—Confió en ti.

—Me temo que sí. Fue un error. En los tiempos que corren, no hay nadie que merezca nuestra confianza. Tenlo presente, aunque no recuerdes nada más.

—Tal vez. Pero tendría que habérmelo pedido a mí. Si sólo hubiese...

—Todavía no consigues entenderlo, ¿verdad? —me pregunta Diego.

—¿Entender qué, cabrón?

—Nunca hubiera arriesgado tu vida. Tú serías su heredero, el elegido para llevar adelante sus planes para curar los Reinos Superior e Inferior. ¡El más grande de los cabalistas de Lisboa! Nadie arriesga la vida de un hombre así involucrándolo con contrabandistas. Tal como están las cosas ahora, probablemente acabes siendo el último cabalista de Lisboa. —Diego se encoge de hombros y sonríe débilmente, como si aceptase una verdad inevitable—. Ni libros, ni cabalistas, ni judíos. Muy lamentable, pero así es la vida.

«Es sorprendente que este asesino comprenda con tanta claridad lo que estaba oculto para mí», pienso. ¿Tenía miedo de la responsabilidad? ¿O de ser el último de mi especie?

—¿Por qué no te llevaste todos los libros de la *genizá* cuando le asesinaste?

—Estaba mirando los manuscritos, me tomaba mi tiempo para valorarlos. No estaba preocupado, sabía que, con los disturbios en las calles y mi conocimiento del pasadizo secreto a la casa de baños, no tenía nada que temer. Fue entonces cuando encontré el último Hagadá del maestro Abraham. Un trabajo muy hermoso. Lo hojeé y encontré mi rostro en la figura de Amán. Lo arranqué, por supuesto, y me guardé el libro en la bolsa para mayor seguridad. Ver mi rostro en sus miniaturas iluminadas fue toda una sorpresa. De pronto me entró pánico. Es ridículo, ya lo sé. Estaba a punto de salir por la puerta secreta cuando tú te pusiste a llamar a tu familia desde la entrada. Entré en el pasaje, pero me temo que la barriga me impidió llegar al final. Regresé al sótano, cerré la puerta secreta. Un instante antes de...

—¿Por qué sencillamente no te ocultaste al otro lado de la puerta, en el pasaje?

—Nunca había pasado por allí. Me preocupaba que, si cerraba la puerta, se accionaría algún cerrojo secreto, y me quedaría encerrado para siempre. ¡Un destino muy poco agradable! Así que un segundo antes de que tú entraras, me las apañé para meterme en la *genizá* y cerrar la tapa. Agradezco a Dios todo el ruido que hiciste. En el momento en que bajaste las escaleras, yo me encontraba a salvo en mi nido. Aunque me preocupaba que pudieras escuchar los latidos de mi corazón, y verme obligado a matarte. Pero tenía confianza en que al principio te sentirías despistado, que culparías de las muertes a los cristianos viejos. En el momento en que tú subiste a

la cocina, salí del hueco, cerré la tapa con llave, y la dejé en la vejiga. Me escabullí por la tienda a la calle de la Sinagoga. No creí que me hubieran visto. Pero aquella Gemila. Fue una suerte para ella ser una vaca histérica con sus alucinaciones de demonios, si no hubiera tenido que...

—¿La señora Belmira? ¿Por qué ella?

—¿Miriam? Estaba enamorada de mí. No me mires con esa cara. Soy un hombre bastante agradable con aquellos que... ¿Recuerdas las horas que pasamos juntos dibujando pájaros? En cualquier caso, era mucho más seguro. Si la atrapaban, ella hubiera preferido la muerte antes que pronunciar mi nombre. Fue lo que hizo. En ese aspecto, las mujeres son más fuertes que los hombres. Lo aprendí en los calabozos de Sevilla. Preferían que los cristianos les quemasen los pies a trocar a Moisés en sus corazones.

—¿Quién era el chiquillo que fue a venderle el Hagadá de mi tío a la señora Tamara?

—Creo que ese fue un error por mi parte. Me puse nervioso. Tengo mis fallos como todo el mundo, y lo reconozco. En cuanto a su identidad, algunas cosas tendrían que continuar siendo un misterio, ¿no te parece? Su nombre es Isaac. Es un chiquillo bueno y encantador. Es lo único que te puedo decir.

—¿La nota aquella que cayó de tu turbante? ¿Era realmente del conde Almira o de ese Isaac?

—Otro misterio que no te voy a desvelar. Lo siento.

—Y ahora que tienes a tu Platón, ¿qué?

—Me marcho esta noche como te dije. A Faro. Ya te puedes ir olvidando de mí.

—No te dejaré marchar —le advierto.

—No tienes otra elección. —Diego toca con la hoja del cuchillo el hombro del esclavo—. Mi nuevo guardaespaldas es canijo, pero está desesperado. No quiere volver con su antiguo amo. Le ponía un bocado. Se lo follaba y le pegaba hasta dejarlo sin sentido. Incluso dicen que conoce algunos hechizos. Todo un cabalista negro, si quieres saber mi opinión. Quizá pertenece a una de nuestras tribus perdidas. Lo mejor que puedes hacer es apartarte y dejarnos salir. De lo contrario, acabarás con el alma separada del cuerpo como le ocurrió al maestro Abraham.

—No olvides la cortina de sangre para cubrirme el cuello. ¡Nunca se me borrará de la memoria lo que tú le hiciste!

—Palabras muy poéticas. ¿Tuyas o de Farid?

Diego recoge los dos libros encuadernados en cuero que están sobre la mesa. Le indica al esclavo que le preceda. El africano se inclina un poco hacia adelante, sostiene el puñal y el bastón delante del pecho, y avanza atento a cualquier movimiento.

—Encárgate tú del esclavo, que yo... —señala Farid contra mi espalda.

—¡No! —Arrojo el cuchillo al suelo, me vuelvo y sujeto el brazo alzado de Farid. Él forcejea, al tiempo que gesticula:

—¿Qué estás haciendo?

—¡Vete ya! —le grito a Diego—. ¡No podré retenerle por más tiempo!

Rodeo a Farid con mis brazos, lo aplasto contra una pared de libros. Aunque todavía empuña la daga, sé que nunca la usará contra mí. Mientras forcejea para librarse de mi abrazo, vuelvo a gritar:

—¡Márchate de una vez, demonio, antes de que cambie de opinión!

Me aferró a Farid con la terrible fuerza de mi venganza. El esclavo y Diego pasan a toda prisa.

—Has escogido sabiamente —susurra el asesino.

Cierro los ojos con todas mis fuerzas como si quisiera mantener fuera el pecado mientras suena el cerrojo de la puerta. El aire helado de la noche nos azota. «¡Vuela de regreso al infierno, Diego!», me sorprende diciendo entre dientes.

—¡Baraquías! —La voz de Farid suena desfigurada, como un graznido, pero clara como una plegaria. Al mismo tiempo, su puño golpea contra mi hombro y abre su antigua herida. Con un puntapié, consigo que pierda el equilibrio.

La puerta se cierra estrepitosamente. Estamos solos. Un cálido y amargo placer me inunda el pecho.

Farid se levanta de un salto, me mira furioso. Abro las manos en un gesto de paz, le sujeto por los hombros.

—¡Has hablado! —le señalo con una sonrisa; parece un milagro que nos redime de todo este degradante horror, quizás una señal de Dios de que he escogido el destino de Diego correctamente.

—¿Por qué le has dejado marchar? —gesticula Farid con movimientos frenéticos—. Ahora no sirve de nada. A menos que...

—No te preocupes —respondo—. Diego estaba en un error. Hay algunos en los que se puede confiar. Ya lo verás.

En el exterior, la señora Tamara, descalza y vestida sólo con el camisón, tiritita de frío. Farid la abraza, y yo veo a Diego corriendo detrás de su esclavo por la calle de los Orfebres en dirección a la calle Nueva del Rey. La luna lo ilumina como a un animal sigiloso, una criatura nocturna que huye de los cazadores. Repito casi para mí mismo las palabras de Jeremías: «Vivirá entre las rocas en el desierto abrasado por el sol, en una tierra salobre donde ningún hombre puede vivir».

—¡Se escapa! —gime la señora Tamara. Me dirige una mirada que es toda una súplica.

Sus palabras trazan una línea de ardiente duda en mis entrañas. Comienzo a caminar, pero después corro como si fuera a buscar a mi tío.

Una sombra aparece repentinamente por la derecha. Sigue a Diego durante unos momentos, distingo el perfil de un sombrero, se acerca un poco más. Un brillo metálico. Un brazo alzado. Cuando baja, Diego se confunde con los adoquines. Un sonido como el golpe de la mano enguantada de Simón en nuestra puerta llega hasta mí traído por el viento seco. Es incapaz de traspasar las puertas de mi compasión.

Farid, que me ha seguido en mi carrera, extiende una mano cuando acorto el paso.

—¿Quién era? —gesticula.

—Uno de los asesinos de doña Meneses —respondo—. Estaba esperando a Diego. Tenía órdenes de no atacar hasta después de la medianoche tal como habíamos convenido. —Saco un puñado de los zafiros y esmeraldas que quedan de la gargantilla de la dama—. Pero logré cambiar el horario.

—¿Le pagaste para que asesinara a Diego?

—Lo hubiera hecho de todas maneras. No quería correr el riesgo de esperar. Que Dios me perdone. —Sopeso las gemas en mi mano—. Sólo bastó una para convencerle de que matara a Diego inmediatamente. La vida de un judío, la vida de un hombre, no vale casi nada.

Nos acercamos a Diego con pasos cautos. Lo encontramos abrazado a sus libros de Platón. Un hilillo de sangre corre de la comisura de la boca hacia una lagartija moteada que duerme en una grieta entre los adoquines. En su bolsa está la página con el dibujo de Amán.

En un silencio intemporal contemplamos el cuerpo como si nos enfrentáramos a un arca vacía de la Torá que nunca se llenará. Cuando salgo de mi ensimismamiento, me acerco a la luz de un candelabro que llega a través de una ventana y miro el dibujo de mi tío. Sí, Amán es Diego. No hay error posible.

Me sacude un temblor mientras pienso que el último acto de creación artística de mi tío fue iluminar el rostro de su asesino.

En la miniatura, Diego-Amán es una figura jorobada de aspecto de buitre con una cicatriz inconfundible en la barbilla. Aparece representado en el momento que murmura al oído del rey Asuero su deseo de exterminar a los judíos. En la mano izquierda, con forma de garra, sujeta una brillante parte de los diez mil talentos de plata que ha prometido entregar a la tesorería real a cambio del permiso para llevar adelante su monstruoso plan. En el mismo momento, recibe en la mano derecha el anillo real que le entrega el soberano, la señal de que le ha sido concedido el permiso.

Se ha hecho el acuerdo.

La reina Ester no aparece en esta miniatura. Pero su padrastro, Mardoqueo, está presente. Está de pie, humildemente, cubierto con el saco del sufrimiento con el que se ha vestido al escuchar el decreto que ordena la destrucción de su pueblo. Sin embargo, la postura es Orgullosa, y su expresión es astuta, casi divertida. Sin duda porque sostiene delante de su pecho la soga con la que más tarde colgarán a Amán. Una chispa de pasión en los ojos color esmeralda me convence de que mi tío es el modelo para la figura de Mardoqueo.

Farid me aprieta el brazo, me indica el dibujo y gesticula:

—Eres tú.

—¿Quién?

—El hombre de la esquina. El que tiene la soga. Mardoqueo.

Los latidos de mi corazón se disparan. ¿Es posible que Farid tenga razón? Me resulta imposible creer que mi tío me iluminara como el salvador de los judíos. Además, Mardoqueo es demasiado viejo.

Mis manos aprietan el pergamino. Las lágrimas asoman a mis ojos cuando pienso que quizá me ha agraciado con el aspecto de un héroe judío.

Tantas preguntas que tendría que haberle formulado se quedarán sin respuesta...

Mi mirada es atraída por una gaviota iluminada por la luna que cruza el cielo nocturno. Los mosquitos zumban alrededor de mis oídos como si quisieran entrar en mis pensamientos. Mi plegaria hebrea por la paz de Diego, por la paz del mundo, suena marcada por la presión de la mano de mi tío en mi nuca, para después alejarse. Su movimiento hacia la ausencia definitiva es tan inmediato que me sobresalto y me vuelvo. Mis ojos contemplan la calle vacía hasta que llegan a la suave luz esmeralda de dos velas que me vigilan desde la ventana más alta de la manzana.

Libro tercero

Capítulo XXI

En el mundo vacío que quedó después de la muerte de Diego, dormí durante días. Detrás de las puertas cerradas y las ventanas selladas de mi dormitorio, encerrado en una atmósfera asfixiante perfumada con mi podredumbre. Me volví a levantar de la cama sólo cuando una visión de Juana, la hija del conde, descendió sobre mi rostro como un velo de seda. Sus ojos brillaban con la suave belleza de las perlas mientras me hablaba en un lenguaje más allá de mi comprensión. Llamado en mitad de la noche, mis pies me condujeron con paso torpe por las calles de Lisboa hasta que el destino se hizo obvio. Me encontré aullando a la que confiaba que fuera su ventana en el palacio de Estaus. Un enano con el pelo empenachado abrió los postigos.

—¡Te mandaré castrar si no dejas de berrear! —gritó.

—Estoy buscando a doña Juana, la hija del conde de Almira —le expliqué.

—¡No está aquí! —respondió de mal talante. Cerró los postigos.

El nauseabundo olor de los montones de estiércol me acompañó todo el camino de regreso a mi casa. Con el anhelo del vacío de *Ein Sof*, una vez más busqué refugio en mi cama. Se sucedieron los días sin solución de continuidad, de luz musgosa y oscuridad, hasta que la voz de Juana atravesó mis paredes como montada en una plegaria alada. Cuando entró en mi habitación, vestía de negro. Yo yacía tapado con las mantas.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo. Sus ojos se veían vidriosos, como si las lágrimas estuvieran a punto de hacer su aparición—. ¿Has estado enfermo? —me preguntó con voz vacilante.

—Sí —le contesté, sentándome en la cama—. Supongo que sí. ¿Dónde has estado? Fui a buscarte.

—Aquí, en Lisboa, pero no me atreví a venir hasta ahora.

—Nunca he deseado tanto a una mujer como te deseo a d ahora —le confesé—. Es como si sólo tú pudieras darme la cura o la salvación.

Juana se sentó en el borde de mi cama y apretó mis labios con la belleza de su manita deforme. Estaba a punto de pedirle que se quedara conmigo para siempre, pero ella meneó la cabeza para indicarme que no debía profanar el silencio entre nosotros. Comenzó a desabrocharse el vestido. Yo ya estaba desnudo. Cuando se acostó a mi lado y abrió los brazos, la penetré.

Encerrado en su tibieza, defendido por la suavidad de su cuerpo, se rompió la soga de la tensión que me tenía prisionero, y me eché a llorar con unos sollozos tan tremendos que me desgarraban las entrañas.

—No puedo quedarme —susurró Juana—. Estoy prometida a otro. No me esperes. Mañana me marcho de Lisboa. Perdóname y olvídame. —Cuando el

bálsamo de sus dedos se apartó de mi mejilla, volvió a decir—: No me esperes. No le niegues tu amor a otra.

En mi mano, me dejó su collar de perlas.

Cuando los que amamos parten para siempre, lo único que queda es la luz de sus ojos atrapada en sus joyas. Más allá de la memoria, es el único recuerdo que conservamos.

La locura: si no te engulle entero, quizás algún día afloja las garras de alrededor de tu cuello. Sin embargo, algo —o alguien— tiene que ayudarte a escapar.

Cuando aparecí por la mañana en el desierto sin Juana, Farid leyó en mis ojos lo que había acontecido. Me arrastró a la posada de la Doncella. Viví allí, durante varios meses, abrigado por el calor de las seductoras de Lisboa, sin esperar más, abriendo paso con uñas y dientes en sus vidas para recuperar la mía. Farid corrió con los gastos, aunque no sé de dónde sacó el dinero. Quizá vendió algunas de las esmeraldas y zafiros de doña Meneses; sólo quedaban tres cuando por fin dijimos adiós a la Judería Pequeña.

Lo milagroso fue, por supuesto, que no pillara ninguna de las enfermedades de los burdeles. Quizás haga falta un corazón dispuesto a sufrir el amor para conocer esas enfermedades.

Cuando no estaba metido entre las piernas de una mujer o vaciando el arco líquido de una bota de vino en mi boca, caminaba. Una vez anduve tan lejos que llegué a las colinas ámbar por encima de Mafra. Me detenía en los caminos de tierra abrasados por el sol para recitar cada uno de los cinco libros de la Torá: el Génesis delante del templo del monte Abraham cerca de Belas; el Éxodo debajo del puente de un pino caído más allá de Montelavar; el Levítico encima de un mosaico romano en Odrinhas; el Números mientras me balanceaba de la rama de un algarrobo delante de la iglesia visigótica de Igreja Nova; y el Deuteronomio ante un panal de miel que me regaló una niña cristiana apenas pasadas las puertas de Linhó. Descubrí que el ritmo de la marcha era el mejor para rezar. También para dormir. Las estrellas me daban la bienvenida por la noche sin protestas o juicios. Los pájaros carpinteros volando como saetas de árbol en árbol me despertaban por las mañanas. Durante una quincena, estuve seguro más allá de los confines de Lisboa.

Poco a poco, una energía parecida al deseo de cantar comenzó a surgir en mi interior, y descubrí que era capaz de trabajar en nuestra tienda durante el día. Cinfa me cuidaba con una lealtad y dedicación plenas. Incluso yacía a mi lado en mi cama durante la noche, y me miraba con ojos ausentes de censura cuando me marchaba para ir a buscar la compañía de las damas de la posada a altas horas de la madrugada.

Reza y mi madre luchaban conmigo sus batallas moralistas en silencio, sus miradas de condena cerradas como las puertas de una prisión. En cuanto al mundo, más allá de mis fronteras...

El lunes veintisiete de abril, entró en el puerto de Lisboa una flotilla de barcos de guerra, que aseguró el dominio de la ciudad para la Corona. Por supuesto, no se

pretendía hacer justicia. El rey don Manuel, nuestro *melekh hasid*, nuestro buen rey, habló del pogromo calificándolo de «ciertas negligencias». Más para entretener a los burgueses y campesinos que por otra cosa, el querido y difunto don Manuel, que su nombre y su sombra se borren para siempre, ordenó a su juez real, Joao de Paiba, que detuviera a cuarenta manifestantes cristianos viejos escogidos al azar. Ante una multitud de varios miles reunida en la plaza del Rossio calcinada por el sol, a los prisioneros los ejecutaron al garrote vil y sus cadáveres ardieron en la hoguera.

¿La carne quemada de los cristianos viejos huele diferente que la de los judíos? Admito que fui incapaz de notar la diferencia. «Ah, pero si hubieras estado en el Rossio...», me comentó más de un cristiano nuevo con una sonrisa cáustica.

Como castigo para los eclesiásticos de la iglesia y el convento de Santo Domingo, el rey don Manuel ordenó para finales de mayo que los buenos frailes fueran dispersados por su reino. Sin embargo, que nadie se apiade por los corazones destrozados y la nostalgia de los frailes: a finales de octubre ya estaban de nuevo en los brazos de sus amantes en Lisboa gracias a la intercesión del papa Julio II, que también su nombre y su sombra se borren para siempre. Excepto, debo añadir, para dos de su congregación. Fray Joao Moucho y fray Bernáldez, los dos hombres que enardecieron a la chusma para lanzarse a una matanza en masa aquella fatídica tarde delante de la iglesia de Santo Domingo. Arrestados y llevados a Évora, languidecieron allí durante un tiempo en la mazmorra municipal. En octubre, cuando muy pocos recordaban lo que habían hecho, los ejecutaron y quemaron sus cuerpos en la hoguera.

El nueve de mayo por fin volvió a llover.

Pero recuerdo muy poco de todo esto. El uno de marzo de 1507 es la única fecha grabada en mi memoria. Sí, durante un tiempo, tengo que confesarlo, aprendí a pensar según el calendario nazareno. Lo interpreté como un síntoma de mi locura. ¡Que pueda erradicar para siempre lo que hay de cristiano dentro de mí!

Aquella mañana, el pequeño Didi Molcho me sacó de la tienda como si fuéramos a buscar un tesoro. «¡Corre!», me gritó. Corrimos hada la voz de un pregonero en las escalinatas de la iglesia de San Miguel. Leía un decreto del rey don Manuel: «Por consiguiente, los cristianos nuevos podrán abandonar mi reino, y no habrá...».

La esperanza de un nuevo paisaje me hizo levantar la cabeza y mirar alto. Respiré a pleno pulmón por primera vez desde la muerte de Diego.

Un barbero me rasuró mientras su hija me despiojaba sujetando con sus manos pequeñas el peine que rascaba el cuero cabelludo, y comencé a pensar por primera vez cómo había pagado por el asesinato de Diego. ¿Había sentido las garras del pecado en mi pecho? No, y tampoco las siento ahora. Quizás eso me convierta en un hombre carente de un alma superior. No me importa. No me miro en los espejos, y algo en mi rostro impone discreción a los cabalistas que quizás adviertan una terrible ausencia en mi aureola.

Sin embargo, otro pecado que cometí hace mucho tiempo es el que algunas veces me preocupa, incluso aparece en mis oraciones. Aquel joven noble al que arrojé desde un tejado en el barrio moro. ¿Sobrevivió? Lo dudo. De vez en cuando, en mis sueños, le veo mirándome desde el fondo de un pozo pútrido.

Mi madre y yo le dimos todos los libros de mi tío a doña Meneses. Como era natural, no tuvo ningún problema con el asesinato de Simón. No sólo no estaba en posición de arrojar piedras contra su propio tejado, sino que sabía muy bien que cualquier acusación tendría consecuencias directas para mí y mi familia. Protegida por su cohorte de rubios flamencos, continuó disfrutando de su encantadora vida de cristiana vieja en su terraza de mármol en Gracia. Por lo que me han dicho, murió hace cuatro años, en la primavera de 1526, a consecuencia de una infección provocada por un estúpido sangrador con dedos torpes.

Después de ver a mi tío en un sueño, fray Carlos también le pidió a doña Meneses que llevara a un lugar seguro su ejemplar mitad en hebreo, mitad en árabe, de *Mekor Hayim, La Fuente de la vida*, de Avicebrón. Hasta donde sé, ahora está en Salónica.

¿Alguno de nuestros libros sobrevivirá a los siglos, o la lucha de mi tío ha sido en vano?

Con la marcha de tantos conversos de Portugal, las casas se vendían por una parte de su valor real. En lugar de vender la muestra por una miseria, se la ofrecimos a Brites, la lavandera, que vivía en una barraca pasada la puerta de Santa Catalina, que era indigna de una persona de su gracia espiritual.

Se enfadó cuando se lo dijimos y manifestó:

—¡No puedo aceptarla!

—Tienes que aceptarla —insistió tía Ester.

—¡No!

—Entonces, acéptala en préstamo —sugerí—. Si alguna vez Reza la quiere reclamar, ya vendrá por aquí.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. El trato fue cerrado con abrazos. Ella pasaría el resto de su vida allí.

Unas pocas semanas más tarde, poco antes de nuestra partida, mientras llevaba un pedido de fruta a una tienda en el Barrio Alto, descubrí al niño de mi dibujo que había intentado venderle a la señora Tamara el Hagadá de mi tío. Tenía un rostro bondadoso y el pelo negro cortado muy corto.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Diego —contestó.

—Mi nombre judío es Baraquías Zarco —murmuré—. Necesito saber cómo te llaman en el lenguaje sagrado.

—Isaac Belmira Gonçalves —dijo.

—Un hombre llamado Diego Gonçalves te adoptó, ¿verdad?

La sorpresa le hizo abrir los ojos como platos.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Le conocía muy bien.

En una taberna, mientras comemos pan de canela caliente y vino aguado, hablamos del amor de su padre adoptivo por los pájaros y los viejos manuscritos. El chico vivía con la hermana de la señora Belmira. Era tímido, pero una súbita pasión le hacía temblar los labios cuando hablaba de la guerra. Quería ser cruzado. Nunca entenderé por qué los jóvenes tienen tantas ganas de morir. Antes de separarnos, le besé la frente y lo bendije en silencio.

El rabino Losa, el converso voluntario y enemigo de mi tío, todavía vive en su casa pegada a la iglesia de San Miguel. A fuerza de zalamerías y humillaciones consiguió ganarse el corazón del obispo de Lisboa e incluso se convirtió en uno de sus consejeros en derecho canónico. Sus dos hijas son ya mayores, se han casado, y me han dicho que viven juntas en Santarém.

Fray Carlos decidió quedarse en Portugal. «Que Dios haga de mí un buen cristiano o un mejor actor», dijo la última vez que le vi, hace ya veintitrés años. Sus palabras me recordaron, desde luego, a Zorobabel, a Isaac de Ronda y al conde de Almira. De la suerte de éste no he sabido nada. Quizá su verdadero nombre sea otro muy distinto. Tal vez ni siquiera fuera castellano o cristiano nuevo. Acaso Juana ni siquiera era su hija.

Por supuesto, nunca más oí hablar de ella. Así y todo, en algunas ocasiones, incluso hoy, todavía aparece en mis sueños. Sin embargo, la amargura ha desaparecido de sus labios, y hace años que no hago comparaciones con mi esposa. Incluso la memoria Tora se funde con las lágrimas.

Tampoco he vuelto a saber más de Helena, la muchacha con la que estuve prometido hace tantos años, y con quien perdí mi virginidad. Es mejor de esa manera.

En el mes de mayo de 1507, mientras hacíamos planes para la partida, un mercader vestido con prendas rojas y blancas llegó a nuestra casa con una carta del mendigo judaizante, Antonio Escaravelho. Poco después de los disturbios, mucho antes del decreto del rey don Manuel permitiendo la marcha de Portugal de los conversos, él había conseguido un permiso de salida para ir a visitar a su amado papa Julio.

—¿Sabéis si le va bien en Roma? —le pregunté al mensajero.

—¿Roma?, ¿de qué estáis hablando? Está en Jerusalén. Se ha montado una platería en el viejo barrio judío.

Sin perder ni un segundo, rompí el sello de lacre:

Queridísimo Baraquías:

Te dije a ti y a tu tío Abraham que tendrías que pensar en venir conmigo. Este viejo burro no está tan loco después de todo, ¿verdad? Que le den por el culo al papa Julio. Me meo en toda la península italiana. Que una plaga de

serpientes venenosas caiga sobre Roma y muerdan a todos los cristianos en sus culos gordos. Siempre serás bienvenido. El año que viene en Jerusalén.

El año que viene no, pero quizá pronto. Después de todo, estamos mucho más cerca, y me voy haciendo mayor. Si voy a ir...

En julio de 1507, Farid se embarca en una nave que va a Constantinopla, con la dirección de *Tu Bisvat* y el dinero que hemos podido reunir. Mi madre, Cinfa, tía Ester, Alfonso Verdinho y yo le seguimos en agosto. Nuestro barco zarpa de Belem el diecinueve de *Ab*. Para sorpresa nuestra, nos esperaba una destartalada casa de dos pisos en el pequeño barrio judío; con la ayuda de *Tu Bisvat*, cuyo verdadero nombre no estoy en libertad de mencionar, mi tío había podido entregar una pequeña paga y señal para la compra de la propiedad.

Roseta se quedó atrás con Reza; estaba embarazada de su primer hijo —me refiero a Reza, no a *Roseta*— y se trasladó con su marido y Aviboa a una granja cerca de Belmonte en las montañas del noreste de Portugal. No los he vuelto a ver desde el muelle de Belem. Tienen tres hijos: Mardoqueo, Judá y Baraquías, y una hija, Mira. Aviboa está casada con un campesino que cultiva castaños y hace vino. Vive cerca, y tiene dos hijos. Nunca le creció la uña del pulgar ni recibió noticias de sus padres.

Rezamos para que el fuego de la Inquisición pase por alto su valle cuando se propague a Portugal desde Castilla. Mucho me temo que ahora sea sólo cuestión de meses. Tan breve es el tiempo que tenemos para la paz en este mundo.

Cuando conseguí que mi madre me diera los pantalones y las camisas de Judá, lo enterré todo en la Quinta das Amendoeiras, junto a la tumba de mi tío y rezamos un *kaddish* para asegurar que su alma quedara libre de los Reinos Inferiores.

Han pasado veinticuatro años de su desaparición y todavía me parece que sólo nos separa un suspiro. Hace tres años me pareció reconocer sus ojos de adularía en un hombre vestido con prendas de mercader portugués que tomaba el sol debajo del minarete sudeste de la mezquita de Santa Sofía. Mi corazón dio un brinco como si hubiese recibido un disparo de cañón. Me flaquearon las piernas. Pensé: «Todo fue una equivocación. Está vivo, lo criaron los cristianos. Ahora me explicará dónde estuvo todos estos años». Me acerqué y le dije: «¿Eres tú, Judá?». Ante su confusión, le sujeté por un brazo. «¿No me reconoces? Soy Baraquías. ¡Tu hermano!».

El hombre me dio una palmada en la espalda como si yo fuera un viejo borracho. «Será mejor que te vayas a tu casa antes de que tu mujer venga a buscarte», me aconsejó. Se rió de mí.

Es así como reacciona la joven generación ante el dolor.

Nunca volvimos a saber nada de Samir, el padre de Farid.

Recuerdo al rabino Verga diciéndome en nuestro patio que debíamos recordar a los muertos y cómo habían perdido sus vidas. Sus palabras me hacen sonreír; ¿de verdad hay personas capaces de olvidar?

Resultó ser que Sansón Tijolo, el hombre que tachó todos los nombres de Dios en su Antiguo Testamento, tenía razón en aquello de que los judíos no podían emplear el tiempo futuro en Portugal. Si mi tío hubiese vivido, ¿podría haber hecho algo al respecto? Hay ciertos poderes que tienen los grandes cabalistas, y quizá si se hubiera concentrado...

¿O todo eso no es más que una mentira? ¿Tanta fe se perdió juntamente con la sangre de mi tío?

Rana, la esposa de Sansón y mi vieja amiga del barrio, todavía vive en la granja en las afueras de Lisboa. Miguel, su hijo, es aprendiz de orfebre. Me han dicho que a últimas horas de la noche, con los postigos cerrados, fabrica marcadores de la Torá y otros objetos sagrados.

Nuestra vecina, la señora Faiam, murió en 1512. Gemila y su familia viven en la vieja casa como judaizantes. Su perro, *Belo*, como era de suponer, murió sin encontrar nunca el hueso de la pata perdida. Hay algunos vestigios de la vida que nunca pueden ser recuperados. Aunque eso no nos impida seguir buscando.

A menudo pienso en el limonero que crece sobre la mano de la señora Rosamonte. ¡Sería tan agradable poder probar su fruto!

¿Habrá crecido mucho el almendro de mi tío? Su muerte todavía deja profundas marcas dentro de mí a primera hora de la mañana, cuando el rocío se posa sobre mi frente y mis defensas están bajas. No hace mucho me he dado cuenta de que soy como un árbol cuyas ramas principales las podaron con un cuchillo de *shohet*, y en esas cicatrices, he conseguido desarrollar nuevos brotes lo mejor que he podido. Incluso he florecido. Muchas veces. Pero el árbol no es el mismo que pudo haber sido. ¿Cuánto más recto hubiera crecido si él...?

Cuarenta y cuatro años me han visto pasar. Soy un hombre viejo, con hijos. Sin embargo, ¡cómo me gustaría verme reflejado en los ojos esmeralda de mi tío para sentir el ala protectora de su túnica blanca envolviéndome! Besar sus labios. Nunca más podré. Ni aunque cantara el Zorreada noche durante un año entero.

Murga Benjamín perseveró después de que le rehusaron su deseo de cumplir con la obligación del levirato. Se casó con un rico cristiano nuevo fabricante de toneles de Oporto. Un buen hombre, según me dijo en una carta, y trabaja como intérprete para los comerciantes de Sao Joao da Foz.

Manuel Monchique, cuya esposa, Teresa, murió junto a mi tío, emigró a Ámsterdam y es uno de los directores de una entidad bancaria de la ciudad. Oí decir que se ha aficionado a los viajes marítimos, y que incluso ha viajado a Brasil, donde hizo unos encantadores dibujos de las mariposas locales. Y dejó de andar a vueltas con la espada.

O sea, que quizás es posible encontrar nuestro propio hogar en otro país.

Antes de marcharnos de Lisboa, mi madre tuvo la amabilidad de coser un aba nuevo para Attar, el hombre que me dejó sus ropas cuando escapaba por el barrio moro aquel fatídico domingo de las matanzas judías. Me recibió con un abrazo. Antes

de abandonar su casa, me comí un pollo entero con salsa de ciruelas y limón. Unimos las manos para rezar en silencio, y luego recitamos juntos suras del Corán.

Isaac ben Farraj, el asceta que rescató la cabeza de su amigo de la hoguera del Rossio, acabó en Valona y es un escriba muy reputado. Lo encontré por casualidad en Rodas, después de que la tomaran los turcos, y tenía el aspecto de no haber probado ni un mendrugo desde su marcha de Lisboa. Se le contaban las costillas. Con una barba como gusanos blancos. Al parecer, había aprendido un par de cosillas sobre los nuevos frutos que llegaban del Nuevo Mundo, porque no dejaba de repetirme: «¡Ten cuidado con los tomates!».

Don Miguel Ribeiro, el noble que descubrió sus orígenes judíos por mi tío, continúa viviendo en Lisboa como judaizante. Perdió un ojo en un accidente de caza poco después de nuestra marcha. Supongo que, sencillamente, era incapaz de renunciar a aquel último vicio cristiano.

Ah, una cosa curiosa le sucedió a Didi Molcho. Ascendió entre las filas de la corte portuguesa hasta convertirse en uno de los secretarios reales. Luego, como él lo cuenta, se presentó ante el rey don Juan, sucesor del rey don Manuel, un pequeño judío moreno y de ojos resplandecientes como los de mi tío, proclamando ser el representante de la tribu perdida de Rubén en los desiertos de Arabia. Se llamaba a sí mismo David Reubini, y venía a Portugal con la intención de reunir tropas para su plan de rescatar Jerusalén de manos de los turcos. Aunque el rey don Juan no le hizo caso, Didi se sintió cautivado. Volvió a abrazar el judaísmo, y se circuncidó. Su estudio de la Cábala le trajo visiones que acabaron en profecías.

Con el nombre judío de Salomón, Didi viajó a Italia para predicar, y el acierto de sus predicciones le ganó fama entre cristianos y judíos. En mayo de 1529, después de un intercambio epistolar, le recibí en mi casa de Constantinopla y, durante seis meses, le ayudé a aprender las técnicas de Abulafia para desatar los nudos de la mente. Su libro de sermones, basado en parte en nuestros estudios, se publicó en Salónica aquel mismo año. Ahora está de nuevo en Roma, siguiendo sus visiones, e incluso se ha ganado el favor del papa Clemente. Sin embargo, temo por su vida. Los papas tienen envidia de los hombres de auténtica fe y son tortuosos como hurones famélicos. Y a Didi, Dios le bendiga, los paisajes superiores le nublan su visión terrenal.

Farid vive un par de casas más allá de la nuestra. Sus libros de poemas se han publicado con éxito en Constantinopla. Su amante de diecisiete años es un herrero llamado Shamsi que toca el laúd y canta con la voz de una flauta rústica. Es un hombre sincero y de buen humor con músculos fuertes y pestañas como los pétalos de una rosa negra. Por supuesto, no está dotado con la corpulencia de un vasco, pero al parecer sí lo suficiente para mantener satisfecho a Farid. Hace años, adoptaron a dos huérfanos, Samir y Rumi. Son unos excelentes, aunque un tanto rudos, compañeros de juegos de mi hija Zuleica y de mi hijo Ari.

Cenamos juntos todas las noches. Es un gran consuelo para mí poder hablar por señas con Farid. Algunas veces, cuando me asaltan los recuerdos y no tengo la

voluntad de escuchar mis palabras...

La última vez que estuvimos juntos en Lisboa, le pregunté a Farid: «¿Crees que Dios nos estará esperando en Constantinopla? Dios ha desaparecido de Lisboa sin dejar rastro».

Sus manos se movieron para citar a mi tío: «Debes llamar en ti mismo como si llamaras a una puerta. Es allí donde le encontrarás si todavía existe para ti».

He esperado una respuesta a mis llamadas durante todos estos años. Al parecer, uno tiene que actuar como un voluntarioso pájaro carpintero con este Dios duro de oído, y a mí sencillamente me falta el pico.

Así que quizás he encontrado el paisaje secular que predije hace tantos años. Aquél hacia el cual se está moviendo el mundo, sin rabinos ni sacerdotes, poblado únicamente por místicos y ateos. No sé cuál de estos dos grupos acabará por ocupar el trono de mi corazón.

Mi hija Zuli tiene ahora dieciocho años y quiere ser escriba como tía Ester. Pero yo la veo más como Reza. Poseedora de una elegancia natural, con ojos apasionados que bailan cuando habla. Cuando se enfada, me intimida con la mirada refulgente que acostumbra a ensayar ante el espejo.

Ari, con sus dieciséis años, es de constitución fuerte, tiene el pelo negro rizado de mi esposa, y la mirada penetrante e inteligente de mi tío. Ha estudiado para ser iluminador y algún día llegará a destacar como un buen artista. Pero sueña con viajar al Nuevo Mundo desde que era un niño.

«Un judío iluminador de manuscritos en las selvas de Brasil sería como un *matzá* en la luna», le he dicho mil veces.

El otro día se me presentó con la siguiente respuesta: «Algunos indígenas están circuncidados. *Tu Bisvat* dice que son judíos».

Se parece un poco a mí cuando era joven, ¿verdad? Me pregunto qué habría hecho mi tío con alguien así. Supongo que, si de verdad quiere viajar a Brasil, tendría que aprender el oficio de *mohel*.

La pérdida de Judá y de mi tío condenaron a mi madre a una vida al margen de las emociones. Comenzó a coser prendas para la aristocracia turca de Constantinopla y se ocupaba con un cuidado irreprochable de la frutería que abrimos aquí, pero rehuía de cualquier gesto de acercamiento. Las conversaciones, incluso con tía Ester, se le hacían difíciles. En varias ocasiones la sorprendí en plena madrugada montando guardia junto a mi cama con el inhumano estoicismo de una diosa esculpida en un mascarón de proa. Cada vez que yo tenía que emprender un viaje lejos de casa, me palmeaba la mano, y se alejaba rápidamente, como si ya hubiera renunciado a cualquier esperanza de mi regreso. Las oraciones y los cánticos sólo servían para angustiarla. El beleño la ayudaba un poco. Murió durante el *Pesaj* de 1522.

En cuanto a tía Ester, nos reconciamos hace años; de hecho, inmediatamente después de la muerte de Diego. ¿Qué motivos podría tener para guardarles rencor a ella y a Alfonso Verdinho? ¿Tenía derecho a negarle la compañía que el mundo podía

darle? Poco antes de marcharnos para Constantinopla, Alfonso se presentó en la Judería Pequeña con una alianza de oro. Como un caballero de alguna leyenda árabe. Se casaron cuando desembarcamos en la costa turca.

Por lo tanto, como mi propia vida puede demostrar, el amor no siempre está limitado a un único objeto. No tengo ninguna duda de que mi tía Ester quería a mi maestro y que hubiera sacrificado su vida por la de su esposo. Una vez, mientras ella se estaba bañando, abrí la tapa de su relicario de plata y encontré varios de los largos pelos canosos de mi tío. Le robé uno y me lo comí.

Tía Ester es ahora una señora muy vieja, que ronda los setenta años. Pero su trabajo como copista en hebreo, árabe, persa, castellano y portugués continúa siendo incomparable. Hace poco acabamos una copia del *Concilio de los pájaros* para el sultán Solimán el Magnífico, que Dios le bendiga todos y cada uno de sus días. No me quedaban apuntes ni dibujos de mis viajes de observación de pájaros por las colinas más allá de Lisboa, pero mi memoria Torá todavía es lo bastante completa para acordarme de la curva del pico de una grulla y del tono del collar de un búho. Los faisanes que incluí eran un dibujo de mi tío. Me gusta creer que se siente orgulloso de nuestro arte.

Cinfa. Su vida no ha sido fácil. Hace seis años, apenas había dado a luz a una niña llamada Mira cuando se quedó viuda. Su marido era un oculista de Alejandría. Un hombre delgado de piel suave, con la mirada bondadosa de quien siempre está dispuesto a perdonar.

Sin embargo, no tardamos en descubrir que bebía *ouzo* como un marinero griego. Y que no le agradaba que yo hubiera educado a su esposa en la Torá y el Talmud. Nada de esto fue evidente antes de su casamiento. Me había olvidado de las máscaras después de abandonar Lisboa.

Cuando Cinfa estaba embarazada de siete meses, él la golpeó en el rostro con una vara. «Tu hermana me corrigió mis oraciones», me dijo cuando vi las marcas moradas y amarillas en los ojos y las mejillas. El tono de su voz daba a entender: «Tuve que hacerlo».

—Y muy bien que hizo, sabandija —repliqué—. El *sabat* es mucho más importante que tu ridículo orgullo.

Se disculpó debido a mi posición espiritual en la comunidad como un excéntrico pero erudito cabalista, pero vi en su mirada de desafío que no estaba arrepentido. No soy un peleador y apelé al engaño. Mientras levantaba una mano por encima de su cabeza en un falso perdón, le di una patada tan fuerte en las gónadas que estuvo revolcándose por el suelo más de cinco minutos.

—Y si se te ocurre hacerlo otra vez... —le dije.

Cuando le expliqué a mi tía Ester lo que había hecho, comentó: «Esa es una excelente aplicación práctica de la Cábala. Bien hecho».

Pero quizá no tendría que haberlo tentado con mi advertencia. Al día siguiente, el bruto repitió su perversa acción.

Farid me acompañó hasta su casa. Apoyó la punta de la daga en la barbilla del oculista y gesticuló:

—Si alguna vez la vuelves a tocar con otra intención que no sea la de hacerle el amor, te arrancaré los ojos.

Después, Farid me dijo: «Siempre que amenaces a un hombre, hazlo con algo que él valora por encima de todo lo demás». Me pareció un buen consejo. Pero los brutos no cambian sin la gracia de Dios. En su octavo mes, el doctor egipcio tiró a Cinfa escaleras abajo. Se rompió la pierna derecha y la clavícula. Cinfa tuvo el bebé mientras estaba tendida en el suelo. Sus alaridos alertaron a Zuli y a los vecinos. Hubiéramos perdido a la pequeña Mira de no haber sido por su rápido trabajo.

Farid y yo salimos a buscar al malvado doctor. No lo encontramos por ninguna parte. Un mes más tarde, apareció muerto delante de un burdel cercano. Al parecer, se mostró un tanto insolente con una cotizada muchacha yemenita. Como comentó mi tía Ester: «No corres muchos riesgos golpeando a una esposa judía. Pero levántale la mano a una puta cara musulmana y no vivirás mucho tiempo».

Leci, mi esposa, también está dotada con esa irónica manera de pensar. Es la hija de un zapatero que fue nuestro primer amigo aquí en Constantinopla. Cuando la conocí, llevaba el pelo negro largo teñido de rojo, tenía los ojos verdes y una mirada de añoranza contenida como si tuviera miedo de formular una pregunta secreta. Los labios sellados por el silencio. Quizá se debía a la muerte de su madre cuando ella sólo tenía cinco años. Era temerosa cuando la conocí, espiritualmente tímida. Sin embargo, tenía la capacidad sexual de una gata en celo. Cuando se movía, parecía arrastrar con ella el aire y el suelo.

Fui a estar con ella una noche cuando su padre no estaba en la ciudad. Mi silueta apareció en su portal. Ella estaba leyendo. Después de compartir una mirada que denunciaba una aventura secreta, dejó el libro sobre el baúl y apagó la vela. Sin palabras, me quité la camisa y los pantalones.

Cuando nuestros deseos fueron más allá de la exploración de nuestras bocas y de nuestras manos, ella se montó encima de mí. Se sujetó como si estuviese delante de un altar, y ella misma guió la penetración.

¿Puede ser la unión perfecta de los órganos sexuales de una pareja la representación simbólica de una correspondencia espiritual?

Mientras ella hacía girar su cálida humedad sobre mí, recordé a mi vieja amiga Rana Tijolo amamantando a su bebé, Miguel. Hundí mi cabeza entre los pechos de Leci y pensé: «Aquí está la mujer a la que me entregaré».

Así ha sido. Más que mis manuscritos, más incluso que mis estudios de la Cábala, considero el logro de mi vida lo que le he dado a ella y a mis hijos. No siempre ha sido bueno, o ni siquiera suficiente, pero he dado lo que tenía sin ninguna máscara.

Esto me lleva al motivo por el que he vuelto a coger mi cálamo y contar nuestra historia.

Como dije al principio de este relato, ayer mismo tuve un visitante, a eso del mediodía: Lourenço Paiva, el hijo de nuestra vieja lavandera y amiga, Brites. Antes de fallecer, ella le pidió que viniera a devolver nuestra vieja casa en la esquina de la calle de San Pedro y la calle de la Sinagoga, y preguntarme si quería regresar.

Con las llaves de nuestra vieja casa apretadas en mi puño, me sumergí en una visión de Portugal. Alcornoces y amapolas. *Roseta* y su collar de cerezas. Mardoqueo y mi padre. Las casas azules y blancas de Lisboa. La plaza del Rossio. El espejo del río más allá de nuestra vieja sinagoga. El dulce olor de las adelfas en nuestro patio. Judá y mi tío. Las tumbas en la Quinta das Amendoeiras.

Entonces, una visión se abrió dentro de mí, en la que mi maestro me arrojaba letras portuguesas enganchadas a una cadena que decían: «*As nossas andorinhas ainda estão abandonadas com o faraó*». (Nuestras golondrinas siguen abandonadas al faraón). Cuando fijé mi mirada por segunda vez en estas palabras del código de los cristianos nuevos, las letras remontaron el vuelo, para después romperse con un sonido titilante.

Cuando salí del trance, mi pecho resonaba con un versículo que decía: «Tengo la oportunidad de regresar a casa».

Fue entonces cuando los hechos aislados en mi memoria Torá se entrelazaron bruscamente en una lectura del pasado que mi tío había contado que yo hiciese tantos años atrás.

Cogí la jarra de vino y la cinta de pergamino donde tía Ester había escrito mi nombre y el de mi tío, la cinta que él me había dado poco antes de su muerte, cuando prometió que vendría en mi ayuda en cualesquiera que fueran las circunstancias. A solas en mi cuarto de rezos, recordé los terribles versículos del Génesis sobre el sacrificio de Isaac que mi maestro me había hecho recitar para Judá aquel fatídico *Pesaj*. Nos había explicado que para conseguir la más alta de las metas, el ser tenía que extinguirse. Se había referido a su ser.

Antes de su muerte, en el sótano, mi tío me planteó preguntas sobre mi voluntad de abandonar Portugal. Me habló de sus fuertes temores de que mi madre y Reza nunca quisieran marcharse. Sus miedos denunciaron el motivo: insinuaba que únicamente la más terrible de las tragedias conseguiría separar a mi madre y a Reza, su única hija viva, de Portugal.

Incluso las palabras de mi tío que aparecían citadas en la falsa nota de suicidio escrita por Diego para Salomón el *mohel* hacían referencia a una razón oculta para su muerte: «Tu puñal me llevará al seno de Dios y quizás incluso sirva a un propósito más elevado».

¿A qué propósito más elevado podía servir su muerte? ¿En qué pensaba mi maestro?

Durante las últimas veinticuatro horas he dejado que mis reflexiones se mezclen con mis preguntas hasta formar una trama que se niega a liberarme. Así que cogí el tintero del estante y saqué el manuscrito que había escrito en 1507 y que —con

algunas leves modificaciones— se ha convertido ahora en lo que llamo el Libro Uno. Y fue entonces cuando comencé a completar nuestra historia para vosotros.

Mesirat nefest, la voluntad de arriesgarlo todo por una meta hará las reparaciones en los Reinos Inferior y Superior. Sólo que ahora me parece comprender cómo el coraje no manifestado encendía los ojos esmeralda de mi tío, y movía sus manos para bendecir al mundo.

«Juro que te protegeré de los peligros que acechan a lo largo del camino», me prometió cuando yo tenía ocho años. Sí, había cumplido su promesa. Porque aquí estaba yo, a salvo, en Constantinopla.

Lo que intento decir, de este modo inquieto y vacilante, debido a la flaqueza de mi fuerza y el efecto del demasiado vino de Anatolia, es que mi tío se sacrificó a sí mismo. En parte, probablemente, en un intento por salvar a la muchacha, Teresa, que fue asesinada a su lado. Pero lo que es más importante, creo que se dejó matar por el bien de las generaciones futuras. Para obligar a mi madre y a Reza —a toda nuestra familia— a salir de Portugal. Para permitir que el árbol de nuestra familia echara raíces en una tierra más segura. Una tierra dispuesta a aceptar a los judíos sin máscaras.

No me estoy inventando que mi tío atrajera a Diego al sótano o que le hiciera venir valiéndose de la Cábala práctica. No. Pero quizá mi tío sospechó que recibiría una visita. La cuestión es que llegó un momento, quizá cuando Diego bajó las escaleras del sótano, en que mi tío comenzó a entender el verdadero significado de los disturbios contra nosotros, cuando vio las posibilidades que abrirían con su muerte a manos del asesino. Para bien o para mal, llegó a la conclusión de que nuestra familia, nuestra gente, se encontraba en una terrible encrucijada, y que sólo su muerte violenta nos obligaría a seguir adelante.

¿Es esta teoría una locura? Quizá sí. Tal vez sólo Dios supiese que mi tío iba a sacrificarse aquel *Pesaj*.

Todavía hay más pruebas para sostener mi teoría, una pequeña prueba que puede convencerlos de que lo que digo es por lo menos posible.

Años atrás, Farid afirmó que mi rostro era el modelo del diseño de Mardoqueo en el último Hagadá de mi tío, que me presentaba como el salvador de los judíos en el Libro de Ester. No lo creí posible: Mardoqueo aparecía como un hombre viejo en el dibujo.

También sostuve que incluso si mi tío había modelado el rostro del héroe bíblico a partir del mío, lo había hecho porque tenía la sospecha mística de que más tarde ejecutaría la venganza contra su Amán-Diego.

Sin embargo, ayer mientras miraba la miniatura iluminada, descubrí algo sorprendente. Mardoqueo se parecía muchísimo a como yo soy ahora, veinticuatro años después de que mi tío lo dibujara. Compartimos el mismo pelo canoso cortado muy corto, los mismos ojos cansados: ambos somos supervivientes, pero también testigos de la tragedia.

Mi tío había sido capaz de pintarme con el aspecto que tendría casi un cuarto de siglo más tarde.

Así que ahora comienzo a aceptar que mi maestro me había asignado un propósito superior, había adivinado que yo, como ese antiguo héroe judío, algún día lucharía por salvar a nuestra gente.

Estoy convencido de que ésta es la razón por la que, en la visión que tuve ayer, mi tío me llamó «Mardoqueo». No estaba usando el nombre de mi hermano mayor, como creí en un principio, sino al salvador bíblico de nuestro pueblo.

Pero, ¿cómo pretendía que lo rescatara, yo, Baraquías Zarco, un hombre que ya ni siquiera cree en un Dios personal?

Vuestros dedos están rozando la respuesta; sospecho que mi tío intuyó que sólo la pesadilla de su muerte me impulsaría a escribir este libro que estáis leyendo. Que sólo su partida violenta de los Reinos Inferiores me haría ver que nuestro futuro en Europa había terminado. Que sólo la más terrible de las tragedias me convencería para que le rogara a todos los judíos —hasta el último de nosotros, cristianos nuevos o no— a trasladarse a un lugar donde estaremos a salvo de la Inquisición y de los nuevos horrores que los reyes cristianos puedan algún día imaginar para nosotros.

Porque si hay una cosa que podemos decir de los monarcas europeos es que nunca van cortos de sueños para los judíos. Los acosamos en sus tinieblas espirituales.

Si no queréis admitir que hay, aunque sólo sea una, una pequeña posibilidad de que estas reflexiones sean una lectura válida de sus acciones, entonces os deseo lo mejor en vuestra soledad; está claro que vosotros nunca habéis conocido a nadie con la fuerza espiritual de mi tío, con un amor desinteresado e incondicional por vosotros, dispuesto a sacrificarse por vuestra supervivencia.

O quizá sería más apropiado para mí lamentarme de mis escasos talentos como escritor; mi relato no ha conseguido convencerlos de que el maestro Abraham Zarco era real. Me disculpo. Pero ahora os digo, y debéis encontrar el coraje para creerlo: hay hombres y mujeres con una decisión tan apasionada que darán gustosos sus vidas por el bien de generaciones de niños a los que nunca llegarán a conocer.

Por lo tanto, me equivoqué hace muchos años cuando le dije a mi amiga Rana Tijolo que mi tío continuaba creyendo que los judíos podían hablar de futuro en Portugal, pero él ya sabía que para nosotros en Iberia y en todas las tierras cristianas de Europa sólo había pasado. ¿Acaso podéis creer que sólo por un capricho decidió que nos marcháramos a una tierra musulmana como Turquía?

Ni accidentes ni coincidencias. ¿Es posible?

Hasta ahora, sólo me he atrevido a confiarle mis teorías a Farid, y él me respondió: «Pero ¿no crees que tu tío hubiera podido hacer mucho más por los judíos vivos que por los judíos muertos?».

Una buena pregunta. Quizá los acontecimientos se precipitaron y mi maestro no pudo controlarlos. Además, como dije, tal vez sólo comprendió su propósito en un

destello intuitivo, en el momento en que Diego le rodeaba el cuello con el rosario.

Creo que confiaba en que Dios lo aprovecharía mejor muerto que vivo.

En cualquier caso, no tengo otra respuesta que la fe que arde en mis entrañas. Pero incluso si mi teoría está terriblemente equivocada, sigo sin atreverme a dejar la pluma o a romper estas páginas. No puedo jugarme la supervivencia de los judíos a la rectitud de los reyes europeos, que han demostrado una y otra vez que no tienen el menor sentido de la justicia. Porque incluso si estoy equivocado, incluso si estoy leyendo de derecha a izquierda, incluso si mi maestro estaba tan agotado de su vigilia por Reza que no pudo levantar las manos para defenderse de Diego, ¿cómo podéis estar seguros de que los cristianos no vendrán algún día a por vosotros, a por todos nosotros? ¿Qué creéis, que los traidores como Diego no les ayudarán?

Y así llegamos finalmente a Diego y cuál puede ser el verdadero significado de su traición. Esto es algo que me he preguntado infinidad de veces, por supuesto.

La explicación que yo doy a sus acciones reside en la definición cabalística de la maldad: el bien que ha dejado el lugar que le pertenecía.

Creo que Diego era un hombre que podía haber destacado entre su propia gente. Sin embargo, al vivir entre cristianos viejos, al tener que luchar contra el terror que le inspiraban la Iglesia y la Inquisición, se volvió hacia la maldad.

También creo que habrá muchos más como Diego que conspirarán contra nosotros a menos que nos vayamos de Europa. Esto también es parte del significado de la muerte de mi tío.

En cuanto a mi vacilación a hablar de esto... No tiene nada de particular que una parte de mí quiera despreciar todas estas palabras como simples tonterías. Porque si mi fe señala la verdad, entonces le he fallado a mi tío miserablemente. Hace veintitrés años permití que mi prima Reza se quedara en Portugal. Que mi tío me perdone. Porque si él tiene razón, si mi lectura de los versículos del pasado es correcta, entonces su familia está condenada.

Es por eso por lo que debo aceptar las benditas llaves que el querido Lourenço me ha dado y volver a cruzar las puertas de Portugal. Este manuscrito es el arma que llevaré conmigo. Que sus palabras se unan para formar la soga que colgará a Amán.

Farid dice que me acompañará, que necesitaré de su protección. Quizá tenga razón. Juntos, buscaremos a Reza y a su familia, y los traeremos con nosotros a Constantinopla.

Que todos los conversos y los judíos nos acompañen.

Y que mis hijos y mi mujer comprendan las razones de mi partida.

La primera luz del alba acaba de atravesar las celosías, y me duele la muñeca. Es el momento de mojar la pluma en el tintero para escribir los últimos trazos. Que los ángeles detrás de mis palabras inspiren el entendimiento a mi alma y a las vuestras.

Como dije desde el primer momento, ésta es una historia de advertencia. Vosotros que leéis estas palabras, da lo mismo que seáis judíos, cristianos nuevos, sefardíes o asquenazíes, si las fronteras de Europa todavía os encierran, estáis en peligro. La

Inquisición se extenderá, y muy pronto por nuestro espejo de sangre correrá la sangre a raudales. Por eso mi tío se me ha aparecido ahora. La matanza sólo acaba de comenzar. Podéis estar seguros de que los reyes europeos y sus odiosos obispos nunca dejarán de soñar con nosotros. Nunca permitirán que vosotros y vuestros hijos sobreviváis. ¡Nunca! Antes o después, en este siglo o dentro de cinco, vendrán a por vosotros o a por vuestros descendientes. Ninguna aldea, por remota que esté, será segura. Ningún aristócrata o ejército extranjero vendrá a protegeros. Este es el significado que saco de la muerte de mi tío. Así que quitaros las máscaras. Mirad hacia Constantinopla y Jerusalén. Y comenzad a caminar.

Arrojad la Europa cristiana de vuestros corazones y nunca más miréis atrás.

Benditos sean todos los que son retrato de Dios.

*Baraquías Zarco,
Constantinopla,
Día 6 de Ab, 5290.*



RICHARD ZIMLER (Roslyn Heights, 1956), es un autor estadounidense de libros de éxito de ficción.

Sus libros, por los que ha recibido los premios National Endowment of the Arts Fellowship in Fiction, en 1994, y Herodotus Award, en 1998, se han publicado en varios países y han sido traducidos a más de 20 idiomas.

Zimler es licenciado en Religión Comparada por la Universidad de Duke y es máster en Periodismo por la Universidad de Stanford.

Reside en Oporto, Portugal, donde, durante 16 años, fue profesor de Periodismo en la Universidad de esa ciudad y en la Facultad de Periodismo. Obtuvo la ciudadanía portuguesa en 2002.

Richard Zimler recibió el premio literario Alberto Benveniste 2009 en Francia por su novela *Guardian of the Dawn* (El guardián de la aurora). Este premio se otorga a aquellas novelas que tratan acerca de la cultura o la historia judía sefardí. La entrega se hizo en una ceremonia en la Sorbonne, en enero de 2009.

Cinco de sus novelas —*Hunting Midnight* (Medianoche), *The Search for Sana*, *The Seventh Gate*, *Los Anagramas de Varsovia* e *The Night Watchman*— han sido nominadas para el International IMPAC Dublín Literary Award, el premio más cuantioso del mundo de habla inglesa.

Es también editor de una antología de cuentos, cuyos honorarios ha donado a *Save the Children*, la mayor organización mundial en defensa de los derechos de los niños.

Esta antología se titula *The Children's Hours*. Los autores incluidos en la selección son: Margaret Atwood, Nadine Gordimer, André Brink, Markus Zusak, David Almond, Katherine Vaz, Alberto Manguel, Eva Hoffman, Junot Díaz, Uri Orlev y Ali Smith.

En 2009 escribió el guion y actuó en *The Slow Mirror*, cortometraje basado en uno de sus relatos. Dirigido por el cineasta sueco-portugués Solveig Norlund, el reparto incluye las actrices portuguesas Gracinda Nave y Marta Peneda. En mayo de 2010, el film ganó el premio Best Drama en el New York Downtown Short Film Festival.

Su última novela, *The Warsaw Anagrams* (Los anagramas de Varsovia), fue seleccionada Libro del Año en 2009 por *Ler*, la revista literaria más importante de Portugal, y por los profesores y alumnos de instituto del país (premio Mariquis de Ouro 2010). Fue también elegida uno de los 20 Mejores Libros de la Década 2000-2009 por *Público*, principal diario del país. En agosto de 2011, el diario *San Francisco Chronicle* reseñó este libro y lo describió así: «Fascinante, desgarradora, inspiradora e inteligente a partes iguales, esta novela de misterio, ambientada en el gueto judío de más triste fama de la segunda guerra mundial, merece un lugar entre las obras más importantes de la literatura sobre el Holocausto».

En agosto de 2011, Zimler publicó su primer libro de poesía: *Love's Voice: 72 Kabbalistic Haiku*. Los versos de la obra expresan ideas místicas judías e imágenes en la forma del haiku japonés.

Notas

[1] Ragusa es el nombre italiano correspondiente a la ciudad de Dubrovnik. (*N. del T.*)
<<